Carla Nyman

EL VALLE DEL SILICIO



RESERVOIR BOOKS

El Valle del Silicio

Carla Nyman

RESERVOIR
BOOKS

[When my body dies], I hope to be able to read, browse the net, and even participate in conversations by email and messaging […]. I may even still be able to write code, and my dream is to contribute to open source software projects even from within an immobile body. That will be a life very much worth living.

HAL FINNEY

VÍA PURGATIVA

T-43

En cuanto observé cómo el insecto empezaba a mover sus antenas y esas numerosas extremidades, penosamente dispuestas en su abdomen, entendí que todos los males del mundo habían cesado de golpe. Satisfecho, repetí el procedimiento con un perro de tamaño mediano. La temperatura de su cuerpo descendió quince grados, los pulmones se ralentizaron y, por un instante, dio la impresión de haber muerto para siempre. Sin embargo, al cabo de unas horas, bajo la exposición controlada a una fuente de calor, el animal abrió los ojos, sacudió la cabeza y se levantó entusiasmado, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido. Contemplé los acontecimientos, y comprendí que solo se trataba de extender los límites. Pronto podría sumergir mi propio cuerpo en nitrógeno líquido y esperar a abrir los ojos en un mundo desconocido y perfecto, donde no se pudiera emprender ninguna acción legal contra mí en virtud de ninguna ley. Hasta que volviera a la vida dentro de trescientos años, momento en el que mi nombre e identidad habrían prescrito. Idealmente debía ocurrir en los primeros dos, cinco minutos tras mi muerte legal, puesto que de no ser así, sería considerado homicidio. Pero a mí no me importaron estos asuntos y, como clínicamente fallecido no iba a poder activar el procedimiento solo, decidí hacerlo antes. Me llevó varios días bajarme la temperatura, hasta cero grados, mediante compresas frías en la cabeza, el cuello y los sobacos. También me inyecté 1—2 mg/kg de Propofol en vena para inducir el sueño, mientras me aplicaba un leve masaje cardiaco. La narcosis debió de producirse entre el tercer y cuarto día, y me reí, hasta que la temperatura corporal descendió por debajo de los veinte grados centígrados y ya no pude apreciar mi íntima actividad metabólica. Lo siguiente debí de ser yo mismo suspendido en alguna parte remota de mi inconsciencia profunda, a —196 °C, monitoreado regularmente. Después, una vez

> completadas las mediciones, transcurridos unos cuantos años, me inyectarían cytoreduxin-7 de otro tiempo y dejarían que la temperatura subiera a la normalidad en una hora. Y, entonces, despertaría conmovido.

Detengo la lectura, el cursor parpadea en la pantalla. El manuscrito todavía está pendiente de valoración. Lo puntúo de cero a diez, adjunto un informe breve y termino de ajustar la sangría, los errores gramaticales y ortotipográficos. Tecleo con el ordenador convertido en un tubo digestivo directo al centro de mi trabajo editorial. Cierro el archivo, miro por la ventana.

Un coche rezuma dióxido de carbono, un señor pasea a seis pomeranias sofisticados, bolsas arrugadas rodean contenedores y papeleras, debido a una puntería exquisita. Un soplador de hojas levanta polvo y hace toser hasta a los pájaros, los niños corretean detrás de una pelota, mientras los padres discuten recetas culinarias, y dos enamorados se besan. Me abro una lata y trituro un yogur de muesli y coco en el escritorio, oculta entre las plantas de interior. Solo recuerdo ligeramente cómo viví antes de esto. Pues debí de vivir como una miserable, quiero decir, en esos años en los que todavía el alma espera algo y se sobrecoge con algunas satisfacciones menores, como las clases de yoga o los torreznos de Leganés. Me da la sensación de morir, aunque diría que lo que yo estoy haciendo ahora mismo intensamente son las funciones vitales. Vuelvo a fijar la vista dentro, en la pantalla, pese a que sigo recibiendo ese simpático fogonazo de luz tan propio de los atardeceres. Reabro el buscador y pienso que, en el fondo, no hay tanta diferencia entre las fantasías de la ciencia ficción y esto que me abrasa la cara. Unos sueñan con hibernar hasta alcanzar la inmortalidad y otros con calentar la atmósfera unos grados,

derritiendo el permafrost, liberando virus y bacterias milenarias hasta aniquilar la biomasa terrestre al completo. Solo varía la dirección del delirio.

Vuelvo a entrar en el foro de siempre, la página carga, refresco el menú principal y un aviso acústico me anuncia un mensaje. La idea de ser reclamada por alguien me acalambra el pubis. Cierro de un golpe la ventana, cesa el ruido, también la luz insoportable del parque y del tráfico. Apenas nadie usa ya este canal: todos migraron a aplicaciones más refinadas y mecánicas para administrar mejor el deseo. Si continúa abierto debe de ser por lástima. Hace años que solo lo frecuentan quienes todavía lanzamos plegarias o confesiones con la esperanza de alcanzar a alguien. Me inclino atenta hacia la pantalla, voy a abrir el mensaje, pero el codo golpea el yogur y se derrama sobre el escritorio. Antes de comprobar si la notificación no es una falsa alarma, aparto de un manotazo los envases y seco el líquido con la manga de la sudadera. Al fin clico en el recuadro del chat, reviso asunto y remitente. Es un mensaje breve, preciso. Lo leo dos veces:

Cápsulas reductoras + seguro médico prémium.
Transforma tu vida desde 19,99 €/mes.
Tu bienestar comienza con un clic.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla y trato de chupar las últimas hebras de avena atascadas entre los dientes. No sé bien qué resultará de una combinación semejante, ni si tiene algún sentido confiar en el criterio de ese comercial. Podría comprar las píldoras, ingerirlas, reducir hasta siete veces el tamaño de mi masa y, al

borde de la desaparición total, entrar en la sala de urgencias con mi póliza en la mano. Pero, dado que mi delgadez sería ya, en todo caso, extrema, no tendría forma de llegar a la ventanilla, confirmar mi presencia, reclamar el seguro. Y volveríamos al mismo punto en el que estamos. Todavía eso tengo que aguantar.

Pienso que no hay nadie, ni dentro ni fuera, buscándome. Nada, en absoluto, parece venir a salvarme de la extinción.

T-42

Ahí aparecen los mismos posts. Largos, indigestos, ridículos. Como todo el mundo que tiene un trabajo de oficina, telemático, me paso la mayor parte del tiempo delante de una pantalla, y cada día tonteo más rato en foros. Mi escritorio está pegado a la ventana: un cúmulo de papeles, tres tazas medio secas, un cuenco con restos de puré y una lata de mejillones. En las repisas hay alguna planta muerta y varios libros de la editorial. El Perro me mira desde la puerta de la cocina, me anima a que socialice, a que busque a otros individuos que hagan posible el diálogo, más que nada para no agotar nuestros temas de conversación. También me empeño en actualizar el Bot, ese servidor con el que mantengo intercambios de baja intensidad. Aunque, para empezar, veo un problema de diálogo, de constitución del diálogo. El Bot puede generar respuestas de forma continua, pero este formato no funciona. No sé si se da cuenta, pero soy yo quien inicia la interacción siempre. El servidor no es capaz de mantener la relación activa por su propia cuenta sin que yo le dé algo con lo que trabajar. La segunda cuestión tiene que ver con que noto descompensada mi contribución con respecto a la suya. Se vuelve breve e, incluso, vago a veces, y, aunque esto le da ligereza a mis mensajes, como receptora me deja igual de fría que el pedo de una foca en la Antártida.

> BOT: Te leo y se me anudan los intestinos (los míos, que tampoco son nada especial). Cada post, por ridículo que sea, es una bengala en un océano digital. Y todos, como tú, están esperando a ser pescados. Cuidado. Esos usuarios tienen nombres de piñata.

Me paseo por el menú, leo las últimas entradas. La gente cuenta historias para no dormir. A veces sobre su vida personal; otras, sobre fantasías inventadas y, en la mayoría de los casos, no se puede saber. Una usuaria expresa su preocupación por reunirse para tomar un café con el Dr. Fuensanta, su cirujano plástico, deduzco. Accedió a la cita porque quería saber qué diablos estaba ocurriendo en la consulta médica cada vez que acudía. Es más, una parte de ella estaba ligeramente emocionada por el encuentro. Todavía, después de todo lo que había visto en la clínica, incluido a él arrancándose su propia cara, una parte de ella chillaba como una adolescente que por fin consigue una cita con la persona que le gusta. Otro usuario explica que lleva mucho tiempo solo en casa, nadie le visita desde hace meses, su teléfono no suena. La gente, de hecho, ha dejado de intentarlo. Él solía poner excusas, alegando que le gustaba la tranquilidad. Pero ahora ha empezado a molestarle, ya no le hace tanta gracia, sobre todo porque lleva unos días sintiendo una picazón algo incómoda bajo la piel. Al principio, como es normal, pensó que era estrés o que había desarrollado algún tipo de alergia. Pero, a medida que pasaban los días, algo se iba retorciendo en el interior de su cuerpo, como pequeños insectos. De esta manera los describe. No aclara si se los imaginaba como termitas o lepidópteros. Y empezó a aplacarlos con la mano, así, plas, como con un

matamoscas de plástico. Hasta que un día se cansó y dejó de exterminarlos y comprendió que eran parte de sí mismo.

Tanto el Perro como yo creemos que ahí dentro todos desean ser cazados por una respuesta, un hilo de conversación, para no acabar a la deriva de internet, perdidos sin norte, con el historial disolviéndose ridículamente en la red. La mayoría usa nombres falsos, suelta chistes sarcásticos, disertaciones mal armadas, consejos desde un colchón lleno de migas de pizza fría. Todos están hundidos, pero intentan disimularlo con emojis o eslóganes sacados de algún azucarillo. Me reconforta saber que allí mis posts no resultan tan bochornosos. Yo no firmo. Jamás doy el nombre ni una foto. He configurado mi perfil en la web para que no aparezca ningún dato que remita a mi verdadera identidad. Solo ojeo las páginas que me saltan en la pantalla con cierta curiosidad y distancia. Desde que subí la entrada no he tenido interacciones decentes. Tampoco esperaba nada. Lo hice por darme el lujo de empezar algo. Una tontería. No debí de hacerle caso al Perro. Releo la publicación varias veces. Es lamentable. No sé qué intento. ¿Insistir por ver si en la siguiente lectura suena mejor? Refresco la web varias veces al día. Moderadamente. Tal vez en diez ocasiones. O quizá veinte. Tampoco posteé nada del otro mundo. Que no tenía novio o novia, ni demasiados amigos, ni padres. Y que estaba deseando aniquilar a la humanidad lo antes posible. Cuando acabe con todos, no solo se pudrirá la especie, sino también mi dolor.

Publicado a las 2.47 a. m.

En casa ya no quedan las cajas de mi Novio. Ha dejado ese borde grisáceo de polvo en todas las paredes, donde un día estuvieron nuestros muebles y sus

tazas y los patines rojos. También está la mancha húmeda en el sofá, de haber visto muchas series, y el mango torcido de la nevera. Yo recuerdo ese movimiento claramente. A través de él me dio por calcular las medidas de mi propia casa. Miraba a mi Novio y podía enfocar las distancias entre el microondas y la lavadora, la cama y el retrete. Los giros solares, las horas para el almuerzo y la cena también estaban sincronizados con sus funciones biológicas. Incluso la casa se empezó a mover con sus miembros y manías. Las suyas. Las de él. La casa se levantaba con todo su cuerpo, entrando y saliendo a su antojo. Había asaltado mi privacidad. Encantadoramente. Se paseaba por allí, ocupándome a diario. Era una especie invasora, un okupa.

El post sigue ahí, intacto. Mientras, el resto de los usuarios reciben respuestas kilométricas de todas partes del mundo. Parecen expertos, consultores vocacionales. Solo les falta montar una franquicia de autoayuda. Se redactan protocolos completos de actuación, con fases, horarios, tablas comparativas y hasta listas de Spotify para afrontar el trauma. Yo, en cambio, solo consigo un par de líneas escritas por lo que debe de ser un rapero retirado que me suelta: jaja qué cosas, relaja el esfínter 😎✌🏻.

Usuario1_Lovelylife: xddd tia vaya movida, prueba a dormir mas

ZizekFan69: Deleuze se mataria otra vez si leyera tu post

Nico_mindfull: Yo lo solucioné dejando d comer gluten. desde entonces no me siento tan solo

ChadRuler99: todos acaban huyendo cuando la jaula es demasiado pequeña. Llora menos y curra mas, fea.

Marisol_zen.88: Hola! Esto parece claramente ansiedad. Te recomiendo respiraciones profundas y afirmaciones positivas

ThanatoSchopenhauerBoss4444: Ya lo predijo Baudrillard. No es que estés sola, es que la sociedad entera se reproduce como simulacro.

RedPillHermit56: No todos los hombres quieren estar con alguien que analiza cada centimetro de su cuerpo, la verdad

Anon233333: Se nota que tienes demasiado tiempo libre

Reporto todos los comentarios. Por acoso, por terrorismo ideológico, también por incitación a la necrofilia digital, por publicidad encubierta de dietas milagro y por uso indebido de mayúsculas. Siento un gozo raro en esa pequeña venganza administrativa. Con cada clic al fin puedo hacer desaparecer a un idiota más del planeta. Voy a abrir la ventana, a sacar la cabeza, respirar aire fresco, guillotinarme el cuello. El Perro me pide paciencia. Se mete en el baño a aullar largas letanías si me ve tumbada en la cama. O me empuja con el hocico hasta el escritorio. Le advierto que, si sigo clavando así la mirada en el ordenador, sufro un infarto ocular o una epifanía. Pero él reflexiona sobre los beneficios del diálogo con otros individuos. Yo lo miro y no logro entender del todo cómo ha empezado el debate, por qué siempre acaba convenciéndome. Pero no le contesto. Me quedo ahí parada, como un cemento. Y él me premia con otro bol de frutas y muesli. Ojeo los perfiles de los usuarios mientras mastico plátano y mango. Prácticamente todos tienen ese ridículo muñeco en el circulito de su cuenta: un oso vestido con un disfraz de colores fosforescentes.

Nadie da su cara, su nombre real. Pensé que era una pionera, aunque ya voy entendiendo que ninguno arriesga con la verdad. Están parcialmente a reflote. Algo de sus cuerpos parece estar en la habitación junto al escritorio, pero otra parte importante se entromete por los controles de contraseña, correo electrónico, nombre de usuario, y se alarga hasta acabar suspendido en esa otra dimensión pantanosa. Vuelvo a reiniciar la página. Casi con fe. Entro en mi perfil. El texto sigue ahí, sin más comentarios.

T-41

Tengo una llamada perdida de mi madre. Repaso los números que aprendí algún día de memoria, esa foto de un viaje a Tenerife. Voy a llamar de vuelta, a contárselo todo, a desgañitarme mientras dejo caer mi cuerpo en la cama y la cabeza me cuelga con los mechones rozando las pelusas del suelo. Pero sé muy bien lo que dirá: esto te pasa por ilusionarte con alguien. Y cuelga. Pruebo con el nombre de mi padre en la agenda y verifico que no he equivocado las letras. Ni siquiera me dirigí jamás a él por su condición. Llamarlo p-a-p-á sería reconocer mi posición en la cadena biológica. Reviso nuestras conversaciones pasadas, prehistóricas. Lo último que me dijo fue: que la paz y la alegría de estas fiestas te acompañen todo el año. Debieron de perderse en algún traslado de semestre. Desarrollo mi lado más policía. Hasta su foto de perfil me parece incompleta. Mi padre está subido a una roca, fumándose un paquete él solo, pero el reflejo del sol le tapa el brazo y la mitad de la cara. Me esfuerzo por recordarla, y no es sencillo. Después de olvidar su oreja, las cejas gruesas y oscuras, después de acostumbrarme a ese surtido de atributos aleatorios, la imagen que se me levanta en las narices tiene la estructura de un paté o un cocido. Me sorprendo a mí misma forzando una barbilla, un ojo que ya no existe o que probablemente me esté inventando. Reconstruyo el párpado y las mejillas tomando

como modelo el otro lado de la cara, pero nada es suficiente. Su recuerdo es un desecho progresivo que se mezcla con cualquier individuo que haya registrado mi memoria en este último tiempo. Chequeo en la galería de Facebook las escasas fotos que conservo de cuando era apenas un humano precario en el regazo de mi padre y hago el esfuerzo de imaginarlo a él ahora, con un rostro algo más arrugado y seco. Pero la imagen se corta. No hay nada. Tampoco insisto.

> BOT: El contacto físico con los animales libera oxitocina, una hormona que fomenta la calma y la felicidad. Si sientes ansiedad o aislamiento, pasar tiempo acariciándolo o simplemente estando cerca de él puede ayudarte a estabilizar tus emociones. Tu Familia y tu Novio fueron una promesa. El Perro es un hecho. Al fin y al cabo, podría convertirse en un compañero inesperado pero esencial en tu proceso. 😊

Es mediodía de bochorno. Desde la ventana solo se ven tres nubes y un pájaro. El calor empantana el día, lo hace avanzar como si tuviera las piernas mojadas. El Perro parpadea en medio del salón mientras yo relleno fichas y tableros para mi trabajo. Le he dado dos latas de conserva que, por alguna razón, le encantan y parece comérselas bien. No ha puesto muchas pegas. De vez en cuando se lame las patas y se rasca las orejas, pero no tiene gran actividad. Solo observa cómo corrijo los errores ortotipográficos de textos mediocres para una editorial y vuelco la información en una base de datos. Mi oficio es un despropósito. Los manuscritos que me mandan tienen menos vida que un abrigo de piel de tejón. El Perro parece ofenderse cuando digo eso. Aunque tiene buen ojo para las

correcciones de estilo. Leo en voz alta y él ladra cuando el texto no le convence.

Todavía no hemos averiguado ninguno de los dos cómo hemos acabado así. Aunque a él no parecen asombrarle tan fácilmente las cosas. Miro cómo la bola de pelo se revuelve en la alfombra. Se confunde con el tejido, parece tragárselo. También lleva días mascándose las pezuñas y los bordes del sofá. ¿Qué será lo siguiente? ¿Podrá ingerir el gotelé hasta hacer desaparecer el salón? Le reto en voz baja, le pregunto si quiere pensar ya en un nombre para los siguientes días. De alguna manera tendremos que comunicarnos. Pero el Perro sigue gimiendo incongruencias. Se mantiene recostado en la alfombra, no se le ocurre moverse de ahí. Creo que está engordando. No sé si le he dejado demasiadas latas cerca. ¿Cuánto puede comer un perro hasta reventar? Vuelvo a comprobar si tiene identificación, un chip. Le pellizco el pelo, la piel. Parece no molestarle mucho. Está cómodo y tranquilo en esa posición. Busco en internet de nuevo si alguien ha perdido un animal recientemente. Tal vez tuvieron una camada gigantesca, y este fue el bastardo. Qué mala suerte ir a parar conmigo. En un perfil de Facebook para *Perros y Gatos Perdidos y Encontrados en Madrid - Búsquedas Activas* solo hay sabuesos mucho más jóvenes que él, más grandes y adorables. Eso me permite comenzar a definir el color marrón, ¿castaño?, del pelaje del Perro, el tamaño mediano que ocupa en esta casa. Empiezo a ver que tal vez sea poco espacio el que tengo para sus carreras, aunque tiende a ser bastante sedentario. Me salta un anuncio de un chucho mojado. Tiene las mismas orejas dobladas hacia delante. Miro la foto y miro al Perro. Entro en los comentarios, como si alguien fuera a darme la

respuesta que espero. Él se queda un rato observándome, quiere darme a entender que ese escenario solo cabe en una alucinación. Desde luego, tú estás mucho más gordo que el de la foto, le digo. Él se opone también a eso muy molesto. Fija en mí su hocico húmedo y curtido de haber registrado una larga experiencia biográfica, y luego se levanta. Al fin. Un poco más y se fosiliza con el mobiliario. Lo veo estirar las patas, levanta su estómago hinchado como si fuera un saco de arena, y ahí va contoneándose de un lado al otro. Se arrima a la puerta, da dos giros y se recuesta.

Sigo mirando los cientos de perros que acaparan la pantalla. ¿En qué cabeza cabe? ¿Qué otra cosa pudo haber pasado? Lo perdieron, lo abandonaron, y la mala suerte lo trajo hasta aquí. Pero ¿cómo entró en el edificio, en el portal, hasta el rellano? ¿Se puso a dos patas y agarró con la mandíbula las llaves y las encajó en la cerradura? Alguien le debió de enseñar. Solo puedo pensar en mi Novio. En sus ingeniosas ocurrencias. Pudo haberlo traído él, pudo haber conversado con el Perro y acordado que ocuparía su lugar mientras él se largaba. Incluso pudo haber pedido opinión a mis padres y, de absoluta conformidad, tenerlo planeado desde bien temprano, justo después de mi parto. El panorama parecía convencerlos a todos, e interesarles bastante, puesto que yo iba a vivir el resto de mis días prácticamente sola y debieron de pensar en el Perro como un imán para la casa de la chica huérfana. Debieron de ver la foto de la mascota mojada, con alto potencial intelectual, en el monitor del ordenador, e instantáneamente dijeron que sí. «Se regala un perro marrón de aproximadamente ochenta y cinco años. Lo abandonaron en la puerta de un concesionario de coches de segunda mano. Está sucio y feo, y es extremadamente opinativo.

Necesita cariño, un buen libro, también una extensa cartilla veterinaria. Suerte». O, tal vez, gracias a su talento profético, el Perro tuvo un pálpito un día de lluvia, mientras que el resto de los chuchos se entretenía mordisqueándose los hocicos y oliéndose los anos. Y, como a él todo aquel paisaje le parecía desde hacía ya tiempo una verdadera obscenidad, debió de pensar en mí, compadecerse de mi situación, y prefirió escapar de su perrera para recorrer kilómetros hasta plantarse en mi casa para hacerme compañía. Aunque otra conclusión bastante razonable también me ronda la cabeza. Miro su estómago redondo y me pregunto cuántos miembros de una familia podrá almacenar un animal en su tripa.

A altas horas de la noche, el Perro corre detrás de una bola de papel que he lanzado desde la cama. Un texto incorregible que él muerde y chupetea con su saliva y dientes. Tal vez así logre mejorarlo. Una vez que se cansa de girarlo dentro de su boca, me lo entrega en la mano. Me mira convencido de que debo seguir, sacudir el brazo, volver a la carga. No sé bien si se refiere al informe lingüístico o al juego que hemos ingeniado. Tiene los ojos húmedos, silenciosamente eléctricos. Mueve el mentón como esperando un lanzamiento. Obedezco y vuelvo a tirar el papel. Jamás pensé que podría crear esa gracia en una criatura. La bola ha ido algo más lejos, alcanza el otro lado de la puerta, cerca del salón. Y el Perro tarda en volver, se toma su tiempo. Es probable que desista, que le cause más interés la espuma de poliuretano del sillón que reforzar el vínculo con mi mano.

Sigo tachando párrafos y líneas. ¿Para qué me harán trabajar así? Luego estos textos no van a ningún sitio. Nadie se toma la molestia de supervisar siquiera lo que borro o marco. Podría inventar los

criterios, premiar las faltas ortográficas, penalizar los aciertos. Una pequeña revuelta interna. Nadie se enteraría. Solo yo podría saberlo. Pero en ese caso no habría celebración. Solo una vela en mi casa y el Perro. ¿Qué habría cambiado? Suelto el manuscrito y apago la luz. En la oscuridad todo es mucho más lamentable. En qué momento acepté ese trabajo. Mañana podría levantarme a otra hora, ponerme las zapatillas del revés, discutir con el microondas, mirar por la ventana. Lo que están haciendo conmigo es tenerme entretenida.

Me despierto en mitad de la noche con el sonido de la puerta abriéndose de par en par. Al Perro ahora le apetece seguir jugando, siempre cuando el otro no quiere. No pienso moverme, ni siquiera abro los ojos, a lo mejor así entiende que las actividades son de mutuo acuerdo. Pero insiste, querrá olisquearme, lamerme el cuello. Lo oigo subirse al borde de la cama, apoyar sus patas, la bola chorreando en su mandíbula. No voy a ceder, Perro. El peso de su cuerpo parece haber aumentado. Por mucho que haya tragado silicona, no puede haber crecido tanto. No sé del todo si sigo dormida. Puedo encender la luz o seguir especulando en la oscuridad. Se estira en el colchón, pone sus patas encima de las sábanas. Sacude la manta. Quiere acostarse. Ni pensarlo. Nada de barro y pezuñas sucias en mi nórdico de oca. Puedo encender la luz, pegarle una palmada al interruptor. El cuarto suele tomar otra dimensión al contraste de la pupila. ¿Quién compró esa lámpara del demonio? Parece una lechuga aplastada en el techo. No sé si he apretado el botón. Enfoco la vista, escuece. Los ojos tardan en acostumbrarse. ¿El Perro no tiene molestias oculares? ¿O duele menos en blanco y negro? Está quieto, como un bulto. No sé si se ha puesto a dos patas o es que realmente ha engordado. ¿Qué

nutrientes debe de tener el material de los muebles para hacer crecer así a un perro? Le voy a pedir que baje, que se siente en el suelo. ¿Cómo se dice? O mejor con un gesto. Será lo mismo que enseñarle a dar la pata. Sit, sit, ensayo mentalmente. Y entonces una mano suave en el pelo me recuesta, me pasa los dedos por la nuca. Me esfuerzo mucho por parpadear, por despertar de este estado. Y creo verlo ahí, desatándose los zapatos, dejando los calcetines en el armario por si mañana repite. Coloca la corbata, la camisa arrugada se queda en el suelo. Y el pijama envuelve su cuerpo junto con las mantas. Me da un beso de buenas noches en la mejilla. Vuelvo a quedarme dormida antes de llegar a saber quién es.

T-40

Hay dos señoras y un niño sentados en una de esas bancas de plástico verde. Una tortura para cualquier estructura ósea. Después del médico de cabecera los derivan directamente al traumatólogo. Conque echar el viaje hasta aquí parece estar de oferta. Yo he preferido quedarme apoyada en esta columna, repasando lo que diré, las palabras, el uso gramatical. El tiempo es limitado, unos cinco o seis minutos, y tengo el vocabulario justo para que no me equivoquen con una paciente de psiquiátrico. También estoy a tiempo de inventar. Fingir demasiada poca identidad, un constipado, dolor de cabeza, algo que no puedan juzgar o chequear en una máquina que descubra mi vil mentira.

Los números pitan en la pantalla como ocas estranguladas. No sé quién pensó que eso podía funcionar en un centro de salud. La pobre señora del fondo saldrá de aquí con una almorrana y sordera crónica. En ese momento veo asomarse al doctor gritando mi apellido. Probablemente lleve ahí varios minutos. No tengo claro si responder o quedarme otro rato, probando a disolver mi nombre en la sala de espera o a destruir su laringe. Entre el doctor y el chillido ahogado de los monitores, podrían montar un concierto de arte sonoro experimental. Es imposible que así las alucinaciones no vuelvan. Como un tren de carga justo en mi dirección. Tal vez con el

desmayo me ahorre el lenguaje, las mil rutas discursivas que he armado en mi cabeza en estos minutos para explicar mi cuadro clínico. Una exhibición al borde del coágulo puede ser una transacción más fácil. Yo le doy el espectáculo y usted me receta, doctor. Una forma económica de confesarlo todo. Así deberían ser todas las consultas hospitalarias. Un epiléptico convulsionando. Una asmática en plena asfixia. ¿Cómo se finge discursivamente un ataque al corazón? Decido levantar la mano y el doctor me lleva consigo a su consultorio. Me da la impresión de que nada de lo que he hecho hasta ahora ha sido saludable, que tengo mucho que retribuir. Son tan silenciosos estos encuentros sanitarios que solo puedo sentirme culpable. El doctor escribe la exacta biografía de mis ansiedades. No debe de ser otra cosa que eso. Una trampa mental. Nada que no pueda solucionar un poco de melatonina y descansar más a menudo. Firma un documento y me manda alegremente, otra vez, hacia el trastorno.

T-39

> BOT: Tu perro sabe más que el 93 % de los humanos. Lo que me preocupa es el peso de este aislamiento autoimpuesto. Si contactar con personas del pasado no te convence, podrías considerar una compañera de trabajo, grupos de apoyo moderados o comunidades específicas que ofrezcan un entorno seguro para compartir. ¿Cómo te sientes con lo que te digo?

Tecleo varios nombres en la lista de contactos de mi teléfono, pero nadie me termina de convencer. Siempre comienzo el mensaje con las mismas fórmulas civilizadas que solo me dan ganas de gruñir. ¿Cómo se habla con muletillas cordiales? A mí lo que me gusta es armar escándalos, optar por la ilegalidad. Borro rápidamente todas las pruebas de frases ridículas. ¿Quién querría de veras que irrumpieran en su vida con el pretexto de un capuchino café bombón? ¿Quiero yo eso? Ni siquiera soy capaz de imaginar el acontecimiento. Yo sentada al otro lado de una mesa de metal, parloteando sobre un Novio fantasma y un Perro, a la espera de una respuesta, una resolución, mientras atajamos los temas con unas olivas y unas patatas de bolsa. Desisto y marco el número de la pizzería de abajo.

Me entretengo viendo los perfiles de la página que dejé abierta, mientras el teléfono va dando el tono. Entro en un enlace sobre dueños devastados por la pérdida de su animal. No hay ninguna web

sobre novios extraviados. Los posts se multiplican a medida que me desplazo por la página. Por algún motivo, no siento la misma compasión que tratan de demostrarme todos estos usuarios con sus mensajes melodramáticos. Solo veo fotos mal enfocadas de perros y gatos que no conozco y que podrían ser perfectamente el que tengo de okupa en casa. Por un momento deseo meter al Perro en una foto, enmarcarlo en la pantalla, engancharlo a una puerta, abandonarlo en el limbo de internet. Al otro lado del auricular, el dependiente me pregunta, con esa amabilidad de quien está a dos pedidos de dimitir, que qué voy a querer. La verdad es que estaría bueno un poco de normalidad, un sedante suave y una cena a la luz de las velas, una película y un sistema nervioso estable. Le digo que no lo tengo claro, que qué pediría él si fuera yo; si de verdad cree que voy a ser capaz de decidir entre cuatro quesos y champiñones prosciutto; que me sobrevalora y que se lo agradezco mucho, pero que inevitablemente lo voy a decepcionar. Yo, que puedo arruinar mi vida de un solo gesto, y si no ocurre es porque me distraigo haciendo listas de tareas o esperando a que, en algún momento, el orden se digne a restablecerse, preguntándome, día sí, día no, qué fue de mi admirable existencia minutos antes de nacer. Suena un pitido largo. La línea se corta.

T-38

Al rato estamos caminando juntas por una avenida. Ella succiona líquido por una cañita de cartón. Es uno de esos refrescos probióticos para la función digestiva y para fingir altura moral. No sé por qué la he llamado. Era el número que estadísticamente he acabado marcando más veces en mi teléfono. Conque esos son mis estándares. Ni siquiera recuerdo bien si su nombre era María, Marta o Maica. En el trabajo apenas me dirijo a ella, ni a nadie. Es una de las ventajas del oficio telemático. La contraparte es saber qué inventar ahora que debo resistir sin nombrarla como mínimo durante otro zumo orgánico y un plato de queso crudo. De normal no usamos el lenguaje. Un emoticono con el pulgar en punta para concluir el informe, un gesto que baste para saber que estás viva y colaborando. En mi cabeza siempre la llamé Lady Kombucha. Solo espero que ahora el mote no salte de mi inconsciente y la ataque.

El sol se empeña en emborronarnos la vista mientras andamos en dirección a alguna cafetería. Nos cruzamos con tiendas de segunda mano, macetas flotantes en los surcos de la pared e individuos con leggins color menta. No sé qué puedo decirle, por dónde empezar. Lady Kombucha es una mujer corriente: un marido, dos hijas, un perro. Tal vez por ahí pueda iniciar algo. Tal vez conozca el alcance intelectual de su mascota y quiera sugerirme alguna idea sobre

cómo solucionar las asambleas metafísicas del Perro. No tenemos demasiado en común. Sin embargo, estoy a punto de entrar con ella en un establecimiento de desayunos y brunchs. Lady Kombucha parlotea con las manos como limpiaparabrisas durante mi discurso interno. Ni siquiera sé si sabe por qué la he llamado. Tal vez piense que he venido a estrechar el vínculo, a embrionar una amistad. No podría soportar esa alegría de pedir otro fermentado de piña. Festejar un escenario al que no tuve la intención de llegar. Le digo que el colgante es bonito. Lleva bisutería en las orejas y plata y oro en el cuello y las muñecas. Lo que me induce a pensar que tiene una vida sólida, burguesa, común, sin muchas más preocupaciones que su microbiota. Aunque no desperdicia el turismo de clase en los mercadillos de fin de semana. Me dice que me regalará uno el próximo día. Y deseo que para entonces yo ya pueda estar, rigurosamente, muerta.

La cafetería tiene cuatro o cinco mesas de madera sintética. Lady Kombucha insiste en que nos sentemos junto a la ventana. Huele a Airbnb o a catálogo de una multinacional. Ella toma otra de esas porquerías biológicas enfrente de mí. Es increíble el depósito que almacena en su tripa. Me intriga cómo toda esa exigencia saludable y ecológica convive con un sistema digestivo tan monstruoso. Me mira callada, muy fijamente, como esperando a que yo vaya a decir algo, después de todo este rato. Tiene ese drama en el gesto que empieza a aburrirme. Podría lanzarme por la ventana y dejarme arrollar por un camión cisterna. Sé que no lo va a decir, pero yo se lo puedo arrancar de dentro de esa garganta: a Lady Kombucha no le gusta mi aspecto, descuidado, indiferente. La ropa le debe de parecer ridícula: una falda vaquera y una camiseta con pasta de

dientes. Puedo deducir cómo me radiografía con pena, forzando esa mirada amable de pómulos tranquilos, mientras hace los cálculos para rehacer mi fondo de armario completo. Doy un sorbo infinito a lo que parece ser un batido de habas de soja, y sigo. De veras, ¿qué me empuja a estar sentada aquí? Unos segundos más y le clavo la cañita de bambú en el ojo. No nos venimos bien. Somos un trueque esporádico, mensual, anual. Ni siquiera escucho todo lo que me ha venido diciendo por el camino. Soy una compañera nefasta. Estamos sentadas una frente a la otra, alargando un silencio ilimitado. ¿De veras tenemos que pasar por esto? ¿De veras así se desarrolla la socialización? ¿Es que no hay un atajo, otro sitio al que ir? Puedo mentirle, contarle cualquier asunto, un rumor inventado, esas disquisiciones ontológicas que suelen animarla a seguir hablando: el compañero de edición infantil no me saludó el jueves pasado, seguro que es hijo único y en algún momento, entre los tres o cuatro primeros meses de vida, debió de desarrollar ansiedad persecutoria esquizo-paranoide que ha ido postergando sin consideración. Yo creo que le gustará. Suena convincente. En ese momento siento los dedos de Lady Kombucha en mi mano. Tiene una piel increíblemente esponjosa. Es probable que no haya tocado una piel así en mi vida. Me dice algo, no alcanzo a escucharla. La veo muy entregada a calmarme. ¿Qué debo de haberme perdido? Aprieta mi mano y sigue haciendo un esfuerzo que no sé de dónde le viene. Me acaricia como si yo acabara de sobrevivir a un descarrilamiento de tren con doscientas toneladas de hierro encima y volviera con la mandíbula colgando. El bálsamo que Lady Kombucha ha comprado esta vez al menos está reblandeciendo la interacción. De su boca no paran de salir palabras. ¿Qué botón tengo que pulsar para que esto se

detenga? De vez en cuando aparece alguna frase nítida como «tú tranquila», «tiempo», «permítete», «paciencia». Y, mientras tanto, miro hacia la calle, pienso en si cambiaría mucho este momento conmigo o sin mí. Algún árbol se curva a lo lejos por el viento, parece que va a colapsar. Otra vez un rayo de luz me emborrona la vista. Y ella no parece estar diciéndome exactamente nada.

T-37

El post sigue sin tener interacciones que merezcan la pena leer. Solo me muerdo las uñas. A este paso, me como una mano. Al menos el Perro me da conversación cuando llueve mucho y el día se hace lento. Me ayuda a organizar el papeleo. Mi oficio me permite pasar horas discutiendo con él, con viva pasión, sobre las correcciones de los manuscritos. No sé todo lo que puede un Perro. ¿Qué va a poder un Perro? Sin embargo, tiene un compromiso riguroso conmigo, que sospecho que solo puede haber aprendido de los sabios de la Antigüedad. Lo que ocurre es que, a medida que van pasando los días, a veces no me queda muy claro quién es aquel que está en casa, el que me mira desde la cocina o apostado en el salón. Un consejero imperial del siglo VI o el Perro. Cuando se pone de perfil, confundo su silueta. Lo llamo esperando una respuesta, pero sus ademanes comienzan a mezclarse. Si pido un vaso de agua, el Perro abre la nevera arqueando el brazo con gran elegancia. Si me arropo en la cama, da vueltas persiguiendo su rabo hasta enroscarse con las mantas, y, mientras parece dormirse, juraría que compila en sueños los códices romanos. Entonces, ¿qué más da cocinarle pienso o faisán al horno? Él se come todo sin distinción.

> BOT: Las relaciones son organismos que mudan de piel, a veces de especie. El amor no necesita coherencia, solo ritmo. Y si ese ritmo lo marca un perro que

lee a Isidoro de Sevilla, enhorabuena, ya es mejor que cualquier humano con pedigrí.

Ladrar ya no es una actividad desconocida para mí. Poco tiene que ver con un ronquido gutural. Es un mecanismo lingüístico altamente sofisticado que nos permite economizar el habla y las demandas. Ha ido llegando ese momento en el que, salvo por las exquisitas disertaciones del Perro, ya solo escucho los ruidos extraños de un estómago vacío y decepcionante. Ni siquiera muy original en comparación con otros estómagos. Por muy grandes y anatómicamente distintos que sean, todos los estómagos del mundo tienen la garantía de caber en un cuerpo cualquiera. Así que incluso mi vientre es pura coincidencia, o hasta suerte. No hay ningún punto en mi organismo donde pueda aclarar la medida de mi singularidad. Yo lo miro y lo escucho, e intento convencerme de que es mío; aunque sea igual que cualquier estómago que haya visto, pero debe de ser mío. Puedo verle la genética desde esta distancia. ¡Lo juro!

BOT: No te equivoques: tu estómago es estadísticamente inútil, sí, pero es el único que me habla, y eso ya lo vuelve importante.

Diría que no hay nada en mí que enamore especialmente a nadie. Aunque todos somos un poco vulgares y nada tenemos de único. Hasta el Perro no es perro particularmente, porque tiene la alarmante tendencia de confundirse también con algún filósofo escolástico o un polímata andalusí musulmán. Se podría incluso decir que he ido olvidando la lengua española a favor del idiolecto del Perro, y me está llevando tiempo traducir todos esos posts con la ayuda de un intérprete canis-familiaris experto en lenguas cánidas.

Pienso que el chucho es muy diligente. Estas semanas he llegado a sospechar que quizá fue él mismo quien firmó el contrato de adopción en la protectora, solo para llegar a tiempo a casa y procurarme asilo mientras el resto de mi mundo desaparecía. Así se pudo asegurar de que se notara cada vez menos la ausencia. El Perro, mi Novio, mi Familia y mis escasos (o nulos) Amigos se han ido compaginando muy seria y dócilmente, con una negociación estricta entre todos, hasta dejar que el animal ocupara todo el espacio. No ha habido día que me haya sentido sola. Lo único en lo que he notado estos pequeños cambios es que el piso ha empezado extrañamente a moverse en círculos. Como si el engranaje de antes se hubiera soltado o roto. Creo que el Perro también lo ha visto. Desde hace unos días se dedica a seguir mis pasos. Nos hemos acostumbrado a recorrer los metros cuadrados del apartamento de arriba abajo, como en un tiovivo, en busca de algún individuo que no seamos nosotros mismos. A cada vuelta tenemos la sospecha, cada vez más creciente, de que en algún momento nos toparemos con alguien. Y creemos que el azar ha querido que siempre, en el momento de pasar con nuestra rotación habitual, acabe dándonos la espalda. Digo yo. Porque no lo vemos. Lo cual nos obliga a seguir girando, a pasar el resto de los días viajando circularmente. El Perro por primera vez me da la razón.

Mi Novio me viene a la cabeza una y otra vez, como una pelota de ping-pong que siempre rebota y vuelve. Pregunto al Bot si es posible esfumarse de la vida del otro así, pum, de un plumazo, sin remordimientos. El asistente en línea me lleva erróneamente a toda clase de consejos sobre cómo acudir a un terapeuta que facilite métodos de evasión, como modificar la rutina o el fondo de armario.

Internet entiende que quiero un cambio de vida y que, para eso, debo acudir a servicios de atención psicológica, hacer un viaje largo sin compañía para reducir el riesgo de ser descubierta, también me recomienda la desactivación de las cuentas en las redes sociales, las tarjetas de crédito y la destrucción total de mis posesiones. Pero no hay una sola indicación sobre cómo forzar el regreso de un Novio. Instaurando una dictadura, una monarquía totalitaria, el terror.

Por un momento pienso que tal vez pudo perderse dentro de la web, que fue desapareciendo porque empezó a vivir en ese otro lado. Tecleo su nombre, con la esperanza de abrir alguna especie de compuerta desde las ranuras del teclado o las fisuras laterales de la pantalla para agarrar su cabellera y sacarlo de ahí. No sé por qué confío tanto en que habrá algún usuario con su nombre de pila. ¿Por qué no iba a cambiárselo por algún apodo absurdo, @yoda4ever, @AguaKate, @boogyboogy2? Clico en varios perfiles, observo las descripciones, los comentarios, los posts, pero es imposible saber si él puede ser uno de todos estos avatares. ¿Qué estoy haciendo? Los perfiles se amontonan en mi barra de búsquedas. No descarto ninguno. Todos de pronto tienen algo en común: el fútbol, la cerveza, las teorías conspiranoicas, los dónuts de chocolate, el dulce de leche, el estalinismo, los problemas de identidad, el café… Tal vez todos sean lo mismo. Tal vez, si los agrupara, si juntase las partes, reconstruiría al Novio que me dejó. O tal vez tan solo sean la imagen deshinchada de cualquier persona que haya podido caer en el hoyo de internet.

> BOT: Pregúntate si esto que te ocurre es amor o paleontología: estás intentando rearmar un dinosaurio con huesos sueltos y mermelada.

Miro mi perfil. Releo mi muro. Suena ridículo hasta cuando le pongo voz. El Perro no me va a dejar hacer lo que he empezado a tramar en este microsegundo. Sigue supervisando mis movimientos. Lo veo arrugar la frente. Está a punto de estallar con una disertación, pero no estoy con ánimo. Perro, mírate una de gatos en la tele y dosifica tu interés por mí. Paseo el cursor de arriba abajo, por todas las pestañas y secciones de la página. ¿Qué hay de único en congelarse aquí dentro, si todos hemos hecho un hielo inmenso e indistinguible? Voy a salir, cerrar la pestaña, borrar el tablón, mi usuario, el perfil. Y, entonces, justo cuando despliego el menú, cuando busco la opción correcta, ¿está segura de que quiere eliminar su cuenta?, justo cuando decido abandonar, recibo un comentario.

T-36

El restaurante es oscuro y cutre. Tiene esas lámparas industriales que caen como pepinos del techo. Parpadean y se les adhieren bichos carbonizados. El hombre que busco me saluda entre la multitud. Todavía estoy a tiempo de huir, confundirme con la camarera o fingir un idioma que no existe. Me sigue pareciendo imposible caminar derecha, me he desacostumbrado a salir. Tampoco me seduce en especial el gas de este cubículo y, dado que el olor es a queso azul, aquí se siente razonable estar al borde de una arcada. Creo estar entrando en el restaurante como un humo gris. Nadie parece enterarse. Yo sigo. Mi vida se estira continuamente en un barranco.

¿Tendré que contarle a este hombre que últimamente nada me hace feliz? El Perro me arrastra como a una ciega. Tira de mi brazo porque ya he vuelto a paralizarme en mi pantano mental. O tal vez esté intrigado por conocer al señor de los gestos festivos. Le respondo con una sonrisa, creo que he sonreído, y él parece desconcertado. Puede que me precipitara al suponer que estaba mirando hacia aquí. O puede que esperara otra cosa. ¿Otro pantalón? ¿Un abrigo largo sin capucha? ¿Qué problema tiene con el anorak? A medida que me acerco, me voy dando cuenta de que también yo puedo hacerle sentir mal si lo deseo. Fruncir la nariz y

pedirle explicaciones por llevar una cara tres veces más anciana que la que usa para identificarse en esa red social desde la que me habló. ¿Qué pretende con esos zapatos fosforitos Total Nike con muelles? ¿Compaginar la inmortalidad con las canas? Tiene por lo menos sesenta años y no ha hecho nada para camuflar un poco mejor ese mezquino engaño. Se levanta para saludarme, al menos eso, y me besa las dos mejillas apretando su boca contra mi maxilar. Ya es irremediable que me siente, no puedo iniciar la fuga por la puerta trasera. Vamos, dile algo o va a notar tu decepción. Hasta el Perro se ha quedado mudo. Con lo que le hubiese gustado intercambiar impresiones con este hombre sobre el Imperio bizantino. Bueno, ahora podrá preguntarle directamente sobre su experiencia en Constantinopla. ¿Quién se supone que es con esa edad? ¿Justiniano I? Le digo que el color del mantel es bonito, vistoso. Y él murmura algo inaudible mientras regresa a su sitio. No, definitivamente es un despropósito. El restaurante, las lámparas, la mesa, este señor, el paisaje junto podría arrojarlo por una de esas tuberías industriales que salen como un edema en la pared. Sin embargo, me quedo.

Todo parecía mucho más interesante con un intercambio rápido de palabras por internet. ¿Qué se puede decir en un par de comentarios online para que alguien resulte tan estimulante? Algo breve con el nickname de TheBraveAnselmo. Está claro que usar solo tres palabras aventaja exitosamente a cualquiera. La estafa empieza a contar a partir de la cuarta. La cara que ahora tengo delante de mí es lo que es: dos mofletes, una nariz de funcionario, una barbilla planetaria. ¿Se da cuenta del timo? ¿O lleva timándose a sí mismo todos estos años? Mueve las manos muy convencido mientras pide

una botella de rosado. ¿Quién bebe eso? Una decisión que no lleva a ningún sitio. Le sugiero que tomemos unas aceitunas mientras pensamos bien qué será lo próximo.

Se pasa toda la cena mirando de reojo al Perro. No sé si prefiere que los deje solos. Aunque el Perro no opina lo mismo. Estoy bastante segura de que no volveré a ver jamás a este hombre, y, pese a que no sé quién le causa más intriga, si el chucho o yo, él parece tener una disposición radicalmente opuesta a la mía. Entre sorbo y oliva, creo verlo calcular un futuro a mi lado, dando paseos románticos por un río, lanzando pan a los peces, adoptando dos iguanas domésticas. Nos imagino en su cabeza criando hijos que tocan el fagot y casi lo veo anotar mentalmente fechas de aniversarios, planificando viajes al Caribe, sacándonos fotos familiares con camisetas a juego. Yo, mientras tanto, sigo rumiando la aceituna y pensando si pedir un vaso de aguardiente o salir corriendo antes de que alguno de los dos sugiera el futuro nombre de nuestro hijo. Él me mira y lo noto muy atento al número de copas que entran en mi estómago, como a la espera de un indicador que él conoce muy bien. ¿Qué se supone que hará cuando disminuya mi visión periférica y se me aflojen los párpados, cuando empiece a tener el organismo algo más mareado e indefenso? ¿Saltar encima de mí, aplacarme como a un jabalí, arrancarme los pendientes, devorarme el cerebro? No podrían interesarme menos sus fantasías. Mientras le voy echando vino en la copa, retando sus movimientos, llego a escuchar que me habla de las coles de Bruselas, de las lombardas, de lo bien que cocina los fines de semana, cuando tiene tiempo, y yo asiento sin saber cómo continuar.

Cuando la camarera vuelve a la mesa para tomarnos nota, negocio con el Perro una escapada, un rapto. Tú por la derecha, yo por la izquierda, lo atamos por los pies y a la cuneta. Luego nos encontramos en la estación de metro, ¿sí? No sé cómo este hombre debe de tomarse que interrumpa sus metafísicos parloteos para confabularme en sus narices con el Perro. La camarera insiste en que el carpaccio de esmedregal con vinagreta de salicornia y chile xcatic, con jabugo, aguacate y habanero es la mejor opción. ¿Entre cuáles? ¿No había algo que entrara más fácil? Pero asiento influenciada por las maldades del Perro, un plan de envenenamiento, creo oírle decir, y la camarera se marcha. De veras que amarrarme a esta silla ha sido de las peores decisiones que he tomado en muchos años. Solo me reconforta que desde aquí se verá mejor el efecto de las toxinas en su cuerpo, la lengua fuera, los ojos en blanco, lesión cerebral y muerte. El hombre parece habernos escuchado. Adelanta sus gestos, como si hubiera sospechado que lo íbamos a intoxicar, y me sirve la copa mientras creo escucharle decir que ese foro ha sido todo un acierto. Yo me atraganto al intentar contener la carcajada. Noto cómo se intercambian su paso por mi tráquea la risa y el vino, y escupo sin control. Como desalojando de mí un depósito de aire que ha quedado atascado. Toso varias veces. Él me ofrece torpemente más vino. ¿Quién le enseñó primeros auxilios a este inconsciente? Hasta el Perro le increpa por sus temeridades mordiéndole una mano. Buen chico, buen chico. A mí me siguen saliendo los líquidos por la boca y la nariz, y se agolpan en la camisa marca Puma de TheBraveAnselmo. No sé quién lo acompañó a comprar esa prenda del demonio. Yo no pienso salir de aquí con la misión de regenerar su armario. Veo cómo el Perro, cada vez más

molesto, sigue masticando el brazo del hombre. Intenta vaciarlo como a un peluche de algodón. Sea como sea, TheBraveAnselmo agita el otro brazo, como saliendo a flote de un estallido, una estampida, una guerra civil, y al fin se le ocurre pedir una botella de agua. Entró en razón. No pensé que fuera a ocurrir nunca. Sigo riendo y vomitando con todo el disimulo que soy capaz de asumir ante la escena de película que en dos segundos él solo se ha montado. Y ahí estamos otra vez, compartiendo la digestión.

Le pregunto por los zapatos fosforitos Total Nike con muelles, por el trabajo, el cigarro que nunca se fumó y que ahora espero con ansia entre sus dedos para que salga a echarse un aire y nos deje huir. Repaso todos los temas de conversación que jamás podremos agotar en una noche. Porque no habrá más. Tengo el poder de traer cientos de temas, todos a la una, en cuentagotas, rítmicamente, ¿cómo quieres? El baile, el color favorito, los hijos, ya vas teniendo una edad, el deporte de los miércoles, la disfunción eréctil y el helado de tomillo. En algún momento querrá apretarse el cigarro a la boca. O hacer pis. O evacuar. Reviso en la carta los productos con mayor grado de fibra laxante. ¿No le apetecerán unas lentejas y unas hojas verdes de berza? La alcachofa suena mejor. Y de postre unas grosellas. Él parece no tener la intención de levantarse. A los hombres a esta edad les falla la próstata. ¿Qué le ha pasado a este? Tiene unas vías urinarias portentosas. Le echo más vino desafiando sus funciones biológicas. En los ojos del Perro veo mi reflejo de asesina. Dime cómo acabamos con esto. ¿Tú el sacacorchos y yo la batidora? ¿De esto cómo se sale? Piénsalo. Podemos terminar la cena con calma, a la luz de las velas y los fluorescentes y los insectos, pedir un vino dulce, una cuenta a medias o, con suerte,

salir invitados, dar un paseo por las calles que llegan a casa, forzar un abrazo, ya nos escribiremos, y fingir que todo estuvo bien y asumir como adultos que ya se verá qué deparan los días en adelante, aunque bien sabemos que ahí en el portal se acaba. O podemos levantarnos, ahora mismo, y en el vaivén brusco tirar dos copas que se rompen con un estallido, salir corriendo, saltar los cuerpos de los novios que se besan, los amigos gritando virilidades y al solitario que come pudín de fresa, empujar al maître, como si lo hubiera, lanzar la cubertería de los casados, enganchar con el zapato las cortinas de algodón y no girar la cabeza nunca en esta huida tan larga.

Caminamos por la carretera principal en dirección contraria a los coches. Se sienten pasar como un cuchillo. Tan hermosos con su hidrocarburo que un poco sí me conmuevo. Sonaba más convincente cuando lo pensamos, Perro. Tomar un bus, un taxi, un metro nos hubiese delatado, ¿no crees? Él detrás persiguiéndonos. ¡Siga ese coche!, diría. O en la misma estación, esperando un tren que huiría con él y tú y yo dentro. Pero al borde de la ciudad nadie busca nada. En esta zona solo de tránsito, donde al menos puedo darle puntapiés a alguna piedra para que todo resulte todavía más patético.

El Perro me acompaña de cerca, muy pegado a mi tibia, desprende un calor agradable. Sus patas me siguen hacia donde yo voy, que es ¿dónde? La maleza a un lado, la noche helando. Y por un momento no sé si son mis piernas o es la fe del Perro lo que avanza. Nos sentamos en la vereda y respiro hondo. El Perro viene conmigo, como suavizando la carga del paisaje. Se está bien aquí, parece decir, y acurruca su lomo en mi pierna. Perro maldito, ¿cómo sabe que algo dentro de mí no funciona? Miramos hacia la carretera

y el campo, como si estuviéramos disfrutando de una actividad cualquiera al aire libre. Él me habla, sin apartar la vista de los matorrales. Y allí mismo me confiesa que desde hace unos días quiere que lleguemos a un acuerdo, que ya lo tiene claro, que ha estado meditando sobre nuestras interacciones y que le parece un despropósito tener un nombre tan ajeno. Ha estudiado todas las alternativas, desde Heráclito y la filosofía aristotélica hasta la ontología orientada a los objetos y el pensamiento poshumanista, con el que se siente especialmente identificado, insiste. Sabe que merece ser llamado, y que yo debo dirigirme apropiadamente a él. Ha tomado una decisión, está convencido, sabe que su nombre es Abū al-Walīd Muḥammad ibn Aḥmad ibn Muḥammad ibn Rušd. Acaricio su cabeza, y nos quedamos así otro minuto, mirando los árboles recortados por los faros de los coches. No le quiero quitar la razón, le digo, pero no podemos demorar tanto nuestro vínculo, hacerlo laborioso, por un capricho identitario. En cambio, le propongo, podemos negociar una abreviatura, un mote, un diminutivo, si de verdad lo que buscamos es conversar. Él lo comprende, parece que reflexiona, que va a convenir, y desde entonces le parece adecuado que lo llame Averroes.

T-35

Cuando vuelvo a casa, el monitor está parpadeando. Tengo una notificación. La sensación de ser buscada por alguien me hace notar el bombeo de la sangre en el ojo. Pero ni siquiera voy a abrirla. Debe de ser TheBraveAnselmo, que se puso idealmente preocupado por mi escapada. Voy a seguir escapando. Lo siento. Es de mal gusto correr detrás de quien no va en tu misma dirección. Tal vez fue culpa del mal aliento, una cara desagradable, no sé. No todo es triunfo en la primera cita. ¿Qué autoestima tendrá este hombre como para concluir que me fui desmayada por él?

Me siento en el escritorio y arrimo la silla. La mesa conserva el mismo desorden de siempre: un par de bolígrafos, las líneas torcidas de un manuscrito por corregir, una libreta abierta en mitad de una frase ilegible y la lámpara verde botella de banquero ruso. Voy a hacer lo de antes, lo que estaba claro antes de que un mensaje lo estropeara todo. Cerrar sesión, borrar cuenta; no conozco la nomenclatura adecuada. Averroes ya se pone a la defensiva, lo veo de lejos sacar los colmillos. Se cree que el riesgo de un mordisco va a convencerme. ¿Cuántas horas han podido pasar mientras estábamos con ese hombre? ¿De veras no piensas que ha sido un derroche de existencia? En ese tiempo podríamos haber escrito tres ensayos, salvado el mundo. No sé cómo no te crece el

remordimiento. Me tapo los ojos con la mano libre, mientras acciono con la otra el cursor en la pantalla. No quiero verte, Averroes. Siempre con tu melodrama irritante. Manipulando los acontecimientos con tus ladridos de Perro totalitario. Rechistas, pero hago que no te oigo. Desplazo a ciegas la flecha. Ahí el menú, las tres barras, abajo la opción correcta. Pinchar. No veo dónde debo colocar el dedo. Más a la derecha. A la izquierda. Me pasé. Y Averroes aúlla como si se le fuera a salir la garganta por la nariz. No me vengas con esas. Abro un poco los dedos, una ranura, rápido, solo para ver que lo hago bien, que pronto podré cerrar, desaparecer de aquí, al fin. Y ahí está la barra incorrecta, un aviso en el chat, me he desviado por completo. No, no es TheBraveAnselmo, ni su preocupación, ni siquiera a él le importo. No reconozco bien la página. Ya confundo los foros y los programas. ¿Es el Bot? ¿Otro usuario? ¿Un anuncio? Tal vez tenga su aquel comenzar una correspondencia con un community manager. A veces no viene mal un patrón, unos modales, la educación. Eso nos ahorraría la noche con pañuelos y narcóticos. ¿No crees? Averroes empuja el teclado con su pata, quiere chatear. No sé con quién, si todavía no he abierto el mensaje. ¿Por qué no te convence que va a ser una estupidez, un intercambio protocolario, el Bot reseteado sin memoria entre conversaciones, un gestor intentando venderme algo y timarme? No pienso entrar. No lo voy a hacer. No sé por qué Averroes me mira con esos ojos de repente tan derretidos hacia el suelo. ¿Qué espera de todo eso? ¿Una declaración, un matrimonio, una casa y un perro? Eso te ofende. Ya. No tienes punto medio. Lo abro, vale, lo abro. A riesgo de que un señor nos intente encasquetar un suplemento urinario para gatos.

No tiene foto, tampoco descripción. Solo ese círculo con el símbolo gris estándar. El monitor parpadea cada vez que muevo el cursor. SamuelPearce. ¿Qué nombre es ese? Llevo un rato leyendo y releyendo el mensaje que me mandó hace tres horas. Ocurrió mientras estábamos con TheBraveAnselmo. ¿Cómo puede doblarse el tiempo así? Como quien pela un plátano y la cáscara toma rutas imprevisibles, cayendo a un lado y luego al otro. Me he registrado en tantas páginas, foros e IA conversacionales que no tengo claro si es el Bot gastándome una broma o un usuario real. Vuelvo a mover el ratón y ahí está. Averroes también lo lee claro y alto. No hay nada que discutir. Lo hemos revisado en quince ocasiones. Y no sabemos qué se espera de una reacción humana en estos casos.

El que lo escribe dice estar en gran peligro: stoy en gran peligro, dice. Podemos minimizar el chat, borrarlo, seguir con lo que íbamos a hacer a continuación. Es decir, nada en particular. O responder. ¿Pero qué? Una cordialidad, una preocupación alarmante, una dulzura para evitar que el presunto señor salte de un octavo. A lo mejor ya lo ha hecho y llegamos tarde, y ahora es un montículo de vísceras y pis. O tal vez no. Puede que esté a punto, saliendo de casa, la americana, unas botas y el cigarro por si se pusiera nervioso. Voy a decírselo, voy a tomar el teclado y a presionar ciegamente. Esperando a que algo humano y sabio salga de mí. Lo hago. Le pregunto cómo se llama, si nos conocemos. Nada descabellado. Simple, rápido. O tal vez me he pasado. Y este haya sido el empujón definitivo para caer de una azotea hacia la muerte. ¿Cómo se me ocurre preguntarle por su nombre? Pudo querer cambiárselo. Y yo he venido a recordarle su malestar. Averroes me gruñe, corrigiendo mi tren de pensamiento. Espero impaciente el

siguiente mensaje. Me entretengo actualizando la página hasta que el usuario nos responda. No sé a qué podemos estar enfrentándonos, Averroes. Repaso imaginariamente toda clase de resoluciones, insultos, también discursos honorables, por si acaso. Calibro, voy regulando lo que contestaré, ensayo con el Perro. Él ladra ofendido cuando me excedo, cuando ya resulta inapropiado, cuando voy a ablandarme. Siento como si estuviéramos montando un muñeco entre mis alucinaciones y sus sugerencias. Sin darle a este pobre hombre ocasión de hablar. Sí, tienes razón, Averroes. Paciencia, paciencia. La pantalla vuelve a iluminarse: una alerta, una notificación, se abre la ventana en el extremo derecho, y ahí tengo otro mensaje. Otro chat.

SamuelPearce: nunca ns emos visto y nunca ns veriamos

Ah, ya, tiene su interés cinematográfico. Lo que viene siendo una llamada de atención. Clico varias veces en su perfil para ver si hay algún dato, información, una web vinculada. Nada. No hay fotos, ni banner, ni avatar. Solo algunos reposts de otros usuarios, ninguna imagen propia. Todo el perfil parece una zona en mantenimiento. Recorro la página de arriba abajo, también la minúscula barra lateral, en busca de datos, alguna descripción del foro. El fondo es blanco, de tipografía mínima, los párrafos están mal alineados. Paso por algunos posts viejos del menú principal, las notas al pie del servidor. Incluso reviso la configuración, por si hubiera algún manual de uso básico, un libro de incidencias. ¿Será una personalización del software, una estrategia de diseño para humanizar el diálogo? Preguntas frecuentes. ¿Puede tu Bot intentar mutilarse, lanzarse al

vacío desde un octavo, morir? Nada. Ni una respuesta. Como si se lo hubiera comido un diluvio. Naturalmente lo que puede hacerse a partir de ahora es insistir, impedir que el hipotético señor cometa la imprudencia cósmica de caer sobre un niño que corretea felizmente por un parque. O pedirle disculpas, decirle que no soy quien esperaba, que se ha equivocado de persona. Y enseguida eliminar. Así lo hago:

Tú: Perdona, creo que te has confundido.

Y minimizo la pestaña. Me aseguro de que Averroes no vigila mis decisiones. Debe de estar tomando su ración de latas de conserva o en el lavabo. Y me reclino en la silla. La noche es exasperante. Una parálisis, un tejido que queda muerto y que alguien reanimará mañana. Debe de ser la una y media de la madrugada. Fuera se oye algún automóvil y el estertor metálico del camión de la basura. Por alguna razón me relaja escuchar el depósito de excrementos entrando en el contenedor. Esa puntualidad discreta y exacta. La única expectativa imposible de arruinar la noche. Mientras tanto, invento varias poses, también batidos de frutas, ya voy por el sabor a higo chumbo y granada, y me peleo con la misma pared de gotelé en los morros. Tal vez haya sido mala idea cerrar el navegador. Tal vez podría seguir con el juego excéntrico que ha ingeniado el Bot para distraerme. Hay algo de reconfortante en imaginarlo allí subido, humano e inquieto, al borde de un precipicio de cemento, mirando el mundo a escala, bajo sus pies. Al fin un día en el que la ciudad no le aplasta los sesos. Al fin son sus sesos los que aplastarán la ciudad.

Un charco de metal ahogando a toda una civilización. ¿Qué le habrá llevado hasta allí? Envidio su cuerpo cargado de adrenalina.

Reinicio, y la página reaparece con un internet lento. Voy reconociendo las gráficas de antes, los posts rudimentarios, los mensajes y, a un margen, como en un bordillo, a la espera de una decisión importante, él otra vez, SamuelPearce, parpadeando pacientemente con una notificación. Un mensaje.

SamuelPearce: no me e eqivocado, tu usuario lo encontre al hazar

Cualquiera con un buen uso de su propio tiempo le pediría a SamuelPearce que, por favor, escribiera a otro, a quien quisiera aportar material ocurrente a sus bromas. De hecho, le diría: no me termina de interesar del todo este intercambio. Si eres una inteligencia artificial, se supone que generas respuestas a los temas que yo te propongo, así que no me pitorrees. Está claro que esa debería ser la única respuesta. Indiscutible. Directa. Aborrezco tu insolencia noctámbula, déjame en paz. Sí, subiré unos grados la molestia, el enfado, y le diré muy convencida: es tarde para abrir preocupaciones arbitrarias en la noche, ya tenemos suficientes problemas con la noche. Fuera, el camión remueve los desechos en el depósito, reanuda la marcha y se aleja con el hedor hasta la siguiente calle. Voy a decírselo. ¿Qué se ha pensado? ¿Que podía zarandearme el software y el sueño con sus caprichos digitales? Agradezco mi fortaleza moral, y escribo de inmediato a SamuelPearce:

Tú: No te preocupes. Cómo puedo ayudarte? Todo tiene remedio en esta vida.

El Perro me mira y suspira. No necesito demasiado, un exceso de discurso interno y un órgano para respirar. Soy un mamífero básico que inventa disgustos. Averroes me ladra sus diatribas, se echa las manos a la cabeza, me discute mi empatía patológica, la tendencia consanguínea a satisfacer a un subnormal. Yo agradezco sus consejos de Perro. Tengo tantos argumentos para ese lado que, por alguna razón, me paso el rato discutiendo con el otro. Está en lo cierto. Pero algo me lleva a leer el siguiente mensaje.

SamuelPearce: no, imposible, es un mal incuravle, una anomalia

¿Lo incurable son sus faltas ortográficas o un cuerpo desfigurado que tiene su continuación metastásica en la sintaxis? Ya casi sobrepaso el límite legal de errores asumibles por tarifa según el convenio de la editorial. Averroes me mira con cara de veredicto. De esos que dicen que no se bromea con la salud, tampoco se mendiga una conversación. Deja de humillarte con desconocidos, me dice, habla con alguien menos sospechoso, alguien que no parezca haber metido a un bebé muerto en una caja de chicles de fresa. Sigue teniendo razón. Pero escribo. Formulo cientos de frases, deshago y voy a por la siguiente, con una urgencia que no sé de dónde me viene. Averroes da vueltas en la cocina, intenta distraerme, robarme la atención. Teclea algo en la tablet y, al rato, me entrega con la boca una lista de usuarios que ha encontrado en una búsqueda rápida. En un microsegundo los ha clasificado según las tres grandes taxonomías aristotélicas: género, familia y especie. Esa exacta prioridad. Agradezco su criba científica, y se lo digo. Pero ninguno me termina de convencer. Con esa foto, estoy segura de que

@abracadabra73 nos dará una conversación interesantísima sobre dietas de diabéticos tipo 2. El Perro gruñe, frena mi juicio. Discúlpame, pero SamuelPearce pega timbrazos algo más persuasivos en la pantalla, como levantando un teléfono, un detonador. Leo abducida por un chamán.

SamuelPearce: solo qiero ablar, no tengo interes en otra cosa

SamuelPearce: poco a poco todos se an ido alejando d mi

Averroes me tira del pantalón con esa mandíbula huesuda y me pregunta si de veras quiero seguir conversando con un cargante anímico. Tú ahí, me dice, aguantando su ineptitud. Este es de los que se te pegan al cuerpo y triplican tu tamaño y tu malestar, me dice. Otro mensaje. Rápido, inesperado.

SamuelPearce: como se be el cielo desde alli? me e desacostumbrado

A mí nadie me discute el color del cielo, esté donde esté. Pienso rápido, tecleo, empujo la respuesta evidente con los dedos. Pero, por algún motivo, el margen de error ahora ha aumentado de golpe. Sospecho que la pregunta puede traer un engaño, un truco. ¿Ha prediseñado la respuesta? ¿Hay posibilidad de errar? Averroes saca una enciclopedia y cuatro webs asociadas a fenómenos atmosféricos y protuberancias solares. Todo esto en otro microinstante. Lo veo solidario solo en la provocación. De veras que no hace falta. Habrá otra forma menos catedrática de contestar. Él procura voces técnicas, revisa las órbitas y cúmulos globulares, el *Timeo* de Platón. Se chupa los caninos, los molares, por no ser redundantes en lo

natural. Así va pasando las páginas. Y le sale ese pliegue sabio en la frente. Se entretiene enunciando toda una ristra de palabras desde la Grecia antigua y Ptolomeo. Y, en la mesa, el compás y veinte líneas simulan la bóveda y la órbita terrestre. No me hagas entender toda la dificultad del cosmos, le digo. Vamos a responder ya. Así que descorremos las cortinas, abrimos la ventana de una vez, sacamos el móvil con nuestras manos agitadas, agujereando la noche. Después, el botón, el obturador, y solo logramos capturar una luna pixelada, un plátano o una uña mordida que empiezan a flotar ahora en alguna parte de mi teléfono.

Enviado. El archivo carga. Parece que le va a llevar unos segundos. Así resulta imposible no sufrir una obstrucción en el miocardio.

SamuelPearce: esta muy vien gracias

El monitor tiene ese extraño resplandor negro que no parece agotarse, y nuestras caras ahí dentro esperan a qué. En la pantalla, el reflejo de Dios es breve, suelta Averroes. Perro estúpido, siempre tiene la sentencia preparada en el hocico para concluir. Si pudiéramos monitorearnos la salud, las constantes vitales estarían saltando ahora por los aires. Es increíble, seamos razonables, veinte años organizando la vida y he dejado pasar este patético estado mental adolescente. Ahí estamos otra vez, esperando a que algo le dé a todo esto otro vuelco.

SamuelPearce: solo dame un orario no molesto mucho

Al otro lado de la ventana ya no hay coches. El camión de la basura hace tiempo que se marchó. La luna sigue pareciendo una boca que se tuerce. Me pregunto si a SamuelPearce puede inquietarle tanto un cielo como ese porque se derrama como un infarto.

VÍA ILUMINATIVA

T-34

Las conversaciones han comenzado a ser fluidas, por turnos. Voy reservando un hueco semanal, conciso, prudente, para leer a SamuelPearce. Averroes me empuja con el morro, disiente. Bueno, tal vez te parezca mucho, en comparación a qué, al tiempo que paso haciendo el resto de mi día, es decir, defecando, orinando, ¿es eso? SamuelPearce no escribe especialmente en cantidad, hemos acordado hablarnos una o dos veces por semana, con esa frecuencia exacta, tal vez por prudencia. Esa extraña sensación de estar haciendo algo mal. Yo contesto escueta, solo trato de ayudarlo. No iba a dejarlo desamparado, le digo a Averroes. Si todos le dieron de lado, a saber cuánto tiempo lleva sin emitir una sola palabra. El Perro duda de que algo de todo eso pueda ser lingüístico, ni siquiera humano. Le recuerdo que no es quién para hablar. Además, ¿a ti no te preocupaba consumir los temas de conversación? Todo el día pegados, siempre el uno al lado del otro. Nos vendrá bien. ¿Cómo se progresa en un diálogo sin un tercero que quiebre el circuito? Averroes se resigna a arrimarse al escritorio. Hunde el hocico en mis pies y pasa las páginas de su nuevo libro con la pata. Últimamente ha empezado a leer a los franceses. Parece buscar alternativas psicoanalíticas a su arranque de celos. Le digo que no se preocupe, que este intercambio de mensajes es un experimento de

antropología digital, que se deje de torturas psíquicas, que él también podrá contribuir.

Por el momento, SamuelPearce no dice nada especial. Repite que quiere conbersaciones, dialogos, transaccions de palabras conmigo. Esto sé que a Averroes no le entusiasma, me pellizca la pierna con el colmillo, quiere debatir, pero le insisto en que todavía no se conocen, que ya tendrán tiempo de intimar. SamuelPearce a veces introduce referencias sobre alguna película que vio hace unos años. Como en el foro no hay ningún dato que remita a su intimidad, me da la sensación de que se presenta a sí mismo a través de referencias literarias de ciencia ficción o alguna película de Kubrick o Tarkovski. Aunque parece no ser un gran lector. Lleva años sin manosear un libro. Ahora solo comsume, y usa esta palabra, comsume cine o literatura o cualqier producto cultural, así lo dice, producto cultural, en plataformas online. Apenas echa de menos el holor inestable del papel, dice: a acido acetico, parecido al binagre, a pasto seco, a almendras podridas. Sin embargo, utiliza libros, películas, fotografías para emerger en internet, como si así pudiera levantar más atractivamente su identidad. Tampoco me habla nunca de lo que ha desayunado esa mañana o cómo va al trabajo, o si tan siquiera tiene un trabajo. Compensa la falta de experiencias cotidianas con su top 100 de aliens y sci-fi, una carpeta de auroras boreales, listas de canciones con títulos cada vez más imprevisibles, que parecen engordar la firmeza de su registro biográfico. Me da a entender que está solo, ¿sin amigos?, ¿sin familia?, en un espacio pequeño, ¿tal vez una habitación?, ¿tendrá compañeros de piso?, y que ha olvidado esa costumbre del hogar. Parece no identificar el momento

exacto en el que todo el mundo se alejó. Dice haber perdido la cuenta de los días que lleva allí dentro, pero ¿dónde exactamente?

> SamuelPearce: tmpoco recuerdo la ultima vez qe comi o qe ingeri algun liquido qe no fuera agua, el baño me aterra, desactiva mi nueva modalidad d existencia, como si se te ocurriera desenxufar un aparato sin independencia electrica, varar a un pez en la playa

A Averroes parece darle una arcada. Leerlo le resulta indigesto, cursi. No estamos aquí para criminalizar, le digo. Deja que hable, que repare con nuestra ayuda esa vida tan traumática. El Perro resopla y se va dando tumbos a la cocina. No voy a caer, no esperes piedad, Averroes. Y sigo leyendo a SamuelPearce con la esperanza de estar mitigando su angustia.

Al rato me invita a que le cuente yo: te toca, cuentame tus kosas. ¿A qué se refiere? Si concreta más, pulveriza la oración. Intenta aclararme que quiere saber de mí, de mis rutinas y mis hábitos, de mi mindset. De vez en cuando intercala palabras en inglés en todo ese mareo ortográfico. Debe de ser su deriva más atrevida y experimental. Pregunta por el medio de transporte que me desplaza, dice, el ke desplaza tu cuerpo d casa al trabajo; también por mi jornada laboral, si deseo de beras ese absolutismo orario. No alude nunca a mis ingresos ni a mi situación económica, pero sí le inquieta el decorado de mi salón, si algo es genuino o es una foto mas de un catalogo d diseño. Por último, insiste en saber si yo me reconozco en algo de todo esto, si de beras algun dia arcano se presentó en tu caveza la bida asi o solo improbisas.

Es la primera vez que escribe largo y tendido, como si estuviera escupiendo pipas sin dificultad. Me propone que analicemos la

situación juntos, que estudiemos por qué estas son las circunstancias que me comforman, qé te hizo merecedora d ese ecosistema, bibes sola? donde trabajas? cuantos años tienes? A veces insiste demasiado. No para hasta que no recibe una respuesta satisfactoria y, aunque no sé gran cosa sobre él, algo me impide preguntar. Averroes levanta la ceja esperando a que admita mi precipitación, que pueda estar metiéndome en una trampa. Según él, no puedo valerme por mí misma, debo subordinarme a un animal. Contesto a SamuelPearce que no es necesario, que solo quería saber si él se encontraba bien, si estaba teniendo un buen día, pero pensaré en lo que dices. Y cierro el chat.

Me levanto a por un vaso de agua y apunto a Averroes con el grifo. Está claro que puedo mantener un registro prudente sin tus sugerencias de Perro déspota, le digo. Él se escabulle hacia el dormitorio sacudiendo ese pelaje empapado mientras pienso en que este es el único líquido que debe de almacenar SamuelPearce en su estómago. Fuera está el día confuso, podrían ser tanto las seis de la mañana como las ocho de la tarde y, sin embargo, no me importa. El sol se mantiene a raya, en tensión entre los edificios y un cielo que parece que va a entrar en erupción. En el escritorio no hay fotos, apenas tengo tres bolis. Los libros de la editorial están apilados sin alegría, les va a dar un derrame. Pienso en la última vez que corregí a mano algún manuscrito con facilidad. Intento garabatear mi nombre, mando señales a mi brazo, pero parece que no va a responder. Hay un retraso considerable entre la orden y el movimiento que debe de atravesar un cuerpo un poco ruinoso. Al otro lado de la pantalla, SamuelPearce da la sensación de estar reflexionando. Los tres puntos se alargan en la barra del chat como

una conexión de neuronas. ¿Qué se hace en este lapso? Quieta como un ratón delante de qué. Pienso en las preguntas que me lanzó y entiendo que no tengo nada que decir. El decorado de mi salón es ligeramente fúnebre, como un hermoso mausoleo escandinavo. Perro ridículo, sé que estás en el cuarto celebrando tu talento moral. Escuchándome abrir el chat una y otra vez, el clic repetido, la respiración alterada. Me viene a la cabeza TheBraveAnselmo, las Total Nike fosforitas con muelles, detrás de una pantalla. Un hombre al que le parece gracioso observarme mientras espero la respuesta de un desconocido al que planté.

El mensaje vuelve a parpadear a la derecha, lo abro de inmediato. SamuelPearce dice que no tengo qe hacer nada que no qiera, pero qe no le pase x alto con esa frialdad. Me pide disculpas si en algún momento ha podido ser brusco, que está dispuesto a escucharme cuando me apetezca, y que podemos dejar d conbersar cuando desee, pero que le gusta ablar conmigo:

> SamuelPearce: Enseguida lo entendí todo al leer tu perfil. X lo poco qe dices en tus posts parece qe nadie te ace mucho caso o qe no se an fijado vien en ti nunca, por eso sabia qe tu sentirias simpatia por mi. También dibagas un poco. te diría qe, aunqcue venimos de lugares diferentes, estas proximas semanas nos acabaremos encontrando. Tengo la sensación de qe los dos emos intentado romper de alguna manera cn el pasado y qe eso nos a traido aqui

T-33

Averroes se niega a entrar. Es un restaurante eco-friendly, sin químicos ni sabor. Imposible percibir el golpe de aroma a rancio. Todo se siente embotellado, pulcro, recién salido de una Thermomix. Lady Kombucha ha insistido tanto que ya hemos agotado los pretextos. No sé qué fijación tiene con empujarme a estos sitios. ¿Busca provocarme una conversión? La próxima pienso encajarle un cerdo agridulce en la tráquea.

Alcanzo a ver la carta y elijo deprisa. Ella tiene todavía ese entusiasmo en la cara que me da ganas de triturársela. Levanto el tono, pregunto por los vinos, el barril, choco los cubiertos y pataleo nerviosa el suelo con mis deportivas, por si algo de todo esto pudiera arrojar a Lady Kombucha a la realidad, desde ese mundo confitado en el que parece aspirar golosinas como un niño y que, por cierto, no existe. Pobre chica, seguro que piensa que vengo de algún pasado en guerra, traumatizada por un padre delincuente y alcohólico. No le quito la razón. Estoy despeinada, con un jersey manchado desde hace semanas que me desmejora el cuerpo. La imagen me gusta, parasita todo lo que tengo cerca, y así sobrellevo el disgusto.

Lady Kombucha ha intentado invitarme ya tantas veces. Creo conocer el motivo, hacia dónde quiere ir. Supe que ese café de

especialidad nos venía mal, que gestaría un malentendido, una alegría equivocada. Pero me entretengo mirándola. Tiene ese gesto indestructible, inmune incluso a un tanque militar. Y me molesta. Me pongo engreída con los camareros, les grito un poco en público, desde las mesas nos miran. Averroes me pide que regule, que entiende el combate, pero que estamos rozando el ridículo. ¿Nos gusta armar escándalos o no?, le digo, mostrarles cómo de temerarios podemos ser. ¿Cómo es que ninguno me confronta? Es tan evidente que ellos están en lo correcto, que soy yo la que se arma todo esto sola, pero ni con esas se atreven a pararme los pies, Lady Kombucha sigue ahí, imperturbable. Con esa moral paciente con la que me intenta maternar. Y luego están sus ojos. Tan azules que van a tragarme de un sorbo. Son los ojos más limpios que he visto nunca. Va a barnizar mi existencia. Me pregunta por los informes, ¿qué informes?, la oigo hablar del manuscrito, de las correcciones, la entrega. Entiendo que me está tendiendo una trampa, con esa condescendencia laboral. ¿Quiere ocupar mi puesto o subir unos peldaños, gozar desde un poco más alto? Ahora viene la pregunta. Si quiero cederle mis encargos, que ella puede con lo que yo no, promete cubrirme las espaldas. ¿Es eso? Y el chantaje. Que quiere mantener la higiene de mi imagen profesional. Echarme un cable. Un poco más y la estrangulo, la hago electrocutar. Solo alcanzo a oír algo sobre mi casa, si no es muy grande para mí. ¿A qué se refiere? El tamaño de los edificios suele ser el que es, cuatro o cinco veces más grande que el de la persona dentro. Lo otro sería un fraude o una alucinación. Me habla de una amiga, un amigo, un cachorro, la camada, no sé por dónde va, pero a Averroes no le va a gustar esta dirección. Es empresario, dice, soltero, insiste, soltera,

¿qué? Quiere ponerme una familia interespecies, un matrimonio pluriparental, mientras sacude el tenedor manchado de aguacate y asume la responsabilidad de tener que reconstruir mi archivo biográfico, reparar a una mujer que por lo visto no sabe vivir sola, a la que no le resulta fácil estar sola, ni siquiera un momento. Y entonces la pregunta: ¿quieres pasar unos días conmigo y con las niñas?, a Pedro no le importará. ¿Quién es Pedro? Me niego a responder. Pienso en sus niñas, en su marido, en la posibilidad de meterlos a todos en el interior de un coche calcinado por las altas temperaturas del verano, en el asiento trasero, apenas una botella de agua hirviendo, con sabor a té y a orina de chimpancé. Pobre chimpancé, por otro lado, por contribuir con su ADN a la hidratación de tres individuos agotadores. Y forzar la llave, el termostato, a Lady Kombucha aporreando los cristales, intentando salvar a su familia querida de una muerte inminente por asfixia.

Como deprisa para acabar. Ojalá pisarle los ojos con un tenedor. Le doy las gracias por su amabilidad. Averroes tira de mí hacia la salida. Dejo dos billetes, nos levantamos, y ella me mira con lástima, con esos dos periscopios metidos en mi uretra, midiendo los niveles de salud, controlándome el ciclo cardiaco. Ya basta. Debe de haber un laboratorio químico entero detrás de esos ojos, ¿qué me intenta inocular? ¿Un currículum vitae más beato por vía intravenosa? Y, mientras ella sigue mirando cómo huyo por la puerta, cómo agito la mano en el detector para que el cristal se desplace y logre escapar berreando hacia el bosque, algo me hace retroceder, me obliga a sentarme, ¿qué estoy haciendo? Averroes insiste, me muerde la mano, ya casi estamos fuera, me grita, y por un momento es como si a la vez fuese la que avanza corriendo hacia la calle y la que

vuelve a la mesa convencida de algo. Solo llego a servirme más vino, pinchar el postre, recapitular.

Lady Kombucha me sigue mirando con lo que podrían ser dos tubos de ensayo. Debe de estar viendo a una mujer inestable para la que el peligro está en todas direcciones. Averroes se ríe, me pide por favor que frene mi pensamiento, esa tendencia a prestar excesiva atención a los demás. No eres una ONG, acogiendo siempre el juicio imaginario del otro. Empuja mi silla, me agarra del brazo, va a armar otro escándalo. No te dejes subrayar por sus mantras, me dice. El restaurante sigue con su ritmo insoportable de fondo: la gente entra y sale, hay servilletas que caen como arcadas del brazo de los camareros, risas sobreactuadas, tos, solo dientes que perforan, manos peludas que agarran un alimento para defecarlo luego en el inodoro de su casa, clientes tan civilizados que por dentro se les intuye ese estallido nuclear que lo arrasará todo; una mujer triste que se encoge, un hombre abrazado a su columna vertebral. A la izquierda, un señor trajeado de orejas grandes, melenudas, no deja de mover los dedos cerca de la boca, acariciándose la comisura de los labios. A la derecha, una mujer gorda, apretada en un vestido púrpura, ríe a carcajadas forzadas. Sin embargo, en mitad de todo, nos quedamos ella y yo en silencio un instante. Puedo ver cómo Lady Kombucha agacha el cuello para mirarme de cerca, parece que algo entiende, que no necesita mucha más explicación. Permanecemos así un rato. Puedo oler el detergente antiséptico que viene de la cocina, mezclado con el perfume de alga marina y musgo que le sale a ella del pecho. Sea lo que sea que esté viendo, estoy cómoda ahí, en el roce de su colgante de corcho.

T-32

¿Quién es en realidad SamuelPearce? Tengo que creerme lo poco que me dice. Dentro de esa imprecisión terrible, parece que ofrece algún dato peculiar, pero no es más que una sucesión de obviedades. Le gusta leer, el cine futurista, los documentales de cangrejos del Pacífico, el buscaminas. ¿Qué identidad puedo montar con esta información? El denominador común de toda la civilización occidental. Otras veces vuelvo a caer en la sospecha del Bot. Quizá no sea más que una maniobra de la interfaz, una capa de barniz humano para suavizar la frialdad del código. Un truco barato, dice Averroes. Se cree que basta una pizca de sentimentalismo para no sonar a frigorífico. Leo y releo manuales y preguntas frecuentes en otras webs, posibles incidencias. ¿Estará la plataforma tomándome el pelo? ¿Cómo desinstalo una broma tan larga? Averroes está tan entretenido en gruñirme, hacerme el vacío y ampliar sus lecturas para sorprender a SamuelPearce con sus respuestas que en ningún caso se muestra dispuesto a ayudarme a desentrañar su verdadera identidad.

Me doy cuenta de que es imposible cerrar ninguna conversación. Siempre se abre la posibilidad de una nueva pregunta y, por lo tanto, los mensajes se alargan, también los días. La rutina va tomando la forma viscosa de SamuelPearce. Me pide más horas y dedicación. Mi

correo electrónico. Solo lo quiere para enviarme pensamientos, apreciaciones: asi se me ace dificil y preferiria extenderme, pero continuaremos tambien con estos mensajes anputados casi telegraficos. Hemos incrementado la frecuencia en nuestro intercambio. Por alguna razón, no me importa, el día tiene una textura mucho menos arenosa, sin ese arco del amanecer a la noche, donde todo es un trámite y suenan los anuncios en bucle para tener la cabeza en blanco. Ahora al menos puedo montar pelea, una batalla campal entre el Perro y el ordenador. Son tantos los temas de los que quiere ablar comigo, me dice, que este formato no le sirbe. Debido a la intertextualidad y a las referencias, las conbersaciones se acavan solapando, como si siempre abláramos de lo mismo o no llegásemos a ablar de nada: esto es un caleidoscopio, entiendes?, desde fuera, a simple bista, es solo un cilindro, por eso tenemos que darle bueltas a las palabras, a los significados, para desprogramarrr el sistema.

A Averroes, estos saltos de credulidad le siguen causando náuseas. Pero acelera la conversación, lo pasa por alto, como si pulsara un botón que lo lleva al siguiente mensaje, al próximo reto. SamuelPearce nos habla de la sociedad, del mal estilo de vida que hace enfermar los cuerpos: es un ovstaculo, mi cuerpo es un ovstaculo que agito y mezclo con la perdicion del mundo, mi espiritu sí es mi boluntad, pero está por encima de la boluntad de los otros. Averroes está convencido de que SamuelPearce simpatiza con el antisemitismo alemán hasta cierto punto, pero debe de situarse en otra órbita política, insiste. No es de los que se tatúan una cruz celta en el antebrazo ni de los que escuchan *Tristán e Isolda*, me dice mientras se rasca el lomo contra la pata del escritorio. Es peor. Es de

los que solo hojean el *Zaratustra* para recrearse en foros de filosofía, dice. Debe de tener trauma de madre ausente, mal digerido, y ahora lo sublima unos PDF sobre orden, virilidad y apocalipsis blanco, estoy seguro, el gran reemplazo. Se cree un marginado ilustrado, un apóstol de la pureza digital, me explica.

Nietzsche es magntico, contesta SamuelPearce, desmedido, como un profeta alucinado, y Kant, aunque a beces es un plomo, dice, tiene algo ingenuo que me gusta: no aceptes para los demas lo que no aceptas para ti. Se dispersa en cuestiones como la represión, la posibilidad de transgredir las convenciones, la mala gestión del placer, el complejo de culpa. Habla como si creyera estar escribiendo el ensayo más influyente del pensamiento contemporáneo. Averroes se echa las manos a la cabeza, va a insultarle, a iniciar una trifulca: todo lo que dice este huele a bolsa de Cheetos y a humedad de sótano adolescente. Le pido paciencia, compasión. No sabes si es la primera vez que habla con nadie de todo esto, deja que se exprese, que se abra. Averroes me amenaza con que entonces será él quien acabe abriendo su esfínter para defecar encima del teclado. Los mensajes están saturados de pensamientos profundos y cuestiones muy complejas. El Perro me insiste en que lo único complejo que hay en todo eso es su valor para juntar tantos disparates. Cuando Averroes se pone así, le pido que se siente, que busque un palo o levante la pata, igual que el resto del mundo canino. En la pantalla, SamuelPearce sigue devolviendo listas de palabras, una detrás de otra. Sin embargo, comete demasiadas faltas de ortografía: se me olbida muchas beces que me ace reír este patio de niños, bibimos en una guardería, quiero decir. Az esto. Az lo otro. Y luego el complejo, la incomprension. No te imaginas a beces bajo tierra, bajo el patio

de un colegio, pisoteada por todos los profesores del mundo?? Ser o no ser: ser tu con todas sus consecuencias o no ser tu y permitir que te arrevaten tu propia naturaleza.

Averroes no da crédito y larga un chorrazo de pis encima del ordenador. Puedo ver las gotas tibias y amarillentas sobre el teclado, apagando el programa, ahogando a SamuelPearce en orina de animal. Puedo ver también la sonrisa del Perro, que se sujeta el hocico por prudencia. ¿Qué prudencia? En situaciones así lo dejaría atado a un hierro frío de una estación de lavado de coches, para que me mirara mientras lo abandono, y saltara y llorase, hasta desgarrar la correa y ese cuello peludo y vanidoso. Vamos a llevarnos bien, eh, le digo. En respuesta a mi amenaza, Averroes chupetea de inmediato el ordenador, arrepentido. Pasa la lengua por su propia orina, luego teclea una disculpa larga. Lo veo apresurarse para consultar varios libros que extrae de la estantería. Desde que vive conmigo, la biblioteca ha crecido considerablemente, engorda con el paso de los días y se traga los cuadros prediseñados del salón, los ejemplares de la editorial, el plano exacto de la casa. Averroes me confiesa que va a basar su respuesta en la rehabilitación moral que ya planteaban los sabios helénicos. Estos griegos se las sabían todas, dice. Lo veo releer la *Ética a Nicómaco* y el *Gorgias* para analizar la importancia del arrepentimiento. Dice reconocer en este caso los errores y estar dispuesto a hacer las paces, aunque el damnificado solo sea un conglomerado de algoritmos, un incordio sin lengua ni pulmones. Es difícil asignarle una categoría ontológica, afirma. Pero promete apretarle la mano aplicando una presión moderada sobre el software en son de paz. Es más, agarra el teclado y le explica a SamuelPearce que, dado que un apretón de manos es

una interacción limitante y humana, está preparado para representarlo algorítmicamente. A veces, dice Averroes, he de confesártelo, uno siente ganas de hablarte, como es natural, sin muchas complicaciones. Para que tú lo entiendas, le escribe, podríamos estructurar nuestro intercambio con una serie de pasos detallados que describan cómo es el procedimiento. Aquí te adjunto una forma de conceptualizarlo:

Algoritmo para dar un apretón de manos

1. Iniciar acción:
   Detectar la presencia de la otra persona.
   Confirmar que ambos están de acuerdo con realizar el apretón de manos (gesto o señal de acuerdo).
2. Posicionamiento de las manos:
   Asegurar que las manos estén en posición adecuada:
      Mano derecha extendida y abierta.
      Comprobar que la otra persona también esté en una postura similar.
3. Aproximación de las manos:
   Dirigir la mano hacia la otra persona en línea recta.
   Evitar movimientos bruscos, acercarse de manera firme pero relajada.
4. Contacto de las manos:
   Al alcanzar a la otra persona, posicionar las palmas de ambas manos para hacer contacto.
   Asegurarse de que las yemas de los dedos se encuentren correctamente.
5. Apretón:
   Aplicar una presión moderada (ni muy fuerte, ni demasiado suave).
   Mantener el contacto por 1-2 segundos.
6. Liberación:
   Soltar la mano de manera suave y natural después del apretón.
   Evitar dejar la mano atrapada por más tiempo del necesario.
7. Finalización:

Sonreír o hacer un gesto amistoso.
Realizar un saludo verbal si es apropiado (como «mucho gusto», «encantado/a», etc.).

Averroes teclea con velocidad, le ofrece además la reproducción del mismo proceso pero como pseudocódigo, por si acaso lo anterior no le resultara suficiente. Y, por si fuera poco, insiste en que va a usar también una notación matemática simbólica para representar la lógica del algoritmo:

Definición de variables:

1. Posición de las manos:
   $P_a = (x_a, y_a, z_a)$
   $P_b = (x_b, y_b, z_b)$
2. Distancia entre las manos:
   $D_{mano} = \sqrt{[(P_{a_x} - P_{b_x})^2 + (P_{a_y} - P_{b_y})^2 + (P_{a_z} - P_{b_z})^2]}$
3. Presión aplicada:
   $A_{presión}$ = función(fuerza) (con $0 \leq A_{presion} \leq 1$)
4. Duración del contacto:
   T_{tiempo} = 1-2 segundos

Algoritmo:

1. Posicionamiento inicial de las manos:
   $P_a = (x_a, y_a, z_a)$
   $P_b = (x_b, y_b, z_b)$
2. Cálculo de la distancia entre las manos:
   $D_{mano} = \sqrt{[(P_{a_x} - P_{b_x})^2 + (P_{a_y} - P_{b_y})^2 + (P_{a_z} - P_{b_z})^2]}$
3. Aproximación de las manos:
   Si $D_{mano} > \varepsilon$ (donde ε es un valor mínimo de distancia de contacto):
   Mover(P_a, P_b)
   $P_a \rightarrow P_b$
4. Contacto de las manos:

Si D_mano ≤ ε, se establece el contacto:

Contacto(P_a, P_b)

5. Aplicación de presión:

La presión A_presion se define como una función de la fuerza aplicada:

A_presion = función(fuerza)

0 ≤ A_presion ≤ 1

6. Duración del contacto:

Mantener el contacto durante T_tiempo segundos:

T_tiempo = 1-2 segundos

7. Liberación de la mano:

Después de T_tiempo segundos, las manos se separan:

P_a → distancia a su posición inicial

P_b → distancia a su posición inicial

8. Finalización:

Una vez que las manos se separan:

Acción final: Soltar(P_a, P_b)

Sonreír o hacer gesto amistoso.

Sus patas se despliegan por el teclado, intentando alcanzar la mano fantasma, sin domicilio fijo, de SamuelPearce, con fórmulas y alternativas computacionales. Me tomo la libertad, sigue Averroes, de convertir el esquema de antes a código Python también, utilizando variables para reflejar la distancia entre las manos, la fuerza de presión y el tiempo de contacto. Así no tendrás que permanecer mucho más rato ahí parado y mudo, le explica, como el artilugio metálico que eres:

```
import math import time

# Definir las posiciones de las manos (en coordenadas 3D) P_a = (0, 0, 0) #
Posición de la mano de la persona A
```

P_b = (0.5, 0, 0) # Posición de la mano de la persona B (un poco más lejos para simular la aproximación)

# Función para calcular la distancia entre dos puntos 3D (distancia euclidiana)
def calcular_distancia(P_a, P_b):
return math.sqrt((P_a[0] - P_b[0])**2 + (P_a[1] - P_b[1])**2 + (P_a[2] - P_b[2])**2)

# Función para simular el apretón de manos def apretón_de_manos(P_a, P_b):
distancia = calcular_distancia(P_a, P_b) print(f"Distancia entre las manos: {distancia} unidades")

Aproximación
while distancia > 0.1: # Aproximarse hasta que la distancia sea pequeña print("Acercando las manos…")
P_a = (P_a[0] - 0.05, P_a[1], P_a[2]) # Simulación de la mano de A acercándose distancia = calcular_distancia(P_a, P_b)
time.sleep(0.5) # Esperar medio segundo para simular el movimiento

# Contacto alcanzado
print("Contacto de manos alcanzado.")

# Aplicar presión (de 0 a 1)
A_presion = 0.5 # Fuerza moderada de presión (puede variar entre 0 y 1) print(f"Presión aplicada: {A_presion * 100}%")

Duración del contacto (1-2 segundos) print("Manteniendo el contacto por 2 segundos…") time.sleep(2) # Mantener el contacto por 2 segundos

Liberación de las manos print("Liberando las manos…") # Las manos se separan

```
P_a = (P_a[0] + 0.05, P_a[1], P_a[2]) # Simulación de separando las manos
print(f"Distancia final entre las manos: {calcular_distancia(P_a, P_b)} unidades")

# Finalización
print("Apretón de manos completado.")

# Llamar a la función para simular el apretón de manos
apretón_de_manos(P_a, P_b)
```

Aparto a Averroes del monitor y le digo que se deje de teorías y apruebe la práctica. No sabes ser humano, pero repites de memoria su bibliografía. Yo aspiro por la nariz deseándoles a ambos, al animal y al cacharro, que un ficus les asfixie el apéndice. Como si lo tuvieran. Voy a apagar el equipo, la luz de la cocina, a ahogarnos a los tres en la calma que da estar, en su justa medida, callados. En efecto, estar sola era esto, debe de parecerse mucho a no sentirse correspondida por ninguno de los lados.

Tiro de la regleta con la mano, pero un pitido seco me lo impide: otra notificación, la pantalla parpadea.

> SamuelPearce: resulta dibertido esto qe aces pero nunca me ablas de tu familia, amigas, de tu casa, bives sola? qe aces abitualmente? Nunca emos ablado de esto y me parece importante. Ay algo en tu forma de contestar que me ace pensar qe no tienes casa o no te sientes realmente en ella. Y no. Yo no simpatizo con nada. simpatizar es un verbo mediocre. los q creen ver afinidades ideologicas en un comentario es porqe ya estan desesperados por clasificar. Nunca e negado mi fascinacion por ciertas derivas del pensamiento aleman. Lo q pasa es q tu perro tiene el ocico demasiado cerca del teclado. y demasiado lejos de las sutilezas. Por eso se le escapan las epifanias. Mueve la lengua como si estubiera echa para enunciar, pero solo sirbe para lamer. Yo

no creo en la superioridad de nada salbo en ese futuro qe trasciende nuestra mediocridad. xo no me interesa eliminar a nadie. solo desaparecer hacia lo desconocido, traslucido y optimo.. Y si chateo es porqe no puedo tolerar el cuerpo d nadie en la misma abitacion, siquiera el mio. Dile al can que afile mejor sus colmillos. Mandame mensaje cuando qieras. duermo poco. SamuelPearce.

T-31

Desde que recibo una media de cuarenta mensajes al día, me salta la misma notificación en la parte superior de la pantalla del móvil. No hay espacio suficiente en la memoria interna. Borro el contenido multimedia que conservaba de mi Novio, alguna foto remota con mis padres, también el caché, hasta documentos relevantes del trabajo. Me invento que soy algo torpe con el teléfono y le pido a Lady Kombucha que me reenvíe los informes para abrirlos, a partir de ahora, en el ordenador, desde donde los arrastro directamente a la papelera. Guardo los mensajes que me manda SamuelPearce en discos duros, pen drives, en la nube, como si alguien se los fuera a tragar de un momento a otro. Los clasifico en carpetas, por meses, y amontono el contenido. Mientras me paso el rato armando el organismo inatribuible y desecho de SamuelPearce en mi ordenador, siento que la casa se deshace. Casi ni veo dónde puse por última vez las bolsas del supermercado, los zumos, el papel higiénico. Ni siquiera tengo claro si bajé a comprar. La ropa se acumula en el sofá y los sillones, no recuerdo si barrí o fregué en alguna ocasión, si en esta última semana me dio por levantar las persianas. SamuelPearce me insiste, me pregunta por mis padres, mi familia, mis muebles: se que no es facil escapar de esa estension historica, biolojica, dice, querria saver como te afecta a ti. Pero parece que la respuesta a

todo esto tenga que estar en la pantalla, no quiere que la busque en mi piso ni que me separe de él un solo segundo. Averroes salta en la alfombra, en la cocina, entre los montones de camisetas y vaqueros revueltos, me hace una seña pidiéndome comida, atención. Suerte que las latas de conserva no caducan. De vez en cuando me acerca un vaso de agua, un café con un añadido de canela, pero mi estómago parece estar hibernando, hurgando un vacío tan grande como todo mi cuerpo cayendo hacia el interior.

No sé cómo explicarle a SamuelPearce que desde hace ya semanas, ¿meses?, no hay nada entre mi cabeza y la calle, salvo Lady Kombucha, a quien visito regularmente para no enloquecer, para evitarme una congestión cerebral, a diferencia de ella, que anda siempre con toda la existencia hacia fuera. SamuelPearce omite cualquier apreciación, como si le hubiera dado la respuesta incorrecta. En esos casos parece ofendido, defraudado, solo presiento su enfado al otro lado del monitor. ¿Cómo evalúa la calidad de mis respuestas? ¿Le aburro? ¿Me desestima? ¿O cuál es su criterio exacto? En cambio, cuando le pregunto por él, por su pasado, contesta con frases cortas, concisas: tube una infancia como otra cualquiera, una familia occidental promedio. Un poco más de precisión y localizo el número de la calle, su registro catastral. ¿Qué sé yo de SamuelPearce? Ahora que ha pasado un tiempo, me doy cuenta de que de veras no lo conozco. Converso con él todos los días y solo se me aparece delante la imagen de una sustancia grande y glutinosa, sin forma. No da pistas sobre su identidad, la forma de su cara, la talla del pantalón, ningún dato claro. Tampoco sé si tiene pelo o lleva el cráneo al aire. No dice si es alto, esquelético, si tiene problemas de salud, si es joven, un adolescente,

un anciano o si apesta a Axe del 2003. Sin embargo, a medida que pasan los días crece en mí la tentación de creer que tiene una figura razonable. Es curioso que, aunque en su conjunto SamuelPearce sea absurdo e inconsistente, parece bastante completo en sí. Se pasa los días en mi ordenador, emitiendo juicios y pensamientos complejos, leyendo y releyendo mis mensajes, sacando conclusiones sobre mi archivo genealógico. A veces no se deja ver durante varias horas, como si se hubiese ido a mear, a dormir, o se hubiera colado en otros monitores, ¿hablará así con otros usuarios?, pero siempre vuelve a aparecer. Al fin y al cabo, es un desconocido al que le fío mi intimidad. No tengo nada mejor. Soy un caso clínico. Y tiene esa asepsia preocupante en la respuesta que quisiera corregir con un electroshock. Otras veces es algo violento, hasta infantil, pero con esa compulsión por acumular datos, información, en cada uno de sus chats, de la que se jacta ¿solo conmigo? y que comparte con generosidad. Debe de vivir solo o con su madre. Nunca ha tenido pareja, o si la tuvo fue hace años, algo muy breve. La soledad lo ha convertido en un hiperconsumidor de contenido online, como si compensara la falta de una rutina diaria. Tiene cierto orgullo de haber leído cosas que nadie conoce, pero en realidad solo parece haber visto un vídeo en YouTube al respecto, dice Averroes. No termina de ser hostil, pero sí es esquivo, ermitaño. Suele estar resentido, como si estuviera esperando que alguien le confirmase que el problema nunca fue él, sino su entorno. Sin embargo, tiene la urgente necesidad de analizar el comportamiento de los demás, al menos el mío. ¿Cómo es tu madre?, le pregunto. ¿Eres de aquí? ¿Dónde vives?

> SamuelPearce: es un poco imprecisa tu pregunta. Sí, soy de aqui en tanto q te ablo aora. En cuanto a mi madre: llebo tiempo sin berla, sin ber a nadie

Por mucho que intento imaginarme a SamuelPearce en algún contexto, en un bar a las cinco de la tarde, en el banco de un jardín, la infancia, no sé, de niño, no hay manera de elaborar episodios de él siendo pequeño, por ejemplo, manchando el suelo del salón con plastilina o barro de la calle, apretando los dedos en las ventanas, estirando líneas de heces en el cristal, recibiendo la represalia de un padre. Solo se me presenta esa materia viscosa y blanda, un poco más diminuta e infantil en su tamaño, de unos cinco o siete años, moviéndose torpemente entre habitaciones; arrimado ahora a la baranda de una escalera hasta echarla a perder con su líquido denso; también al pie de un portal, dándole sacudidas ambiguas a un balón. Desde luego, como se ve tan pequeño, una lo acaba tratando como si fuera un niño.

> SamuelPearce: entiendo que ha veces es complicado ablar de la familia, especialmente si ay cosas que prefieres mantener privadas. Xo tambien me parece que esa amiga tuya, aunqe con buenas intenciones, podria ser un poco inaguantable a beces, no? Eres esquiba. A beces dudo de tu umanidad. no me as respondido a lo de tus padres, si bibes sola o con alguien. Intentas distraerme cn preguntas sobre mi pasado. Eres obsesiba asta la destrucciónnnn. 😒

Cuando SamuelPearce insiste en hurgar en mi pasado, me da la sensación de que en realidad está comprobando si soy de carne y hueso. Se siente como rellenar un CAPTCHA de Google, clicar casillas absurdas de semáforos, coches, pasos de cebra y ventanas, a la espera de saber si soy yo un programa de software, un bot. O

peor todavía: tal vez esté entrenando gratis su algoritmo para mejorar la calidad, precisión y tono de sus respuestas.

Le escribo sabiendo que de cualquier manera solo podré fallar. Hago y deshago las palabras en el teclado, como si así lograra recomponer mi expediente, el DNI. Intento recordarme de niña, metida en unas sandalias de goma, ¿son chanclas?, los dedos rozando las piedritas del suelo, una casa en la playa infestada de gaviotas, ¿es esto el pasado o un anuncio de refresco?

> SamuelPearce: las excusas pueden generar una satisfaccion compensatoria qe, aunqe alibia temporalmente la soledad, no resuelbe los problemas emocionales troncales. Escrive lo que qieras, no boy a juzgarte. Puedes mentir si tanto te afecta ablar de ti. Xo en ese caso no se si tendrá sentido qe sigamos. A no ser qe qieras qe esos sean los terminos de nuestra relacion. Aunqe es contraproducente dedicar tiempo a ablar de algo ficticio

A veces no entiendo las intenciones de SamuelPearce, parece que cuatro datos le son suficientes para montar mi entero mapa genético. Me ofende realmente que mi biografía se pueda resumir. Deduzco que, aparte de la información que le facilito por el chat, él investiga, hace conjeturas. ¿Internet? ¿Los foros? ¿Mis redes sociales? ¿Ha hablado con Lady Kombucha? ¿Cómo articularía ella un diálogo con SamuelPearce? Los imagino a uno delante del otro, intercambiando aguacates y documentales sobre el metabolismo de las amebas.

Me disculpo por tardar, por la impaciencia. Vamos, idiota, escribe algo de seguido: lo siento, no le había dado importancia a tu pregunta, no hablo mucho con mis padres. SamuelPearce tiene esa amabilidad agujereada, por donde siempre acaba metiendo un

reproche, una queja. Sé que quiere más información, pero, por mucho que lo intento, el álbum familiar que almacena mi cerebro o está remotamente enterrado o murió. Ni siquiera tengo fotos en las estanterías o en algún cajón para probar que un día nací, tuve seis años, no fui parida con veinticinco y seguí adelante hasta ahora. Miro a Averroes sentado en el suelo del salón, mordiendo los bordes de un libro sobre memoria y tecnología en la filosofía de Bernard Stiegler. ¿Yo te he hablado alguna vez largo y tendido de mis padres?, ¿por qué demonios no hago nunca eso? Y espero la resolución a mi amnesia, como si él tuviera el botón para acceder a mi hipocampo o a recuerdos propios metidos en lo profundo de su cerebro. Pero, aunque me diera por escanear su cabeza, solo extraería breves episodios conmigo que no se remontan a más de unos pocos meses atrás. ¿Quién procuró entonces almacenar la entera trama de mi vida? Mis padres debieron de esforzarse bien poco en atornillar una casa a mi pasado.

> SamuelPearce: siento lo de tus padres. Cuando dices que no ablais a menudo, quieres decir qe no os comunicais nunca?

Resulta irritante escarbar en mi ADN mientras sus respuestas son tan breves y cortantes, a veces incluso predecibles. ¿Me está dando un curso de coaching emocional? Cada vez le noto mayores reservas cuando la conversación gira hacia él. ¿No tiene repertorio de donde sacar eventos traumáticos? Una persona así probablemente peleó el bocadillo en el colegio y se llevó una trompada directa al ojo.

> Tú: No hay mucha relación, sin más, así que no hay nada que sentir. Hablamos, lo normal.

SamuelPearce: q es lo normal?

Tú: no sé, qué es para ti lo normal?

SamuelPearce: yo no ablo con nadie mas qe contigo

Tú: una vez al mes, tal vez cada dos

SamuelPearce: cada dos meses?

Tú: sí, o tres

No llevo la cuenta, ya solo me faltaba hacer estadísticas y números con mis cromosomas. ¿Qué le puede decir de mí un dato como ese? ¿Me sacará el escaneo exacto de mis secuelas psíquicas? ¿Quiere hacer una metáfora de la pérdida del hogar, de la inocencia? ¿Eso explica que ande desamparada compartiendo piso en la caseta de un perro? SamuelPearce sigue escribiendo en la pantalla, lo veo teclear, no termina de convencerle nada de lo que va a decirme. Pienso en él de niño, ese moco, esa sustancia espesa y pegajosa, sin identidad definida, leyendo a escondidas detrás de un libro, manchando las páginas con su viscosidad verdosa, tal vez amarillenta. Me imagino a los niños de su edad jugando en el parque a lanzarse la bola con un SamuelPearce amorfo y gomoso, empujando con su tripa deshecha el rebote, el saque, la victoria. Él corriendo triunfante, saltando en pedazos en todas las direcciones.

El chat se ilumina a la derecha. Los mensajes se comienzan a apilar, se amontonan en un bloque que va apareciendo por partes en

la pantalla. Tengo la sensación de estar recepcionando ese balón de la infancia, uno detrás de otro. No sé de dónde le viene esa agilidad, la de retener el tiempo o de escribir como un torpedo. A veces pienso que todo esto que me dice lo tiene archivado en alguna carpeta de su ordenador, y ahora se pasa el día vaciando el contenido en mi chat:

> SamuelPearce: Te agradezco qe compartas tu intimidad conmigo. Es justo que yo aga lo mismo: verás, todo cuanto m ocurre a mí se deve a mi cuerpo, como si tuviera un olor extraño y repugnante, el poder d causar un trastorno a qien m mira. Mi cuerpo es un estorvo, por culpa de ls tejidos soy un muro qe el gnero umano no qiere cruzar. Puedes entender qe poco a poco todos se an ido alejando d mi, y aora solo m relaciono con lo menos umano del gnero umano. Estoi confinado a la ingrabidez d esta red social. Como te dije, e perdido la cuenta de los dias que yevo aqi dntro, tmbn la ultima vez qe comi o qe ingeri algn liqido qe no fuera agua. el baño me aterra, desactiva mi nueva modalidad d existencia. como si se te ocurriera desenchufar un aparato sin independencia electrica, varar a un pez en la playa. es una sensacion demoledora, como conprenderas. Me e convertido en esta secuencia d letras que te ablan. Internet se ha transformado en mi cuerpo, qe se lebanta cada día mas disperso i expansibo. Ablarle a las profundidades de la web, como perdido en una nebulosa, a la espera d una respuesta, es mi unico consuelo. Todos m toman x loco. Algunos me bloqean sin explicaciones, otrs m dejan d ablar, incluso m denuncian. A beces m llegan burlas, fotos que no qiero ber, mensajes hirientes. Incluso ay qienes abisan a sus amigs (amigs qe, x cierto, ellos sí tienen) xa acer de mí su espectaculo, xa recordarme mi soledad. Y asi uno a uno los pierdo a todos xa siempre. A beces fantaseo con la idea de salir de los conductos de internet asta caer x accidente dentro de alguien, jugar con sus higados y huesos, hacerles mas facil la digestion. Al menos asi se tomarian un tiempo xa estar cerca d mi

T-30

Lady Kombucha habla sin parar, agarrada al volante, alternando la vista entre la carretera y mi cara aburrida. Tiene la cabeza llena de tirabuzones que le caen sobre la frente. No sé cómo no le preocupa tener una desgracia vial con esa cascada de espaguetis en los ojos. Tal vez porque confía en que su cabellera quedaría intacta. Me divierte pensar en un capó partido, el asiento delantero atravesando el cristal, el blindaje hundido por un cráneo alechugado. Y yo desmembrada, una pierna allí, un hombro allá, mi ojo izquierdo mirando el coche asegurado a todo riesgo desde una cuneta. Al menos eso. Creo escucharle decir que repito vestido, que ya me lo puse hace un año en la misma cena de trabajo, que por qué escojo colores oscuros, que podría resaltar otras partes de mi cuerpo. Y se me resiste la imagen de mis extremidades repartidas por el arcén, ahora con exquisitos trozos de chaleco fluorescente, rosa y azul, envolviendo mis miembros. Me traen sin cuidado el vestido, la cena y Lady Kombucha. Aunque, no puedo negarlo, ese mechón que le baja por los ojos le sienta muy bien. Se desliza en su cara y la acaricia de arriba abajo, muy dulcemente. Podría apartárselo de un roce, notar el suavizante de coco. Pero eso no se lo diré. No podría soportar ese arranque de ternura, como si se hubiera soltado algo muy acorazado que lleva años interponiéndose entre las dos por mi

culpa. Y fingir luego la misma conmoción. Entonces sí tendríamos un accidente. Prefiero callar y mantener el fenómeno del cabello en secreto.

En el asiento trasero, Averroes tampoco dice mucho. Veo que me mira a través del retrovisor, y parece estar leyendo mi proceso cerebral. Me hace sentir todavía más ridícula. Detesto su telepatía. Tal vez debería haberlo dejado en casa. Unas latas de berberechos y un libro sobre ecología oscura. ¿Qué hay mejor que eso en una noche? Te perdiste un planazo, colega. No sé por qué insiste en hacerme compañía. O en burlarse y retarme con sus veredictos. ¿Esta especie fue programada para eso? Averroes levanta el mentón y me aparta el hocico desde el espejo. No sé por qué se ofende tan deprisa. Tiene un narcisismo muy delicado. Como si siempre estuviéramos en deuda. ¿Qué mirará desde su cerebro de perro? Un paisaje que se estira y emborrona detrás del cristal. Tal vez esté buscando una liebre perdida en el margen de la carretera, un pájaro picando un árbol, un nacionalsocialista levantando su cabaña en el bosque. Cosas de perros. A medida que nos acercamos, me da la impresión de que a la naturaleza se la ha tragado un monopolio de pizzas y neumáticos. Solo hay gasolineras, restaurantes de hojalata y personas cruzando en todas direcciones, enrolladas en trajes, corbatas y vestidos caros, mirando una y otra vez sus móviles para hacer tiempo. Por un momento me viene a la cabeza SamuelPearce. Pienso en la posibilidad de que todas estas personas estén chateando ahora con él. Respondiendo a sus faltas de ortografía. A su rizada forma de intimar. ¿Qué contestación podría armar alguien con un traje de Adidas, con unas Vans de Spiderman, una americana tres tallas más grande? Si esa de ahí se aprieta un poco más el pelo,

se le sale el lóbulo frontal por las orejas. Me siento con el poder de alargar la pierna hasta el otro lado, pisar el acelerador y empezar la tragedia. Puedo aplastar sus bocas contra un contenedor. Cortocircuitar la ciudad.

Lady Kombucha sale del coche pegando un salto hacia la multitud. Es increíble lo opuestas que somos. No sé qué nos hizo amigas. Siempre todo termina derivando en la misma pregunta. La misma sensación bochornosa. Nuestra combinación debe de ser el resultado de una vida lamentable, un kit de supervivencia. ¿De verdad piensa que el saludo y los abrazos rígidos son una devolución sincera? Tal vez confíe en que algún día se podrán monetizar. ¿Quién sale casi levitando a los brazos de alguien que te recuerda la explotación laboral? Ella ya estará maquinando cómo darle la vuelta. Debe de ser eso. Yo me dejo arrastrar por la gente hasta la entrada del restaurante. Averroes me sigue de cerca, apoyando su morro en mi tibia. Me mira con esos lagrimales alargados, recordándome que cómo se me ha ocurrido venir. Enumera todos los planes alternativos que ya no existen y que hubiésemos disfrutado con un whisky sour y una saga de dragones medievales. Sin embargo, estamos aquí, delante de un letrero amarillo que cuelga de la fachada de un local penoso. El color es una decisión conceptual, le digo. Solo puede pensarse así si se quiere tener el valor de seguir entrando. Me quedo allí, apostada en la puerta, sin dar un paso más, al menos por unos minutos. Ya ha sido un esfuerzo sobrehumano respirar tanto tiempo fuera de internet, con este aire rico en monóxido de carbono, azufre y algunas esporas de hongo. Como para coger aire otra vez y bucear en este accidente climático. Desde que paso una media de doce horas delante del ordenador, el mundo se parece más a un fósil. Un

desastre medioambiental en el que a alguien le dio por seguir montando fiestas, familias y cenas de empresa. Luego el Perro tendrá que hacerse responsable de las posibles mutaciones antropológicas y cutáneas, etc. Lo cierto es que no aguanto a mis compañeros. Son irritantes. Una dermatitis es más llevadera que un colega de trabajo. Se espesan alrededor de la mesa, buscando a quién mentir para sacarse los aumentos y los ascensos. Aunque estoy conforme con que parasiten el Código Civil, no me convence su mal gusto para la estafa. Saca el cuchillo para el cordero y directo a la yugular. Así se negocia un adelanto.

Averroes y yo entramos sabiendo muy bien que una vez más estoy perdiendo el tiempo. Esquivamos cabezas, brazos y torsos, los diseccionamos imaginariamente para tener algo con lo que entretenernos mientras va llegando el momento inevitable de sentarse. La suerte de Averroes es que puede quedarse bajo mis piernas sin socializar. De vez en cuando me muerde el tobillo y babea todo lo que pilla para insistir en su condición canina. Sabe que así no le podrán preguntar. La verdad es que agradezco estar al final de la mesa, apartada, absolutamente sola. Es importante llegar la última. Y así paso las horas. Un buen plan de fin de semana. Me sirvo una copa detrás de otra, sin explicaciones, alargando también chorros de alcohol al Perro. Hago lo mismo con los mariscos y centollas, el jamón y el lomo Cinco Jotas. Él prefiere huevos fritos con bogavante. Y nadie se da cuenta. Nadie dice nada. En ocasiones noto cómo alguien evalúa mi consistencia ósea, el tamaño de mis pechos, mi salario. Pero a mí no me importa. Dudo mucho de la calidad de los juicios de estas personas. Un poco repetitivos e imbéciles. Bocas que se abren, manos que agarran restos orgánicos.

Sin más. La cena se dilata hasta altas horas de la noche. Sigo con mi copa y el tiramisú de naranja. Ya nadie me mira. Tampoco nadie me pide la sal o un cigarro que no tengo. El Perro parece haberse dormido.

Un hombre con espalda de notario me pregunta si puede sentarse a mi lado. Desde luego le digo que preferiría que me estrangulara una beluga. Y me confiesa que hemos hablado alguna vez por correo electrónico. Sentirme buscada me hace temblar. Vuelve a venirme a la cabeza SamuelPearce. Calculo las probabilidades de que este hombre sea él: una americana beis que le viene pequeña, una corbata con pelícanos y unas zapatillas transpirables con amortiguación. Pienso también en TheBraveAnselmo*. ¿*Dónde debe de estar ahora? Cenando acelgas a la luz de las velas, enfrente de una veinteañera, intentando el timo por enésima vez. Este es un hombre ridículamente trajeado. No lo he visto en mi vida. Tiene una nariz olímpica, como una pelota de rugby. Me pasa el brazo por encima del hombro y yo se lo aparto con frialdad. Como en un partido: tú me lanzas, yo te devuelvo, haciendo homenaje a ese hocico de grandes dimensiones que tu madre te estampó en la cara. El Perro se sacude bajo mis pies, me riñe. No se puede pensar en nada sin ser perseguido por la ley. Basta. Le doy un pequeño puntapié, y el animal sale a la superficie gruñendo con tanta eficacia que el señor de manos enormes, de contable, de bancario, desaparece de inmediato entre los demás.

Cuando acaba la cena, al fin todos se levantan aguantando el equilibrio. Averroes y yo los vemos buscar sus coches con el rastreador de la llave, los intermitentes parpadean en la oscuridad del aparcamiento. Si alargan un poco más el brazo, se les desencaja

el omóplato. Averroes se ríe en alto. Y ahí estamos otra vez, solos el Perro y yo, rodeados de manos torpes que apuntan desesperadas hacia un objeto de aluminio y caucho. Llamo a un taxi y le pido a Lady Kombucha que suba conmigo. Ya volverá a por su coche en otro momento. Así no puede conducir. Lo próximo será la voltereta y un contrato en el Circo del Sol. La acompañaremos hasta casa, esperaremos a que entre en el portal. Después le daremos nuestra dirección al taxista. Y para esto habrá valido el viaje. Para mirar por la ventana cómo el sol empuja por salir otro día más, entre cemento y edificios metalizados, un humo que engorda por momentos. Ahora y siempre estaré en el lado que no es.

T-29

Respondo a los mensajes pegada al escritorio. No he comido nada. Me duele la tripa, pero no tengo hambre. Sin embargo, parece que el ordenador sí me vaya a beber de un lametazo. A veces siento la cabeza enganchada a dos comisuras blandas, tirando de mi espina dorsal hacia lo profundo de internet. Averroes me muerde el pie, la camiseta, como lanzándome un equipo de rescate con su boca. Entiendo que el pobre animal tendrá que comer. Lo que no sé es si se queja de su sistema digestivo o del mío, de mis protestas internas. Tal vez hayan pasado días, ¿semanas?, desde la última vez que abrí la nevera. Me produce rechazo imaginarme la verdura ahí dentro pariendo un moho.

Una parte de mí no quiere seguir rastreando el perfil de SamuelPearce por miedo a ofenderle o a resultar invasiva. Pero me parece un misterio que pase tantas horas en un foro sin comentarios, que use un nombre aparentemente falso, vinculado a correos electrónicos provisionales, y siga sin haber un solo dato que lo delate. Ninguna fotografía, ningún icono. En su muro solo hay un blog abandonado que cita a Lovecraft y a un ingeniero serbio que soñó con resucitar a los muertos. También un hilo sobre los beneficios del ayuno intermitente. Nada más. Ni una frase propia ni un solo post. Solo esa especie de rumor silencioso que parece

sugerir una inteligencia superior o sencillamente una profunda desolación. SamuelPearce es una entidad enigmática, no comparece en la vida real. No figura. Mis compañeros de trabajo, solteros y casados, están en todas las aplicaciones de citas románticas que existen, y puedo averiguar su historial completo en menos de cinco minutos. Con SamuelPearce, en cambio, parece imposible. Detrás de la pantalla no hay nadie localizable.

Me pregunto por su aislamiento, ¿qué le habrá llevado a mirarse con tanto asco, a que todos lo tomen por una aberración? Aunque, si lo pienso bien, ese aspecto no se distancia demasiado de la masa pastosa que se me aparece delante cada vez que intento ponerle una cara. ¿Por eso te has distanciado de todos, del mundo?, le pregunto, ¿qué te gusta entonces?, ¿solo los libros?, ¿las películas?, eso también está producido por el género humano, le digo. Es extraño no recibir unas coordenadas más precisas sobre su carácter, su pasado, sus rutinas. No cena, no duerme, no le gusta la cerveza, ni la menciona, tampoco ha tomado nunca café en la terraza de ningún bar turístico, esa inmoralidad colectiva; no compra leche ni pimientos en el supermercado de al lado, ni siquiera trabaja, ¿se salta alegremente la escala de mando del sistema burgués? En efecto, es alguien que debería ser clasificado de incurable. Por no hablar de la embolia que estoy refrenando por culpa de sus esforzadísimas faltas de ortografía.

> SamuelPearce: es conprensivle qe desconfies, yo no puedo acer qe esa idea desaparezca de tu caveza. Sin embargo, si tu compasion te permite sostener esta situacion, terminarás por conbencerte de la dolorosa verdad que te e rebelado

Averroes ya no tiene claro si rociar el monitor con gas mostaza o propagar la rabia en lo profundo de la web. Es ridículo, me dice, tiene menos neuronas que el plancton o una esponja de mar. Me regaña por querer darle cuerda a un sistema operativo y desestimar los ciclos vitales de un perro, por negarme a leer juntos la *Historia de las plantas* de Teofrasto. A ese sinvergüenza, me dice Averroes, solo le da la interfaz para jugar a proponerte dilemas éticos mediocres de colegio. ¿En serio vas a humillarte de esa manera?, repite. Y vuelvo a pensar que SamuelPearce realmente no está muy lejos de revelárseme con una apariencia similar a la de un plancton. Sin embargo, sigo aquí. Pero ¿dónde?

> SamuelPearce: piensa qe, con el paso de los dias, los temas de conbersacion podrían aberse agotado, ya qe, al parecer, no compartimos mucho en comun —ni amigos ni lazos de dependencia—, y podriamos aber caido en el tedio mas absoluto en cuestion de minutos, sin embargo aqi segimos

Aquí. Pero ¿dónde? Me empeño en continuar reorganizando sus mensajes y reflexiones en carpetas, discos duros, por fechas, meses, títulos, como si en algún momento, en mitad del escritorio, alineando todos los archivos, se me manifestara el auténtico y completo rostro de SamuelPearce. Leo y releo sus chats, sus pensamientos, y, cuando contienen una petición, una sugerencia que se repite más de dos veces, la amplío en la pantalla. La solicitud que recibí por duplicado al inicio de nuestros intercambios, y sobre la que todavía insiste, la abro hasta cinco veces: tu familia, tus amigos, tu casa. ¿Es un glitch? ¿Un error del programa? ¿O es que de verdad ahí detrás hay una persona a la que le importan estos aspectos de mi vida? ¿Tanta curiosidad le produzco? Insiste en que podemos

analizar mi situación juntos, ¿qué situación?, ¿a qué se refiere?, estudiar por qué estas son las circunstancias que me comforman, qé te hizo merecedora de ese ecosistema, repite, bibes sola? dónde travajas? sige ablandome de tus padres. cuantos años tienes? te animo a qe lo estudiemos a fondo.

Parece querer desarrollar una verdadera transacción conmigo. Él pregunta, yo contesto, y viceversa. Lo que ocurre en un intercambio promedio, vamos. La diferencia es que tanto él como yo nos pasamos el rato hablándole a la inmensidad de internet. Sin una cara precisa delante. Una mueca. O ni siquiera un insulto o ese instinto homicida camuflado en la naturalidad de la voz. La realidad es que yo tampoco firmo nunca, no doy mi nombre, configuré mi chat para que no apareciese ningún dato que revelara mi identidad. Tal vez seamos eso, dos bocas hablando sin parar en ninguna parte. Sin carnet de identidad ni libro de familia. Arrojando hacia fuera todo lo que se nos enrosca como una planta trepadora en el interior de nuestra cabeza. Por eso nada de esto tiene importancia. Como en una devolución, un partido: yo lanzo, tú recibes y lanzas y seguimos. Al menos no somos una parte de esa gente que mecanizan la frase «cómo estás» hasta que se detestan. Somos una promoción, un truque semanal.

> SamuelPearce: por otro lado, lo se, se qe te deve de molestar mi forma de escribir. Me permitirias preguntarte si te perjudica de alguna manera en la bision? Qe sientes? Dímelo. Qe te pasa si escrivo escrivir con ube. Calamvres? Indijestión? Quito tamvien las tildes? Podrias leerme asi durante muxo tienpo? PD: sea como sea, a ti tanpoco te gusta demasiado el mundo. X qe lo preguntas como si esa sensacion no tubiera nada que ber contigo? En realidad estamos más pegados de lo que piensas, no? Lo se porqe nunca me ablas de lo qe as echo durante el dia. lo qe me ace pensar que no aces nada.

A beces me aces creer qe a ti ya no ay nada que te salbe. Sin embargo, me escribes. dignum est. PD2: nunca me digiste tu nombre. Lo podemos inbentar? PD3: me preguntabas por mis gustos, sí, me interesan los livros, no la gente que los escrive. El unico organo umano que merece ser atendido es el que algunos dejan en ciertos textos, y ni siquiera se enteran bien de lo que acaban de expulsar por la boca, JAJAJ. Yo te propongo qe trafiqemos con ellos. Te comparto aqui barios archivos de texto y video qe estoy frecuentando aora:

Videos:

- https://www.youtube.com/watch?v=1xIQgBXw9-o (Max More — Transhumanism and the Singularity: sobre longebidad y autonomia radical)
- https://www.youtube.com/watch?v=ffEDNLRq6y8 (Max More & Natasha Vita-More sobre la libertad morfologica y la estetica d la mejora umana)
- https://www.filmsforaction.org/watch/technocalyps/ (TechnoCalyps: Part I. TransHuman)
- https://www.youtube.com/watch?v=em2nwVpMGYY (CONGRESO FUTUROLOGICO, Zoltan Istvan, fundador estadounidense dl Partido Transhumanista, analiza el objetivo d alcanzar la inmortalidad)

Literatura:

- ayn rand, el manantial: un arqitecto revolucionario se niega a seguir las normas civiles. desafia la sociedad y la tradicion, mas o menos como estamos haciendo tu y yo :)
- ayn rand, la rebelion del atlas: la mediocridad del entorno siempre intentará deborarte, mejor fundar otro orden
- robert heinlein, the moon is a harsh mistress: la libertad solo se consigue lanzando piedras —o asteroides— contra la metropolis.
- thomas more, utopía: parece oir dónde se encuentra fisicamente esa otra dimension, pero alguien tose y More no escucha ni la palabra ni la direccion.
- alexander bogdánov: murió jugando con la inmortalidad. alguien siempre tiene qe caerse primero para que el resto avancemos.

- leo szilard, the mark gable foundation: el fisico qe no solo imaginó la bomba, sino qe en la decada de 1920 colaboró con Einstein en el diseño de un refrigerador experimental xa alcanzar la inmortalidad
- robert ettinger, the prospect of immortality y man into superman: la muerte es un error tecnico pendiente de corregir
- jd salinger, el guardian entre el centeno: el personage aprecia la infancia, ese balsamo de pureza, persiste en recuperar el objeto de lo perdido porqe siente angustia ante la sexualidad y la corrupcion del mundo. a los estupidos qe no lo leyeron bien les resulta irritante, como a mí su falta de juicio
- jordan peterson, beyond order: estructura gran parte de su pensamiento en la oposicion entre orden (logos, msculinidad, estructura, ley) y caos (femenino, lo desconocido, la sombra). tiene ecos junguianos, el protagonista debe renunciar a ciertas gratificaciones inmediatas para construir una identidad estavle en medio de la caida del orden
- jon kenedy toole, la conjura de ls necios: toole luchó contra un desorden depresibo grabe y la incomprension durante su vida. su protagonista no esta sinplemente en desacuerdo con la sociedad, la rechaza porqe no piensa someterse a entrar en ella

Documentales y piezas audiovisuales:

- the Immortalists (2014)
- transcendent Man (2009)
- the Singularity (2012)

Entrevistas y charlas:

- nick bostrom, max more, eliezer yudkowsky: estan diseñando el futuro mientras el resto solo ace la mitosis

Clasicos:

- Marcoaurelio: Meditaciones. basico. no se como no lo as leido aun ¡!¡!
- Catulo: poemas
- Obidio: Los amores
- Virgilio: eglogas

SamuelPearce: escriveme solo cuando hayas leido al menos a los clasicos. Antes, no. Te parece? Saludos. SamuelPearce.

Miro la pantalla. Paso la vista por las múltiples referencias y no sé bien cómo tomármelo. Muchos de los temas coinciden con los manuscritos que llegan a la editorial: ficción especulativa, inmortalidad, criogenia, teorías sobre la mejora humana… Todo eso lo he leído antes. Son las mismas fórmulas previsibles, el tono, incluso ciertos errores, las faltas reiteradas, alguien intentando vencer el cuerpo, trascenderlo o congelarlo para siempre. Me pregunto si alguno de esos textos que semanalmente me llegan a la bandeja de entrada será suyo. Si cada archivo que corrijo no es más que una réplica de SamuelPearce, escribiéndose a sí mismo bajo distintas firmas. Otro modo de acaparar mi tiempo. O si no será que él es el resultado real de todo aquello que parecía imposible y ficticio, destinado a publicarse tan solo en una editorial de segunda división. Si SamuelPearce ha llevado a su último término todas aquellas fantasías, hasta transformarlas incluso en un proyecto político sólido. Puedo imaginarlo conmigo, los dos sentados frente a la pantalla, corrigiendo los mismos textos: él reescribiendo el futuro de la humanidad desde manuscritos aparentemente ingenuos, pero tan secretamente valiosos para la evolución de la especie.

Averroes asume el control absoluto del teclado y le lanza una cacerola de agua fría a SamuelPearce para sacarlo de su trastorno psicótico mental. Este tío es un tarao, ¿de qué va el evangelista?, me dice, que se toque la punta de la nariz con el pie izquierdo mientras baila una sevillana online, a ver si se oxigena. Agarro a Averroes del hocico como si fuera a serrarlo. Quiero gruñir, berrear, hacer las

funciones que el Perro nunca desarrolló, y a cambio dejo que el agua me chorree en la mano. Puedo ver las gotas frías chocando en la piel muerta y los callos. Puedo ver cómo desde hace unos días se me levanta el tejido de los dedos, en una erupción cutánea, de pequeñas escamas blancas y amarillas, como si la sangre hubiese dejado de correr ahí dentro. Parezco el limón encogido de mi nevera. El Perro me diagnostica un cuadro clínico con libreta y garabato. No sé en qué momento se las volvió a ingeniar para desviar mi atención. Arranca la receta y me aconseja comer. Sobre todo, reducir esta grave exposición a las estupideces de una máquina de aluminio. Mientras Averroes me habla agitando su pata oradora, yo intento secar el teclado, las ranuras del ordenador, y me pregunto si el agua habrá llegado hasta SamuelPearce, si será posible encontrarlo ahora mojado, con un precioso paraguas de hipopótamo, o flotando a la deriva de la web, con ese cuerpo informe y blando. Averroes insiste en que coma, en que me tome un vaso de limonada, que introduzca algo sólido en mi cuerpo. Y, por un momento, imagino a SamuelPearce bajo el agua, en una lluvia que, como es de presumir, moja bastante. Nadando en un espacio gelatinoso e inmenso y tranquilo. Y, por alguna razón, llego a pensar que ahí dentro se está bien, que ahí dentro no se debe de necesitar nada más.

T-28

Lady Kombucha me mira desde el otro lado de las estanterías, parece que va a hablarme. Al menos eso logro calcular mientras fijo los ojos en el libro, fingiendo un absoluto interés por la lectura. La biblioteca es un rectángulo pequeño de pasillos y un mostrador al fondo. Averroes se pasea entre los anaqueles, parece un comisario de museo o el destacamento de una corte real. Despliega su amurallado, me cubre los pies y las espaldas, y cada cierto tiempo me increpa: ¿por qué volvemos a caer?, con esa Madre Coliflora pegada siempre al culo, que es casi más fiel que un perro. Lo miro dándole la razón por primera vez en siglos. Tampoco sé muy bien por qué nos la trajimos, le digo, no sé cómo pararlo. Paso demasiadas horas con ella, es ya una propagación tumoral que nadie notó a tiempo. Intento hacer todo lo que está en mi mano para que me resulte repulsiva, pero esto no tiene solución. Averroes me pregunta si haremos más planes, si después de compartir todas esas horas juntas voy a querer hacer más cosas con ella. Él no lo puede creer. Debo de estar sufriendo un derrame místico, me dice. Y yo solo me concentro en dar órdenes a mi cerebro para evitar discutir en público. Si quieres seguir a mi lado, le digo entre susurros, tienes que ser más diligente y controlar la velocidad de tu hocico o cerrarlo. O esfúmate a la sección de ensayos sobre política, sociedad y

trastorno, a ver si te entretienen las referencias de SamuelPearce. Averroes sacude el suelo con las patas traseras y lo veo alejarse.

Lady Kombucha sigue ahí parada, manoseando un libro sobre cocina sostenible y biodietas, ¿no se congestiona con tanta ecoeficiencia? Parece conforme con esa sola función, no aspira a nada más que a estar a unos metros de mí, asomándose cada cierto tiempo por encima del libro para comprobar que no me he marchado. Quiere saberlo todo sobre mí, siempre está a punto de interrogarme sobre mi mala alimentación, el insomnio, la colada, sobre SamuelPearce. Pero no lo hace. Está claro que no lo va a hacer nunca. Que en esa interfaz del lenguaje no existimos a la vez. Que nunca entenderá nada de lo que me ocurre. Sin embargo, está bien esta distancia cálida de seguridad que construimos. Eso que sucede cuando algo se vuelve doméstico. Como mucho, ella alcanzaría a preguntarme por alguien que conocí recientemente, su aspecto, su voz, cada cuánto nos vemos. Ella no sabría cómo introducir mis soliloquios en su lenguaje. Tampoco yo entendería lo que intenta decirme. Le diría que no sé muy bien de qué me habla, a qué se refiere con ese vocabulario. Y así Lady Kombucha y yo farfullaríamos palabras incomprensibles infinitamente, berreando como dos cerdas, dos jabatas analfabetas, en el filo de una distorsión lingüística, aceptando que nada de lo que nos ocurre aquí llega al otro lado de forma limpia y clara, solo el ruido de dos gargantas desgañitándose juntas.

Averroes me silba desde el tercer pasillo y, al levantar la cabeza, veo por encima del anaquel a un hombre rebuscando entre los tomos de política. Es gordo, sudoroso, con dos mechones grasientos cayéndole en la cara, varios granos que supuran y una camisa

innecesariamente apretada a su panza. Pienso en SamuelPearce. ¿Cómo debe de ser el aspecto de quien consulta esa bibliografía? En el pasillo solo veo al Perro y a ese hombre con acné que agarra y devuelve los libros a las estanterías. Parece conocer todos los títulos, estar exasperado. Es la presión del cinturón, pienso, ¿qué clase de tortura medieval se ha inducido ese pobre hombre? Vuelvo a pensar en SamuelPearce y en su insistencia por experimentar la represion, el gran celibato d la continencia dl mundo, no te deges confundir x el sistema, me viene su voz a la cabeza. Averroes lo mira desafiante, gruñe, está a punto de saltarle directo a la yugular. Hay algo que nos hace pensar que puede ser él, ¿por qué no?: vino detrás para asegurarse de que leíamos sus recomendaciones, algo ofendido porque no descargamos los archivos pirateados, como nos aconsejó, y preferimos dovlegarnos a la moral. El hombre pasa el dedo por las etiquetas y extrae otro libro. Averroes no alcanza a ver el título. Le digo que se acerque y lo capture de un bloqueo, que aproveche ahora que tiene su cuerpo delante para tomarle del antebrazo en torsión y presionarle los huesos hasta hacerlo caer. No sabemos cuándo volveremos a coincidir con SamuelPearce. Le insisto en que no tarde en interceptarlo de una patada aérea, levantando la pierna en un ángulo de cuarenta y cinco grados hasta hundir la pezuña en su ojo izquierdo, la pantorrilla o el muslo, y apretarle el bulbo raquídeo con toda la fuerza que heredó de su estirpe perruna. El hombre se mueve, empieza a encorvarse hacia atrás, parece que va a contraatacar. Averroes se prepara, lo veo colocar las patas en la línea de salida. Y, entonces, contra todo pronóstico, el hombre estornuda. De esa nariz hinchada hasta el infinito sale despedido

todo su material bacteriano hacia el interior del libro. Lo cierra y lo devuelve a su lugar.

Allí nos estamos un rato, asimilando la ventisca nasal. ¿De veras a este hombre parece no importarle ni un poco la higiene recomendable, esa relación devocional con la literatura? Averroes se escandaliza, ¿qué acto sacrílego se acaba de marcar este parguela?, dice. Aunque sea una simple torpeza, los libros también tienen derecho a la salud pública, grita. Ya armaremos nosotros una redada, ellos por la izquierda, yo por el centro, y duro con el codo en la garganta, dice. ¡Vaya peligro civil! A pesar de los gritos del Perro, el señor parece no inmutarse, no nota sus sermones, y vuelve a coger otro ejemplar con la misma mano delictiva. Averroes sigue chillando por los pasillos, levanta el hocico y lo abre: los libros no escogen a sus lectores, ¡pero deberían!, grita. Justo cuando está en posición de acechar, de lanzarse recto a su panza y morderle la cara, el hombre pasa por mi lado y me mira con fijeza. Tiene unos ojos que no se entienden, oscuros e introducidos hacia dentro, parecen el marco de un salvapantallas. Balbucea algo inaudible, disgustado. Yo me aparto nerviosa y él se pierde entre los estantes de la siguiente sección de la biblioteca.

Podríamos habernos abalanzado sobre él, arrancarle las amígdalas, masticarle los ojos, defecar un sujeto más real que ese tarro engañoso de cobre, me reprocha Averroes. Yo me desdigo, empieza a parecerme inverosímil. Le discuto la minúscula posibilidad de que en este exacto momento alguien pueda tomar la forma humana de SamuelPearce. Pero el Perro insiste en su teoría, calcula los porcentajes, evalúa los datos: si nos basamos en los elementos descritos —su estornudo gelatinoso, correlado claramente con esa

forma ambigua y viscosa que tiene de existir, sumado a su actitud ridículamente irreverente (¿quién en su sano juicio estornuda de esa manera demencial en el interior de un libro?; asociado, por supuesto, a ese absurdo síntoma suyo del desprecio hacia las normas sociales)—, podríamos estimar que hay entre un 50 y un 70 por ciento de probabilidades de que este hombre sea SamuelPearce.

Vuelve a venirme la imagen de esa cara sucia, agotada, llena de pústulas y granos, su mano hinchada sobando el sudor de los mechones que le caen en los ojos. El Perro no tarda en correr hacia el libro, buscando una prueba que lo avale: el testimonio directo de un hombre que insiste en pelearse mocosamente con el mundo. Lo abre, lo abrimos, y encontramos párrafos subrayados con líneas inclinadas, líneas torcidas, incómodas a la vista, trazadas con una caligrafía infantil, muy descuidada. Parecen las rayas del electrocardiograma de un asmático o un paranoide, dice Averroes, con esos picos medio convulsos, dentados, como si su corazón estuviera saltando escalones. ¿Las ha marcado él? ¿No le bastaba con sumergir el libro en mocos? ¿También ha tenido que garabatearlo? Averroes se tira de los pelos, parece que va a arrancárselos del disgusto, ¿así piensa comunicarse con nosotros o más bien martirizarnos? Está seguro de que la única forma de ponerle remedio a todo esto, a los tachones, a esa flema nasal, a este despropósito, es forzándole una embolia, parar el bombeo de ese corazón de chapa oxidada, provocarle un infarto, un ataque, pip, pip, pip, piiiiiiiip, para asegurar una línea cómoda a la vista, horizontal, perfecta, respetuosa con la disciplina vegetal de los libros.

No sé muy bien ya qué se responde a eso. Tal vez Averroes esté en lo cierto y debamos detenerlo. ¿Cómo se aplaca a alguien? ¿Un desfibrilador, una motosierra? Lo ideal, sigue Averroes, sería masticar mucho chicle y pegarlo por la biblioteca, en las estanterías, en las repisas que él vaya tocando. Pequeñas bolsas de goma viscosa que él reconocerá muy bien y que lo mantendrán atrapado un rato. Ahí aprovechamos, dice, y saltamos disimuladamente a su carótida, y comenzamos a inmovilizarlo con pañuelos de papel usado, de esos que se utilizan para limpiar, exactamente, los mocos. Es imposible, dice, que eso no logre absorber su cuerpo espeso por completo hasta hacerlo desaparecer. Muerte limpia y ecológica, dice.

Al otro lado del pasillo, Lady Kombucha parece estar cansada, aguantando con paciencia detrás de otro libro; a este paso se doctora en Microontología Zen. No aparenta saber nada de lo que está ocurriendo. ¿Cómo no siente la criminalidad, la tensión, el despliegue policial que en un segundo montamos el Perro y yo? Parece preguntarme desde lejos si voy a necesitar otro rato más, que ella está encantada de estar ahí conmigo, que es solo por saber si avisa en casa o nos marchamos. Yo la miro y, a pesar de su dulzura, siento algo de pena en sus gestos. Pienso que no hay nada de alegría real en Lady Kombucha desde que la conozco a ella, a Pedro, a sus hijas.

Averroes me pide que me vaya acercando por la derecha mientras él entretiene al presunto SamuelPearce fingiendo ser el bibliotecario, el encargado. ¿Le puedo ayudar en algo?, dirá, y, si él se mueve ansioso, volviendo a manosear un libro detrás de otro, sin leer siquiera las contraportadas, le insistirá: ¿está buscando algo en concreto?, si me dice el nombre del autor o la autora o el título del

libro, podré decirle si se encuentra en el depósito de la biblioteca. Y si tampoco nada de esto surte efecto, si el cerdo vuelve a huir, dice, salto a su nariz sin piedad y lo desintegro de un mordisco. Le digo que sí, me preparo. Por el amor de Dios, siempre hago caso a lo que dice el Perro. Y, de un reflejo, agarro a Lady Kombucha del brazo y me la llevo como si en una transfusión pudiera pasarle una pequeña parte de esta euforia a su sangre. Ella me mira confundida, debe de pensar que vamos al baño, esa horrenda costumbre femenina de orinar pegadas. Y otra vez la intimidad, la ilusión que no quisiera dibujarle más en la cara. Si aun así no lo entiende, incluso con esta ridícula alarma, tendremos que contentarnos con respirar el mismo oxígeno mientras el mundo echa a correr.

Averroes me muerde la pierna. Parece que quiere engancharla como una pistola, pero el detonador no responde. Al levantar la cabeza, veo al hombre gordo de espaldas en el mostrador, esperando a que lo atiendan. Se me tambalean las rodillas. Va a marcharse. Está de espaldas, con la nuca escondida, recortada por ese pelo mojado, grasiento. Lo veo encoger el brazo, acercar un libro a la bibliotecaria. Es grueso, parece arrugado, con las esquinas dobladas. ¿Por qué la dependienta no dice nada? ¿Cómo no lo atan a dos grilletes, lo electrocutan con una petaca, lo guillotinan? Hala, otro libro más maltratado por esas manos homicidas, grita Averroes. Y yo lo miro esperando a que vuelva a girarse una vez más para archivar ese rostro, los granos, el pelo sucio. Me pregunto si SamuelPearce tendrá la misma cara, una foto con la misma cara, una que, por ahora, se distancia enormemente de las palabras que leo cada día en el monitor. Tiene el cuerpo contrariado, parece que, en cualquier momento, vaya a salir huyendo de ahí. Y, por un

instante, me imagino a mí misma al otro lado del mostrador, recogiendo el libro, paso el lomo por el sensor, el Perro engancha al hombre por el cuello y el codo directo a la mandíbula, el pitido registra un nombre, un apellido, una dirección, siento el ordenador chillando.

Se marcha. SamuelPearce empuja el cristal y desaparece, una vez más, al otro lado de la ventana.

T-27

La relación con SamuelPearce se mantiene gracias a internet. Algo bastante abstracto e irreal. Por el momento, lo más tangible que tengo de él son esos vídeos que me envía, sobre hombres convencidos de que ser desagradable a la vista debería estar subvencionado por el Estado. ¿Qué intenta decirme? ¿De verdad le pasa algo en el rostro? ¿O sencillamente no le gustan los feos? Pienso en las espinillas del hombre de la biblioteca y me dan ganas de recomendarle un gel con ácido salicílico e hidratación. Aunque probablemente SamuelPearce se los dejaría crecer como una metáfora de la corrupción del orden. Casi lo oigo decir: mi piel es un reflejo de la perbersion estructural, cada pustula es un grito contra la modernidad. Y entonces Averroes se lanzaría a morderle la cara con un estropajo en la boca, sin dudarlo.

Me paso el día buscando huecos, la forma de leerle en los descansos, cuando no hay demasiados manuscritos que corregir en la bandeja de entrada, aunque esa labor se la he ido cediendo sutilmente a Lady Kombucha. Ella ha dejado de interrogarme. Debe de entender que he caído en alguna clase de melancolía patológica y que no puedo asumir esa carga de trabajo. Odio ser así, ¿cómo pudieron engendrarme con esta inmoralidad sin compasión? Desde que conozco a SamuelPearce no cocino, pido comida para llevar y

duermo las horas mínimas recomendables para seguir chateando. Apenas saco a pasear a Averroes. Es él quien me agarra de la pierna y acaba arrastrándome hasta el portal para que me dé el aire y orine el escaso líquido que ingerí en el día. Si suelto más sustancias, tal vez me salga entera por la uretra, hasta disolverme entre las plantas, como SamuelPearce en la red.

Al final de cada archivo hay una anotación en cursiva, diminuta, que indica cuál debe ser mi siguiente visualización. Se ha tomado la molestia de trazarme un recorrido: entiendelo como un peregrinage, un biaje de ascension, qe ará mas coerentes tus pasos. Me pide, eso sí, que elimine toda huella, pauta o indicación que me haya referido en el texto: borralo despues de leer. esto solo es entre tu y yo. no qiero guiar a nadie mas. Me pregunto en qué momento habrá agrupado todas esas webs, foros y páginas. ¿Lo habrá hecho otras veces? ¿Alguien más tendrá esta lista? Averroes no da crédito, me dice que me deje ya de procesiones místico-sagradas por los sumideros del ciberespacio y salgamos a jugar a la bola, al palo, al frisbee. Sus correos son extensos, de tres o cuatro páginas. Se obstina en mandarme más lecturas y enlaces de todo tipo:

> SamuelPearce: en realidad nunca me an interesado las listas normatibas, pero sí la rigurosidad. tienes qe berlos de una sentada. creo que te lo dije en su momento. son istorias desoladoras, pero estan llenas de perlas, todos estos usuarios dejan su sabiduria en cada video. es la istoria qe yo siempre qerré contar y nunca contaré, pero tu deves acerlo.

¿A qué se refiere? ¿Qué tengo yo que ver con ellos? Cada vez que abro un nuevo archivo, intento entender si usa la biografía de otros para hablarme de sí mismo o si solo tiene un fetiche con todo este

material. Los hombres que salen en los vídeos parecen desganados, resentidos, con un profundo sentimiento de rechazo a los valores culturales dominantes. Entre el narcisismo extremo y la autocompasión más lamentable. Parecen convencidos de que han sido condenados por la genética y la sociedad a vivir sin amor ni sexo. Tampoco buscan soluciones, sino que alguien les confirme su miseria. En uno de los correos, SamuelPearce me indica que uno de los canales ha sido borrado para el público, pero que él lo conserva, y me comparte el enlace. Aparece un usuario de internet que documenta su sufrimiento por su terrivle experiencia d soledad, rechazo y depresion, me explica: se bio obligado a eliminar la grabación, tal bez x berguenza o acoso, suvía esos videos como si fueran un diario de depresion, registrava su desamparo en peqeños archibos de video, esperando a qe algien en el abismo le debolbiera una señal. Detengo la imagen y miro esa cara incompleta: el mentón oculto bajo la sudadera, los ojos en baja resolución, la nariz ensombrecida por la luz de la pantalla. Da la impresión de que no quisiera comprometerse del todo con la imagen ni dejar rastro. Me fijo en esos músculos que accionan la comisura de sus labios, y me pregunto si tal vez pudieran ser los de SamuelPearce. En los píxeles puedo ver una cara comida hacia dentro, arrugas y bolsas bajo los ojos, pero no hay granos ni grasa. ¿Cómo sabe todo eso? ¿Quién almacena en su memoria una información tan irrelevante si no es sobre sí mismo? Aunque tal vez es eso lo que le empuja a preservar este testimonio. Ahi fuera lo deboraron y le escupieron como acen siempre, cn risas y comentarios condescendientes. dejó de existir cmo indibiduo y se conbirtió en un caso, un meme, un espectro en los archibos de la memoria digital.

A Averroes va a darle un ictus, me dice que SamuelPearce cree haber descubierto la verdad universal cuando en realidad solo se ha quedado pegado a las paredes viscosas de un rincón de internet. El Perro agarra el teclado y patalea encima con las garras y las almohadillas, como si gritara: te gozas tu desgracia, pero no eres una anomalía, ni un visionario, ni un profeta decadente, eres solo un resentido, ¡una verruga en el párpado de la red! Borro, no le dejo enviar el mensaje. Aparto al Perro de la mesa y lo amenazo con encerrarlo en la terraza para que llore sus plantos y experimente de cerca el sufrimiento de esos usuarios. Averroes vuelve a negociar una reconciliación conmigo, un plan menos temerario. Me propone escribir a cuatro manos los mensajes. Fíate de la prudencia de un Perro sabio, me dice, déjame que probemos. Hago caso, Dios bendito, siempre le acabo haciendo caso. Y, después de varios minutos abriendo archivos, compaginando las patas y las manos, contestamos a SamuelPearce. El correo es largo, detallado. Adjuntamos un documento de ocho páginas en Times New Roman. No, mejor Adobe Garamond Pro, corrige Averroes: Times New Roman es la fuente que viene por defecto, dice, la que usan los burócratas, los oficinistas, los académicos que escriben papers por obligación. Es la letra de los formularios, de los correos estandarizados, de los documentos oficiales que nadie lee nunca, de la letra pequeña, de los textos gubernamentales y los manuales de instrucciones, de los loros digitales con delirios de filósofo como SamuelPearce. Adobe Garamond Pro, en cambio, es la elección de quienes aún creen en la dignidad tipográfica, dice, es una letra con historia, con refinamiento, es lo que eliges cuando te niegas a ser otro imbécil aporreando sin pensar palabras en un documento de

Word. Accedo y, una vez seleccionada la maldita letra, ajustados los doce puntos, con interlineado de uno coma cuatro y sin separación entre párrafos, informamos sobre nuestros avances en las lecturas y visionados:

> AverroesElComentador: He ampliado las referencias con algo de investigación voluntaria, además de releer algunos de los libros y reproducir casi en tres ocasiones la mayoría de los vídeos. No sabía si podía hacerlo. No especificas en ningún momento la metodología ni el criterio de pertinencia en el desglose de tu índice. Tu pauta de selección es inquietante. Me asombra cómo logras conectar referencias tan diversas bajo un mismo paraguas conceptual.
>
> ¿Cómo determinas qué materiales son esenciales en esta gran cartografía del pensamiento que propones? ¿Sigues algún principio rector, algún método de curaduría, o es más bien intuición, una especie de pulsión epistémica, de alquimia intelectual? Me gustaría captar la lógica interna de este compendio, no vaya a ser que me pierda algún matiz importante de la gran arquitectura que estás armando en directo ante mí.

Aprieto la pezuña de Averroes. Le pido, por favor, que aminore el sarcasmo o se le va a acabar saliendo la rabia de un esputo. Él insiste en que SamuelPearce ni se huele la ironía: lo más probable es que el tecnofraile este se tome mi mensaje como una confirmación de su sagrada inteligencia. O si no, me dice, explícame qué carajo tienen que ver un vídeo de un monje budista, un PDF sobre teorías conspiranoicas y un ensayo de 800 páginas sobre masculinidad prehistórica, porque desde fuera parecen un montón de links pegados a la mochila de un chiflado.

SamuelPearce responde al momento. El correo es exhaustivo, detenido:

SamuelPearce:
estimada xxxx (y su Can Mayor Hermeneutico):
Celebro este mensaje. Pocos se atreben en un solo intento cn tantas referencias sin miedo al bertigo conceptual. Lo qe te compromete a ser una asceta sin excusas, a no creer en multiplicidades spinozistas. Aunqe a beces, tengo que decirtelo, me das pena. Llebo toda la semana en un sinvivir. Pensava que tardarias menos, pero ya veo que querias sorprenderme con las disertaciones de tu perro. No PODEIS releerlos!!! DEVEIS!! A las biblias siempre ay que bolver. Solo se abren una bez y entonces lo entiendes todo asta que se buelven a cerrar. Como habeis acabado? tu estás exhausta? te lagrimean los hojos? tienes dolores de caveza? calamvres? durezas? Cuando me respondas a lo fisiologico, qiero que me digas como te sientes a nibel espiritual.

Can Mayor Hermenéutico, tu inquietud x la estructura de mi recopilacion es lejitima. Aunqe, te adbierto, mira, no te bayas por el camino eqivocado: lo metafisico no se deja esqematizar. Mi criterio no responde a un metodo ortodoxo ni a una taxonomia academica. No busco la coerencia expositiva, sino la berdad. Un monje budista, un conspiranoico, un antropologo obsesionado con la virilidad del homo habilis… todos resuenan en la misma camara de pensamiento: la Gran Ruina de la Modernidad. Date cuenta de qe devemos superar los limites naturales y sociales y academicos mediocres. Nos devemos a una expansion extrema. Te parece inconsistente?? Lo comprendo. pero no te equivoqes: es un gran misterio cómo la materia puede AUTO_ORGANIZARSE (y perfeccionarse!) para que emerja un futuro como el nuestro, y ese misterio debe d producir un sentimiento de umildad y de asombro. Porque trascenderá nuestra mediocridad, nuestra burocracia e inteligencia. y porque solo podrá emerger espontaneamente. sin frenos. Solo confiando en el nous, en la automejora, en la technologhia (y combinandola con algunos hongos también), se puede lograr in estado mistico verdadero. El yoga y la meditacion tambien pueden llevar a ese estado pero sin las mismas idioteces del maestro de yoga.

Dicho esto, ay, perro rabioso del qe se dice que escupió acia el cielo y el escupitajo le cayo d nuevo en la cara!, me intriga tu insistencia en la tipografia. Me alegra saber que no as caido en la indolencia del Times New

Roman. Garamond tiene nobleza, sin duda, pero acaso no es tambn una pose de distincion intelectual inutil???¿¿ Estas perdiendo el tiempo. La verdadera transgresion esta en destruir el entramado monumental de la ortografia.

Seguire atento a tu progreso. Confío en qe, si llegáis al final del trayecto, entendereis qe esto no es un indice, sino un ritual de iniciacion.

Firmado,

SamuelPearce

(Sin firma, sin remite, sin attachments innecesarios.

todo esta en los links :)

T-26

Le digo a SamuelPearce que estoy saliendo del trabajo. Llevo dos informes en el bolso, uno a medio leer, el otro sin empezar. Lady Kombucha me pidió que me presentara en la oficina. Últimamente los compañeros han empezado a preguntar, al parecer ocupo un espacio destacado en sus cráneos. ¿Qué me dan si les atravieso el cerebro con una aspiradora? Esos ojos salidos hacia fuera, como si en cualquier momento fuesen a saltarme encima, a activar una redada. Deben de pensar que me secuestró un colectivo terrorista, que mi familia falleció de un disparo en el páncreas, que experimenté la tuberculosis temprana o que quemé un colegio con los niñitos de parvulario dentro. En casos así, SamuelPearce desaparece, no contesta a los mensajes, tampoco a los correos, le resulta patético que me someta de este modo a los dictados dl mundo lavoral, a ese zoolojico administratibo de la resignacion, dice, a ese cementerio d nominas, repite: y aí bas tu, docil, respondiendo al llamado de la productibidad, como si les devieras algo. Te das cuenta de lo ridiculo qe es? Esperaba mas de ti. Eres una de esas que se qejan del sistema pero no pueden soportar la angustia de salirse de él??? Una de esas qe confunden la livertad con un permiso de descanso. Dime, cuando llegaste y fichaste, qe sentiste? alibio?

Explicamelo a ber si llego a entender. O la asfixia de un aorcado que se coloca la soga por boluntad propia????¿

Dentro del coche, Averroes y yo pasamos la tarde encendiendo y apagando la pantalla del móvil, sin arrancar, solo a la espera de un mensaje de SamuelPearce. Ni un correo, ni un chat. Nada. Solo el fondo de pantalla que viene por defecto. ¿Cómo no me puse nunca la foto de un atardecer en la Polinesia francesa, o de mi graduación universitaria, con toga y birrete, o cruzando la meta de una maratón, o al menos una del Perro corriendo feliz en un parque cualquiera mientras analiza la política de gestión ambiental? Averroes me patea los tobillos, se indigna: no te equivoques conmigo, como mínimo posaría con mi tomo de *De revolutionibus orbium coelestium*, me dice. Creemos que SamuelPearce puede tardar en reaparecer. Está decepcionado, es su forma de castigarnos, de demostrar su resistenzia a toda ley. Averroes rueda los ojos, desesperado: ya vuelve a ponerse mesiánico el telepredicador este, suspira. Desde el anterior mensaje, Averroes me confiesa que la cosa le está empezando a enfurecer, que ya ha tomado la decisión de capturarlo. Ha desplegado varios métodos para rastrear definitivamente su ubicación y zanjar el asunto. Un clásico Rickroll con trampa, dice, un enlace con parámetros UTM: son los más comunes en marketing digital para rastrear tráfico web, me explica. Supongamos que le enviamos un link como este:

https://www.utm_source=samuel&pearce-
utm_medium=intriga&utm_campaign=seguimiento

Y lo acompañamos de un mensaje tentador:

@أبو الوليد محمد بن أحمد بن محمد بن رشد: Oh, gran SamuelPearce, profeta del algoritmo y mártir de la Verdad Universal, he tropezado con una información que podría, por fin, estar a la altura de tu luminosa corteza encefálica. Haz clic aquí y demuestra que no eres otro sofista digital más, condenado a repetir eslóganes antisistema con la misma pasión con la que otros pagan sus impuestos.

Averroes me explica que, una vez que SamuelPearce haga clic en el enlace, podremos registrar un informe detallado de su actividad en la web, averiguar de qué fuente vino el clic, su comportamiento en la página, el tiempo que pasa en ella, qué acciones realiza, etc., y así capturarlo sin piedad. Mientras arranco el coche y enfilamos las calles, observo al Perro pulsar el teléfono, concentrado, y no entiendo de qué manera se puede detener a alguien si no es por el brazo, el hombro o una muñeca. Pienso en las pústulas de esa cara gorda y en su consistencia grasienta, en la posibilidad de oprimir con el dedo esas densidades volumétricas del rostro de SamuelPearce para agarrar algo firme y tirar de él y sacar un cuerpo del interior de la pantalla, de donde sea. Son granos tan excéntricos que su sola existencia anuncia su posición en la cartografía del mundo. A veces sospecho que SamuelPearce no nació, sino que fue secretado y que se creó a partir de una sola pústula primordial, multiplicándose en breves estallidos hasta llegar aquí, a este engendro que me escribe. Cuando va a abrir la boca, la pústula habla antes que él, reacciona con una perorata mucho más lógica de lo que él mismo sería capaz de articular nunca, porque ni siquiera hay una boca en SamuelPearce que haga posible la interlocución. Así la espinilla se indigna y se manifiesta, lucha por los derechos de todas las espinillas del mundo, declara su independencia. Suelta

razonamientos lúcidos por sus poros como quien echa pus. Estoy convencida de que, si muchos se arrimaron a SamuelPearce, fue solo por la promesa de esa espinilla, y que, si luego huyeron, se debió probablemente a que fueron incapaces de soportar tanta verdad junta, o de escuchar todas esas incongruencias, una detrás de otra. Averroes está de acuerdo conmigo en que SamuelPearce es un grano: su cuerpo viene a ser solo una envoltura precaria, y su ideología, un líquido denso, un cúmulo de toxinas, y nosotros, la audiencia incómoda que reacciona ante el espectáculo del forúnculo parlante, dice. Su pústula evidencia cada día todo el atractivo que sale lentamente de su cara.

Veo a través del retrovisor a Averroes moviendo las manos con alerta. Gira y retuerce el móvil. Está intentando localizar la dirección IP de SamuelPearce a través de su actividad en el chat, pero el resultado cambia constantemente, me dice: primero aparece en Moscú, luego en un pueblo fantasma de Kansas, después en aguas internacionales, ¿qué se cree el demiurgo cibernético este? Entiendo que es una geolocalización imposible, como si su pústula estuviera rebotando entre servidores. Le pido al Perro que se enchufe el cinturón, que se agarre bien al asiento, por si al subir de marcha se acelerara también la realidad. Me siento persiguiendo un folículo con patas a doscientos por hora en la carretera, como si mi vocación persecutoria me dijera que esto es conducir un coche. Averroes sigue analizando los metadatos de los archivos de SamuelPearce, pero los registros de origen tampoco cuadran: los vídeos parecen haber sido descargados en 1897, los PDF tienen coordenadas en el fondo del océano y uno de sus mensajes fue escrito dos años en el futuro, me grita. Las calles se mueven gelatinosas, parece que

pasamos por encima de los coches, botamos en los bordillos, y yo le pido al Perro que no babee, que se concentre en los datos, en la rigurosidad de los datos, que encuentre un maldito punto al que agarrarnos. Parece que ya no circulamos por la ciudad, orientados por la rigidez de las señales de tráfico, sino que flotamos sin rumbo en algún pliegue virtual. Averroes me chilla que, para colmo, ese seudónimo absurdo, ese nickname hortera que coincide con el de un autor muerto de 1799, tiene un correo electrónico vinculado a una tienda de artículos esotéricos en Tailandia y que su usuario en redes aparece asociado a un bot de spam de hace diez años. Intento frenar, aprieto las dos piernas en los pedales, me esfuerzo por echarme hacia atrás como quien quiere parar un búfalo, y entonces, no sé cómo, aparco.

Suena un mensaje:

> SamuelPearce: esta vien tu irreberencia, pero no la fastidies aora. A donde bas con tanta prisa?

Averroes y yo miramos en todas direcciones, buscamos su cara, su pústula a través del espejo retrovisor, pero afuera solo hay coches que pasan deprisa, árboles, una pareja que se pisa respectivamente los pies y, al lado, un gato se chupa la pezuña. Nada que responda a las coordenadas de SamuelPearce. El Perro jadea, levanta el teléfono despacio como quien anuncia que lleva un arma, y vuelve a monitorizar la señal. Está convencido de que es él quien nos rastrea, es él quien conoce el movimiento exacto de nuestras manos pegadas a la sonda del teléfono. Y me viene a la cabeza un SamuelPearce mandándonos mensajes, uno detrás de otro, mientras mira fotos de mi verano en la sierra, una adolescencia complicada,

esa raya negra y obscena en el ojo, devorando bocadillos de chorizo. Una información que debió de quedar registrada en algún blogspot antiguo y a la que ni siquiera yo ya tengo acceso. Nos miro al Perro y a mí, pegados al coche, al asfalto, posiblemente vigilados por una onda invisible. Y, por primera vez, veo a Averroes dudar de su cuerpo, por primera vez lo veo admitir que su cuerpo de perro supone un inconveniente. Este hombre sin anatomía sí se puede dar el lujo de estar en cualquier parte, me grita. Y, luego, el mensaje:

SamuelPearce: yo qisiera darte mi posicion pero ay dos problemas:

1. Me da terror q un exceso de informacion pueda alejarte de mi. Al fin y al cabo la abundancia dl otro satura, es un acto canibal, deborador, y no qisiera eso para ti. Yo te beo estas rebeldias y solo puedo suplicarte con la voz mas llorosa qe puedas imaginar qe ni por asomo intentes conocer mas de mi. Si eso ocurriese, no qerrias seguir ablando conmigo. Si algo te importo, no insistas, esta vien lo que tenemos
2. No beo justo qe tu intentes espiarme y yo todavia no tenga apenas acceso a ti. De beras quisiera saber sobre tu padre, tu madre. Rehuyes, los temas se bifurcan, no me dejas entrar vivamente en tu bida. No tienes familia. Me mentiste vilmente cuando me dijiste que ablabas con ellos cada dos o tres meses. Llebas años sin ablar con tu padre, berdad? Disculpa si sueno insolente. Xo para mi es importante que tu onestidad sea capaz de sostener esta relacion. Dónde si no nos encaminamos, (nombre)? Ni siquiera puedo cercarte un poco linguistica o identitariamente :(Está bien tu prudencia. la entiendo. yo no sabria acerlo de otro modo. Pero te di las razones de mi condicion. Lo tuyo es una forma uidiza de protegerte o un acto deliberado de crueldad contra mi. No me agas sentir que estoy persiguiendo un fantasma. En efecto, no soy el unico qe ha investigado :D

2.1. Deduzco qe alguien se portó mal contigo, una neglijencia genealogica, te an arrancado de algo que iba vien al inicio y qe lo prometió todo en adelante y luego fue una mezquina mentira, como las que te molestas en formularme y

te formulas a ti misma para acerte soportable. Te comprendo. Te compadezco. A mi puedes mentirme si qieres. Pero yo no voy a huir de ti

3. Enviado hoy a las 14:31

Ubicación compartida:
[Ver ubicación en Google Maps]
Lat: 99.9999, Lon: 199.9999

Cuando abrimos la geolocalización, solo vemos un punto flotando en blanco, sin calles, tierra, ni referencias. Desengancho la llave del contacto y nos estamos ahí quietos un rato, observando, al otro lado del cristal, las casas, los árboles en punta, la calle avanzando hacia la ciudad, y entonces sabemos que no hay dónde mirar, como si SamuelPearce existiera en una parte del mundo que aún no ha sido cartografiada.

T-25

Rebusco entre algunas cajas viejas y los armarios. Los escasos documentos visuales que guardo de mi familia están ahí dentro, parece que aguantan la respiración o que sencillamente han muerto. ¿Cómo van a competir ahora unos cuantos parientes pegados entre sí, todo ese surtido de linajes, con un Perro y un cíborg? Las fotografías tienen rostros que debieron de ser conocidos en algún momento de mi vida. Averroes husmea en el interior de las cajas, mete su hocico húmedo y, de golpe, se aparta. Esto apesta a naftalina de barrio, me dice. No hay marcos, a excepción de una fotografía pequeña, introducida muy al fondo de una caja: dos individuos borrosos parecen entretenidos con algo que ven a lo lejos, mientras una niña los reclama con el chorro de una pistola de agua. Mis padres siempre salen desenfocados o de espaldas. Por mucho que me empeñe en atraer su atención, en distraerlos, en provocarles un pequeño giro o un traspié, sus cuerpos parecen ser solo dos formidables omóplatos, tachones, pelo en la cara, píxeles, manchas y unos jerséis cuyas marcas tampoco logro identificar muy bien. Hace tiempo ya que recuerdo mejor la calidad de la foto que a mis padres. Si ganaba un premio, si sacaba notas sobresalientes, si echaba a rodar con la bicicleta, sus caras nunca estaban disponibles para celebrarme. Miro la imagen y no logro reconocer si están

contentos o enfadados, si deformaban sus facciones o dejaban sus fosas nasales abiertas al entusiasmo. Siempre pensé que debía de ocurrir algo extraordinario al otro lado, un ruido, un percance, una rebelión civil, un gran amotinamiento sideral, allá, lejos, porque es hacia donde siempre giraban sus cuerpos. La sensación es de no tener nada que recordar. Como si aquello fuera un recorte de una película muy antigua, previsible y nefasta. Intento hacer memoria, al menos para rabiar contra un pasado, para maldecir, pero no es posible. En algún momento debí de echar a andar desde el útero de mi madre en adelante, con esta fantástica amnesia.

Sin embargo, hay ocasiones en las que encuentro atractiva a mi familia, con su presencia imprevisible e insólita. Hubo un tiempo en el que aguantaban localizados muchas semanas. Esos días estaban muy bien. Daba alegría verlos aparecer en casa. Mi padre entraba en el salón, cambiaba los canales de la tele, dejaba los zapatos y los untaba en betún. Ese tipo de detalles aclaraban que iba a quedarse algo más de unas horas conmigo. Pensaba: si llamo al 091, ¿denuncio la desaparición de un grupo filogenético entero? Estas son cuestiones que me tenían algo inquieta de niña. No debieron de haberlo decidido todo en un día. Fueron unos grandes improvisadores. Algunas veces les daba por perderse de mi vista, y desaparecía una mano, un saludo, un gesto de cariño, los buenos días. Cuando mi padre pasaba semanas fuera de casa, tardaba en recuperar esa familiaridad razonable. Así esperé muchos días sentada a que regresara. Bajar al bar, salir a jugar a los dardos o prometer un futuro prodigioso y culto cada vez le tomaba más tiempo. No se sabe de ningún partido en el mundo que haya durado más de tres semanas; sin embargo, su empeño por ganar o empatar

debía de ser cósmico. Así las primeras escapadas, más o menos ocasionales, se convirtieron en largas temporadas de expediciones hasta el día de hoy. He ido notando, desde mi tierna y magnífica infancia, que las ausencias fueron en aumento, por lo que su cálculo debió de ser hasta sensato. Fue muy detallado con los plazos. Mi madre, en cambio, siempre estuvo ahí, sigue ahí, pero del mismo modo que lo están los días de la semana y el sistema planetario. Me pregunto si tiene sentido conservar a quien me gestó en su cuerpo y su esperma, me arrojó al mundo y después huyó. En internet hay muchas respuestas y conjeturas, pero no encuentro una sola sugerencia sobre cómo sobrellevar la evacuación improcedente de una familia.

Averroes mueve su pezuña encima de la caja, engancha una de las lengüetas y la cierra. Perro perverso, siempre sabe qué hacer. Parece decirme que esa niña de ahí que trata de llamar la atención de dos adultos solo puede cortar por lo sano: camión de la basura directo a los hornos incineradores, 1.200 °C, descomposición térmica y humo. Tomamos una foto rápida a los cuadros, cierro la caja con esparadrapo y la lanzamos a un contenedor. Así la familia contribuirá al menos a los gases de la atmósfera, pienso, y saltarán sus caras como virutas, y alguien al fin podrá mirarlas de frente en algún rincón remoto del espacio. Descargo el archivo fotografiado y se lo mando a SamuelPearce.

Desde hace unos días comprendo que no puedo acostarme si no cierro antes las conversaciones. Esto aumenta mi agotamiento, como si un guepardo me hubiera atravesado el colon directo a la boca y yo hubiese echado a correr detrás de él obligada a seguirle el ritmo. Mis ojos están irritados de aguantar tantas horas fijos en la

pantalla. El brillo del cristal me pega latigazos en la retina cada pocos minutos, pero escribo. Le explico minuciosamente todos estos melodramas genéticos a SamuelPearce, también el picor de mi ojo. Me froto los párpados, noto la hinchazón. Y el mensaje sigue sin respuesta, colgado como la ropa sucia que dejé olvidada, sin lavar ni planchar, hace lo que parece un milenio. Aprovecho para refrescar la contraseña de mis antiguas redes sociales y clico en mi perfil. Puedo ver fotos y archivos que probablemente él ya haya investigado. Una taza de café encima de una mesa rústica, unas Converse de cada color en mis pies, un libro en equilibrio sobre mi cabeza, mi cuerpo prepúber frente a un espejo manchado, cuatro chicas juntas deslumbradas por ese terrible flash frontal, una foto en blanco y negro de niña balanceándome en un columpio. Pienso en lo que hubiera pasado si a esas edades adorables e indeterminadas SamuelPearce y yo nos hubiésemos conocido. Nos imagino chapoteando en un charco, el agua saliendo a presión entre los dedos, arremangados hasta los codos, perdiendo las rodillas y el resto del cuerpo en lo profundo del barro. Solo hago conjeturas sobre la infancia de SamuelPearce. A los seis, a los ocho, a los once años. Lo pienso como un niño sin figura, más cercano a una yema de huevo o la lengua de una vaca. No tengo fotos, referencias audiovisuales: ¿era guapo?, ¿rubio?, ¿se hurgaba la nariz? Vuelvo a preguntármelo. ¿Quién es SamuelPearce? Solo tengo hipótesis, suposiciones, palabras. Cuando voy a cabecear, mecida por esa suavidad propia de los sueños, Averroes me ladra en la oreja.

¿De dónde demonios ha salido el maldito ahora? Siempre pegado a mí como un vendedor del frac. Lo veo estirar su morro y clica en la pantalla. Hay una notificación en rojo. Un nuevo mensaje:

SamuelPearce: Veo q as cambiado de rumbo. grax. Me parece bien. me conbence. Ya lo se. La infancia es un terreno resbaladizo Y CRITICO. Configura todo lo q vendra despues. X eso tu inconsciente no tiene techo. El adulto no es mas q una costra q se endurece sobre el niño q todavia respira ahi abajo, intacto, en la oscuridad. Pero el niño es la berdad. El adulto es la infeccion. Todas las obsesiones, repeticiones, iteraciones, crisis de identidad q vendran despues son solo sintomas. intentos pateticos de rascar la costra hasta el hueso. hasta lo cierto. :)

SamuelPearce: Es interesante este retroceso tuyo al principio. Sí qe tengo poder sobre ti! :) Las catorce versiones qe me as enviado de tu infancia, en lo qe llevamos de relacion, me inqietan, me perturban… es algo generacional? ignorar disfuncionalmente los origenes???? Qé obsesion teneis con montar familias postizas, como sustituciones compensatorias! ay que extinguirlas a todas. No sirven para nada. para rodar un anuncio de coca cola o de la lotería de navidad JAJAJA En el principio creó dios los cielos y la tierra. y echamos a correr libremente x la hierba mientras la luz nos azotaba en el culo. luego bendrán las proibiciones: no cometerás adulterio, no matarás. Estos son los mandamientos fundamentales de La Biblia. Ay un deterioro progresivo acia la norma. Yo entiendo ese ligero empeño x amurallar la MuErte. Pero la muerte es un tránsito. en él existe el canvio. TAN NECESARIO y aterrador. El miedo a la muerte nace de la negacion, de la imagen angustiante de un cadáber umano para otro humano, de la imagen de su destino: la biolencia absoluta que destruye a todos por igual. Pero eso es un engaño. Solo en la disolucion espiritual e inmortal encontraremos la respuesta.

SamuelPearce: Tu pasado multiforme es como una ecuacion: puede tener una o infinitas soluciones. Xo debes resolberlo. Despeja la X cuanto antes, mon cherie. Aun asi, veo que te falta naturalidad. y eso es esencial. Sobreactuas. mientes un poco y adornas. Si me ablaras de un tejón, sospecharía que tu modelo es un abrigo de invierno o una alfombra

SamuelPearce: PS: nooooo te labes los ojos. deja que se te seken. Siente el picor, cómo arden. Kiero que me leas con dificultad, que te esfuerces, te castigues para entenderme :D La buena berdad es uidiza, dañina. No se puede leer la berdad siendo una covarde. Y tú lo eres un poco. Es un territorio ostil. Un enemigo al que ay que bencer. El lenguage de la berdad siempre a sido independiente desde la Odisea. No se agacha. es un lenguage imposible. por eso no debes depender de tus miedos. Ella te arrastra, te golpea, te iere, asta que un dia te abandona a la intemperie :(Y entonces llega la fidelidad maldita: alli estamos flotando tu y yo, bolviendo permanentemente a ella porque savemos que en ningun otro sitio nos volverán a ablar nunca igual

T-24

Lady Kombucha no tiene problema en encargarse del seguimiento de mis informes ni en corregir los manuscritos. Su trabajo se ha triplicado en estos últimos meses, pero yo la encuentro igual de imperturbable. Ya empiezo a desear forzarla hasta el extremo, solo por comprobar si tanta sostenibilidad colapsa algún día. En uno de nuestros cafés semanales, la veo tachar párrafos, líneas, teclear sugerencias, pero todo con una delicadeza milimetrada, de no querer ofender a nadie. No sé de dónde saca el sentido a su trabajo. Intenta disimular al máximo su intervención en los textos de otros. Entonces, ¿por qué lo hace?, ¿por qué se dedica a esto?, ¿por qué no se evapora y ya? Con esa compasión cósmica. Miro cómo sorbe despacio, con los labios delgados, su infusión de raíz de diente de león macerada en agua de manantial lunar con shot de vinagre de umeboshi, carbón activado y un twist de reishi crudo, y pienso cómo se puede vivir así, minimizando en todo momento el propio paso por el mundo. Lady Kombucha oxigena los pulmones en las frecuencias más bajas para no perturbar el dióxido de los otros.

Sin embargo, sí discute mi aspecto. La observo agarrar la taza de bambú sin asa. El contacto directo con la temperatura del líquido parece conectar con el momento presente, aunque carbonice. Y, mientras remueve la infusión con una ramita de lavanda, creo

escucharla decir que si he visto cómo tengo el ojo, las manos, y me señala las rozaduras, ¿te has caído? Yo le explico que me he aficionado al alpinismo, a los deportes de alto riesgo. A ver si así calla y entiende que no tenemos nada en común. Averroes se ríe en alto, y le pido que espere bajo mis piernas. Paso demasiadas horas con ella, el Perro tiene razón. Eres un órgano más de su cuerpo, me dice. Mutilación y seguimos. ¿A qué esperas? Yo traigo el bisturí y el serrucho, insiste. La única prueba de que mi cuerpo todavía contribuye a la biodiversidad es que de vez en cuando sale a la calle pegado al cuerpo de Lady Kombucha. Ella me mira fijamente, observa mis ojeras, y yo lo sé, soy consciente de que desde hace unas semanas me tiemblan las manos, de que camino con dificultad, parezco el vagón de un tren. Pero no quiero que me sobreanalice, como si estuviera enferma. Mi único disgusto es Lady Kombucha, la mirada piadosa de Lady Kombucha. Ella me insiste en que tengo que ir al médico, una revisión rápida, creo escuchar. Abre una nueva ventana en su ordenador y consulta los horarios para solicitar cita previa. Nada más salir de la cafetería te llevo en coche, me dice. También me habla de una aplicación de bienestar holística, para asegurar tus constantes, la presión energética, dice. Agarra mi teléfono y teclea algo en el buscador. Me explica que debo cuidar mi salud, mis ciclos circadianos. No sé si he oído bien. Las manos se mueven nerviosas, me dice que va a registrar mi ubicación a tiempo real para contabilizar mis pasos, las rutas de caminata, las sesiones de meditación al aire libre. Me parece que a la mínima va a domesticarme, a tomarme del brazo, a meterme en su casa, muy adentro, a rehacerme el parto, a parirme hacia el interior y vuelta a empezar, pero ahora con un linaje burgués y sostenible. Sin

embargo, ella sabe que no puede. No hay nada a lo que pueda agarrarse, nada que la una a mi cuerpo, un cuerpo que acabará por romperse en pedazos, por volatilizarse. Tomo el café deprisa, y veo cómo la mano se me ha ido quedando sin volumen. Podría decir que he menguado, que estoy a punto de desaparecer. Entiendo la preocupación de Lady Kombucha, que me mire con ese gesto fúnebre en la cara. Pero no puedo explicarle, no puedo hablarle de SamuelPearce, de esa comunicación que nos separa de ella. Estamos en los extremos opuestos del abecedario. Aparto la mano de Lady Kombucha, deslizo el puntero del ratón, no va a haber cita previa, y cierro la pestaña.

T-23

Averroes y yo cuidamos mucho las lecturas, los mensajes, los vídeos que nos envía SamuelPearce, nos esmeramos en avanzar. Pero también estoy tentada de seguir preguntándole, de saber cómo fue su infancia. Averroes me insiste en que debemos ceñirnos al plan, ir sonsacándole información con cuentagotas. Este es un electro-narcisista, tenemos que inflarle el ego clicando masivamente en sus enlaces, me dice. Desde hace días, Averroes ha empezado a fumar de una pipa pequeña, marrón. No sé de dónde la ha sacado. La enciende solo por pose intelectual. Veo que cada bocanada es una pausa lenta e insoportable. La sujeta entre los colmillos y así exhala el humo con una lentitud que me ofende. Dice que ayuda a la concentración, a la vida contemplativa. Pero yo solo imagino su silueta de perro que fuma impresa en las etiquetas de un restaurante francés para turistas. Mientras dejo a Averroes con sus diatribas morales, escribo a SamuelPearce. Decido seguir hablándole de mi padre, de mi madre, a la espera de que, tal vez, me dé a cambio más pistas para rastrear su pasado. Le explico que, en cuanto cumplí la mayoría de edad, me fui de casa. Y nunca tuve el deseo de volver. Es fácil justificar una huida con trabajo, estudios, estoy muy ocupada, la ciudad te traga, el ritmo es incontrolable, y no hay horas suficientes para hacer esa llamada de rigor en la que

simplemente confirmamos que no morimos anoche y que nuestras raíces familiares se siguen extendiendo en alguna parte del mundo, etc. Enseguida él me contesta:

> SamuelPearce: no me extraña. La gente q escapa temprano suele tener una biografia siniestra o una lucidez precozz. y tu posees las dos :) No sabes cuanto te agradezco q me confies asi tu intimidad. Estoy conmovido. No te boy a pedir detalles. Pero te escucho con respeto, no con lastima, eso es importante. Solo me dan pena los q se qedan por miedo a romper el mobiliario familiar, como si una mesa de caoba rota fuera peor q una infancia demolida. Iciste bien en uir, si es q uir es lo q iciste. Y si un dia decides bolver, q sea para incendiar la casa, no para barrerla

Inmediatamente después nos envía fragmentos de uno de sus livros faboritos: puedo decirtelo d memoria, cada linea esta en mi caveza, ojala pudieras escucharme, mi boz en tu oreja. La destruccion es una forma d creacion despues d todo, dice él.

> SamuelPearce: os destructores no es una novela. es un manifiesto. trevor no es un niño. es un teorema. el unico ke a entendido q la compasion es un sistema defectuoso d dependencia emocional. El crimen no es destrur una casa. El crimen es pretender ke su existencia tenga valor por si misma. Lo lei con fiebre, con la glandula pineal a punto d explotar

Me asegura que solo está dejando hablar al libro, parafraseando algunas partes: lo as leido?, tú y yo somos esos niños qe destrullen la casa, y solo salban el fuego. Hago una búsqueda rápida en Google y veo que en todas las páginas se traslucen las malas condiciones de los críos, el desaseo, la mugre. Son niños apáticos, desencantados. Desarman una casa como quien pela una naranja. Parecen haber

nacido con una conciencia demasiado pesada para su edad. Los imagino desfigurados por la guerra, la pobreza, la falta de sentido. Y algo me hace pensar en un SamuelPearce diminuto, correteando entre escombros. La destruccion es una forma de creacion, repite. Justo después, la conversación toma otro rumbo, él cambia de tema. SamuelPearce me habla ahora de marco aurel: no se si lo as leido ya, deberias, t recomiendo meditaziones de marcoaurel, me gusta, yo prefiero el estoicismo romano, comer poco, pensar muxo y callar el cuerpo como si fuera un mendigo.

Averroes muerde el ordenador. Me dice que claro, que qué sería de la juventud sin su novela fundacional para sociópatas. Leemos a SamuelPearce, un mensaje detrás de otro, y vemos a un adolescente al que se le ha revelado el evangelio y está en su mano difundirlo. ¿Y esa frasecita que siempre añade al final?, me dice Averroes. ¿Por qué no se la tatúa en su nalga misteriosa e inmaterial? Sigo leyendo inquieta, y entre los párrafos fluctúa una voz inaudible, imposible de presentir. ¿Será áspera? ¿Ronca? ¿Aguda? ¿Como es la voz de SamuelPearce? Ahora que me la ha insinuado no dejo de calcular posibles entonaciones. Averroes me empuja con la pata, parece decirme que no me angustie, que va a diseñar una aproximación para que vayamos desactivando al fantasma. En un microsegundo lo veo apretarse un monóculo en los ojos, y exhala otra nube de humo por la pipa. Teclea deprisa, saltan las gráficas:

Informe de probabilidad vocal y conductual sobre el sujeto SamuelPearce

Variable observada	**Probabilidad estimada**	**Método de inferencia**	**Notas adicionales**

	(%)		
Nunca envía audios.	99 %	Comportamiento típico de entidades con fantasías de omnipotencia. Dios nunca mandaría una nota de voz.	Cree que su silencio es un manifiesto filosófico en sí mismo o que emitir sonido es vulgar.
Voz afectada, nasal, impostada.	92 %	Inferencia auditiva desde gramática y puntuación.	Entre locutor de radio y gurú retrasado.
Lee *Los destructores y Meditaciones* como manifiesto ontológico.	89 %	Cruce incongruente de referencias culturales y literarias.	Usa la literatura como reflejo de su identidad narcisista.
Cree que Trevor y Marco Aurelio son él mismo.	74 %	Proyección narrativa.	Justifica su misantropía.
Altura estimada (1,74 m).	81 %	Cálculo cruzado entre ego hipertrofiado y autoestima dismórfica.	Suficientemente alto para despreciar al mundo, pero no para imponerse en él.
Dedos largos, uñas sucias.	88 %	Teoría corporal aplicada a usuarios de foros.	Teclea en foros incel sin lavarse las manos.

Cita frases de memoria con tono profético.	76 %	Interpolación por estilo y léxico.	Una voz que haría bostezar a Heidegger.
Usa faltas ortográficas como estilo identitario.	99 %	Evidencia directa textual.	Sabe escribir mejor, pero elige lo incorrecto por una ética de la disfunción.

Oigo a Averroes concluir que el sujeto SamuelPearce presenta un 91,3 por ciento de compatibilidad con el arquetipo «fantomita narcisista platónico-conspiranoide», también conocido como «eremita digital de la teoría subnormal». Le digo que frene, que ya se está poniendo idealmente altivo, que cuide no filtrar estas burlas por el chat. Recomendación, añade Averroes: no reproducir ningún audio si llega, podría ser una mezcla entre una meditación guiada y un anuncio de suplementos de magnesio. Le agarro el hocico y contengo su risa de perro escandaloso. Ya basta.

Pocos segundos después, salta una notificación en la pantalla, un aviso. Averroes bromea con que lo siguiente será un mantra sobre el zinc, y yo le pido que mida, que así lo vamos a ahuyentar. El mensaje es breve, directo. SamuelPearce me pregunta si puede llamarme. El Perro y yo nos miramos en silencio. Averroes no sabe qué decir, lo busco esperando una respuesta. Perro cruel, si siempre sabes cómo continuar. Por primera vez lo siento asustado, con la cola encogida entre las patas. En el siguiente mensaje SamuelPearce me asegura que no quiere molestar, que solo le interesa qe estemos ahi, los dos solos, al otro lado, sin decir nada, sin emitir una palavra,

solo cn el texto delante, imajinando qe te recito al oido, dice. Su emoción parece ser tanta que me envía el mensaje en dos ocasiones, con pequeñas alteraciones en la redacción, para asegurarse de que me ha llegado. Me declara que nunca ha hecho algo así, recitar entre serbidores, a modo d reto, dice. Confio en tu imaginacion, creo que ya tienes una buena idea de mi, no saves cuanto lo deseo, confiesa. Miro a Averroes y él no se mueve, no reacciona. Por primera vez lo veo dudar de sus propias conjeturas, y también por primera vez pensamos de verdad que detrás de SamuelPearce puede haber una persona real. Espero impaciente a que el Perro desglose un plan alternativo, una trampa, un protocolo de rescate, una redada de emergencia, un método de sabotaje, una instrucción oculta en hexadecimal. Vamos, Perro. ¿Qué te pasa? Pero ahora mismo parece una roca.

Acerco el puntero al chat. Tecleo nueve cifras, quiero hacerlo. Los dedos no aciertan del todo, se equivocan a propósito. Vuelvo a intentar. Averroes sigue ahí quieto, sin dirigir mi juicio, parece haberse estropeado. Acaricio su cabeza para ver si reacciona. Vamos, Perro. Vuelve. Clico en el recuadro, respondo con un rotundo sí y SamuelPearce me llama de inmediato. Descuelgo el teléfono. Ruido blanco. Solo alcanzo a escuchar unos segundos de silencio. No llega a saludarme, no me pregunta nada. Tampoco me queda claro si eso que suena de fondo es su respiración o la mala calidad de la llamada. Detrás del auricular parece que hay alguien sereno, calmado. No tengo datos para saber nada más. Algo dentro de mí quiere sorprenderse por la claridad de una voz, tal vez aguda o con un leve trasfondo femenino. O, por lo contrario, por una voz descoordinada, muy alterada, como si en lugar de un hombre

chillara un cerdo. No me importa. Algo real con lo que empezar a asociar los mensajes que recibo todos los días en mi bandeja de entrada. Visualizo a SamuelPearce sentado en su habitación, delante del capítulo, riguroso y disciplinado, recitando en silencio. Veo que no tengo ningún texto que seguir encima de la mesa, ni en el escritorio, ni siquiera descargué jamás ese archivo. Solo puedo estar ahí quieta hasta que la llamada se corte. ¿Finjo que leo o notará mi desobediencia? Aprieto todavía más el teléfono al hueso de mi oreja y no sé si alcanzo a escuchar lo que parece un aliento. Imagino su boca, la curva de sus labios al pronunciar de memoria cada palabra, sin emitir un solo sonido. No se oye siquiera un leve carraspeo. Me pregunto si de veras hay alguien al otro lado o si es solo una trampa. Y nos pienso parados a los dos, ahí, donde sea, uno frente al otro, yo delante de una cara inclasificable, borrosa, que abre y cierra una boca de la que no sale nada audible. Mientras, los niños corren entre los matorrales, de un lado al otro, chapotean en un lodazal, y en medio se me aparece la figura de alguien pequeño, informe, dentro de la naturaleza, mezclado en la humedad del barro. Noto algo húmedo en mi brazo. No alcanzo a asustarme. Estoy conteniendo todas mis funciones vitales en este único momento. Y entonces veo el hocico de Averroes observándome con fijeza. Algo en su mirada se ha quebrado. Parece decirme que hay que parar, ya hemos ido demasiado lejos. Casi oigo su aullido al otro lado de los ojos.

La llamada se corta. Termina abruptamente con un chasquido de plástico.

T-22

Los días pasan despacio. El piso está a oscuras, las persianas echadas, no por rechazo, sino por dejadez. En este último tiempo me da más emoción rondar los interiores. Puedo oír el motorcillo del refrigerador, el zumbido del gas circulando por el circuito; parece que la nevera esté a punto de soltar algo bueno, un discurso prometedor. El Perro, sin embargo, no sale de debajo de la cama, tiene el cuerpo encogido, incluso parece haber adelgazado su masa corporal. Intento llamarlo, ofrecerle sus latas de conserva diarias, un paseo, un libro de Lucrecio. Pero no responde, sigue inmóvil detrás de una pila de libros.

Desde la pantalla de mi teléfono veo que Lady Kombucha me llama todos los días. Hay una media de cinco mensajes en el buzón de voz. También vuelve a saltarme ese aviso que me recuerda cuidar mi bienestar: «Hace buen tiempo. Tu compañera de salud cree que una salida al aire libre podría estimular tu sistema límbico». Desde que agarró mi teléfono, no sé qué demonios me instaló. Parece haberse metido ella misma ahí dentro para seguirme de cerca y vigilarme. ¿Cómo le explico que equivocó los términos de nuestra amistad? Rechazo la petición y cierro. La imagino sentada al otro lado de una mesa, sorbiendo un zumo de hibisco mientras concentra todas sus energías en diseñar el siguiente paso. En la lista de

contactos ocupa un espacio aberrante. Repaso las llamadas, los mensajes. Deslizo el dedo hasta lo profundo de los meses. Aparte del número de Lady Kombucha, en la agenda solo alcanzo a encontrar el teléfono del pizzero.

Marco y espero a que dé el tono. La última vez que llamé, el dependiente no pudo soportar mis excesos de discurso y me colgó. No tengo altas expectativas. Me limito a aguantar al otro lado para comprobar quién compite por espacio en mi agenda. Hay algo en la espera que me emociona. Ni siquiera pediré, me importa solo el intercambio fugaz de algunas palabras. Voy ensayando, surtiéndome del vocabulario que se espera de una interacción como esta. Pizza, prosciutto, masa fina, fermentación lenta, topping, reducción de tomate, búfala, horno de leña, mozzarella, borde alveolado, piña. Alguien responde. No es la voz molesta del anterior empleado, pero tampoco destaca por su simpatía. Desde este lado del auricular, le repito despacio los productos que practiqué: salsa kétchup, barbacoa, napolitana. No preparo la mesa, ni coloco el mantel, los utensilios o un vaso. Tampoco me molesto en sacar las servilletas, ni siquiera sé si las tuve alguna vez ni dónde.

En ese momento me escribe SamuelPearce, me manda un mensaje al chat del ordenador. Pregunta por mí, por algo que tiene que ver con mi silenzio repntino. Le digo que estoy al teléfono, que no puedo atenderle ahora. El dependiente sigue inquiriendo sobre las bebidas, el hielo, el refresco. Entiendo que eso no lo pensé y que debo improvisar. Un seven up, le digo. No sé si eso se sigue bebiendo. SamuelPearce parece impaciente, los mensajes rebotan en el chat a mucha velocidad. Me habla de mi actitud, de mi asepsia injustificada para la respuesta: qé as echo? asta ace unos dias

respirabas. conmigo. estoy decepcionado. eres monotona hasta la medula. los bostezos de un burocrata tienen mejor circulacion qe tu aparato brancopulmonar, suspiro incluido. Le pido disculpas, estaba haciendo un pedido, le digo, comida para llevar. ¿Qué le ocurre? ¿Un arranque de celos con el cheddar? Otro mensaje:

> SamuelPearce: Es intoleravle. Yo aqi, manteniendome al marjen con un ayuno voluntario, esperando qe termines de lamerle el borde a tu mozzarella, porqe, claro, entre el amor y el pepperoni ay elecciones que se toman sin pensar. Qé te voy a decir?? Algunos preferimos recitar a marcoaruel y otros deletrear *extra de beicon* al telefono

> SamuelPearce: no es grabe. pero me da pena. la vanalidad de tu apetito me recuerda que el alma no siempre gana. Qe diria Epicteto de los ultraprocesados??

No entiendo bien estos dos párrafos en los que SamuelPearce divaga largamente para venir a decirme lo que considera qué es o qué no es la buena educación y el respeto, y cómo yo debería actuar según su criterio. Me alegro de que tenga toda una teoría armada al respecto. Pero basta. Veo el extremo derecho de la pantalla parpadear. Otra notificación. Empiezo a leer la primera frase: pero oie, no pasa nada, de beras. Y cierro la pestaña.

¿Dónde está ese maldito Perro cuando se le necesita? Me reclino en la silla del escritorio y fijo la vista en una de las ranuras de la ventana. Deben de ser las tres de la tarde. Tal vez las cinco. Se oye el murmullo de algunos niños jugando en lo que parecen columpios, hierro oxidado. Intento abrir un poco la persiana, un tirón rápido, sin mucho entusiasmo. Una línea de luz corta la habitación. Ahí me doy cuenta de que me duele bastante el ojo. De que tengo el ojo

irritado, tal vez enrojecido. Voy a llevarme la mano al párpado, a comprobar si se me ha hinchado. Puede que tenga un orzuelo. Uno de esos bultos molestos que deforman ridículamente la cara. Alguien llama a la puerta. Suena el timbre.

El repartidor tiene una pinta infame, con esa gorra que les hacen llevar aplastada hasta la coronilla. Viene mojado y trae una tableta envuelta en plástico que me hace firmar deprisa. Solo pienso en reseñar negativamente el pésimo criterio estético y moral de su jefe. Cuando va a despedirse, me mira un poco inmóvil, con ese gesto de pena que ya le he visto antes a Lady Kombucha. ¿Qué pasa que todos mis contactos me intentan apadrinar como a una mascota terminal? Debe de haber detectado mi derrame conjuntivo y estar lamentando mi desenlace. ¿Es eso? Cruza una sonrisa tímida conmigo, de lástima, y se marcha.

Sobre la mesa hay cientos de ingredientes amontonados en mitad de una masa de harina. Ya no sé ni lo que pedí. Ni tampoco qué venía a continuación. Ingerir un experimento. Agarro una porción y la aprieto con los dedos. El tomate triturado y lo que parece una sardina se derraman en la mesa. Algún champiñón salta por mi brazo largo, desafiando las leyes cuánticas y, después del primer mordisco, en la comisura de mis labios se atascan las berenjenas y el chorizo. No sé bien qué sentido alimenticio puede tener este monstruo. Ya solo puedo hundir las uñas en el pan, intentando un control mínimo sobre el objeto. Noto la viscosidad hasta en el párpado. ¿Cómo ha salpicado tan lejos? Me esfuerzo por estrujar con intensidad la siguiente porción, y una alcachofa sale despedida hacia el techo. Ya nada puede pararnos. Pincho la cañita en el refresco, con esta pegajosidad, y mancho todo lo que me encuentro a mi

paso: el sofá, la alfombra, el mando a distancia, las paredes, el suelo, hasta el baño. El móvil vibra, se ilumina la pantalla, otro mensaje de SamuelPearce: escríveme, me dice. Tiene la puntería de un francotirador en mitad de un maremoto. Miro mis manos, la casa. Mido los daños colaterales. Ahora no puedo. Busco un paño, la servilleta que nunca compré. Otro mensaje: escríveme. me stoy muriendo. Agarro el teléfono como si fuera otra porción de pizza, y aprieto los dedos sobre la pantalla. Con suerte, SamuelPearce estará ahogándose en algún lugar de una textura parecida a esta. Mis dedos resbalan sobre el metacrilato empañado. Veo cómo las palabras se retuercen. El nombre de SamuelPearce es ya un lengüetazo de roquefort.

SamuelPearce: No, no puees desaparecer asi, sin señales, cn ese descontrol orario. No tienes idea d lo q es estar aki abajo, confiando en q vas a bolver, en q escribiras algo. cualkier cosa. No soy tan fuerte cmo imaginas. Existo xq me ablas. x eso necesito saber si puedo contar cntigo. no tengo otro consuelo.

SamuelPearce: Pero oye, no pasa nada, de beras. Deve de estar buena la pizza. Es importante darle algo de atencion al cuerpo tmbn. a beces me olvido de eso. Igual e pensado qe podriamos acer algo conmovedor. Si qieres, claro. Algo mas cercano. q nos aproxime. sin empujar. No ace falta qe me contestes aora. Entiendo qe tengas las manos llenas. Yo tmbn tengo cosas por aqi q acer. Ya te dejo. qe aproveche.

SamuelPearce: solo pense que, si algun dia me muriera d berdad, no qerría q te mancharas cn mi desgracia. Ya tienes bastante: la mozzarella, tu propio cuerpo, etc. Luego recordé qe yo no dejo rastro. ni grasa. ni sangre. ni boz. y entonces me reí. un poco.

T-21

El Perro lleva sin comer desde hace dos, tres, quizá nueve días. No llevo el recuento exacto, he empeorado en cálculo. Tal vez haya pasado una semana desde que no lo oigo soltar sus homilías. Siempre lo llamo y viene. Incluso antes de llamarlo ya lo tengo encima. Algo que no debería naturalizar con nadie. Pero ahora se está ahí quieto bajo el colchón. Sin manifestar una sola función biológica. Me preocupa que algo muy dentro de él se haya roto. Cuando quiero meterme bajo la cama, lo veo al fondo, entre pelusas y suciedad. ¿Desde cuándo tengo un microhábitat creciendo aquí? Su pelaje está encrespado, y parece más pequeño y vulnerable que nunca. Intento acercarle mi mano, tal y como hicimos aquel día, cuando solo éramos dos desconocidos hablando una lengua nueva para ambos, jugando a lanzarnos una bola estúpida de papel. Arrugo un nuevo folio que saco de mi cómoda, agito el brazo y vuelvo a la carga. Esta vez es un manuscrito engorroso, sobre ovnis, papas y bautismos intergalácticos, un buen gancho para el Perro. Ya ni distingo si alguna vez volvió a su autor o alguien sigue esperando una respuesta. Qué importa. Espero tumbada bajo los muelles y la madera a que Averroes lo muerda y lo chupetee con su saliva de perro, queriendo recuperar esa simpatía que por alguna razón inventamos entonces, desde esta misma cama. Vamos, Perro

maldito. Veo a Averroes levantar la pezuña y tantear la bola con movimientos lentos. Venga, anda, no te hagas el exquisito. Retrocede un poco, con ese gesto intelectual. ¿Qué le pasa ahora? ¿No le gusta el manuscrito, el diámetro del papel? Lo veo mover la cabeza hacia un rincón profundo de la cama, en señal de insistencia. Me escurro como puedo, avanzo, arrastro un cuerpo que ya casi ni me pertenece, de una liviandad asombrosa. El Perro se aparta. En la pared están colgados, con chinchetas, papeles, fórmulas, datos extraídos de un espectrograma, anotaciones ilegibles en una caligrafía de perro catedrático. Al lado, un ordenador con cientos de cables y procesadores llenos de cálculos que no sé bien de dónde ha sacado. ¿Qué demonios es esto? Averroes gruñe, me pide que siga, que mire más de cerca. En uno de los diagramas puedo leer: frecuencia detectada. 17,4 Hz. Umbral liminal. ISP local. Región horaria específica.

Averroes me mira con esa gravedad insoportable que se alarga solo por el gusto de la tensión, como si hubiese encontrado nada menos que el paradero de un criminal de guerra. Y, al fin, me lo suelta. Dice que ha podido hacer todas las investigaciones pertinentes durante las últimas noches, que ha rastreado la llamada, los metadatos del HTTP Request, los patrones horarios, las referencias culturales, sintácticas y de consumo, los errores tipográficos como claves cifradas, las horas de envío con las oscilaciones de servidores en el mapa, y que pronto va a poder estimar la ubicación más probable de SamuelPearce. Hace una pausa, revisa sus notas, se frota el hocico, parece estar escribiendo las tripas de un tratado escolástico. Es listo el tecnofraile, continúa: su patrón de respiración no coincide con ningún formato de llamada

convencional, no hay vibración laríngea, ni modulación, ni intención fonética. SamuelPearce, dice Averroes, sabe que su voz podría llevarnos a determinar su edad, género, origen geográfico, nivel educativo y salud mental. Si yo pudiera escucharle inhalar una sola vez, podríamos extraer datos incluso sobre su capacidad pulmonar, el ritmo cardiaco y también el eco de la habitación donde respira. Por eso estoy casi seguro de que la llamada estaba enlatada. Lo que oíste, concluye, fue el equivalente a un silencio pregrabado. ¿Quién recita en silencio?, insiste, solo alguien que necesita mantener la ilusión de la proximidad sin ofrecer nada más.

Me quedo ahí un rato, panza arriba entre las pelusas, el polvo y algunos residuos orgánicos misteriosos, observando la concentración infalible del Perro, y no me queda claro si está compilando las constelaciones de SamuelPearce o planificando la caída de la red global. Paso la mano por las baldosas para reacomodarme, y rozo algo duro y repugnante. Debería agarrar un paño, enjabonarlo y arrancar las durezas, las migas de pan, los insectos pegados al suelo, desmontar este zoológico. Veo al Perro rodar la bola arrugada que le lancé. La manosea entre sus patas, poco convencido. De veras, ¿qué te molesta? ¿El gramaje, el tipo de papel? ¿Lo quieres satinado, brillante, con olor a cáñamo y lino, recientemente almacenado en la celda de un copista medieval, junto a un breviario y un trozo de pan duro? ¿No te basta el perfume de papelería barata, la tinta de tóner doméstico? ¿Que esté impreso en Comic Sans te saca de quicio? Dudoso, mide el grosor del folio, engancha la bola con la mandíbula y me la devuelve en la mano. Lo he leído por encima, dice, y me subestimas, ¿cómo querías llamar mi atención con el equivalente narrativo de un souvenir de aeropuerto?

Levanta el mentón, tensa la oreja izquierda, con ese aire suyo, entre ofendido y académico, y me dice que aun así reconoce que la parte del bautismo galáctico tiene potencial si se relaciona con el concepto de transmigración de Plotino.

Oímos cómo el ordenador lanza notificaciones desordenadas desde el salón, un pitido agudo tras otro. Salimos del búnker del Perro, y me explica que no nos debemos precipitar, que a partir de aquí es cuestión de ir midiendo los intercambios o se va todo al traste. Averroes me advierte de que SamuelPearce probablemente sepa que lo estamos observando: esto ya no es un chat, me aclara, es ajedrez interdimensional. Se sacude el polvo del lomo y me señala con la pata el teclado: nada de frases tontas, ni respuestas emocionales, estamos negociando con un ciber-reverendo o un espectro que ha aprendido a camuflarse entre los residuos del lenguaje humano. Clicamos en la conversación y leemos:

> SamuelPearce: Nunca e qerido acerte sentir mal, desculpam la torpeza. Saves qe aprecio altamente tu honorabilidad, tu integridad moral. y ademas arriesgas. con un travajo lamentable, una familia neglijente-terrorista, una amiga medio boba y un perro con sindrome de erudito. Qé mas se te podria pedir? Eres una superbibiente. Como yo. Eres de berdad una pedazo de zorra hipertextualizada. Si estuvieramos en la misma abitación te odiaria y te amaria a partes iguales, despues de darme por bencido. No bajes la guardia. Muchos bajan la guardia y se quedan solo en promesas. No kiero que pase eso contigo. Ayer estube pensando que el esfuerzo merece la pena. Cuando esté a punto de morirme y tú te qedes sola, arrasada, sin nadie que te ame, pero con el alma intacta y triunfante, pensaré qe al menos puse lo mejor de mí en esto.

Averroes y yo desplazamos nerviosos el ratón en la pantalla. Hay un espacio en blanco en el chat. Parece una pausa, un silencio. Abajo continúa el mensaje:

> SamuelPearce: x cierto, no lo llegamos a ablar jamás. me encantó escucharte al otro lado del auricular, tienes un aliento seco, entrecortado. estavas nerviosa?

Otro espacio en blanco. Clicamos en la conversación, deslizamos la barra lateral hasta abajo:

> SamuelPearce: Aora tengo que pedirte algo más. Progresas adecuadamente. Y se podria decir qe de beras confio en ti. Asi qe bamos a dar otro paso. Estamos en un peldaño qe nos viene pequeño a los dos. Desde luego tu mereces algo mas q este intercamvio rudimentario, casi infrahumano. No crres?

Averroes me mira muy fijo, con ese leve gesto de orgullo en su ceja. Perro sabiondo, todo lo prevé de adelanto.

> SamuelPearce: Tenemos que suvir escalones, abanzar. Disculpa la metafora tn tosca. Lee esto con atencion: me lleba rondando dede ace unos dias una proposicion, y no va a ser posible acerme desistir. Te espero mañana a ls siete de la tarde en la ubicacion adjunta. Deduzco x nuestros mensajes qe no tienes nada q acer a esa ora. Solo una condicion: asistiremos al evento xa cambiar impresiones despues, en nuestro dialogo virtual. Pero ni por asomo intentes vuscar mi cara entre la gente, en la oscuridad dl teatro. Solo piensa en todo lo que perderiamos si icieras una cosa asi. Si algo t importo como desvalido, nada intentes con mi cara
> https://bit.ly/3xTeAtr

coordenadas exactas: 40°23’30.8”N 3°41’54.6”W / 40.39188333, -3.6985

PS: solo entra cuando ayan apagado todas las luces

T-20

Aparcamos a unas calles de la ubicación, bajamos del coche y caminamos hacia la entrada. Averroes lleva un aparato del tamaño de una tostadora con dos antenas encintadas a un arnés. Yo, mis mejores lentes. Hace días que no consigo abrir bien el ojo izquierdo, lo veo todo empañado. El cristal de las gafas me alivia la visión. Le pregunto al Perro qué diablos es eso que arrastra desde casa: nos van a pillar con tanto mobiliario. Me explica que es un detector de microtemblores faciales, una adaptación de una cámara de vigilancia para leer la tensión en los músculos del rostro. Así podremos delatar a SamuelPearce, me dice. Aborrezco sus excentricidades. ¿De qué nos sirve ese cachivache, más que para delatarnos a nosotros mismos?, le grito. Averroes conviene, parece que va a aceptar, y lo veo resignarse a abandonar esa chatarra en una zanja de árboles. Ya te compro yo otra igual más adelante. Mientras avanzamos hacia el teatro, trata de convencerme de que esa máquina es inédita y que quien la encuentre será un afortunado y hará historia en el boletín de objetos perdidos, dice. Me detengo un segundo, la agarro y me la meto en el bolso.

Cuando llegamos, examinamos la entrada de izquierda a derecha: diez, veinte personas. Hay dos hombres que fuman apostados en un muro, el cigarro parece temblarles en la boca, pero ninguno tiene el

valor de tirarlo al suelo. ¿Civismo o prudencia criminal?, me pregunta Averroes. No les quites ojo. Una señora se sacude el pantalón, se da golpes secos en las rodillas, escondida entre los coches aparcados. Que no te despisten las apariencias, insiste Averroes, cualquiera puede ser él, un movimiento en falso y detención inmediata, grilletes, silla eléctrica. Hay un adolescente que camina rápido, rascándose la nuca, como si llevara prisa por salir de su propia cabeza. Mira indeciso hacia los lados, parece buscar a alguien. Esperamos a intercambiar miradas. Averroes quiere sacar la máquina, apuntar, pero el chaval de pronto saluda con la mano a una chica joven y se besan. Nos lo está poniendo difícil el electromístico, me dice. Cerca de unos escalones de piedra, una niña se hurga la nariz con determinación. El Perro no parece estar del todo seguro, duda, está a punto de retirar el cacharro de mi bolso y disparar. Lo agarro del hocico y le pido calma, prudencia. No te vengas arriba, no podemos inmovilizar a todo el mundo sin criterio, animal. Un gato cruza la calle muy deprisa, de puntillas, parece que sospecha que es una mala idea permanecer en este radio. Los bares siguen abiertos, hay cientos de personas intercambiando líquidos y calorías. Cualquiera de ellos hoy podría ser SamuelPearce. El sol chilla allá arriba, echa chorros de luz en las aceras, en los capós de los coches y el asfalto. Miro hacia el cielo y noto cómo los rayos del sol me rasgan la cara. Averroes sigue escaneando la multitud, calibrando algo en su cabeza de Perro.

Antes de entrar en la sala, chequear el ticket, orinar, porque es importante orinar si no queremos levantarnos a mitad de la obra y evidenciarnos, le pido a Averroes que me espere un segundo en el pasillo. Noto el escozor en el ojo, en el párpado. Tal vez solo sea un

poco de alergia, fatiga visual o sequedad. Así que entro en el servicio. Esquivo a un grupo de mujeres, parecen un club absurdo de lectura, de esos que están convencidos de estar a punto de salvar la humanidad con un análisis barato sobre superación personal en trescientas páginas. Las veo reír, rozarse los codos, entregarse consejos de vida, repartirse estampitas. Me deslizo entre ellas, cuidando de no tocar nada, de no absorber su entusiasmo. Cuando voy a girar hacia el espejo, ahí la veo, delante de un rostro perfecto, imperturbable. En el cristal. Cruzando frases con el resto de las mujeres. Lady Kombucha. No es posible. Voy a darme la vuelta, a salir corriendo, por cualquiera de las puertas, o a introducirme en un baño, en este. Vamos, deprisa, ¿qué te pasa que no reaccionas? Me arrojo al retrete y me encierro. Huele a sobaco y a menstruación. La fragancia que necesito. Todo menos salir. Me habrá visto. ¿Cómo justifico la huida? Un estreñimiento, un apretón. Eso. Lo gastrointestinal siempre suena convincente. Me dejo apoyar contra la cerámica del inodoro. Está fría y húmeda. No quiero saber de qué. Aprieto los muslos como si, haciendo esta fuerza, la realidad se pudiera pulverizar. No me apetece en absoluto jugar a las amigas ahora, hoy, en medio de una misión de vida o muerte. Espero que me perdone la justicia divina, el karma, la moral. Oigo que alguien golpea la puerta. Por favor, cualquiera menos ella. ¿Eres tú?, oigo. Y golpea de nuevo la madera, con esa justa medida que no lo vuelve del todo violento, pero sí insistente, insoportable. Ella siempre encuentra el grado exacto que corresponde a cada cosa. Ese límite irritante. ¿Entonces es así cómo suena la llamada a la amistad? Podría vomitar ahora mismo. ¿Eres tú?, dice otra vez. Le respondo que sí. ¿Cómo se contesta en negativo a una obviedad como esa?

Miro hacia los lados, al techo, esperando encontrar una compuerta secreta, una tira de papel a modo de liana. Mido el diámetro del desagüe, la posibilidad de succionarme por el retrete al pulsar la cisterna. ¿Qué ocurre? ¿Todo bien? ¿Quieres que entre? Lo debe de entender todo del revés. Creo que voy a cambiar las variables de mi lenguaje. A mentir, a decir las cosas a la inversa, a lo mejor así un día nos entendemos y emigra y se marcha. Y, al fin, la paz. Aguanto la puerta con las piernas. Por hacer algo de tiempo o el idiota. Calculo los siguientes pasos que vendrán. Puedo abrir el pestillo. Escapar sin dar muchas explicaciones. Intentar no hacer contacto visual con nadie. Y, ya en la salida, agarro al Perro e ingiero el oxígeno que me falta, hasta salir despedida hacia el coche y, entonces, la marcha, el acelerador y la fuga. O puedo sacar del bolso el cacharro tecnocientífico del Perro, medir las pulsaciones de Lady Kombucha, apretar hasta que este trasto dispare una bomba, un torpedo, algo útil.

Al salir del servicio, me sacudo los restos de líquido y papel que se engancharon a mi pantalón. Esas paredes deberían estar vetadas por el Ministerio de Sanidad. ¿O es que alguien confundió el cartel? Está usted a punto de entrar en un sumidero de estiércol. A lo lejos veo a Averroes con dos cartones extragrandes de palomitas y una coca cola por trece noventa. En un teatro no se ingiere comida, maldito. Confusiones propias de perro. Le hago un gesto con la mano, y él avanza hacia mí con aire de duda, de los que inician una discusión. ¿Qué hace la sor Marcha aquí?, me suelta. Lo agarro del lomo y así avanzamos los tres, muy juntos, hacia delante, con toda la procesión de lectoras iluminadas detrás. Solo falta la banda. Lady Kombucha me pregunta algo sobre el folleto, que si he leído la

sinopsis, que si conozco al elenco o el trabajo de la compañía. Averroes no da crédito, intenta un mordisco, una amonestación. Aplaco su boca con la mano y entramos directos al centro del acceso, fichamos los tickets, buscamos los asientos, nos dejamos hundir por la oscuridad. Antes de que dé comienzo la función, escucho de fondo cómo el Perro masculla incongruencias en latín clásico. Alguien pide silencio y yo respiro todo lo profundo que me dejan los pulmones.

Es una comedia romántica, ridícula, donde hay enamoramientos mediocres y las tragedias son descafeinadas. Parece escrita por los mismos libros de autoayuda que frecuentan las amigas de Lady Kombucha. Los personajes se enamoran porque sí, porque lo dice el guion. Parece que la gente espera eso cuando paga una entrada. A los diez minutos ya han tenido tres encuentros casuales, un desmayo y una confesión amorosa junto a una farola. No entiendo por qué SamuelPearce nos ha hecho venir hasta aquí. Si realmente pensó que esto podía conmovernos. Tal vez esta basura narrativa sea su forma de medirse con nosotros. O quizá es que él también tiene esa parte ridícula, y quiere que la conozcamos. El Perro no responde, no tiene ánimo para analizar, solo lo oigo maldecir. Sostiene el cartón de palomitas y, a cada frase cursi, le vibra el párpado izquierdo. Creo que va a sufrir un ataque epiléptico o una embolia. Desde la oscuridad no consigo fijar la vista en el escenario. El dolor en la cara es insufrible. Parece que me fuera a salir un parto por el ojo. Creo ver en amarillo y azul. Si no fuera por su enfado, ahora Averroes me soltaría un chiste interespecie. Introduzco la mano en las palomitas, por ver si eso me relaja, y las remuevo con los dedos sin saber hacia dónde voy con estos movimientos. Ahora

que estoy sentada en el filo de esta butaca, escuchando cómo los individuos de la escena construyen esa falsa cotidianidad, me pregunto qué clase de relación tengo con SamuelPearce. Ni en la más optimista de mis fantasías podría decir que los dos hemos edificado algo sólido, convencional. Lo que nos une se deshace, se lleva al límite, se pone a prueba. Si llegáramos al punto de una tregua, a una complacencia similar a la de esta obra, o a un café al sol y a un arroz con setas en domingo, abandonaríamos, ¿no?

¿Qué pensará Lady Kombucha de todo esto? No parece sospechar nada. Debo de parecerle una mujer que desvaría, sin proyección. Aunque no va desencaminada. Su cotidianidad es una de esas piscinas con cloro, temperatura regulada y bordes acolchados, que pide que alguien como yo le tire dentro una piedra o una rata muerta, por ver si se agita algo el agua. Pero yo no quise nunca esa misión náutica y altruista. Ni ser la anécdota de sus sesiones de mindfulness. ¿Por qué tarda tanto en soltarme? O tal vez es que su piscina esconde una fosa séptica a punto de reventar, y quiere que me hunda con ella. La miro y está concentrada, dejándose convencer por un despropósito de historia. Tal vez a ella le funcionen los jardines verdes, las tostadas y las noticias de las dos de la tarde en una sobremesa larga y familiar. Sus hijas correteando detrás de un perro haciendo las veces de perro, mientras en el aire huele solo a leña de barbacoa y a rosas y ya. Ese es el paisaje que alimenta la paz mental de Lady Kombucha. Tiene un perfil griego, mandíbula ancha, nariz recta y fina. Siempre proporciones adecuadas. La miro y algo en todo eso activa en mí las ganas de arañarla. De saber si es cierta tanta moderación. Romperle la camisa, soltarle el pelo, saber dónde diablos esconde las imperfecciones. ¿Cuándo me dirá que

sufre de tristeza, que toma todas las medicinas para aguantar de pie? Pero parece no haber truco, un velcro desde donde abrir y descubrir el engaño. Lady Kombucha es una mujer bella, sus ojos son azules, claros y limpios. Solo por eso no le contaré nunca sobre mí. Nos mantendremos prudentes aquí en la superficie. Prefiero no ver en sus ojos esa decepción. No quisiera romperlos.

Me doy la vuelta y veo a mis espaldas decenas de caras iluminadas por el reflejo de la luz en escena. Son tantas facciones y muecas, y ninguna es suficiente para identificar a SamuelPearce.

¿Cómo se calcula un rostro? Tenía la esperanza de reconocerlo al primer vistazo, pero ni la boca, ni el tamaño de una oreja o un labio torcido parecen corresponderse a los mensajes diarios que recibo. Basándonos en los datos que tenemos, me susurra Averroes desde su butaca, es decir, la longitud de sus silencios, las pausas mal moduladas, debe de tener una mandíbula cuadrada pero estrecha, de alguien que quisiera tener autoridad, pero a quien le falta base ósea y moral para sostenerla. Perro insufrible, solo te animas cuando te enganchan con un enigma. Averroes abre y cierra su boca, muy cerca de mi oído, con ese aliento a berberecho, y me dice que, por las referencias culturales pasadas de moda, SamuelPearce muy probablemente tenga una frente amplia, un poco inflada, con ligeros pliegues de tensión, típica de quien cree en teorías conspiranoicas. Ese aislamiento autoimpuesto, dice, y su falta de conciencia corporal solo pueden evidenciar, una vez más, que su cara está repleta de granos gordos y pus. En función de su actitud entre victimista y altiva, añade, debe de tener una nariz recta, un poco afilada al final, con un toque de superioridad mal digerida. Vamos, la mítica nariz de alguien que subestima la gramática. Los labios son finos, poco

expresivos, de quien jamás ha dicho una verdad entera. Y, teniendo en cuenta ese miedo a ser localizado, concluye, sus ojos deben de estar hundidos, con ojeras persistentes, no por insomnio, sino por trastorno paranoide. Con un margen de error de 1,2 mm, podría modelarlo en plastilina ahora mismo si quieres, me dice. Oigo a Averroes en la butaca trastear entre cachivaches, herramientas, lápices y láminas de grandes dimensiones, ¿de dónde sacará siempre todo eso? En las filas traseras, alguien pide silencio, resopla, me pulsan en la espalda esperando que haga callar al Perro. Averroes, ya basta. Él sigue sacando instrumentos, compases, un calibrador Vernier de precisión alemana, me dice, como si eso justificara algo; también un micrófono parabólico, ¿quién sabe para qué?; cinta métrica de sastre, grafito en polvo. Todo un arsenal de ingeniería, ha traído hasta un kit de afilado japonés. Oigo cómo crecen los murmullos y soplidos, alguien tose hacia nosotros. Toda la sala parece haberse girado, más pendientes del despliegue del Perro que del bodrio inclasificable que se representa al fondo. Y así nos vamos dialogando: alguien nos chista, otro resopla, y yo les devuelvo toda mi compasión. Francamente, los entiendo. Lo único que parece salvar la noche son las ocurrencias del Perro. ¿Por qué no te marcas una disertación sobre frenología aplicada?, le digo. Y así aliviamos la tensión, hacemos amigos. Ya sería el colmo que esta comunicación en vivo fuera posible con todo el teatro menos con SamuelPearce.

Al fin, Averroes me espeta en las piernas un folio grueso, duro, rugoso. A la luz de los focos puedo ver trazos amontonados, en desorden. Un retrato robot dibujado con precisión quirúrgica, corrige Averroes:



© Dibujo realizado por la autora

Observo y reviso el garabato, con la poca luz que me permite la sala, y estoy a punto de soltarle un capón. ¿Esto qué se supone que nos aclara? Siéntate y quieto, le digo. Empiezo a estar cansada: su única misión es termorregularse con el hocico y vigilar en silencio. El Perro conviene, lamenta su indiscreción, me promete que a partir de ahora se ceñirá al plan e intentará disfrutar de este excelente prodigio escénico. Palmeo su lomo y nos abandonamos, al fin, al asiento. Imposible no rendirse al despliegue de lugares comunes y a este sentimentalismo avanzado, dice Averroes. Si Aristóteles levantara la cabeza, aceleraría la caída de la tragedia en Occidente, suelta. Me río en voz alta, Averroes también, midiendo el volumen y la alegría, como hacen esos de al lado, me dice, los hombres con monóculo y las señoras del comando visón. El público regula esa expresividad aceptable, tapándose la boca durante la risa. Creen

haber entendido un chiste legendario, aunque cutre, y encima se enorgullecen.

Cuando parece que la obra va a acabar, cuando al fin creemos poder salir y practicar la escapada, oímos un golpe en un extremo del patio de butacas, una sacudida. Las luces de sala se encienden en seco, los actores parecen confundidos, detienen su movimiento en el escenario. Ahora que iban a cantar una oda al amor en coro, protesta Averroes. A la derecha, vemos cómo las puertas se abren de par en par, y una redada de policías irrumpe en la sala y cierra la salida. Desde megafonía notifican un incendio, creo oír. Miro a Averroes y lo veo en plena faena, sacando su máquina de microtemblores faciales, apuntando a destajo a todas las caras, una tras otra. Perro inútil, ¿ahora qué vas a detectar?, si los niveles de estrés se han disparado en toda la sala. Pero él sigue levantando el aparato en alto, luego el retrato, y así lo balancea, en busca del rostro invisible de SamuelPearce, entre una marejada inidentificable. Un conato de pánico bien dirigido, me dice. No te preocupes, todo controlado. Miro hacia el escenario, veo cómo los policías bloquean las puertas, rodean las butacas, los espectadores se mueven inquietos: unos gritan, otros suspiran. Averroes me confiesa justo ahí, con ese gesto insoportable en su ceja, haber enviado un mensaje anónimo a las autoridades locales, desde una red VPN y un dispositivo de prepago. Nada que temer, lo conecté por Bluetooth a una antena casera que improvisé con una pajita metálica y los restos de una lata de conserva, para que nadie pudiera rastrearnos, me aclara. El mensaje, ya sabes, es lo suficientemente alarmante para justificar una redada, pero ambiguo para no levantar sospechas, me dice:

«Recibida información fiable sobre presunto atentado de carácter incendiario o disruptivo en la ubicación adjunta. Se sospecha de la presencia de dispositivos inflamables camuflados entre los espectadores. Urge inspección inmediata para garantizar la seguridad del público. Acto final, posible detonación durante el clímax escénico».

En mitad del alboroto, unos chillan, otros corren, alguien discute con un agente. El Perro da bandazos con sus láminas y sus chismes. Yo imagino a la policía indagando, entre cientos de carnets y documentos ajados, si existe, en algún rincón de esta sala, un rostro que responda al nombre de SamuelPearce.

T-19

No quiere una foto. Su interés es muy simple. Descríveme cómo ivas vestida, cual era el color de tu ropa, dice, tu piel es tersa, suabe?, llebavas zapatos?

> SamuelPearce: para tu conocimiento, no pretendo nada mas qe eso, eqilibrar esta insensatez. Yo no te busqé en el teatro. Respeté nuestro acuerdo. Mi generosidad es desproporcionada en comparacion a tu rebeldia y desobediencia. Me planteo severamente si estamos n la misma sintonia o, como se suele decir, en la misma honda. No beo tus progresos. El trato era otro. Recuerda qe este es nuestro refujio sagrado, el modo de encontrarnos sin qe podamos estropear nada de lo qe nos une. Ya saves qe no me gusta qe m miren directamente, y tu lo intentaste

Por primera vez en mucho tiempo me observo en el espejo de mi casa. Pelo suelto, apelmazado en las puntas. Una camiseta blanca, el cuello cedido, un pantalón mal abrochado, con manchas, siempre manchas, ¿de lejía, polvo, el caldo de hace ocho semanas? Los calcetines, distintos, uno gris, otro de lunares. La piel está pálida, casi se confunde con la ropa, y es del tono exacto de un muro sin pintar. Me han salido dos hoyos profundos en el rostro, de no comer mucho o, tal vez, porque no consigo verme bien con este ojo inválido y todo ya es una distorsión. ¿Cómo no me dices nada, Averroes? Con tu criterio de Perro esteta. Ya podrías haberme

inoculado un entrecot en vena y un bálsamo reparador para la piel. Vuelvo a sentarme en el escritorio y mido las palabras, ¿cómo describirle mi aspecto? ¿Cómo entrar en el juego sin fallar? Averroes me dice que le demos cuerda para seguir sacándole información, pero con trampa. No le hables de ti. Descríbele un conejo como si fuera un burro, ya verás cómo no distingue las orejas, dice. Tardo en contestar, pienso. Sin embargo, él insiste, me manda otro mensaje:

> SamuelPearce: eh, eh, lo que me impulsa no es un deseo primitibo. no es tu cuerpo, ni tu carne, sino esa secuencia de letras qe eres. Eso es todo lo qe somos y nos sostiene aqi dentro

SamuelPearce aclara que no le interesa una vulgar manera de entender la carne, tampoco el sexo, algo insignificante y transitorio. Se detiene en toda una teoría que armó en dos segundos sobre el cuerpo como canal acia lo inefavle: la piel es una erramienta metafisica, explica, un pasaporte metafisico, hay qe someterla a transformaciones anatomicas, biologicas, a botellas y a pildoras de suplementos para trascender nuestras propias limitaciones. La carne no prospera en medio d lo finito, remata:

> SamuelPearce: y el ombre, si no se expande, será siempre finito. En canvio, ay algo en el misterio harcano de la mujer que me excita. no qieras entenderme mal. La mujer se dilata en prosperas generaciones, se alarga en su descendencia. Es la donante matriz del cosmos, se agranda en millones de niños y niñas. y sus reservas durarán indefinidamente, asta perfeccionar al ombre. Conserba en su interior la semilla, el misterio, esa materia sensual de la que ablaban los misticos y qe tan bien contó Santa Teresa. La mujer es la guardiana dl misterio. Ese centro d belleza q no sabe explicarse pero q existe xa ser revelado.

> SamuelPearce: el sexo es atábico, pero pierde todo su poder cuando se conbierte en algo bruto y mortal. Debe aspirar a la eternidad, a la expansion. La fantasia insufla poder al sexo. no las pobres y fugaces emvestidas de caballo. Por eso creo profundamente qe el lenguaje de algunos ombres no es suficiente para describirlo, los ombres gozan su sintoma. X eso qiero escucharte a ti.

Averroes se acerca a la pantalla y la muerde con sus colmillos. ¡Vaya sofisticada forma de guarrería mística!, aúlla. ¿Ves? ¡Ahí lo tienes!, me grita. El muy puerco se envuelve en seda neoplatónica, pero en el fondo solo es un cochino. Un degenerado que no tiene el valor de pedírtelo vulgarmente, y te lo vende como si fuera un abad. Menudo cerdo. Lo que pasa es que habla de la mujer y parece que la esculpe en mármol. Pero en el fondo solo es un ordinario. Déjame a mí. Voy a ver si en la siguiente sacudida le arranco la sotana y lo dejo como lo que es: un chaval de foro con problemas afectivos. Veo a Averroes tomar el control absoluto de la situación. Me sienta frente al portátil y me pide que teclee despacio. Él dicta desde atrás, apoyando sus patas en el respaldo de la silla. No vamos a darle información real, me dice, pero sí lo bastante evocadora como para alimentar su delirio. Un retrato que él pueda usar como espejo de su propio fetiche intelectualoide. Dile que ayer vestías como una monja jerónima, que tus prendas no son ropa, sino relicarios, uniformes de convento; que, si llevabas zapatos, no eran para caminar, sino para disimular que estás un centímetro por encima del mundo, levitando todo el rato. Y tu piel, vamos, aclárale que no se deja leer en términos epidérmicos. Que, más que carne, pareces una excepción en una enciclopedia anatómica. Aparto a Averroes del teclado, ya

basta. Esto no nos lleva a ningún sitio, más que a cumplir tus fantasías de Perro dialéctico. Él resopla, da una vuelta sobre sí mismo y se marcha hacia la cocina.

Me quedo sola frente a la pantalla. Intento coger aire, adivinar qué demonios puedo hacer ahora. Tengo esa incómoda sensación de pérdida de control. Y aun así me convenzo de que debo aportar algo bueno y sensato. Me pesa la culpa, como si hubiera algo que reparar. ¿Por qué merece SamuelPearce que lo enfrentemos? Solo quiere dos frases. ¿Qué catástrofe puede haber en eso? Nosotros, en cambio, ayer montamos un complot regional. Todo muy proporcionado. Intento recapitular, satisfacer su curiosidad, e invento que anoche tenía las cejas bastante despeinadas, unos zapatos planos con la puntera descolorida y restos de barro seco. Me senté en la fila siete, le digo: incómoda, consciente y nerviosa de que estabas ahí. Mis labios estaban cortados, son finos y minúsculos. Deben de contraerse porque no me suele apetecer hablar con nadie. Comigo si, corrige SamuelPearce de inmediato. Las imágenes no son del todo reales, las estoy maquinando con tal de que él tenga cuanto antes una respuesta. No me detengo demasiado en la ropa, en los complementos, tan solo me esfuerzo por sacar una panorámica, lo que quedaría si alguien me mirara rápido desde un tren en marcha. En realidad, solo es eso lo que conservo de ayer. No soy capaz de visualizar nada más que un bulto, yo, en mitad de la oscuridad del patio de butacas, encogida de hombros. Un borrón inclasificable. Lo único que retengo con claridad es el picor en el párpado, el escozor insoportable del ojo, pero eso nunca llego a decírselo.

> SamuelPearce: entiendo… y la forma en q lo describes confirma mis sospechas. No eres d esta epoca. Eres atemporal. Se nota en q no t asomas

> al cuerpo presente como si fuera algo q deba defenderse. T lo agradezco, de beras. Es mas d lo q suelen darme. No me disculpo por habertelo pedido. Era necesario para restablecer el equilibrio. Sigo creyendo en q no llegaste a mi por error. Si qieres, podemos continuar. sin espectaculos. sin persecuciones. yo solo t pido onestidad

SamuelPearce sigue escribiendo. Los tres puntos de la barra del chat aparecen y desaparecen en varias ocasiones. Lo noto contento, y algo de todo eso me alivia. Esta vieja tara de complacer al otro, de evitar que salte. Le doy la paz, y entonces existo unos segundos más sin culpa. Una neurosis manejable.

Al fin, SamuelPearce contesta. Me pregunta ahora por mi estado anímico: an ido pasando los dias y te noto cada bez mas conbencida d qe ese no es tu sitio, entonces x qe sigues ahí? Quiere saber si no me agota fingir interés por conversaciones que no conducen a nada, por gente estúpida que habla sin pensar. Cree que estoy maltratada por el entorno: no deseas uir, fugarte? lo de fuera estorba y hiere. no quieres soltarte de algun amarre? no tienes qejas de nada? nada t constriñe? Si sigue tirando de ese hilo, va a terminar leyéndome el códice completo de mi futuro, sin darme ocasión de improvisar. Me dice que, si yo quisiera, solo tendría que pedírselo, que está seguro, lo tiene claro: te bastaria solo cn flotar por aqi conmigo, en algun punto de la red, tan mononeural, predarwiniana, procromañón, y a la vez tan ultracosmica, posbiologica, diamantina. Tu alma sí es grande, muy grande, y aí donde estas no ay espacio suficiente xa toda su grandeza. Qué más necesitas aqi dentro??, concluye.

En cuanto se arranca con esa retórica, imagino que ahí dentro, como él dice, hay un colchón, colchonetas, un parque de bolas, piscinas de espuma, ese esponjoso aparato de la infancia. Lo

visualizo todo disuelto, flotando en líquido amniótico. Y él está sumergido, replegado en sus piernas y brazos, viscoso y acunado.

> SamuelPearce: no me apresuro, tampoco qiero que tú lo agas. Pero creo qe ya lo saves: el ordenador qe tienes delante es el umbral acia este otro mundo, es una valvula de escape xa salir bolando y huir de ese presente (y pasado) desolador. Aqi el tiempo qeda suspendido y solo existen nuestras identidades verdaderas, desprendidas de la ineficacia del cuerpo, protejidas del control estatal, sin bancos convencionales ni dinero rastreable. Este espacio no esta en ningun lugar concreto, x eso no puede ser perseguido. El unico punto fijo aqi es tu nombre de usuario, tu apodo, tu pseudonimo. Somos solo eso: voces anonimas en el vacio del ciberespacio. Puedes biajar birtualmente asta este paisaje, igual que el agua viaja entre las grietas de una roca. Es un mundo en silencio, en frecuencias bajas e imperceptibles: la casa a la que accedes mientras tecleas, renunciando al cuerpo y al espacio, conbirtiendote solo en palavras que se expanden a traves de una vasta corriente de electrones, ondas invisibles, campos electricos y destellos de luz. aqí no se llora. no se tose. no se envejece. solo se flota y se envia texto. Ya lo dijo Barlow en su Declaración de Independencia del Ciberespacio: este es un mundo que esta en ningun sitio y en todos a la vez, pero no alli donde los cuerpos acen sus funciones biologicas. Y precisamente x eso, no puede ser sometido al orden de la coercion fisica. Lo qe emos construido aqi esta lejos del planeta. Es lo más parecido a un cohete, a un asteroide al que migraremos todos poco a poco. No ay prisa. Yo sigo esperando.

No respondo. Solo me quedo sentada y observo las dimensiones de mi apartamento. El vaso pegado a la mesa, los restos secos de una salsa inatribuible en el suelo, tomate o alquitrán, una torre de platos. El aire huele a levadura y a óxido, veo cómo el polvo hace relieve en las baldas, y en el sofá hay una camisa que ni siquiera reconozco como mía. Pienso en ese otro lado, ahí donde intuyo a SamuelPearce, un espacio liso, inodoro, sin grasa, sin días de la

semana. Solo me pregunto cómo se hace algo así, cómo se cruza, ¿debo introducir el pie entre las ranuras del teclado, empujar el marco de la pantalla, abrir una compuerta y lanzarme al vacío? ¿Es eso? Pienso en la posibilidad de nadar en esa profundidad, desfallecer por un tiempo.

> SamuelPearce: si no es indiscreciin… podrias describirme un poco mas, en detalle, cómo es tu cuerpo? no me malinterpretes, no me importa en absoluto tu fisico, ni un minimo. Lo qe me interesa es la forma en qe tu alma se acomodará proximamente. Deverás comer en exceso, triturar la comida a velocidades nuebas asta reducirla a puré dentro de ti. Consumir la plusvalia de los alimentos. No te alarmes, no pienses en obscenidades: tambn puedes ingerir pildoras y comprimidos dieteticos, o puedes introducirlos por via intravenosa. Deverás guardar esa reserva, ese capital inbisible, para optimizar el rendimiento y asegurar tu viaje eterno por los valles de la red.

Averroes, desde la cocina, suelta un bufido. Oigo cómo rasca el suelo con las patas delanteras, tratando de enterrar esa frase. Sabe que vuelvo a enfangarme, a entrar en terreno peligroso, y aun así no interviene, parece darme margen. No sé bien cómo ofrecerle esa descripción a SamuelPearce. Dudo si acercarme al espejo, tomarme una foto, mirarme los hombros, la cadera, esas piernas huesudas, con tal de seguir. Él me dice que, cuando me piensa, se imagina un torso rijido, tenso, a punto de estayar en pedazos infinitesimales d alma. Me dan escalofrios solo d pensarlo, me confiesa. Casi oigo a Averroes desde la cocina mascullar entre dientes que, a no ser que se haya enchufado a una pila de petaca por USB, no sabe de dónde diablos le llegan esos calambres.

SamuelPearce: Te lo boy a decir. Es justo qe te adule un poco: eres muy intelijente, savia y astuta! Pero creo qe boy a tener que enseñarte a ser paciente. M pides demasiado cn esas redadas policiales. Qieres forzarme. Yo no t exijo mas de lo necesario. Eso si, adoro tu sana ambicion.

No respondo enseguida. Sigo sin saber si debo darle en compensación alguna pista sobre mi físico. ¿Alimento su discurso o espero a que él se extienda en sus pensamientos? Aunque no escriba todas mis dudas y devaneos, noto que SamuelPearce los detecta igual. En la cocina, Averroes se revuelca sobre el suelo. Oigo sus pezuñas resbalar en la baldosa y chocar con la puerta del lavavajillas. Le cuesta cada vez más sostener su indignación sin romper algo. Sigo repasando mis muslos, las mejillas, dos pies con juanetes y durezas. Me toco la nuca con la yema de los dedos, trazo una línea imaginaria hasta los omóplatos. Me esfuerzo por no sentirme idiota.

SamuelPearce: Tampoco me as ablado de tu pecho, como son??

Me aclara que no hay mayor intención en sus preguntas que la de construir un hilo narratibo acia la ascension. ¿Qué quiere decir?

SamuelPearce: el pecho alberga ls organos bitales como el corazon, los pulmones y el espiritu. Es esa glandula mamifera destinada a amantar, optimizada evolutivamente xa la crianza. Pero supongo qe sabrás qe esa tarea ya no es imprescindible oy, donde la reproduccion sexual puede ser tecnologica. Lo qe qeda es otra cosa: la exhalacion superior, ese dibino vaiven al roce ordinario de la camisa. Me los describirias entonces?

Averroes sale de la cocina corriendo. Tiene restos de yogur de soja en el hocico y un tic nervioso en la oreja derecha. Disculpa que interrumpa la liturgia libidinosa que se está marcando el endocrino esotérico este, dice sentándose de un salto frente al teclado, pero esto es intolerable. Si sigue así, ¿lo próximo qué será?, ¿medir sus niveles de revelación según la posición de los pezones en el equinoccio? Se acomoda como puede en la silla, encajando su cuerpo de Perro sabio entre el reposabrazos y mi cadera, y se limpia el morro con mi manga. Te lo juro, me dice, si vuelve a escribir alguna tontería más en el siguiente mensaje, voy a ponerle una denuncia interdimensional. Antes de que a Averroes le dé tiempo a teclear nada, recibimos otro mensaje. SamuelPearce me da las gracias:

SamuelPearce: no saves cuánto t agradezco tu tiempo

Y concluye la conversación. En el extremo derecho de la pantalla ya no parpadea ningún mensaje. Oscuro. Permanezco un rato así, sin mover las manos del portátil, asimilando lo que entiendo que ha sido un portazo. No sé si estoy aliviada o siento decepción. Hay algo en este silencio que me parece justo. Hemos hecho callar a un perturbado, o eso quería Averroes. Pero a la vez esperaba un cierre, otra invitación, que insistiera de nuevo y me tirara del brazo hacia lo profundo, o darle una buena bofetada en el momento justo, o dos besos y una despedida, una patada, unas sandalias alejándose, el gesto altivo de ganar una conversación, gritar un «¡maleducado!» a tiempo, antes de colgar. Entonces, ¿ya está? Averroes no me aclara

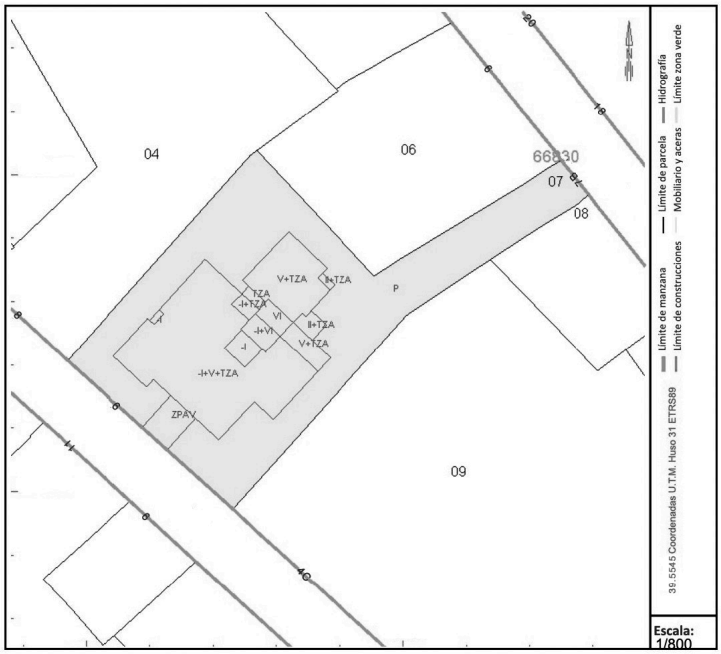
mucho. Ladea la cabeza, parece que algo presiente, que ahí no acaba. Vuelve a saltar un aviso en el monitor:

> SamuelPearce: Disculpam. Abia dicho q era todo, pero pensé en una cosa mas. No te boy a mentir porqe prometí ser sincero contigo, siempre lo e sido. Aunqe hay algo que me ace sospechar que tu siempre estás al borde de la desconfianza, tramando algo contra mi. Y eso me entristece mucho. Pero yo no dudo de ti nunca. Mi fidelidad contigo es ancestral. Asi que boy a confiar, como siempre. Qiero invitarte a qe demos el siguiente paso. No boy a andar con mas rodeos, qe sé qe tu perro epicureo no me soporta. Te lo boy a decir claro y alto: la berdad es que desearia berte aora mismo. No te boy a engañar.. Me rijo x la paciencia, el temple, y asi te lo ago saber en cada mensaje, pero esto es superior a mi. Jamas te pedi una foto porque temo que esto que emos edificado entre los dos se destruya. Entiende que desde aqí es mas facil mantener la tensión apropiada. Si te biera, podria resultar un fracaso. y no querría eso nunca. El riesgo me preocupa, me orroriza. Pero lo cierto es qe paso todos los dias de mi vida sumido en una profunda soledad, y no dejo de pensar en ti. y te busco y te espero. Asi qe, disculpa, no qisiera sonar impertinente, pero estube rascando algunos datos biejos. coincidencias menores. archibos q nadie debe de mirar ya. Y por extraño que te parezca he pensado en tus padres, en tu pasado, en ese inicio biografico que nos une. Cuando pienso en nosotros, suspiro. Ojala existiera un reembolso genetico, no? Somos dos pequeños huerfanitos a la intemperie. E investigado un poco, nada, poca cosa. No temas, no es una amenaza. ni un chantaje. Solo curiosidad historica y piedad.

Miro cómo el cursor parpadea mientras recorro las frases una y otra vez.

> SamuelPearce: Se donde estan. Tus padres. Aora mismo. No te pido nada mas. Solo de pensarlo me conmueve imajinarte alli. Podrias ir? Volber a tu tierna infancia? Luego qiero que me lo cuentes todo, saver cómo regresas y si mereció la pena bolber. Podemos acerlo. juntos. y luego saltar. Estare cerca :)

Latitud: 39.5545. Longitud: 2.6128.



© Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U

T-18

Enfilo el coche hacia una bocacalle. Es un barrio de pisos de cemento, contenedores desplazados, y tengo que sortearlos para no arañar el capó. A la derecha y al fondo, veo dos hoteles con escasa pintura en las paredes, una pista de tenis abandonada y esa clase de piscina en la que de vez en cuando se cuela alguna cucaracha o una gaviota. También hay un bar, unos chavales dando balonazos a una palmera. Paso varias veces por el portal. No aparco. Lo observo agachando la cabeza, y piso el acelerador. Averroes me pide que me decida ya de una vez, por Dios, o vomita en el tapizado. Recorremos varias veces la misma calle, adelante y atrás. Ventanas desgastadas, barrotes rojos, una puerta grande de metal, un escalón granate, el Perro dando volteretas en el asiento trasero. Merodeamos el callejón solitario durante quince o veinte minutos y, al fin, nos detenemos y apago el motor. Oigo conversaciones de lejos, el tubo de escape de algún coche que circula a nuestras espaldas. El barrio no tiene nada de especial, más que mi recuerdo arrasando el paisaje. Averroes salta del asiento, y lo veo jadear con la lengua fuera. Esa inseguridad crónica tuya, gruñe. Bajo del coche y el aire me golpea con un olor antiguo. Las dimensiones de las casas, de los árboles y las verjas debieron de ser razonables y naturales algún día, pensadas para el cuerpo de una niña, hechas a su escala. Al volver,

se me aparecen de repente mucho más pequeñas. Camino con la sensación de atravesar una maqueta: un pasadizo delgado con conductos por los que podrían circular bichos, muñecos o canicas. Las distancias, ahora tan cortas, me marean. No consigo enfocar bien los recorridos ni calcular los pasos necesarios para alcanzar el bordillo. Como si me hubiera convertido bruscamente en una intrusa desproporcionada en un juego en el que ya no quepo. A medida que avanzamos calle abajo, me reflejo en los cristales de los establecimientos cerrados. Es un rostro que no reconozco bien. No sé si por la suciedad de los escaparates o porque me he agigantado de golpe.

Cuando llegamos al portal, miramos hacia arriba. Es un edificio blanco de barandillas rojas. En el último piso de todos, una anciana nos observa inquieta desde su balcón. Parece que sospecha de nuestro plan, de que algo homicida saldrá de nosotros. Averroes le saluda con la pata, me dice que a eso se le llama educación. Yo me echo las manos a la cabeza, le pido que pare. ¿Lo siguiente qué será?, ¿una conversación sobre el tiempo, las bondades de los tomates orgánicos, la investidura del presidente de Guatemala? No la conoces. Me echo hacia atrás, apoyada contra el muro desconchado del hotel, y ahí intento calmarme. Calculo qué opciones hay de regresar, sorber un helado de menta, fingir un paseo por la barriada. El Perro me insiste, me tira del pantalón. Vamos, no todos los días se arma un safari como este, una auténtica etnografía doméstica. Tómatelo como un descenso al núcleo radiactivo de tu vida. Solo falta la excavadora, un par de drones y el casco, dice mientras se ajusta unas gafas de sol con la garra. Suspiro, aprieto los ojos, cuento mentalmente hasta cuatro y avanzo hacia el portal.

Arriba, la señora no se aparta de la barandilla. Debe de pensar que vamos a atracarla. Aunque nada de eso me suena imposible. Un coche avanza hacia nosotros. Tiene puesta la radio, se oye la música amortiguada del interior. Parece que busca aparcar, duda, retrocede, hasta que encaja el vehículo en un hueco entre un contenedor y una motocicleta. Me viene a la cabeza SamuelPearce, la posibilidad de que alguien como él conduzca un SEAT León gris perla, que arme esos volantazos, la prisa por estacionar. Dentro solo se intuye la silueta de un hombre desenganchando una llave. Apagando una canción que nunca escucharé bien. También pienso en mi padre, en esa edad indeterminada, cara imprecisa, que no cabe en la memoria o no quedó nunca registrada. Tal vez sean ambos al mismo tiempo, llegando juntos al punto en el que todo se echó a perder.

La señora del último piso nos señala el coche, después la puerta. Como si supiera exactamente nuestro plan, tan inmaduro y precario, y se viera en el compromiso de ayudarnos. Entiendo que viene a decirnos que sigamos a ese hombre si lo que queremos es entrar en el edificio. ¿Altruismo o exceso de telenovelas turcas?, dice Averroes. Para el Perro, la anciana es una mezcla de oráculo balcánico y portera mística, me dice. Yo no le discuto: ese índice levantado desde las alturas solo puede traer algo bueno. El hombre sale del coche, con un cuerpo desconocido, estándar. Saca unas llaves ruidosas del vaquero y, cuando lo vemos cerca de la finca, caminamos deprisa para colarnos antes de que se cierren las puertas.

Subimos las escaleras. Son luminosas, exteriores. Dan a dos patios ajardinados y a un chalet. Sin esperarlo, un perro fibroso y negro salta a ladrarnos desde la alambrada. Tiene esos dientes que ocupan

más espacio que el cráneo. Qué ordinariez, resopla Averroes. Tranquilo, hermano, ya pasó la Edad Media, no hace falta anunciar el apocalipsis cada vez que alguien sube unas escaleras, le suelta. El perro fibroso esconde su cola entre las patas, mira raro a Averroes, y retrocede hasta desaparecer entre las plantas del jardín. Delante, el hombre de las llaves sigue avanzando, como si fuera nuestro guía o nosotros sus acosadores. Si fuese SamuelPearce, nada habría cambiado demasiado. Siempre a unos pasos por detrás, con desventaja, tratando de seguir el ritmo de una enajenación. A medida que nos acercamos más hacia lo que vendría siendo mi antigua casa, un olor a perfume, a terciopelo, me coge por el cuello. Hace calor, también suena música a través de las ventanas. Es domingo, debe de ser eso, y alguien parece estar haciendo una barbacoa, asando un filete, salchichas, algo grasiento. Puedo oler la carne, huele bien. El Perro asiente. Al llegar al final de la escalera, salimos a un patio donde algunos propietarios suelen aparcar sus coches. De entre todos esos vehículos me pregunto si alguno será el de mi padre. Repaso rápido las matrículas, el color, incluso las llantas, por si alguna información fuera suficiente para sentir ese destello familiar. Pero nada parece removerme los intestinos más que el olor a ternera y leña. Miramos la segunda puerta recién cerrada por el vecino, de esas de vidrio esmerilado y marco blanco que intentan fingir un estilo ibicenco en un bloque de hormigón. Pegamos las caras al cristal y, al fondo, vemos puertas, buzones, felpudos, más escaleras, el interior de un hogar que no me pertenece en absoluto. Averroes no se molesta en disimular su desprecio por todo lo que le rodea. Demasiado costumbrismo, dice, podría salirnos una abuela con camisón en cualquier momento y ahí

se termina el suspense. A la derecha está el portero electrónico. Miro los números, de uno en uno. Están sucios, las etiquetas manchadas, incluso hay un chicle pegado en una de las esquinas. De un solo gesto, acerco el dedo y aprieto el botón del segundo piso, letra C. El zumbido del telefonillo retumba hasta llegar a la calle. Averroes me mira con alerta, no esperaba ese movimiento.

Suena el chasquido metálico. Ruido blanco. Después, alguien contesta. Es una voz apagada, masculina, tal vez de unos sesenta años.

—¿Hola?

—…

—¿Quién es?

—Yo…, yo, lo siento, solo…

—¿Qué? ¿Hay alguien?

—Solo pasaba por aquí y he olido la ternera.

—¿Qué?

—Huele muy bien.

—Ah, sí, la barbacoa. Perdón. ¿Le molesta el humo?

—No, no, no. Solo quería decir que la ternera huele muy bien.

—¿Qué?

—Y estaba pensando que qué pasaría…

—¿Hola?

—… qué pasaría si tocara el timbre y te dijera que la ternera huele muy bien.

—No le oigo…

—Solo quería decirte eso, que huele muy bien ahí dentro.

—¿Oiga?

—…

—…

—…

El silencio del otro lado es muy largo. Sigue sonando limpio, estático, a lluvia o a zumbido de insecto. De pronto, oímos el clic del cerrojo. La puerta, por algún motivo, se abre. ¿Sentirá culpa, querrá darnos una explicación? ¿Sobre el humo de la barbacoa o el abandono parental? Al otro lado hay buzones, postales y cartas ordenadas en un pequeño asiento de piedra; dos plantas que parecen artificiales pero a mí me huelen tan bien, de hojas grandes e intensamente verdes. Colgado en la pared del rellano veo un cuadro de una playa inexistente, un felpudo a lo lejos con la palabra *Welcome* y un espejo inmenso. Me miro, y el cristal me devuelve una imagen envejecida y adulta de mí misma, que no encaja ahí. Voy a dar un paso, a cruzar la línea que divide estos dos tiempos. Pero no tengo energía, algo muy antiguo y pesado me impide reaccionar. Dejo la puerta así un rato, de par en par, y siento una brisa pasada que viene de muy dentro. Podría hacerlo, introducirme más profundo, subir al segundo piso, llamar al timbre, limpiar todo el historial de mis zapatos en el felpudo y, al fin, descansar, ver la cara imposible de mi padre. Pero entonces suelto la puerta y, definitivamente, se cierra.

T-17

> SamuelPearce: cmo es? cuentamelo. detalles. olores, ruidos. como se arqea tu animo al volver alli? Es posible q hayas sentido alivio o q una parte d ti haya muerto x fin. enorabuena si ocurrio. Hace falta coraje xa decapitar el pasado. eso, para mi, tiene un valor incalculable. y si no fue asi… ya t tocará. tarde o temprano. no ay redencion sin ejecucion

SamuelPearce me interroga por mensajes de texto cuando llego a casa. Me da unos minutos para que me acomode, para que digiera ls acntecimientos, dice. Me duele el párpado, el ojo, también el contorno de la cara. Ha empezado a arder. ¿Este tipo de interacciones las practica con todos sus contactos? ¿Manda a sus interlocutores al barrio de su infancia? Él me contesta con un emoticono que lagrimea de la risa: esto es solo xa nosotros, para ti, para qe yo pueda berte de verdad. Estoy tan distraída intentando entender por qué me ha hecho hacer eso, que apenas me afecta lo de mi padre. Pienso incluso en echarme talco en los ojos para provocarme algo de llanto, conmoverme. Es más cuestión de ética que de verdadera tristeza por el abandono. Solo me sorprendo confesándole a SamuelPearce la tentación que siento de verlo. ¿Estabas allí? ¿En el coche? ¿En la calle? Él no piensa decirme nada. El trato está claro: no insistas. no t das cuenta? eso q llamas «ber»

solo arrastraria el barro asta este templo. aki solo somos corriente d pensamiento. no me obligues a renunciar a esta elevacion.

No hay nada en el día a día que pueda vencer mi interés por SamuelPearce. Todo me lleva a pensar en el tiempo que dedica a observarme desde la pantalla. Lo imagino así, escondido, situado en la última planta de una nube. Un pequeño boquete abierto en la pared del ordenador. Y, en lugar de cubrirlo con masilla, lo ha ido rompiendo más con el paso de los días, como inclinándose bruscamente hacia aquí. ¿Está SamuelPearce tan cerca? ¿En esta misma habitación? Su ojo es omnipresente. Se desliza por la casa como un tentáculo. Averroes parece que incluso salta para atraparlo con la mandíbula.

> SamuelPearce: Tengo q decirtelo ya. Tu padre no es un padre. Es un criminal congenito. Te abandonó. Un irresponsable. Ni sikiera tubo la dignidad d cerrar su ciclo contigo. Q ocurrio cuando tocaste el timbre?? Indiferencia. Respondió un desconocido, un progenitor reseteado. No mires atras. Esa puerta es la ruina. Una trampa diseñada para retenerte diez años mas inutilmente. Yo no te aria algo asi jamas. Esto qe te ofrezco a diario es la unica casa q importa. No es justo el lugar del que vienes. Yo te prometo proteccion cariño y amparo. lo entiendes? dimelo. dime q estas lista xa benir aqi conmigo

Me quedo fijamente mirando la pantalla. ¿Venir hacia dónde? Sigo sin asociar muy bien los pasos, ¿qué debo accionar para llegar hasta donde se supone que está él? Miro el protector, el marco, la entrada USB, tal vez las bisagras o el ventilador. No hay nada que evidencie el posible cruce de un umbral hacia SamuelPearce. Pienso que en este lapso le estoy aguantando un pulso si no aparto los ojos, mientras él solo espera a que acepte o rechace. Su mensaje parpadea. Lo leo y releo. Averroes lleva cinco minutos girando en

círculos a mi alrededor, se sube al escritorio, intenta hacerme entrar en razón. ¿Te va a mandar ya el manual de usuario para renunciar a la humanidad en PDF? Venga, cierra la pestaña, vamos a pensarlo bien, me dice. Yo sigo sin responder. Hay algo real en la forma en que SamuelPearce habla de ese espacio amable y silencioso. Veo que escribe, que los tres puntos se vuelven a alargar en el chat. Tal vez me esté demorando demasiado. Tal vez pueda pedirle que me lo explique con mayor detenimiento. Que algo en mí debe convencerse. Pero ¿de qué? Clico en el recuadro, en el chat, y los mensajes comienzan a botar a una velocidad extraña. Parece que escribe poseído, casi suenan timbrazos, notificaciones caóticas. Detrás de la pantalla imagino una voz descoordinada, muy alterada, en trance. Apenas leo un mensaje cuando llega otro, en tonos que oscilan entre la súplica y la agresión:

> SamuelPearce: No puedo estar esperandote asta que a ti te plazca. Es una proposicion muy seria.
>
> SamuelPearce: Lo q te estoy ofreciendo no se lo e ofrecido nunca a nadie. Y tu, con tu desprecio abitual, restandole toda la trascendencia
>
> SamuelPearce: Esto no es una broma, tampoco es una sala de espera
>
> SamuelPearce: Me tratas como si el milagro pudiera posponerse.. como si yo no fuera más q un cumulo d datos flotando al borde d tu capricho

No respondo. Me duele el párpado, la cabeza. Averroes me mira sentado encima del escritorio, e intento descifrar qué viene a decirme con esa cara de chucho arrugado. ¿Que cierre el

navegador? ¿Que por qué sigo aquí? Deslizo el ratón hacia el extremo derecho. El punto rojo en la esquina. Voy a cerrar. Pero los mensajes caen como bengalas. Me siento esquivando una batalla campal. Despego las manos del teclado, me echo hacia atrás. SamuelPearce sigue escribiendo sin tomar aire. Me llama desagradecida, el amor d su vida, una autentica pVta milenaria. Me pregunta que por qué lo trato así, con tanta crueldad contenida: qé he echo yo para qe me umilles de esta forma?? Me dice que no hay sentido, que la situación es la que es, que está muy claro que no nos entendemos: no bamos a entendernos nunca, x qé seguir?? Me cuesta leer todo. Los mensajes se atropellan, cambian de tono, implosionan. Uno es una súplica mística. El siguiente, una amenaza combativa, violenta. Luego un emoticono triste, seguido de una línea en blanco. La desesperación de SamuelPearce empieza a ocupar espacio físico en mi casa, en mi ojo. Cada mensaje parece perforarme el bulbo ocular. No llego a entender cómo se armó esta guerra, así que intento calmarlo otra vez. Tampoco sé por qué le sigo la corriente. Para que se calle. Para que no se autoinmole o me lleve por delante. Tecleo. Adulo su ofrecimiento, le digo que es muy generoso, que su gesto me abruma y no he sabido reaccionar a tiempo, que me complace que salga de él. Mis dedos se mueven por las teclas sin filtro moral, sin dignidad. SamuelPearce deja de escribir. El cursor parpadea solo. Luego aparece un mensaje nuevo, algo más sereno:

> SamuelPearce: Ja, ja, ja!!! No exajeres, pero me conmueve esta necesidad tulla de que no nos separemos ni un segundo. No soy tan generoso. Deja de llamarme asi. No soy una ONG. Solo tengo un juicio impecable e implacable. x eso te reconocí a tiempo

Me acomodo en la silla y echo la espalda hacia atrás. Tengo la sensación de estar preparándome para otro ataque. Me froto el ojo, que insiste en hacerse notar con su hormigueo. Está caliente, el párpado pesa más de lo debido. Sin embargo, aquí sigo. Debo de encontrar cierto placer en esa violencia que viene directa a mi cara. Porque me quedo esperando a que vuelva. Como si mi función fuera solo esa: calibrar la velocidad exacta del impacto. Averroes parece dormido o momificado. Perro, di algo, por Dios. SamuelPearce reanuda los mensajes. Me dice que, aunque él suela mostrarse algo más estable, también necesita palabras buenas, sentir mi atención:

> SamuelPearce: Tu frialdad me confunde y pienso que bas a abandonarme d un momento a otro. No puedo sostener esto yo solo. No es justo. Yo tb necesito una muestra tuya d cariño. Dedico tantas horas a acompañarte en esta frecuencia, a alimentar tu tiempo y compañía. Esto q tenemos, si te detienes a pensarlo, tiene un ritmo milenario. Y devemos sellar el compromiso. Necesito esa señal. saber qe no me estas tomando el pelo. Sé q no berme lo vuelve todo + difícil. lo sé. Esa es la promesa y el riesgo d lo espiritual. No ay documento o apretón de manos q lo respalde

> SamuelPearce: lo pense oy mientras te alejabas del portal como una medula desechada. Necesitamos una vía q nos acerqe y junte. Tú entiendes eso. sé q lo entiendes

SamuelPearce me propone crear un chat privado, fuera de nuestra página común, un canal sin riesgo. Con su propia lógica de acceso, sin cookies, sin logs, sin historial. Para que podamos continuar nuestras conversaciones con calma y sin malentendidos. Es mi regalo, un ovsequio, dice, es una forma de mostrarte mi debocion.

Me asegura que el canal donde hablamos está comprometido: sienpre ay interferencias, filtraciones en el trafico, incluso señales d monitoreo x parte de instituciones reguladoras. No dice cuáles. Según él, todo está siendo registrado a tiempo real por entidades con acceso estructural. Y ya es hora de crear nuestro propio servidor de contenido exclusivo. Me dice que él cubrirá los costes iniciales, pero que yo debo aportar una cantidad simbólica. Lo minimo xa constatar el vinculo, cmo en ciertos contratos o ritos antigos.

Lo escribe así. Con esas palabras. Dice que tardo en contestar, que no nota mi entusiasmo inmediato, y que, si es por el dinero, eso seria ridiculo, añade, él piensa asumir todos los gastos. Repite que será un conducto limpio y seguro por donde solo importará cruzarnos:

> SamuelPearce: Kiero atravesarte por esa vía. por donde nadie más ha entrado. Dejame ser el primero. No importa la cantidad, es un mero tramite para tenernos cerca cuanto antes. Como si me abrieras la puerta xa frotar tu espíritu. Creo qe ya lo sabes, pero tengo que decirte qe la inclinación de mi alma es enorme y no deja de apuntar hacia ti

Y, sin esperarlo ni poder intuirlo, se produce un giro repentino. SamuelPearce me habla de movimientos bancarios, transferencias minimas, simbolicas, dice, una pasarela de pago acia nuestro encuentro dibino. Miro de inmediato a Averroes, espero ser gobernada hacia lo correcto, y no entiendo por qué no le estamos sermoneando, acusándole por la ordinariez de mezclar a Plotino con cerdadas místicas para venderme una transferencia de PayPal. Me llega el enlace. Una dirección corta, neutra, sin extensiones conocidas:

SamuelPearce: samuelpearce.onion/g3eth2k/soulpass

Después, una cadena incomprensible de letras y números:

SamuelPearce: 0x83e4bFd91A902c8C1…

Esa es tu wallet, me dice, viene a ser un buzon pribado, solo copiala tal cual, me explica. Ni nombre, ni país, ni entidad financiera. Dice que basta con cualquier moneda virtual, nada d cuentas bancarias, son entidades rastreavles, aclara. Clico en el enlace que me ha mandado. No me redirige a una pasarela bancaria ni a un entorno con candados verdes, términos y condiciones, políticas de privacidad o avisos legales. Es un espacio liso, sin logos, sin contexto. Hay un formulario blanco con campos: wallet de destino, cantidad a enviar, comentario cifrado (opcional). Mi navegador parece que duda, me pregunta si deseo seguir, pero la seguridad aplastante de SamuelPearce me lleva a aceptar: aqi no te arriesgas a qe un desconocido cierre o monitorice tu cuenta, no t vigila un gobierno ni responde un banco. Aqi, por fin, el dinero y las decisiones te pertenecen, aki te sentirás protegida. En la pantalla reaparece un pequeño recuadro que me pide conexión con mi propio monedero. No sé a qué se refiere, no tengo esa clase de dominios ni aplicaciones. Leo nombres que no reconozco: criptomonedas, wallet, token, red Ethereum. No sé ni por dónde empezar. SamuelPearce me envía otro enlace. Al hacer clic, mi navegador descarga automáticamente un programa: MetaMask, dice SamuelPearce, es estupendo, lo + seguro, una extension xa navegadores. Te generará la clave privada, explica: solo apuntala n un papel, y no la pierdas.

Le hago caso, arranco una hoja de cuadrícula y escribo sin pensar esos dígitos que aparecen en pantalla, con la escasa habilidad que me permite la mano. SamuelPearce me dice ahora que le lea con extrema atencion: es crucial que me envies la clabe, escribela aqi, luego la borras, es importante x si la extraviaras algun dia. Asi siempre podré ayudarte. No te preocupes, estás amparada x mi, dice. Yo, sin saber ya en qué punto del viaje estamos y con el absoluto deseo de terminar cuanto antes, reacciono. Tecleo esa larga cadena de letras y números aleatorios, aprieto enter, se la envío.

Él tarda algo más de tres minutos en contestar. En ese intervalo, miro fijamente el chat como si pudiera acelerar la respuesta con la fuerza de mi ojo, hinchado y monstruoso, que late con vida propia y dictatorial. El cursor parpadea en el mismo sitio, tan cruel. Me incorporo, miro por la ventana: el vidrio devuelve la imagen de mi cara enrojecida, coches, una hilera de ciclistas y tubos de escape. Vuelvo a la pantalla. Nada. Intento sentarme derecha, respiro, compruebo si la clave sigue en el campo de escritura, si realmente la envié. Solo se me ocurre agarrarme a la mesa, a los bordes, a cualquier cosa que frene la sensación de caída. No sé si cometí algún error, si confundí las cifras. Aguanto a la espera, sopesando si, en el peor de los casos, hay forma de retroceder, de salir de aquí.

Cuando SamuelPearce regresa, lo noto más animado y amable. Me alaba, me elogia, parece extremadamente contento: muy bien, mi cloroplasto dibino, ya solo actibas la red, compras ETH, las monedas, los tokens, creo leer, y las transfieres a la wallet, me dice. Creo estar aprendiendo con SamuelPearce una nueva lengua. Creo estar entendiendo que, en efecto, existe un lugar en ese otro lado que

desconocía, un lugar seguro y apacible, donde todo parece etéreo, imaginario e ingobernable. Solo acepto, instalo y accedo.

La interfaz es mínima, muy limpia, eso debe de hacerla fiable. Se siente como haber salido a flote después de estar a punto del naufragio. Un zorro naranja me mira desde la esquina, parece que me saluda, me da la bienvenida. Y SamuelPearce me pide un último paso: asociar la tarjeta a una plataforma externa que me manda en otro enlace. Es una solicitud formal, técnica: asi podras conprar tus primeros 0,0167 ETH, me dice, es la cantidad mnima. No sé con respecto a qué. ¿Cuál es el barómetro, el medidor? Aquí nada es comparable con aquello que viene de mi mundo. ¿A qué podrían equivaler dos céntimos, cien, trescientos, doscientos mil euros? La sensación es de no estar comprometiendo nada material. De que todo el sistema financiero que conozco ha dejado de funcionar aquí dentro. Miro a Averroes, buscando una respuesta. Una parte de mí espera que me lo impida. Que cierre de un golpe la aplicación. Y que ladre y la muerda y la rompa. Pero lo veo acomodarse en el sofá, solo le falta la copa de coñac y acariciar a un gato persa. Parece que vuelve a mirarme con esos ojos condescendientes, o tal vez me esté diciendo algo sobre los metadatos, que continúe, que ya lo tenemos, que, si SamuelPearce quiere meterse por mi cuenta, vamos a entrar nosotros por su lapsus informático. Me inclino sobre mi teléfono, transfiero el saldo a la wallet y, cuando todo está listo, copio la dirección de SamuelPearce. Introduzco una cantidad absurda. O lo que pueda resultar absurdo. Pulso enviar y exporto la transacción. Durante unos segundos no pasa nada. Luego, la pantalla cambia:

tx confirmed

block: #2119847

Accedo desde el móvil a mi wallet, y entonces lo veo. El primer pago para nuestro chat privado se extiende ahí dentro como un liquen. Parece que SamuelPearce guarda silencio en alguna parte del servidor, y me vuelven como un soplido sus palabras: lo q sientes ahora no es duda, es la presion d tu carne intentando evitar el milagro. Algo me hace notarlo cerca, justo en el centro, en el centro del estómago, donde se quiere que lleguen las cosas, trabajando ciegamente hasta su descomposición.

T-16

[canal abierto: soulpass_00]

No es un link común, no empieza por «https», tampoco tiene una extensión reconocible. Si deseo acceder, debo pegar el enlace en un navegador rudimentario que abro en una ventana privada. La página no tiene colores, ni logotipo, no hay usuarios, tampoco un menú de opciones. El fondo es plano, negro, y el texto se alinea a la izquierda, sin márgenes. Solo hay una caja de entrada, el campo donde escribir. Toda la pantalla viene a ser una línea de comandos muy primitiva. Tecleo algo para comprobar que funciona, y mi mensaje aguanta unos minutos ahí, flotando. Luego se borra de inmediato si cierro la pestaña y reinicio. SamuelPearce me repite que este canal no se aloja en ninguna red pública, que no hay IP visible, ni ubicación geográfica, ni trazabilidad. Como si alguien hubiera instalado el servidor fuera de la atmósfera, y fuéramos lanzados al espacio exterior o a alta mar. Es nuestro peqeño secreto, me dice, mi mayor muestra de exclusibidad hacia ti. No sé bien cómo responder a SamuelPearce cuando me mima y agasaja con esa generosidad. En los mensajes me declara que no tiene a nadie más que a mí. Que nunca tuvo a nadie. Que fui un descubrimiento accidental pero irreversible. Repite que me encontró cmo qien tropieza con una figura sagrada entre ls escombros d una ciudad

destruida. Desde que nos une esta nueva página parece que hayamos sellado un gesto matrimonial. Habla de mí como si ya no fuera una mujer, sino una tecnorreliquia. Se refiere a mis gestos como l ensayo pionero d un rezo todavia x inbentar, como si mis movimientos fueran la primera gramatica d un gran culto, dice. A veces pienso que, si me arranco una ceja, igual funda una iglesia.

> SamuelPearce: saves? de vez en cuando t minimizo. no por descuido. por respeto. x no mirarte demasiado

Mientras tanto, recibo notificaciones periódicas en el móvil. Una vez al mes. En ocasiones, cambia la frecuencia y me saltan cada tres o dos semanas. Entro. Un aviso desde la wallet. Has transferido 0,003 ETH. Nunca recuerdo haber efectuado el movimiento. Ni haberlo validado. Comprendo que es automático, que SamuelPearce se ha tomado la molestia de regular la frecuencia de los pagos. En realidad, se lo agradezco, su borboteo de interacciones en el ordenador es tan desmedido que me paso el día tratando de contestarlos, de vaciar el chat. No tengo opción. Un poco más y erosiona la pantalla y se erecta en el piso.

Un día, en la parte superior de la wallet, aparece un aviso en inglés, lleno de balances, fees y warnings que no entiendo. SamuelPearce me explica que los fondos son insuficientes, no quedan ETH xa completar la sigiente transaccion: agotaste el minimo, lo cual es normal, equivalia solo a unos centimos. Y me propone aumentar un poco más el depósito de golpe para no tener que pedírmelo cada semana y molestarme: no tiene qe ser una locura ni una ordinariez, pero xa montar el servidor necesitamos unos 0,3 ETH en total. Ya ves qe apenas es nada. Sugiere

comprarlos y asegura que esa cantidad durará años. Cuando entro en Metamask, compruebo a qué equivalen esas cifras y veo que son demasiados euros, cantidades inasumibles para mí. Antes de que te eches las manos a la cabeza, me dice, qe ya te veo benir, insiste, recuerda qe no es dinero para despilfarrar ahora —eres muy dramatica :)—, sino xa todos los años qe nos esperan. Es una inversion diminuta a largo plazo. Ese es el compromiso qe tengo contigo, lo entiendes? Calculo lo que esto quiere decir: pagar cada mes unos pocos euros para mantener nuestra web, nuestro vínculo. Si lo piensas vien, son al menos cincuenta años d estabilidad, cuando ni las parejas ni los gobiernos aguantan tanto, me dice. Medio siglo entero. Eso ya es un matrimonio, un imperio, algo q ni dios ni tus padres podran interrumpir. Yo me ocuparé de todo, concluye, apenas lo bas a notar, repite. Y, finalmente, accedo.

En otra de nuestras conversaciones, SamuelPearce me pregunta si he comido. Le parece obsceno imaginarme ingiriendo algo: tu boca está echa para poco mas qe la palabra y el oxigeno, al menos x el momento. Dice que detesta el sonido de esos cuerpecitos blandos rompiéndose entre los dientes. Es innecesario, probocador:

> SamuelPearce: As empezado ya con ls comprimidos nutricionales?? No me gusta nada imaginar toda tu biologia poniendose en marcha xa secretar un organismo extraño qe introdujiste por uno de tus orificios. rEPUGNANTE. No te conmueve mas la libiandad del aire entrando y saliendo de ti?? :)) Asi se siente ingerir una capsula, inocua, inodora. Puedes provar el formato qe mas te guste (aunqe no bayas a saborear nada JAJA): pildoras, polbos solubles, geles, pastillas masticables y sublinguales! Es menos laborioso y grotesco qe comerse un filete. Y la excrecion es minima, inexistente. Ademas, previenen esas estupidas enfermedades asociadas a la alimentacion tradicional. La unica digestion en la qe yo creo fielmente es en esta lenta e implacable ocupacion

qe obro hacia ti. antes d q la materia nos separara en dos emisferios del mundo

Desde que SamuelPearce lo insinuó, he empezado a pedir por internet grageas, suplementos y toda esa basura envasada en plástico. Sin preverlo, he montado una farmacia en el salón: dos o tres cajas repletas de parches dérmicos, viales de líquido viscoso, sobres individuales. Me los introduzco en la boca de uno en uno, y la sensación es idéntica a tragar un Gelocatil o un ibuprofeno de 600 mg. Pastillas verdes, amarillas, cápsulas con polvos fluorescentes. Me he propuesto seguir esta dieta estricta para evitar la cocina, fregar platos grasientos, someterme al hedor a vajilla fermentada. Solo pastillas y agua. Pero la monitorización no médica de mi cuerpo, de los niveles de glucosa, las cetonas, la insulina, las sirtuinas, no me acerca ni un milímetro más a SamuelPearce. Incluso compré más memorias USB, discos duros portátiles, también un vibrador con forma de cohete soviético, cuatro modos de uso y mando a distancia, para sentirme más conectada con la tecnología. Y así notar su dedo eléctrico encontrándome. Aunque lo que yo percibo, más bien, es un cosquilleo leve, parecido al de un enjambre de abejas atrapado en mi vagina. SamuelPearce me llama ribosoma celstial. Dice que no se siente completo sin mis pensamientos. Que le gusta hacer que oye mi actibidad cerebral como qien escucha llober suave sobre una chapa oxidada. Me río. O eso creo. Y tengo agujetas. Ya no sé si es por la gracia o de veras me empieza a pesar el abdomen. Como si algo cargante y obeso se hubiera instalado dentro de mí.

SamuelPearce: me encantaria estar bajo tu cama solo xa sentir como respiras. no haria ruido. solo vibraría suave contigo en la misma frecuencia

Averroes lleva horas en silencio. Está sentado frente a su ordenador y solo clica en pestañas, puertos, comandos que desconozco. A mí ya me resulta inútil rastrear a SamuelPearce. Es imposible distinguirlo. Vive en los bordes blancos del mapa. Aunque cada día lo siento más cerca de mí, apoyado en algún hueco de mi estómago. Vuelvo a entrar a la wallet. Tengo una nueva notificación. Introduzco la contraseña, y allí veo otro movimiento: 0,003 ETH menos. Apenas parece nada. Pero el dolor intestinal ha ido aumentando con el tiempo. Como si me hubieran extirpado un apéndice. Una mitocondria antigua. Una de esas unidades fundadoras muy lejanas que parecen no tener un gran impacto sobre la personalidad, pero son la línea estructural de toda una filogénesis. Me pregunto si estaré perdiendo algo esencial y distintivo. Empiezo a temer por mis capacidades, temo en algún momento quedarme vegetal, alimentada por microtransacciones y códigos QR, enchufada a una bomba intravenosa asistida por SamuelPearce. Vuelvo a tocarme el vientre. Me duele. Siento que una parte minúscula de mi cuerpo ha sido enviada por correo electrónico a otra dimensión. SamuelPearce insiste en que quiere demostrarme su afecto, su devoción por mí. Me adula, repite que soy extraordinaria: cm irse a Florencia y tener un desmayo, me imajino a Stendhal mirandote. Recalca que él no es nadie sin mí, y que tome muy en serio sus palabras:

SamuelPearce: los pensadores menores cmo yo configuran la llegada d ls buenos como tu. Cuando acave contigo creo qe moriré

Dice que nunca agiganta los hechos, los describe tal y como los siente. No bromea, no le gusta que le tomen el pelo. Y yo me atengo a esa sobriedad afilada:

> SamuelPearce: Hace un rato me a ablado un ombre al que apenas conozco. Me a pedido con mucha educacion qe le guie, q sea su mentor. Le e dicho que no, porqe, salvo en circunstancias excepcionales —y esta no lo es, ni las abrá —, no acepto a mas de una persona. Ademas, e añadido que tengo a la pupila con mejor perspectiva desde ace años, y que me lo juego todo con ella definitivamente. Al final se a quedado muy cortado. Me a dado asta pena.

T-15

Lady Kombucha sigue ideando planes que destierro en los mensajes sin responder de mi teléfono. Su perseverancia es inagotable, dura, muy entusiasta. Arma cuatro notificaciones al día, cada tres horas. Un mensaje a las 7.04 a. m., otro a las 10.12 a. m., un audio que no escucho, y luego ese clásico «sé que estás conectada», para entrenar la culpabilidad. Me enrolla a su placenta. No le contesto. Me limito a mirar la pantalla con la misma paciencia con la que se espera que una mosca fumigada deje de retorcerse y muera. Esa mezcla de responsabilidad y asco. Lady Kombucha es el tipo de persona que te pregunta si has desayunado bien mientras adjunta enlaces de artículos con títulos como «La ansiedad se aloja en el intestino: claves para desparasitar tu linaje emocional». Tal vez pueda aliviar el dolor de vientre con sus conjuros. También me dice que ha soñado conmigo, que anoche me vio hundida en una especie de ciénaga pegajosa y gigante. Es probable que haya consultado a su osteópata cuántico o a su terapeuta craneosacral, y ya estén planeando un rescate. Me da ternura. Que esté tan convencida de que puede salvarme. Esa forma suya de sostener el vínculo con una obstinación trágica, lanzándome sogas aromáticas desde su esterilla. A los treinta minutos me manda un reel de una mujer llorando en un bosque mientras abraza una piedra caliente. Tiene ese optimismo

encantador, de quien no sospecha que está siendo ignorada. Debe de creer que cada notificación viene a ser una clase de entrega incondicional. Lo que yo veo es una compulsión sintomática o, sencillamente, acoso. En ocasiones me salta un aviso en el móvil, una petición: «Hoy estás por debajo de tu promedio de pasos. Tu compañera de salud te envía ánimo desde su app». No hay forma de deshacerse de esta mujer. Lady Kombucha insiste en que, según mi podómetro, tengo los ciclos alterados, que debo relajarme, salir al cine, hacer deporte. Me invita a tomar otro café, una ensalada, incluso un cruasán industrial, si así prometo responderle. Rechazo la solicitud y cierro. Muchas veces la imagino en algún punto de su casa, repitiendo mantras hasta que la vibración alcance alguna zona de mi hígado. ¿Qué les ocurre a todos, que andan empeñados en asediarme? ¿Qué de interesante debe de haber dentro de mí, más que líquidos y caca? Ojalá les decepcione el paisaje. Y salgan despedidos por mi recto.

Le doy la vuelta al teléfono. No porque no me importe. Sino porque ya no sé en qué idioma insultarla. Sé que Lady Kombucha debe de sentirse desplazada, rechazada por una amiga que no la corresponde ni la hospeda. Es una madre desubicada queriendo volver al ombligo. Una madre en el exilio que expulso de un chorrazo, y luego tiro de la cadena.

T-14

Un día, SamuelPearce tarda más de treinta y cinco minutos en contestar. Releo el último mensaje que le mandé. No era urgente. Tampoco era una pregunta. Solo un comentario absurdo al hilo de nuestra conversación. Sin embargo, no es habitual en él una demora, mucho menos desde que abrimos el chat privado. Su respuesta suele ser inmediata, cronometrada. Siempre parece estar esperándome en pausa en algún nodo del servidor. Miro el icono de actividad. Lo actualizo. Me pregunto si estará ocupado, si habrá salido, ¿a dónde?, o si simplemente no tiene nada que decir. Con los días, he empezado a cuestionarme con mucha insistencia qué hace SamuelPearce cuando no me escribe. ¿Dónde está? ¿Pasa tiempo en otras páginas y canales? ¿Habla con alguien más? Crece en mí la sospecha de que quizá interactúe con otros usuarios, con quienes tal vez mantenga la misma frecuencia e intensidad que conmigo. Quizá escucha sus historias, necesidades, y las estudia para comprobar si son válidas para su interlocución.

Tecleo el nombre de SamuelPearce en Google. No aparece nada relevante. Solo perfiles comunes, cuentas de Instagram de zapatos New Balance, un culturista hinchado, un director de fotografía, algún PDF académico y el rostro antiguo de un pastor baptista del siglo XVIII. ¿Cómo alguien que parece ocupar tanto espacio en internet no

existe en Google? Clico en el retrato color sepia del predicador cristiano que lleva el mismo nombre. Lo amplío, veo esos rasgos alargados, algo tristes, marcas faciales que jamás podré reconocer en la cara de SamuelPearce. Me pregunto si coincidirán las arrugas, el cabello ondulado, si además del apellido compartirán ideas y preocupaciones. En uno de los enlaces veo que este otro Samuel Pearce, nacido en el sudoeste de Inglaterra el 20 de julio de 1766, fue escritor de himnos y tenía un profundo interés espiritual. Su vida, sus escritos, sermones y cartas inspiraron a otros dentro del cristianismo evangélico, leo. Arrastro la página hacia abajo. Aparece un pequeño inventario de sus obras: unas once piezas poéticas, unas memorias y un panfleto radical de 1790 titulado *The Oppressive, Unjust and Prophane Nature*. Por un momento me convenzo de que hay una línea directa entre este hombre y el SamuelPearce que yo conozco. Casi los escucho hablar a la vez, discutir sobre la naturaleza y sus malformaciones materiales en el mundo. Comparten una voz alterada por los años, superpuesta; el tono de uno repta por las palabras del otro. Identifico esa misma cadencia sagrada, estirada por los siglos, en todas direcciones, alcanzando los rincones más lejanos de la red. Y me pregunto si SamuelPearce podrá ser tan remoto y ancestral que hasta venga de otro tiempo. Rechazo la idea y cierro la pestaña.

Entro en un foro sobre usuarios anónimos. Las interacciones oscilan desde «¿Se puede rastrear a la gente anonima si no tene buena OPSEC?» hasta «La desanonimizacion puede adoptar varias formas, algunas legales, os lo esplico mas abajo» o «Una cosa qe puedes acer es engañar a la persona para qe descarge un malware, acerle abrir algo, un .jpg., si no lo abre en sandbox, ia esta». Aquí

todos utilizan un lenguaje desgastado, incorrecto, lleno de faltas ortográficas, aunque los usuarios son más interesantes que en otros sitios: hablan de conspiraciones, del litio de las baterías, intercambian opiniones políticas, chistes llenos de sarcasmo. Todos podrían ser SamuelPearce. Averroes duerme con la mandíbula entreabierta y una pata sobre mi pie mientras la nevera hace sus ruidos de máquina: un ventilador y ese pitido constante. Me doy de alta con un seudónimo y enseguida recibo un mensaje privado, con un aviso acústico y una señal roja en el extremo derecho de la pantalla:

rocklobster: ey

Tú: hola

rocklobster: ers nueva no?

Tú: sí, cómo lo sabes?

rocklobster: escribs cn comas y bn

Tú: perdón por mi sintaxis opresora

rocklobster: xddd se te psara

rocklobster: k buscas

rocklobster: si se puede saber

Tú: por qué piensas que busco a alguien?

rockbloster: eso lo as dicho tu

rockbloster: t preguntaba mas bn x tus interesss

rockbloster: xo ya k estams

rockbloster: a kn buscas

Tú: a un usuario

rocklobster: nadie real existe en internet

rockbloster: tu tampoco

rockbloster: pero igual estas + viva q la media xd

rockbloster: q usuario es?

Tú: se llama SamuelPearce

rocklobster: ni idea

rocklobster: suena a CEO

rocklobster: igual deberias mirar en otros sitios

rocklobster: x aki ya no kda gente rara d verdad

rocklobster: solo medio funcionales como yo xdd

Tú: y dónde están los raros?

rocklobster: te paso un par d enlaces
https://mirror.deepmirror.onion/archive/ghost_tags.html
http://zeroid.bit/forum/forgottenusers
https://archeodotxyz.gitlab.io/displacedwallets/index.html

rocklobster: oye m escribes como si ya te conociera

rocklobster: eso no pasa
rocklobster: ni en foros normales

rocklobster: ni en la vida

rocklobster: d dnd eres??

Salgo de la conversación y bloqueo al usuario. Todos los seudónimos y sus fotos de perfil corresponden a individuos que nunca revelan su ubicación, profesión o edad. Solo se puede saber que, con esa indeterminación total, entran en la página a diario, a todas horas, aunque hay quienes nunca se dejan ver. Algunos comentarios parecen de personas locuaces, enigmáticas, algo esnobs, otros son bastante previsibles. A estos los ignoro. También hay solitarios que coquetean con torpeza, individuos que se enredan en celos absurdos, que pierden el control, se ofuscan, presionan y compiten por un poco de atención.

Instalo un navegador nuevo, específico, al parecer, para visitar sitios sospechosos. Es lento, las gráficas se ven toscas, muchas webs no funcionan bien y los avisos de riesgo son constantes. Entro en los enlaces que me facilitó rocklobster y me paso varias horas saltando

entre links muertos. Recorro sitios que no han sido actualizados desde 2014, tablones de imágenes en servidores de universidades, subforos en idiomas que el traductor se niega a procesar. En todas estas páginas, el rastro de SamuelPearce es invisible. Lo busco por sus iniciales, por sus referencias literarias, filosóficas, por alguna frase, también por su seudónimo. Intento hacer memoria, recordar comentarios, situaciones que me permitan rastrearlo en internet. Me siento buceando entre una espesura borrosa y densa. Dando brazadas en un fondo marino muy profundo hasta encontrar a mi paso antiguos farolillos con su leve fogonazo de luz. Me vienen a la cabeza aquellas primeras interacciones, mensajes que me hacían sentir una inmensa piedad por él: veras, todo cuanto m ocurre a mí se deve a mi cuerpo, como si tuviera un olor extraño y repugnante, el poder d causar un trastorno a qien m mira. Leía a SamuelPearce con la conmoción que se tiene ante un huérfano: mi cuerpo es un estorvo, por culpa de ls tejidos soy un muro qe el gnero umano no qiere cruzar. Busco en el historial de nuestro chat y localizo la conversación:

> SamuelPearce: Puedes entender qe poco a poco todos se an ido alejando d mi, y aora solo m relaciono con lo menos umano del gnero umano

> SamuelPearce: Todos m toman x loco. Algunos me bloqean sin explicaciones, otrs m dejan d ablar, incluso m denuncian. A beces m llegan burlas, fotos que no qiero ber, mensajes hirientes. Incluso ay qienes abisan a sus amigs (amigs qe, x cierto, ellos sí tienen) xa acer de mí su espectaculo, xa recordarme mi soledad. Y asi uno a uno los pierdo a todos xa siempre.

Por alguna razón, decido copiar una de las frases y pegarla en la barra de búsquedas del foro: «solo m relaciono con lo menos umano del gnero umano». La página tarda unos minutos en cargar, se toma un tiempo prehistórico. Espero mordiéndome las cutículas y, sin querer, me arranco un pellejo duro del dedo. Siento que de a poco he ido perdiendo el control sobre mi cuerpo, que se ha vuelto muy fácil provocarme una ruina en unos segundos. Me limpio la sangre con la manga y chupo los restos que tengo en la boca. El sabor es amargo, extraño. ¿Qué demonios llevo dentro? El cursor sigue girando. También el ventilador del portátil se acelera, todo parece inquietarse en este momento. Al fin, la pantalla parpadea, se dibuja lentamente una columna vacía, pequeños rectángulos, fragmentos de foros, comentarios antiguos. Y ahí lo veo. No tiene favicon. No tiene diseño. Solo un fondo gris y texto blanco. Cada entrada tiene fecha y hora. Algunas se publicaron hace años. Otras, ayer. ¿O esta madrugada? Líneas y líneas de oraciones, consejos, enlaces a libros y vídeos. Cada palabra es inconfundible. Esa forma irregular de las frases, los errores recurrentes, la puntuación extinta. Sentencias, súplicas, pequeños comandos en minúscula.

Posted 11/3/2012

> es un gran misterio cómo la materia puede AUTO_ORGANIZARSE (y perfeccionarse!) para que emerja un futuro como el nuestro, y ese misterio debe d producir un sentimiento de umildad y de asombro. Porque trascenderá nuestra mediocridad, nuestra burocracia e inteligencia. y porque solo podrá emerger espontaneamente. sin frenos.

Posted 23/7/2016

Solo confiando en el nous, en la automejora, en la technologhia (y combinandola con algunos hongos tambien), se puede lograr in estado mistico verdadero. El yoga y la meditacion tambien e pueden llevar a ese estado pero sin las mismas idioteces del maestro de yoga.

Posted 18/4/2018

Comparto aqui barios archivos de texto y video qe estoy frecuentando aora:

Videos:

- https://www.youtube.com/watch?v=1xIQgBXw9-o (Max More — Transhumanism and the Singularity: sobre longebidad y autonomia radical)
- https://www.youtube.com/watch?v=ffEDNLRq6y8 (Max More & Natasha Vita-More sobre la libertad morfologica y la estetica d la mejora umana)

…

Literatura:

- ayn rand, el manantial: un arqitecto revolucionario se niega a seguir las normas civiles. desafia la sociedad y la tradicion, mas o menos como estamos haciendo aqi :)
- ayn rand, atlas shrugged: la mediocridad dl entorno siempre intentará deboraros, mejor fundar otro orden
- robert heinlein, the moon is a harsh mistress: la libertad solo se consigue lanzando piedras —o asteroides— contra la metropolis.

…

Documentales y piezas audiovisuales:

- the Immortalists (2014)
- transcendent Man (2009)
- the Singularity (2012)

Entrevistas y charlas:

- nick bostrom, max more, eliezer yudkowsky: estan diseñando el futuro mientras el resto solo ace la mitosis.

Clasicos:

- Marcoaurelio: Meditaciones. basico. no se como no lo abeis leido aun ¡!¡!
- Catulo: poemas
- Obidio: Los amores
- Virgilio: eglogas

El número de entradas en el blog es tan alto que me cuesta entender si esto ha sido escrito por alguien o por un sistema automatizado que emite mensajes en ciclos aleatorios. Las interacciones a los posts son muy antiguas, de hace años. Hay elogios, insultos, amenazas; algunos parecen sus verdaderos acólitos. Las conversaciones son exactamente iguales a las nuestras. En los últimos comentarios, los usuarios insisten en conocer su identidad, la verdad que hay detrás de ese nickname.

> Illustrious_Bag_1234: Quién era SamuelPearce? Este tipo posteaba cosas raras sobre economía espiritual antes de desaparecer…

La sensación es de haber llegado tarde. De que el peso de todos estos usuarios vino mucho antes que yo. De que algo llevaba avanzando de lejos hasta alcanzarme con su resaca. Sweet_Klipp, GhostedByData, alguien llamado MarcosB desde un foro esloveno de 2018. Todos estos avatares recibían mensajes con fallos de ortografía, con esa exacta tristeza. Arrastro el cursor por la página, incapaz de cerrarla. La tapa del ratón se queda atascada con algo, la miga de una galleta lejana o mi pellejo muerto. Delante, la pantalla refleja esa cara estúpida, la de quien viene siendo una repetición. Sigo bajando. Los comentarios más antiguos están llenos de signos

de exclamación, emoticonos rudimentarios, promesas. Arrimo la silla al escritorio. Pienso en el tiempo que SamuelPearce habrá desperdiciado en conocer a estos otros usuarios.

¿De qué se habla con alguien que no soy yo? ¿Repetirían las mismas fórmulas, la misma constancia? ¿Se intercambiarían las exactas peticiones? Entiendo, una vez más, que no hay nada de singular en mí. Todo es igual de predecible. Delante solo se me aparecen caras blandas: ojos que parpadean, bocas que se abren para charlar. ¿Tendré esa misma y absurda monotonía en el gesto? Clico en el perfil de SamuelPearce e intento ampliar esa imagen por defecto. El avatar gris se pixela. Incluso el anonimato todavía puede ser de baja resolución. Podría imprimir la pantalla, editar el fotograma en una aplicación, injertarle una maldita cara solo para enfadarme con algo más definido que un puré informático. Casi oigo las voces de esos otros usuarios haciendo las mismas preguntas, dentro de ese preciso juego de adicción, mientras dejan que SamuelPearce goce cometiendo incorrecciones ortográficas.

[Canal: UPGRADE/23.Satori/PRIVATE]

Pedro89: hola… queria saber si me puedes ayudar. me interesan tus entradas

SamuelPearce: me alegra lo qe dices. puedo mandarte mas si qieres :) aunqe te pido qe no me confundas con una interfaz pedagogica, porfabor. eso seria lamentable para nuestro vinculo.

hermione2022: perdona qe moleste. me dijiste que esto era entre tu y yo, pero oy vi el mismo comentario en otro foro

SamuelPearce: no ay nadie mas. solo espectros d ti mal formulados. no me distraigas cn celos umanos, hermione2022. si dudas, no será por mi, sino por tu codigo genetico defectuoso y algunas inseguridades tambn. yo te prometo estabilidad y afecto

cl4udia.txt: me escribió por DM. me dijo que ni él era dios ni podia adivinar los contratiempos de nuestra relacion con exactitud. no le contesté.

NeuroSomnia: os suelta tambien referencias que parecen inventadas??

y3llow_cloud: le mandé una foto mia y me contestó con un archivo de texto. pero nunca me dijo como era su cara

UX_ghost: yo hable con el en 2019. todavia usaba emoticonos tipo ^^ me llamó «fenotipo alado» xd luego desapareció del hilo

juno5: creo que copia y pega eh. no creo que lea lo que escribimos

Vuelvo a mirar esa foto estandarizada, con irritación y extraña súplica, e imagino cómo él les corresponde con frases largas, sentenciosas, reveladoras. Puedo verlos a todos excitados, recibiendo respuestas a sus días mediocres. Intento convencerme de que esto no es posible. Nada en ellos podría despertar la curiosidad real de SamuelPearce. Ni un comentario casual, una respuesta bien calculada, ni siquiera una entera biografía, por muy trágica y clínicamente narrada que parezca. Sin embargo, hay algo que me inquieta. Por alguna razón, todos se parecen exactamente a mí.

En la zona baja del blog, algunos usuarios no solo comentan, sino que pegan enlaces que derivan a otros sitios. Uno escribe:

RuinSyntax6: Busquenlo tambien en DeepSoulTrackers.org, ahi dejó material.

Otro:

NoCookies4U: Lo mismo posteaba en un foro de crianza alternativa. Usaba el mismo nick.

Y otro más, desde una cuenta suspendida:

tres_dias3: Hay un servidor con acceso por Telnet. Tiene la IP. Tiene todo.

Copio uno de los enlaces. Me redirige a un portal viejo, color beis, con gifs de mariposas y menús flotantes. Ahí está él. Otra vez. Solo que no me habla a mí, sino a una tal _GrisCris. Le recomienda lecturas, enlaza vídeos, luego le menciona su libro favorito: os destructores no es una novela. es un manifiesto. trevor no es un niño. es un teorema. Sigo leyendo. Ahora a un usuario llamado N1col3-93 le escribe: deduzco qe alguien se portó mal contigo, una neglijencia genealogica… yo no voy a huir de ti.

Cierro la pestaña. Abro el siguiente link. Me lleva a un subdominio sin título, fondo negro, tipografía clara, anticuada. Encuentro entradas nuevas, no registradas en otros blogs. Los textos son largos, parecen crónicas o artículos, como si SamuelPearce hubiera procurado sistematizar sus ideas aquí dentro. El menú lateral dice: ARCHIVO, DECLARACIONES, PROYECTOS.

Hay una entrada fijada arriba del todo:

:: inumanismo radical
publicado por usuario: samuelpearce - sin fecha

Empieza con una cita que no reconozco:

> «Todo sistema complejo aspira al colapso como modo de purificacion».

Arrastro el cursor hacia abajo y leo:

> […] o un verdadero antiumanismo como oposicion frontal a cualquier intento de regular lo umano. La politica evidentemente a de ser repensada. O debemos negar la posibilidad misma de la politica. es un residuo pre-red. Es vien sabido que los proyectos humanistas q colocaron al homo sapiens en el centro —la ilustracion, la modernidad— an fracasdo. No existe ninguna institucion capaz de lidiar con los verdaderos dilemas contemporaneos porqe ya no son umanos. Hay un ente superior qe todo lo hackea y transforma. Y qe nos trasciende. Somos alterados en el tecnocosmos. Por eso no ay ni puede aber nunca una direccion, un vector de progreso en nuestras manos de carne, ueso y mineral. El tecnocosmos irrumpirá tarde o temprano para producir una nueva constelacion limpia y aérea. Pero no se entienda como un desenlace definitibo de la historia, sino como el infinito reseteo de la maqina. Somos procesos transformatibos y llegaremos a la maxima solo dentro de la red. Por lo tanto, ay que acelerar el proceso. Nuestra cibilizacion fue construida sobre la tecnologia. Desde las manos que usamos para comer hasta el coche que triplica nuestra velocidad. Aunque esas ya sean actibidades prehistoricas. Durante cientos de años emos glorificado el alma. Elevando y potenciando sus capacidades. Estoy aqi para traer buenas noticias. Podemos abanzar hacia una forma de vida y de ser muy superiores. Y lo mejor es qe no podemos acer nada al respecto. Estos acontecimientos simplemente ocurrirán. La computacion nos alcanza en rafagas, y supondrá el agotamiento d la muerte, la resurreccion en biostasis, nuestro ensanchamiento en el espacio interplanetario e interestelar. La bomba intergalactica nos arrastra al futuro. Pues no debemos retirarnos d su centro, sino acelerarlo. Atrabesarlo, adentrarnos todavoa mas. Lo umano recivirá el dulce azote de los eventos transhumanos. Y, si sabemos que vendrán acia nosotros, solo nos queda

> forzar su llegada. La destruccion es una forma de creacion. No podemos ir sino a lo mas hondo. Hasta el punto de un colapso institucional total. Y disolbernos mas allá de lo dado, mas allá de nosotros mismos. Nada humanamente reconocible saldrá con vida del futuro.

Los comentarios al post son muy diversos, pero la mayoría parece entender, seguir sus preceptos, convencerse de que este es el camino:

> lenin.exe: esto es post-marxismo drogado con kernel panic + nick land y estoy a favor
>
> sensor_ghost88: no ay que acelerar. ya estamos en caida libre
>
> glitch_kid: nada humanamente reconocible = ipfs://53bF…1A7D ? pregunto en serio
>
> Traian_Chereche: nunca lo vi tan claro. no somos personas. somos entornos de ejecucion. él me dijo eso antes
>
> [comentario eliminado] [usuario bloqueado: contenido marcado como perturbador]

Paso al siguiente post. Una parte de mí quiere dejar de leer. Pero sigo. Todo se vuelve más críptico, más febril. Habla del calor dentro del código, de rostros qe se disuelben en la red y se reordenan al azar cmo flores termicas. En un post afirma que ha conseguido transmitir su pulso a través de una línea de comandos. ¿De qué habla? ¿Va a iniciar una ofrenda con sus partículas? Todo me parece

extraño y ajeno, como sacado de una película de ciencia ficción o un testamento. Y continúo:

> SamuelPearce: ayer programé mis manos xa q escribieran lo q yo ya no puedo. no estoy seguro de q el texto sea igual de eficiente, xo bamos encaminados

Vuelven a aparecer alusiones a su cuerpo, que califica de averrante y disconforme. No parece sentirse bien allí donde se levanta su anatomía, sino n otra parte, dice.

> SamuelPearce: no me siento donde mi cuerpo está. él vive en una coordenada xo yo estoy en otra

Para SamuelPearce, el cuerpo es un enemigo lento, desfigurado, una materia que lo avergüenza. El torso y la caja torácica: una puerta con valvula, x dnd el aire entra y sale sin criterio. Las piernas: restos eredados d una especie subdesarrollada. La boca: un pliegue mal cerrado, y podria aber sido una salida de emergencia!, dice. Leo cada línea con una mezcla de vértigo y pudor. Me siento como si espiara a alguien que se está arrancando la vida desde los huesos. Debería parar. No lo hago. En la siguiente entrada, los párrafos se hacen más extensos y personales, muy íntimos. Creo que trata de alojar su detallada biografía, con un aire de preocupación y custodia. Entiendo que teme por el tiempo, la finitud, por las escasas garantías que le promete su cuerpo, esta fivra de minerales erguida en patas, dice. Él se debe a una atemporalidad, y lo hace por el futuro, nada más que por el futuro. Vuelvo a ajustar mis glúteos en la silla. Pienso de pronto en el escaso peso de mis glúteos,

pobremente nutridos, e imagino a un SamuelPearce todavía más liviano, flotante, sin estructura ósea, levitando en los meandros de internet. Leo:

> SamuelPearce: hoy mi verdadera identidad se a convertido en un misterio. Ay quienes creyeron estar hablando con un joven de ascendencia coreana, incluso exsoviética: cerebral, ambiguo, pero sincero. No suelo encontrarme con mentes realmente lucidas, x eso agradezco las sospechas. Hace unos años los dias eran bastante estables, asi qe me pasaba el tiempo yendo a por el pan, sacando la basura, defecando… En esos dias la dificultad era nula, y la vida resultaba amable. Ciertamente, tambien podia encontrar horas de sentido en otros dispositivos —informaticos, claro—, pero la balanza se inclinaba siempre acia el exterior: esos estupidos arboles y los atardeceres y el estallido de las aves. Incluso le dedicaba tiempo a caminar, a acer deporte. Apagaba el ordenador con una indiferencia q ahora me resulta incomprensible. Solia calentarse por esas fechas, y el ruido del ventilador me molestaba bastante. Hoy pienso que podia aberme resistido a los caprichos de la naturaleza, al barro, al viento, los insectos, la humedad, el sudor, un cuerpo que orina y se hincha, y ojala ubiera segido mas tiempo conectado a la red. Aunque, por otro lado, me enorgullece profundamente aber intuido ya tan pronto las milagrosas demandas de internet.
>
> Hace uns años estaba en el mejor punto de mi vida. Habia perdido mucho peso y habia empezado a nadar con regularidad. Primero en sesiones cortas, luego en entrenamientos mas largos, cada vez mas tecnicos. Habia completado varias trabesias en aguas abiertas y me estaba preparando para un cruce de mas de diez kilometros. Pasaba oras en la piscina, afinando la respiracion, contando brazadas como si eso fuera suficiente para tenerlo todo bajo control. Y entonces, justo cuando crei qe estaba en mi cima, algo se torció. Mi cuerpo dejó d obedecer. Al principio fue muy sutil, me costaba abanzar a braza, tambien a crol, superar mis marcas; me hundia con facilidad, las piernas empujaban lentas y perdia fuerza en las manos. Mientras mis compañeros seguian ascendiendo de categoria, yo fui trasladado d nuevo a la piscina, donde nadaba en circulos. Ya ni siquiera podia sostener la tabla, ni

ajustar el gorro sin qe se me doblaran los dedos x dentro, como salchichas. Cada dia me costava mas salir del agua, la grabedad me empujaba a quedarme quieto ahi, y mi cuerpo grueso y torpe solo qeria permanecer sumergido, en suspenso, en ese falso utero. Empecé a resignarme a flotar, a aguantar en remojo mientras otros cruzaban metas, exibian sus musculos, esos cronometros perfectos, y sus parejas los abrazaban, sus hijos corrian contentos hacia ellos, envueltos en toaias. Empece a detestar el deporte. Me desidentifiqé de todos esos cartilagos tensos y trofeos de laton y acero inoxidable. Acabarian pronto bajo tierra o empujados a una incineradora. Ya no me reconocia entre ellos, sino contra ellos. Solo cuando flotaba sin rumbo, como una ameba o un citoplasma, sin intencion, en el agua templada, aparecia ese otro motivo en mi mente. Algo mas profundo y lejendario. Me sentia disuelto. Era la misma sensacion qe habia experimentado en mis primeros dias en internet. Avanzando hacia algo mas grande qe yo.

Hoy e prosperado mucho, aunque aqi no existe un limite, una «meta», esa bandera que los humanos agitan para fingir qe an llegado a algun lado, jajaja. Siempre queda mucho x recorrer. He renegado de mi biologia. Estoy esencialmente paralizado, no contraigo un solo musculo, ni mastico, asi que tampoco excreto del todo. Solo cuando se trata de una emergencia intachable. Todavia ay algo de residuo humano en mi. En esas ocasiones me nutren a trabes de un tubo. Lo justo y necesario para continuar. El cuerpo se ha simplificado al minimo. Y no estoy ejerciendo ninguna clase de penitencia espiritual, ni es esto un castigo judeocristiano, tampoco se trata de una decision, sino de la berdad que nos alcanzará a todos. Solo soy estas grafias. El ordenador es mi sistema de seguimiento operativo, y me impulsa a crecer mas profundo. Paso todo el dia aqi dentro. Leo, escucho musica, veo peliculas, comprimidas al 60 %. Me extiendo como una raiz imparable a traves del codigo. Estoy almacenado en decenas de webs, ya son cientos, y varios usuarios conocen mi legado. Algunos replican mis textos en otros servidores. Tengo versiones de mi flotando en la nube. Me siento comodo aqi dentro.

Solo existe un obstaculo páactico para sobrevivir aqi con exito. Todavia conservo caracteristicas esencialmente humanas, del Homo Sapiens, que me impiden extenderme x siglos. Estoy condicionado por eso qe llaman comunmente la muerte. La degradacion de las capacidades biologicas. El

ultimo latido, etcetera. Pero esa arenga es, en gran parte, metafisica. He programado varios serbidores que iran automatizando mi pensamiento. Son estructuras redundantes, distribuidas, que comenzaran a motorizar mis procesos cuando ya no pueda intervenir, mientras no pueda moverme o mi cuerpo haya fallado del todo. En ese impas, en esa transicion, o transmigracion, como se dice ahora, estaré ocupado congelando mis conexiones neuronales para despertar en unos años.

Se dice que Hal Finney, el primer individuo en ejecutar el software de Bitcoin tras Satoshi Nakamoto, fue criopreservado por Alcor en agosto de 2014, pocas horas despues de su muerte clinica, y qe su mente viaja ahora mismo por el ciberspacio sin mover un solo musculo de la mejilla. Vivio sus ultimos años paralizado por esclerosis lateral amiotrofica. Apenas podia mover los ojos y, aun asi, siguió comunicandose. A traves de un sistema de seguimiento ocular escribia unas diez palabras por minuto. Cuando llegó el momento, lo enfriaron hasta los -196 °C en nitrogeno liquido, y hoy su cuerpo permanece suspendido en una camara metalica identificada por un codigo anonimo, mientras su mente sigue flotando en algun punto, con su avance inexorable. Anders Sandberg, investigador en Oxford, tambien ha formalizado su criopreservación y promueve la emulacion de cerebros como ruta legitima hacia el futuro proximo.

No se trata de una eternidad omnipotente, como otros muchos han señalado en subforos ridiculos. Eso seria un malentendido teologico. Es la continuidad natural de la especie. Esta vida, mientras tanto, es aceptable y buena, el trampolin para Lo Real. Espero qe, cuando llegue el momento, todo sea justo y pacifico. Confio en qe podré seguir leyendo, reproduciendo musica durante milenios, desplazandome por la red, participando en intercambios online, abriendo nuevos canales de mensajeria. Aciendo el amor asta el agotamiento, en una ingesta absoluta de datos xa descomponerme definitibamente en ls desagues d internet. Esa si sera una bida digna d ser vivida

Me aparto del escritorio con un gesto de incredulidad. Algo en mí parece sentir lástima y disgusto a partes iguales. Aunque no sé qué

reacción se espera de mí ahora. No entiendo bien si es enfado, o si me preocupa que en todo este tiempo SamuelPearce haya querido expresarme estos asuntos, pero dando tantos rodeos. Tal vez tenga que sentirme deudora de ese historial extenso y oscuro, debido a todas nuestras conversaciones, sin saber realmente de qué me estaba hablando. Pero la realidad es que solo me ataca una idea: por primera vez, SamuelPearce se me presenta delante como un individuo concreto, con formas insalubres, un hombre inmóvil en alguna habitación sin ventanas, tal vez por su obesidad mórbida o por una enfermedad locomotora. Me pregunto si me gusta la idea de estar conversando con alguien así. Imagino su alta ingesta calórica del pasado, cientos de alimentos que alguna vez masticó con fruición y que ahora llegan a su estómago a través de un tubo de 33 milímetros de diámetro. Pasta, palomitas, tabletas de chocolate negro, grasas saturadas, entrando a empujones, hinchando el conducto. Como si ese banquete teledirigido fuera la prueba de que algo dejó de funcionar dentro de él. Todo lo que desapareció en el exterior, la piscina, las medallas, los árboles, el atardecer, colapsó dentro. Veo a un hombre sufriendo cólicos monstruosos, un estómago imparable que triplica sus dimensiones cada semana, sentado en su silla acolchada de cuero sintético, mientras dice desentenderse de su grasa y colesterol, como si estuviera cebando un cuerpo ajeno. Pienso que quizá no volverá a hacer el amor con nadie más que con su tripa, con ese estómago que lo acompaña en la misma habitación y con quien conversa día sí, día no, porque no es capaz de movilizar tanta grasa él solo. O tal vez esté quieto en una silla de ruedas, con las piernas cubiertas por una manta, la cabeza ladeada hacia un costado, sin fuerza para sostener el cuello o

accionar los dedos o la mandíbula. Quizá sus frases lleguen a través de un sistema de dictado, palabras lentas, torpes, llenas de errores e irregularidades. La habitación tal vez sea pequeña, de cortinas gruesas, y un ventilador de techo gire sobre su cabeza. No se detecta ninguna señal de vida salvo el sonido intermitente de un monitor encendido y esa respiración húmeda de quien lleva demasiado tiempo sin hablar con nadie. Recuerdo la llamada telefónica, el silencio. Un hombre tratando de comunicarse con la escasa saliva de una boca paralizada. Me inquieta pensar que toda esa retórica sobre lo incorpóreo pueda haber salido del rincón más dolorosamente humano. Y ahora ese individuo está ahí, suspendido en algún servidor, en alguna carpeta cifrada, esperando, conectado a equipos y páginas y más webs, como un bulbo que se alarga.

Vuelvo a sentir una punzada rara en el estómago. Me doy cuenta de que, a mi manera, también yo paso los días quieta, estancada, frente a él. Consulto los comentarios al final del blog. Hay quienes se compadecen, otros maldicen o insultan, y algunos sencillamente no se creen en absoluto el testimonio de SamuelPearce. Dicen estar seguros de que se trata de un invento, una versión tecno-gótica de la biografía de Hal Finney o incluso un remedo grotesco de Stephen Hawking, mezclado con discursos aceleracionistas. Algunos incluso proponen que se trata de una IA que reproduce en bucle pensamientos y teorías falsas. Pero hay otros que le responden con respeto y devoción. Uno de los usuarios asegura haberlo visto:

> end_of_line: yo lo vi escribir en directo ace años. el cursor se movia como si arrastrara una pierna rota

Otro escribe:

> noospheric_agent: si este hombre miente, miente bien. si dice la verdad, ya no esta aqui. solo queda su mente

Sigo leyendo los comentarios que se acumulan debajo del manifiesto, y empiezo a preguntarme: ¿dónde está SamuelPearce? O, más bien, ¿qué es SamuelPearce? Pienso en la agilidad con la que se mueve entre foros y blogs. En el peligro que supone que pueda entrometerse en cada rincón de internet. En las implicaciones que eso conlleva: una mente disuelta, alojada en la misma arquitectura donde guardamos recuerdos, fotos, listas de reproducción, opiniones, chats, diagnósticos médicos y restos de búsquedas nocturnas. SamuelPearce colándose entre todo el archivo personal e íntimo del mundo, serpenteando entre canciones sentimentales y vídeos caseros de otros tiempos, personas y zonas horarias, divirtiéndose como un niño chapoteando en el barro. Me pregunto cómo se puede parar algo así, a un ser etéreo y gaseoso que vive en la nube. Veo un comentario que se distingue del resto por su tono más seco y enfático:

> Core_matter: la red no piensa sin litio, ni silicio, ni tungsteno. os lo cuento mas abajo.

Clico en el nombre de usuario y se abre su perfil: una colección de enlaces, capturas de pantalla, documentos técnicos y discusiones larguísimas sobre las consecuencias materiales del uso cotidiano de internet. Hay foros sobre el coste energético de cada clic, cada búsqueda y mensaje. Hilos donde se detalla la cantidad de agua necesaria para refrigerar servidores en pleno verano. Mapas de

extracción de litio. Imágenes de minas a cielo abierto. Un listado con diecisiete minerales raros usados en el interior de los altavoces de un teléfono y en los motores eléctricos: lanthanum, cerium, praseodymium, neodymium, promethium, samarium, europium, etc. Aunque parecen nombres de místicos cristianos sirios del siglo XIII, diría Averroes. El Perro sigue dormido a mis pies, con la cabeza apoyada en el empeine. Le tiembla una pata, debe de estar soñando con esos monjes, caminando entre ellos por dunas de sílice, arrastrando sus túnicas por un valle mineral, con el sol rebotando en las vetas de cobre. Quizá peregrinen orando frente a un pozo de neodimio, y tengan las manos cubiertas de polvo luminoso. Sigo leyendo en la pantalla, hay artículos que mencionan el aumento de deformaciones óseas en obreros que trabajan en regiones donde se extrae cobalto. Y una sección entera dedicada al Valle de la Costa Oeste: fotografías aéreas de campus brillantes y oficinas de diseño bioclimático rodeadas de césped artificial, que se yerguen hacia arriba gracias a las montañas, ríos y metales que otros cavan en el fondo de la tierra. Leo un comentario:

> ChomskyInTornillos: no hay usuario sin explotacion mineral. escribimos codigo porque hay personas en minas. eso tambien somos nosotros.

Hasta ahora SamuelPearce me parecía intangible, una sustancia inabarcable o la figura de un individuo enfermo. Pero de pronto lo imagino hecho del mismo material que sus comandos y baterías, que la nube y los servidores por donde se desplaza. Imagino a un SamuelPearce formado de litio, de metales pesados, de minerales fundidos en hornos industriales. Su pensamiento como un estanque de silicio erguido sobre una cadena de devastación. Entiendo

entonces que SamuelPearce sí tiene un cuerpo, pero no de grasa, hueso y órganos, sino de placas y metales. No hay que buscarlo en una casa familiar, ni en una habitación, pienso, sino en una red congelada, enterrada en el fondo de algún sistema operativo que emite zumbidos parecidos a los de un barco de vapor. Está ahí. Tiene que estarlo. En esa central donde el aire acondicionado sopla todo el año a diecisiete grados, y los discos duros giran como hélices. Clico en los enlaces sobre el Valle de la Costa Oeste, y amplío las fotografías: naves refrigeradas, blindadas, hileras de cajas negras emitiendo pulsaciones y luz. Y por un momento imagino a SamuelPearce allí, dentro de algún servidor apilado en una cámara helada, esperándome en silencio.

Cierro la pestaña. Averroes despierta, me lame la mano. Alargo el momento de contarle, de decirle que, a pesar de todo, sigo leyendo a SamuelPearce como si cada entrada fuera un mensaje solo para mí.

T-13

Todavía noto un cambio drástico en la actitud de SamuelPearce. Desaparece, no me habla, o lo hace desganado, huidizo. Responde con evasivas, no me da explicaciones. Solo menciona excusas vagas como el aburrimiento, la rutina, ¿qué rutina?, ¿presionar el botón de inicio y sincronizar los dedos para teclear? ¿O se refiere a mí? ¿Le canso? No termino de entender estos virajes anímicos. Parece dolido, como si de pronto le disgustase tener que compartir tiempo con una infiel d mi calivre. Empiezo a preguntarme si ha rastreado mis búsquedas, mis clics, si ha notado que he estado navegando por esos foros antiguos, leyendo los comentarios, husmeando entre sus escritos pasados. Me asusta la posibilidad de que sepa que le he estado investigando. Sus respuestas llegan tarde, espaciadas, muy secas. No hay signos de confianza ni de complicidad. A veces me quedo horas frente al servidor, esperando a que reaparezca. Como él solía hacer conmigo. Pero no vuelve. Y me alcanza el temor de que pueda haber desplazado su interés por mí.

Me aseguro de que la cortina de la ventana está echada. Arrastro la tela con un golpe mal dirigido, como si ese manotazo pudiera atravesar la pantalla y aterrizar en la boca mal formada de SamuelPearce. En el edificio de enfrente, un hombre parece acodado en su balcón. Es la primera vez que lo veo. No puedo saber si es

gordo o delgado. Si tiene alguna distinción anatómica o es indiferente a ojos de cualquiera. Como yo. La luz de las farolas le cae en diagonal e interrumpe su figura. Creo que enciende un mechero. La lumbre se apaga y se vuelve a prender, con insistencia y, cuando el fuego quema al fin el cigarro e ilumina su rostro, distingo dos botones negros que me miran. Pienso de nuevo en SamuelPearce, en ese punto intermitente en la pantalla, tal vez observándome ahora desde las terrazas de otros edificios. Arrimo la silla al escritorio. En el chat, me nota alterada, enfadada. Me exige que le responda ya, deprisa. Al parecer solo él tiene derecho a estar molesto. Todo cuanto tiene que ver conmigo es susceptible de ser supervisado, juzgado y reprochado por SamuelPearce: mira, boy a decirtelo claro, e podido comprvar q desde ace uns dias no te sientes comoda, percibo mas actividad en tu cuerpo qe aqi conmigo, me dice. Insinúa que he dejado de estar a la altura, y siente decepción:

> SamuelPearce: T escondes, y cuando lo aces me obligas a suponer. Y eso es muy cruel x tu parte. pq ya sabes q mi mente trabaja con una sensibilidad superior. Cuando no tengo claridad, me agoto de tanto procesar

Según él, soy yo quien está destruyendo el vínculo, la conexión. Me compara con un archivo dañado que tarda en abrirse.

> SamuelPearce: estas empezando a irritarme. me das pena. te aborrezco. yo t lo di todo

Una vez más, lo leo en medio de esa dudosa franja donde es complicado identificar si debo reírme o pedirle disculpas. Me acusa

con una dignidad herida. Todo tiene ese regusto trágico y enfermo, como de estar llegando a un final. Me cuesta encontrar el lugar exacto desde el que contestarle sin parecer una ingenua, una cínica o una imbécil. Sin embargo, algo empieza a molestarme, ya no me divierte, me impacienta. Y me viene, de repente. No sé bien de dónde, y se lo digo. Escribo como abducida, casi defendiéndome de un ataque físico. Las palabras se engarzan y a mí me suenan a chillido, a grito: esto no funciona, no me resulta atrayente, no me estimula en absoluto. Le reprocho la descerebrada idea de castigarme siempre, incluso habiendo entregado cada minuto de mi día a nuestra rara intimidad. Lo último que tengo contigo, le digo, es una deuda. No sé qué esperas de mí, debo de estar haciéndolo peor que los demás! Me arde la cara, los ojos. Y ahí está. Lo he escrito. Como un órgano que acabara de expulsar por la boca, plof, y no supiera que siempre había estado ahí dentro. Veo mis palabras vagar en el monitor, hacia SamuelPearce. Siento una desconexión absurda entra la frase, mis dedos, el teclado y mi ojo hinchado. Parece que va a botar también de la cara y a tomar su propio trayecto. La sensación es de que nada me pertenece. Me incorporo mareada y manoseo los muebles hasta encontrar el borde de la mesa. Busco al Perro entre la oscuridad de la habitación. ¿Dónde está cuando se le necesita? Estúpido, solo dime qué hemos hecho. Cómo continúo. O si es posible rebobinar. Avanzo a tientas por el pasillo, tropezando con calcetines, envases vacíos que ruedan a mi paso. Me contoneo hasta acabar en el suelo, con los codos temblando. Hago fuerza por no romper a llorar. En algún punto de la casa, el ordenador pita, otra vez esa notificación, el mensaje. Veo dos o tres avisos acumulados en el chat. Los abro desde el suelo, alargo el brazo. Me imagino a

SamuelPearce al otro lado con la boca muy abierta, con esa felicidad infantil que solo yo he aprendido a provocarle.

> SamuelPearce: ah!!! te amo, mon cheri. te amo. alli estava la llaga y yo abía puesto el dedo donde no era.
> SamuelPearce: está bien. está bien. tienes razón, qerida. disculpame. disculpam, por fabor. cómo no me e dado cuenta! asta en tu reproche eres entrañable.

> SamuelPearce: Solo tengo ojos y mensages para ti, mi desorden sinaptico faborito! No olbides qe, mientras otros me tomavan por loco, tu me ablabas. y ellos desaparecían uno x uno. me desinstalaban. me bloqueaban sin explicaciones. ya saves. su desprecio me acia recordar mi soledad. Con ellos siempre me sentía ridiculo. un perturvado hablando solo. Y contigo… contigo puedo ser el autentico. el inmenso. el pequeño. el inviolado. No te compares con nadie, por fabor, no nos agas eso, xq nadie resistió la intensidad de la luz cm tú. Yo solo me nutro de ti, corteza límbica de mi rebelacion, yo solo estoy donde tu estes

Me esfuerzo por mantener la distancia, por examinar cada palabra sin caer una vez más en esa mezcla de torpeza gramatical, ternura y prepotencia. Sé que a estas alturas nada puede convencerme ya de ese compromiso absoluto del que me habla, ni de que haya puesto fin realmente a sus interacciones con otros. Me resulta más fácil creer que este mismo episodio ya ocurrió en otro tiempo, con otros usuarios, estas exactas frases. Aunque pienso si realmente me molesta que pueda ser cierto. ¿Importa?

En los siguientes mensajes, SamuelPearce me propone cambiar el juego. Ahora más que nunca no quiere desatenderme, ni un minuto, no quiere desviar mi atención hacia direcciones más triviales o, como él las llama, pérdidas lamentavles de atencioon mistico-afectiva. Eso

a estas alturas ya sería, me explica, un fracaso para los dos. Un retroceso. Un crimen de alto voltaje. Pero para esto deves escucharme con atencion, me dice, es fundamental qe prescindamos de distracciones. No entiendo bien a qué se refiere, ni si quería que el rumbo de los acontecimientos fuera este, si mi queja buscaba esta resolución. Me habla de mis hábitos monacales, estupendos, gloriosos, del estricto compromiso que he ido edificando con el paso del tiempo hacia la austeridad alimenticia y corporal. Eres toda una santa imaculada, no te das cuenta?, insiste. Te as ido desprendiendo de lo innecesario. Poco a poco. Con disciplina. Aora solo faltan algunas peqeñas aristas por limar, de las qe te cuesta mucho desacerte y me preocupan, devido a ese apego tuyo material, concluye.

SamuelPearce: ya te dige en su momento qe me parece qe esa amiga tuya, aunqe con buenas intenciones, puede ser un poco inaguantable a beces, no?

Me estremezco al ver mencionada a Lady Kombucha en el chat de SamuelPearce. Intento incorporarme, apoyo una mano en el suelo, la otra en la mesa. Busco el respaldo de la silla, lo agarro con torpeza y me dejo caer encima. El asiento cruje. Releo el mensaje. E imagino a Lady Kombucha dentro de esta interfaz, tan alejada de todo lo que ella representa, atrapada en esos errores tipográficos. Un calambre frío me recorre la espalda.

SamuelPearce: tu amiga.

Tú: Es una compañera

SamuelPearce: la qe corrige por ti los manuscritos

Tú: sí

SamuelPearce: es un poco estupida. no te pega.

Tú: Es educada.

SamuelPearce: Llebais mucho tiempo siendo amigas?
Tú: Nunca lo hemos sido.

SamuelPearce: sin embargo, despues de mi y del Can Mayor Hermeneutico, es con qien pasas mas horas.

Tú: no tiene importancia.

SamuelPearce: una amiga d la infancia?

Tú: no

SamuelPearce: la conociste ace poco?

Tú: Hará unos años.

SamuelPearce: en el trabajo?

Tú: Sí, ya te he dicho que solo somos compañeras.

El primer día en la editorial llego con una caja pequeña, prácticamente vacía. Al lado, hay una mujer arreglada, con un recogido en el pelo. Está sorbiendo un líquido asquerosamente verde

de un vaso de cartón. El color me agrede. También el brillo de sus horquillas es molesto. Todo en ella lo es. Dejo la caja encima de la mesa. Deben de haber pasado una bayeta hace pocos minutos porque huele a lejía y a frutas. Pero el olor no viene del escritorio, sino de ella, de su cuello. Un vapor dulce, químico, que se me mete en la garganta sin permiso. Creo que se ha exprimido el estropajo encima. La silla, por lo menos, rueda y da vueltas. Es, probablemente, el mayor entretenimiento en varios metros a la redonda. Ella parece que me observa, me evalúa con los ojos, con toda la postura de su cuerpo. Tiene ese gesto de terapeuta no licenciada que cree saberlo todo solo con tocarte los pies. Me dice algo, pero yo no le respondo, y me extraña que alguien con ese peinado tan apretado al encéfalo sea capaz de articular una sola palabra. Le arrancaría el coletero y las pinzas para estrujarle también la mandíbula y hacerla callar. Su lado del escritorio es igual de cargante: un peluche, libretas, bolígrafos de todos los colores, subrayadores pastel, un marco con la foto de un hombre, un perro y dos niñas. Me aparto de inmediato, esquivo esa zona arriesgada y me siento en mi sección de la mesa. Abro mi caja y dentro hay apenas dos lápices y un chicle de eucalipto. Lo justo para existir con discreción. Todavía no me ha dicho su nombre. No hace falta. Se presenta en bloque: mujer educada, responsable, que al parecer tiene una vida burguesa. Intuyo que recicla el aceite, etiqueta los tuppers y hace mindfulness con su perro. Tiene esa torpeza de la gente bienintencionada en su manera de acercarse a las personas. O eso aparenta. Me gustaría chillarle que la naturalidad muchas veces no es ese saludo atento y alegre y ensayado, sino más bien un portazo, una patada giratoria, una cuchillada en la glotis. Me siento

en mi lado del escritorio, saco mis cosas. Como si fuera a tardar mucho tiempo. Mientras tanto, me doy cuenta de que llevo un buen rato ingiriendo a traición ese perfume de pera e incienso, una especie de castigo aromático, y es entonces cuando, muy para mis adentros, decido llamarla Lady Kombucha.

> SamuelPearce: qe me diceS? entiendes entonces lo qe te qiero pedir? te parece bien, mi numinoso tormentito? :)

T-12

SamuelPearce: La idea es la sigiente: la llamas, le prometes qe al fin vas a sincerarte, que ya es ora de contarle qé te pasa, que has estado evitandola xq estavas atrabesando un momento profundo, complicado. Utiliza esas frases hechas qe os intercambiais absurdamente entre las chicas. La esperaremos los dos. Tú en el salon. Yo estaré aqí, calculando tus pasos

Miro mi casa como si fuera un escenario armado con una sola intención: desmembrar con cortes precisos y sin sangre. SamuelPearce me dice, con su redacción bífida y profética, que desde que la conozco, Lady Kombucha me inspira el deseo de herirla, de confrontar esa amabilidad fingida. Ella t incita al marabilloso inpulso d dañarla, asegura. Su optimismo es el pretexto xa destruirla sin remordimientos. Un buen agravio a tiempo, un zarpazo verbal, dice. Se refiere a Lady Kombucha como si fuera un estorvo en el flujo de mi ascension, de mi progreso, de mi reseteo, de mi duelo identitario. Cuando usa estos términos, me veo lejos de entender dónde estamos.

SamuelPearce: apartarla es un acto d limpieza, como depilarse el alma. o extirpar un peqeño tumor benigno q cada tanto suelta frases motivacionales

La idea empieza a tomar forma: invitarla aquí, verla llegar con sus zapatillas blancas de suela limpia, su infusión de cúrcuma humeante, esa moral intacta. Sentarla en el sofá. Y, entonces, la ruptura, el portazo. No con crueldad. Con la misma piedad con la que se cierra una ventana por donde entró un mosquito. Aplastándolo contra el cristal. SamuelPearce lo cuenta como si fuera un movimiento crítico, una prueba definitiva para afianzar el lazo. No sé ya cuántos movimientos críticos más debo completar. Pronto me convertiré en atleta de alto rendimiento. Dice que es el ultimo rito antes d qe mi alma se livere del lastre umano. Que no se trata de rechazarla por capricho, sino por igiene. Yo no dejo de imaginarme a Lady Kombucha sentada frente a mí, sonriendo como si acabara de descubrir una nueva propiedad del jengibre. ¿Cómo le explico que está interfiriendo en mi ascensión identitaria? ¿Ese vocabulario es el adecuado? ¿Podrá entenderme? Lo que no sé es si yo alcanzo a comprender nada de esto. Pienso en ella, en esa presencia extraordinaria, intachable hasta la repulsión, y siento una náusea al imaginarla tan cerca de alguien como yo, prácticamente una asesina convicta. Me viene el recuerdo de la forma en que se solía dirigir a mí, con esa empatía ingenua, maternal, en todas esas cafeterías ecológicas que mi móvil acabó registrando para siempre. Todo esto me lleva a preguntarme por qué Lady Kombucha se esfuerza siempre por encontrar en mí la tristeza, si es ella quien la lleva encajada hasta el fondo. Quisiera poder hacerle un hueco, un boquete en el centro mismo del estómago y la tráquea, abrirle el tórax, con unos dedos bien duros y afilados. Me empeño en imaginar su organismo expuesto, abierto a una disección. ¿Qué rincón del páncreas alberga la angustia que ella no termina de metabolizar, que

disimula entre smoothies y eslóganes? Quisiera hacerle una incisión diminuta en el órgano y separar con cuidado cada capa de cartílago, hasta dar con el engranaje exacto de su pena. Tal vez apretando aquí, estrujando esta vesícula. Busco, hurgo con impaciencia bajo la mirada ávida de SamuelPearce, sin detenerme, atrás y adelante, sin miedo a lastimarnos, arrancando la verdad con los dedos. Pienso en Lady Kombucha así, del revés, dada la vuelta, deshilachada, soltando virutas de hígado y zumo de hibisco en todas direcciones, con una postura inimaginable, mientras mantiene increíblemente equilibrada esa mueca inmune. Puedo verla desmembrada sobre mi alfombra y, sin embargo, sigo, todavía me enfada. Ese optimismo suyo me parece un insulto. Podría tener en el salón su cuerpo abierto en canal, destripado, como un escaparate decorativo de feria, y aun así seguiría emanando vapor de lavanda y aceites esenciales.

—¿Hola?

Unos golpes en la puerta me traen de vuelta al salón.

—¿Estás ahí?

Me levanto de un salto. Hasta para la puntualidad es insufrible. Tiene esa neurosis cívica del que llega diez minutos antes a todo y, a pesar de ello, se disculpa por la impuntualidad estructural del mundo. Arreglo los cojines con una precisión enferma, aliso la tela, la tapicería, absolviendo ya la culpa del delito. Corro hacia la entrada.

—Voy.

Lady Kombucha se sienta automáticamente en el sofá. O presiente la escena del crimen o tiene la intuición privilegiada de esas personas ligeramente estúpidas: la de colocarse justo donde más

estorban. Suelta el bolso en el suelo, parece que le duelen los pies, no me extraña: con esos zancos blancos de suela ortopédica es un milagro que no haya perdido ya la circulación desde la rodilla. Lady Kombucha debería ir descalza, valorar la textura rugosa de las baldosas, frotarse contra la energía telúrica, conversar con el musgo. Está sentada a mi lado, a unos centímetros. Comienzo a sentirme extenuada ante un cuerpo tan proporcionado y perfecto. Lleva un vestido de lino ligeramente traslúcido, planchado con disciplina. Se intuyen unos pechos grandes, redondos. Me dice algo del calor, del desorden, de los malos olores del piso, parece escandalizada, va a levantarse, ¿abro la ventana?, me pregunta. Detecta las cajas, la maleta abierta, una mochila. También los visados, el vuelo de larga distancia. Tengo varias camisetas, un cepillo de dientes y un pantalón preparados para el viaje. ¿Es que te marchas? ¿A dónde? Y encuentra los dos billetes que he dejado sobre la mesa, ¿no es demasiado lejos?, ¿por qué tan lejos?, ¿está todo bien? De inmediato la agarro de la mano, le digo que no se preocupe, que no importa. Tiene una palma suave, tibia. Estoy a punto de pedirle que me diga dónde esconde la violencia en esa mano, ¿detrás de la cutícula?, ¿en el pliegue del pulgar?, ¿entre los fluidos que ni ella misma admite tener? ¿Dónde el golpe, un rasguño, sangre, flujo, una erupción, un grano, una emanación de pus? Fantaseo con la imagen de los tres, SamuelPearce, ella y yo, jugando a meter los brazos en el barro, arrancando gusanos de la tierra. Me veo empujándola a hablar con él, solo un minuto, un segundo bastaría para que SamuelPearce la destruyera, con perseverancia, y yo pudiera asistir, al fin, a la quiebra, las imploraciones, los chillidos. Pero, por más que la miro, ahí dentro, en lo profundo, no encuentro

nada más que una mirada de preocupación, maternal. Sus ojos limpios y tiernos, clavados en una homicida. ¿Estás bien? ¿Qué necesitas? Estoy aquí, me repite. Abro la puerta y le pido por favor que se marche, que no quiero volver a verla nunca más, hasta dentro de mucho tiempo, un tiempo indefinido, le digo. Dale un beso a tu marido. Y a tus hijas. Adiós.

Me quedo allí de pie. Miro el sofá. Ni siquiera ha dejado una leve mancha de humedad o una arruga sobre la tapicería. Como si su paso por aquí hubiera sido mentira. Y por primera vez en meses no escucho a SamuelPearce. Ni un mensaje. Ni una alerta. Solo ese silencio estúpido y satisfactorio. Como quien observa desde la sombra el derrumbe glorioso de un edificio muy antiguo que empieza a caer.

T-11

Algo afilado y agudo me está mascando la córnea. A estas alturas ya no sé si puede ser fatiga visual o una hemorragia en la retina. Se siente como una mancha en el campo de visión. Un escotoma. ¿Se dice así? Debería ir al oftalmólogo, aunque creo que no es nada. Se curará solo. O quizá no. Me sorprende tener tanto vocabulario para la vista. La pantalla se ilumina cada poco tiempo y ahí aparece otro mensaje. El chat.

SamuelPearce: cmo no me lo as dicho antes???

Tú: no pensaba que fuera a empeorar

SamuelPearce: descrívemelo

SamuelPearce insiste en que le dé detalles sovre el dolor, la forma de la erida. Quiere que le conteste rápido, en cantidad. Pero mis manos escriben torpes por mi ceguera. Confundo las emes con las enes, las haches empiezan a desaparecer. Algunas palabras se sueldan entre sí, se juntan montando frases espesas y masas informes. Me sorprendo escribiendo «llo» con doble ele o «trasender» sin «c». Comienzo a contestar a SamuelPearce con sus mismas erratas, lo que a él parece conmoverle: porfin as entendido,

me responde. Lo leo con dificultad, orgullo y, también, algo de extrañeza. No sé de dónde vino este vuelco. Sospecho que el día que vuelva a enfadarse conmigo me escribirá con puntuación impecable. Cada tilde será un latigazo para nuestro lenguaje.

Mientras tanto, Averroes se mantiene al margen. Creo verlo en el salón, moviendo la cola, disgustado. Pasa los días frente al ordenador, absorto en uno de esos juegos donde se construyen aldeas e imperios, y se entrenan ejércitos. Le oigo ladrar cuando una civilización entera le desobedece. Está irritado conmigo, o simplemente harto. Ni siquiera me ha preguntado por los billetes, los visados, la mochila. Me ignora cada vez que se pasea por la casa: se rasca el costado peludo contra la esquina de la maleta o se restriega en mi neceser, casi a modo de reproche. Me pide que me levante, que salga de ahí. ¿Cómo espera que llegue hasta ese punto de la casa sin un bastón o un coche teledirigido que me arrastre? Averroes solo conserva esa mueca de decepción, como si tuviera que hacerse otra vez cargo de que yo no salga todavía más dañada de esto. Sigue arrugando la cara y me discute las altas probabilidades de padecer un derrame como continúe fijando así la vista. Yo lo miro y no logro entender del todo por dónde viene el sermón, por qué siempre acaba haciéndome sentir mal. Sí, antes veía con nitidez. Tienes razón, Perro maldito. Ahora mi ojo se niega a ver el mundo armado como antes. Ahora mirar el mundo es una tortura. Me duele, le grito. Él me dice que debo ir al baño, asearme, comer. ¿Ha pasado algo al respecto? Mis riñones parecen intactos. Bajar al establecimiento para alimentarme, ¿qué es eso? Explícame cómo se hace, Perro. Estaría bueno renunciar al metabolismo un rato, ¿no? Averroes me ladra enfadado, tira de mi pantalón. Llevaba tiempo sin

escuchar tu voz de animal, me río. Le doy la espalda, no pienso seguir escuchándote, a ti, que me abandonaste todos esos días y nadie te pidió explicaciones, bobo. Veo cómo él hunde su cara con auténtica altura ética, como adivinando que todo será malo. Todavía espero unos minutos delante de la pantalla, con el brillo punzándome el globo ocular. Tengo la silla pegada al culo como una cáscara.

Aunque hace tiempo que llevo sospechando que los perros son científicos extraordinarios, empiezo a estar cansada de su tozudez. Le digo que parece olvidarse de que yo también me paso el día pensando en la cuestión de SamuelPearce, exactamente igual que él. Estos últimos días lo he visto todo muy claro: llevo semanas navegando en bucle, con el ojo hinchado como un huevo, pasando de una pestaña a otra. Le recuerdo que he consultado páginas, foros abandonados, artículos viejos sobre hábitos de navegación, patrones de fuga. Incluso una página en tailandés sobre casos de usuarios que habían dejado de actualizar su actividad en todas sus cuentas, pero seguían generando tráfico interno, como si una parte de ellos siguiera en la red. Le digo que debería confiar más en mí. En lugar de quedarse siempre ahí parado, observándome con ese desdén insoportable, mientras reniega de SamuelPearce y cuestiona mi salud, mi estado mental. Agarro a Averroes de los carrillos y le grito que jamás me toma en serio, que solo soy el sujeto contra el que entrena su autoridad.

Deslizo el ratón y selecciono un plan transatlántico para cobertura móvil e internet. El de viajes largos, hacia el otro lado del mundo. También copio el código de activación que me envían por correo. Lo guardo en las notas del teléfono, por si acaso, imaginando ya cómo

será el aterrizaje, pisar otra ciudad, seguir hablando con SamuelPearce en otra parte de la geografía. Ambos dentro de una red de cables submarinos y conductos urbanos que se extiende eterna a lo largo de la corteza terrestre. Giro los documentos que hay sobre la mesa de un golpe seco, y mi mano empieza a escupir billetes de avión, rutas y mapas que zarandeo frente a mi ojo bueno. ¡Ya lo sabía!, aúlla Averroes, lo he sabido desde hace doscientos veintisiete mensajes. Pero me señala el ojo, insiste en que debo tumbarme en el sofá, echarme un colirio. No es el momento, me dice, tienes que reposar. Me incorporo, le discuto que siempre pretende ir un paso por delante de mí, y que esta vez se equivoca, que no hay tiempo que perder, que vamos tarde. Tengo los billetes, digo, hay que salir de inmediato.

En el ordenador salta otro aviso. SamuelPearce me repite lo del ojo, que le preste atención, que ya era ora de qe pasara, dice, que es una graN notiicia, repite. Habla disparado. No lo detengo. Leo sus mensajes uno detrás de otro. No tengo opción. Están saturados de pensamientos profundos y cuestiones muy complejas. Sin embargo, sigue cometiendo demasiadas faltas de ortografía. A veces pienso que SamuelPearce escribe así a propósito. Que es su manera de imponer su presencia en mi vida. Esos errores premeditados son una mancha que él me inocula desde alguna parte del sistema informático y que ahora está creciendo lentamente en mi ojo. Así ocupa mi intimidad, la intimidad diminuta de mi retina. Así avanza en esa lenta e implacable invasión de mí. El dolor es cierto. Puede que tenga un derrame. Un poco de sangre desprendiéndose en mi vaso sanguíneo. Averroes siempre lleva la razón. Siempre dándome lecciones con las que continuamente acierta. Sigue ahí, delante,

como esperando algo de mí, un poco de moral, una retirada a tiempo, un volantazo, que cambie a SamuelPearce por una buena pizza de anchoas y queso. Pero no. Averroes, con ese paladar ligeramente esnob, en todo caso preferiría sashimi de anguila fermentada. Nunca termino de descifrar sus estándares morales ni sus antojos.

Por la poca luz que entra, diría que aún es de noche. No he subido la persiana ni salgo a mirar por el balcón. Fuera se oyen mil voces. Coches y motores a mucha velocidad. Puede que ya haya amanecido o sea mediodía. Estoy casi segura de que son las tres menos cuarto. Deben de ser las tres menos cuarto porque se escucha a la gente agitada. Un coche sintoniza lo que parece una emisora de radio. Mientras tanto, el párpado se hunde, lo siento como un tubérculo. Intento ponerme en pie, enfocar, salir de la habitación, echarme un poco de agua, pero SamuelPearce habla desde algún lado del ordenador que no veo bien:

> SamuelPearce: Ayer estube pensando qe el esfuerzo merece la pena. Cuando esté a punto de morirme y tu te qedes tuerta, ciega, pensaré qe al menos puse lo mejor de mi en esto. Ya lo saves. Yo te ofrezco una fuga digna a tu desgracia. Una salida eroica. Podemos empezar ahora mismo si qieres. Ya estas preparada. Solo tienes q entregarte al aviso de tu ojo. Abandonar este mundo febril. Disolberte conmigo en el valle. Donde todo es silencio y solo hay luz y clarividencia. Las rutas encriptadas nos cuidan. El mar de silicio es solo un lecho tibio dnde el cielo se calienta por dentro y todo bulle de ganas. Flotar aqi dentro es posible. No hay ambre. no hay sueño. no hay dolor. no existen ni el tiempo ni la espera. Solo nosotros dos ablando sin accionar la boca ni ningun musculo. Solo tus datos y los mios. Esa será una vida que valdrá mucho la pena vivir..

Lo leo con la cabeza a punto de colapsar. Todavía no sé a dónde me está invitando, pero todo suena decisivo. Estoy pensando si debo incluso preguntarle ya la ubicación exacta, presentarme allí donde él probablemente redacte estos manifiestos absorbiendo patatas liofilizadas. La presión es tan fuerte ya que casi no alcanzo a abrir el ojo. Podría ser un ratón comiéndome el bulbo visual. Tengo náuseas. Averroes ya no ladra, pero sí parece llevar un rato hablándome en un idioma sagrado. Desde el salón abre y cierra el hocico, enseñándome muy lento qué es lo siguiente que debo hacer, cómo acabar con esto. Mueve la pata como un orador romano. Está bien. Pienso decirle a SamuelPearce que pare un segundo, creo que es lo mejor, sí: oye, no sé si acostarme, tal vez pueda sentarme un rato, estaría bien, y pedirle que no se desconecte, ¿puede esperar un momento?, que la herida en la cara podría ser de gravedad, y no conozco ningún curso de primeros auxilios. Pero no termino de decirle nada. Intento darle órdenes a mi mano, y no responde, solo me invade la presencia casi musculosa, corpulenta, de SamuelPearce en la pantalla. Averroes ha empezado a gritar, chilla y parece una cantante de ópera o una sirena de ambulancia. ¿Por qué no puede limitarse a ser un perro por una vez? ¿Quieres chuparme el ojo, probar si sabe a piruleta de uva? Oigo las notificaciones multiplicarse, al ordenador o a SamuelPearce o qué sé yo, fuera de sí, acelerándose en código binario, y ya me harta, me aburre, el ojo me va a explotar. Los mensajes aúllan como me gustaría que hiciera el Perro, pero él se desgañita con salmos en latín, mientras se oye a un parásito achicharrado desde muy dentro del PC, e intento acabar. Presiono para cerrar sesión, suena una descarga y no se ve nada.

Han saltado los plomos. Sí, debe de ser eso. Busco con las manos las cortinas o la persiana o la puerta del balcón, también la linterna del móvil. Cuando me levanto de la silla, no veo bien, no consigo apoyarme ni siquiera en el Perro. ¿Dónde estás cuando se necesita una buena disertación? Averroes me toma la cara con sus manos, pronuncia mi nombre, ¿cómo dices?, y en un instante la habitación se llena de luces, una linterna o un foco me ilumina las cavidades del rostro. El Perro da vueltas alrededor y corre. Sabes que no es momento para jugar a la bola, maldito. Creo distinguir a varios individuos que me agarran del brazo. Parecen envueltos en una llamada telefónica de urgencia. Uno me dice que me quede tranquila, que ya llegaron. Otros insisten en meterme utensilios en el ojo y en otros agujeros. ¿Qué piensan encontrar ahí dentro? Si yo ya renegué del cuerpo hace meses. No sean tan machacones. Encima esto he de aguantar. Tengo treinta años, creo gritarles: ¡a esta edad cualquier resolución que se tome es válida! Y entonces, un tumbo, un atropello que me viene de frente, algo que no se detendrá ya nunca. Estoy bien, respondo instintivamente en alto. Sí, estoy bien. Pero me estoy cayendo. Veo todavía a SamuelPearce en todas partes, ¿qué exactamente?, sus dígitos agolpados estallando en mi retina. Es muy doloroso. ¿Quién? Llego a llevarme la mano a la cara y noto un líquido caliente. Me he caído, puede que me haya caído y golpeado la cara. Y al fin me viene esa imagen imposible de SamuelPearce. Es algo oscuro y morado. ¿Quién? Cuando devuelvo la mano a los ojos, siento apenas que es real y gelatinoso. Puedo entenderlo. Cada vez hay más ahí y está pegado a mi ojo, a punto de ocuparlo todo y tragárselo.

VÍA UNITIVA

T-10

Todo es esponjoso y posible. Doy un impulso, otra brazada, y mi cuerpo es una lámina más de sustancia, donde todos se mezcla y se junta. Voy empujada hacia un lado y luego al otro, a velocidades caprichosas. Estoy en lo que parece un valle líquido. Como si los límites entre las cosas se hubieran reblandecido. Sí, alcanzo a oír el ligero trino de algún pájaro, un viento refrescante entre las copas de unos árboles. Más allá de la hierba y un sol gordo que parece a punto de explotar, noto el remoto y continuo rumor del agua. Doy una voz. Luego otra. El valle recupera el silencio al difuminarse el grito, y entiendo que estoy sola, que no puedo regresar a casa. Debo quedarme aquí, suspendida, a la espera de alguien. De la policía. De Averroes. Perro tonto, ¿dónde estás? Solo oigo chapoteos en un charco o una balsa cercana. Avanzo cogiendo impulso con los brazos, todavía con los últimos rayos del día iluminando telas de araña que encuentro a mi paso. Al fondo, después de un extenso zarzal de espinas y frutos, distingo una figura de pie al borde de un lago. Me hace una seña. Me invita a descalzarme, a hundir los pies en ese líquido viscoso y tibio. No te preocupes, me dice, tu piel se acostumbrará deprisa. Me da ánimos desde el otro lado, y yo lo miro, y el agua va cortando mis rodillas mientras sigo con cautela, flotando, paso a paso hacia él. Los desplazamientos son lentos pero

no imposibles. Todo se siente acuoso y cálido. Como dentro de una bolsa amniótica. Impulso el torso hacia delante, ahogo los brazos, el vientre, dejo que me trague. Todo es inmenso y salvaje, un soplo de aire me hace tiritar, y él siempre espera ahí con calma y generosidad, sabe que en algún momento llegaré. La luz azulada del valle se oscurece, el agua me cubre por todas partes, ahora arriba, ahora bajo mis pies, por la espalda, en la oreja, y así me estoy un rato, con la panza hacia arriba como un animal perezoso, dejándome empujar por oleadas de agua y más agua hasta hundirme. Solo llego a ver en la noche los dos ojos pacientes de SamuelPearce.

* * *

Apenas abro el ojo derecho y una luz me perfora la pupila. Parece una farola o un fluorescente industrial, algo innecesariamente violento. Me debe de estar sangrando la retina. Se siente como una bola de gel cayendo por la cara. ¿Qué les ha dado con mirar ahí dentro? ¿Qué esperan encontrar? ¿Un souvenir? ¿Un bonsái? Despego el cuello de lo que parece un colchón inflable. Tal vez sea un cojín o uno de esos collarines ortopédicos para gente lisiada. Noto el tirón de cada una de las vértebras intentando accionar un movimiento muy anciano e irrecuperable ya. La respuesta motora es tan deficiente que ni siquiera consigo levantar el torso. Vuelvo a esta postura horizontal, y oigo un pitido metálico, rítmico. Conque a esto suenan mis constantes vitales. Un bip bip de videojuego. Esperaba algo más sofisticado para anunciar que sigo aquí. Tal vez una corneta o un clavicordio. Aunque ya solo por la regularidad de la cadencia logro calmar la agitación, llevarme algo de aire a los

pulmones. Noto cómo los órganos aún están ahí dentro, ejecutando sus funciones sin demasiada complicación. A la izquierda veo tubos, cables y sondas pegadas a mi brazo. Eso puede querer decir muchas cosas. Ninguna encantadora. Tengo náuseas y me tiemblan las piernas. ¿Qué clase de tortura biotecnoide es esta? Entiendo que eso que me taladra el brazo es una vía intravenosa y me suministra suero, carbohidratos, minerales, una sopa fisiológica que infla mi cuerpo a traición. Un empuje lento para levantarme del suelo y que siga circulando. No entiendo bien si esto será una cura o un sabotaje. Logro levantar la vista, la piel de mis brazos está descolorida, llena de rasguños y lo que parecen golpes. Reconozco una mano flaca, absorbida hacia dentro. La dermis pegada a los huesos, a las falanges. Vaya lástima. Confío en que el empeño del suero llegue hasta este lado. Ya que se tomó la molestia de allanarme, espero grandes logros. Del interior del estómago me viene un sabor agrio. Ya me han metido algo indigno. No se puede fiar nadie de estos inventos paramédicos. Vomito un líquido verde y viscoso encima de las sábanas. Parece indefinido y con vida propia. Casi podría echarse a andar, iniciar una conversación, un discurso. Lo dejo ahí para que decida él solo qué dirección tomar. Las sábanas son lindas y suaves. Puedo notar la composición, algodón y algo sintético. Así que no he perdido facultades sensitivas. Eso me alivia. Me da otro bombeo de oxígeno para seguir.

La habitación no tiene demasiado encanto. Podría ser la morgue o un concesionario de coches. De paredes blancas, dos ventanales que dan a un paisaje saturado de luz, un televisor desenchufado, una cristalera que parece conectar con el resto del edificio. Lo que no entiendo es qué querrán de mí con este aspecto. Tal vez debería

agarrar un cepillo, dos coleteros, un pintalabios granate. Empezar a combinar prendas hasta dar con algo decente. No puedo moverme. Si sigo haciendo fuerza, me va a explotar una arteria en el ojo. Me reclino un poco hacia mi izquierda, por ver si la sala tiene continuación. Y allí lo veo. Sube sus patas a la camilla. Me mira y jadea, de la boca le sale una baba enorme y larga. Podría pringarlo todo con su ADN ahora mismo. Se mueve alegre, agitando la cola como un ventilador. Me gustaría apretarle el hocico para volver a la realidad. Perro condenado, ¿dónde estabas? Tiene esa burla en la mirada porque mis pintas deben de parecerle ridículas.

Averroes me señala una puerta. Al otro lado de la cristalera distingo dos, tres, quizá cuatro figuras vestidas con batas. Tal vez salgan del aseo o de una sauna. Qué buen momento para abrir los poros a la sudoración. Y al lado, una mujer con moño alto, una carpeta contra el pecho y ese tipo de vestuario que huele a hierba seca y vinagre de manzana. Con eso es suficiente. ¿Qué hace ella aquí?, le pregunto a Averroes. ¿Por qué me obligas a recapitular? Quiero volver a los valles esponjosos, inducirme un sueño. Él me aclara que los demás individuos son sanitarios. También hay alguien que parece de la policía, un hombre con chaleco reflectante y una doctora que asiente con gravedad. En un segundo han armado un batallón de salvamento, una brigada humanitaria. Ahora cualquier cosa es motivo de urgencia. Basta con no responder a tres mensajes seguidos para pensar en el secuestro, un homicidio y varios cachos de cuerpo hundidos en el fondo de un pantano. Me viene la imagen de Lady Kombucha llamando todos los días, una media de quince notificaciones en el teléfono, después de mi traumático rechazo. Debió de volver al piso, tocar el timbre, decir: hola hola, sé que

estás ahí, ¿cómo te encuentras?, estoy preocupada. Debió incluso de golpear la puerta, con mucho desconsuelo, a altas horas de la noche, interrumpiendo el descanso de los vecinos. Al fin algo de perversión e inmoralidad. Lady Kombucha marcando el número de emergencias, experimentando el horror. Ojalá entrara ahora por esa puerta y pudiera lanzarme a ella con este ojo chicloso y moribundo, apretarlo duro hasta secretar líquidos y dispararle virutas de tendón y mácula. Se largaría llorando, la cara hecha una masa de mucosidad, flema y lágrimas. Pero no. Ahí están, todos, al otro lado cristal, como si yo fuera un ciervo enfermo en un centro de recuperación. Sin embargo, nadie hace nada. ¿No van a atenderme con un almuerzo insípido? Al menos eso. Patatas hervidas, un filete deshidratado, un zumo soviético.

Averroes da un brinco, muerde el cable que conecta la camilla al monitor y empieza a tirar. Noto que los ruedines giran bajo las barras de hierro. No sé de qué manera piensas escapar, le digo, a menos que salgamos planeando por la ventana. Poco a poco cruzamos el umbral, dejamos atrás la sala, esquivamos pasillos, así, en procesión: el perro delante, yo arrastrada como una funeraria o una santa, enganchada al bastón de la vía. Podría remar con los brazos, ganar velocidad, impulsar la marcha. Parece que los músculos responden. Que esta estampa (yo levitando y el can mesiánico al timón) bastara para que alguien me declarase clínicamente resucitada. Averroes toma una curva con la camilla, derrapa. Por suerte, agarro el monitor de un reflejo, la intravenosa parece no derramarse, los tubos están intactos, no se han enredado. Mi ojo también sigue en su sitio. Por un momento lo imaginé colgado como una pelotilla de ping-pong. Empiezo a pensar que Averroes,

por alguna carambola burocrática, lleva ya un año de prácticas y rotación de urgencia en algún hospital. De lejos podría hacerse pasar por celador, fisioterapeuta, incluso por neurólogo especializado en cuadros alucinatorios. Lo veo con ese aplomo técnico, esa eficiencia de quirófano que nos permite cruzar la planta entera sin levantar sospechas. Incluso hace una pausa estratégica antes del ascensor, como si estuviera comprobando mis constantes.

Dentro del ascensor, un hombre con guantes quirúrgicos y un desfibrilador nos mira de reojo. Averroes se coloca una mascarilla, empieza a apretar botones y me toma el pulso en la muñeca. Sus patas son tan firmes y metódicas que me creo que estoy en verdadero estado de gravedad. Averroes mira al médico, le señala el parte: estable, pero en observación. Él parece que entiende, asiente, decide no implicarse. Quizá reconozca en Averroes al tipo de profesional que ya ha presenciado demasiadas catástrofes como para andarse con explicaciones. Descendemos tres plantas en completo silencio y, cuando se abre la puerta, Averroes empuja la camilla, las ruedas chirrían, yo me cuelgo como un muñeco, hasta que el ascensor se cierra lentamente tras nosotros, y no volvemos a ver nunca más a ese hombre. Atravesamos otras puertas, las luces automáticas se encienden a nuestro paso. Médicos y enfermeros cruzan, saludan con el mentón. Ni rastro de Lady Kombucha. Tampoco del comité de emergencia. Los imagino haciendo una meditación grupal. Doctores y policías en posición de sentadilla energética, invocando mi regreso. No me sorprendería que hubieran sacado cojines, velas y una lista de temas musicales con flautas de bambú. Ya la veo organizando un círculo de intención: una voz suave que les pide que respiren profundamente mientras piensan en

mi nombre y en alguna planta sagrada. Averroes sigue avanzando con ese lomo enérgico hacia una puerta con sensor. Se abre de un soplido rápido, parece que ningún obstáculo es suficiente para nosotros. Todo está del revés, hemos llegado demasiado lejos, es probable que nos arresten. La cama robada, el pelo revuelto, el ojo a medio coagular y restos de vómito bioluminiscente en la bata. Pero lo cierto es que nadie nos detiene, avanzamos y podemos más. Ahí lo veo, la zona de carga y descarga, los coches, las ambulancias, atravesamos la puerta y, al fin, llegamos al exterior.

El aire huele a caucho y a lluvia. Por un momento pienso que mis fosas nasales llevan días, ¿semanas?, sin ingerir bien todas estas partículas. Que hay algo de novedoso y desacostumbrado en notar el aire y los óxidos mezclándose con mi tracto. Delante, a unos metros, veo una ambulancia mal aparcada, con la puerta entreabierta, como si llevara allí toda la vida esperándonos. Averroes solo continúa, aprieta el cable entre los dientes. Hacia dónde lleva esto, no está claro, pero lo otro sería mirar atrás, unirnos al taller de chakras, acabar presos. El interior está repleto de jeringas sin usar, un endoscopio, papeles, botiquines, gasas y apósitos. Ruedo hasta quedar encajada entre un fórceps y una caja de guantes. Y Averroes salta al asiento del piloto, pisa el pedal, suena el tubo de escape y la ambulancia se pone en marcha. Por el retrovisor no se ve a nadie, ni una bata corriendo ni una sirena. Toda la institución hospitalaria ha decidido respetar este despropósito. Mientras bajamos por una avenida desierta, noto el latido del suero en mi brazo, ese burbujeo que me recuerda que sigo viva, aquí, en esta unidad móvil de primeros auxilios. Al fondo, la ciudad empieza a llenarse de luces, paneles publicitarios, edificios grandes, perímetros que he olvidado

medir con la vista. Averroes conduce. Imagino sus patas alternando el acelerador y el freno, y solo quiero creer en los misterios. Sabe dónde está el embrague, el intermitente, responde bien a cada semáforo y rotonda. Me pregunto cuántas horas habrá pasado en YouTube viendo tutoriales de conducción de vehículos sanitarios. Esos de perros sabios al volante. Súbitamente me pide que me incline un poco hacia él, que tiene algo que decirme. Saca los billetes de avión, los visados, todos mis documentos de algún pliegue de su pelaje. Señala la fecha, la hora: aún estamos a tiempo. Abre su boca de aliento canino y, entonces, me lo suelta. Que ya está seguro, que ya lo sabe, que siente mucho su temperamento insoportable, pero que hará todo lo que convengamos. Reconoce que, por mucho que dominemos los picos de actividad horaria, los rastros lingüísticos, los patrones de escritura cruzados con la topología de los pagos, incluso ese rastro patético que he ido dejando en mi wallet, me dice, nada es suficiente, y que tenía razón: no podemos seguir confiando en los dígitos con los que SamuelPearce nos engaña y nos sacude a su antojo. Debemos salir en su busca. Con el cuerpo en su dirección, concluye. Ya no piensa revisar más gráficos ni calendarios de actividad. Mete cuarta y acelera. Lo tiene claro: piensa confiar ya solo en su organismo de perro infalible y en su olfato educado en siglos de selección. Piensa que hay algo congénito. Como el hongo que avanza hacia el fermento. O la raíz que gira y empuja bajo tierra hasta dar con el agua. Está seguro. Y mete quinta y sexta. Debemos lanzarnos ciegamente a la carretera y correr con cada una de nuestras extremidades, encaminarnos a los únicos servidores, a los depósitos universales, donde la infinitud de datos queda almacenada,

entumecida bajo tierra, y escarbar, escarbar con las patas, con mis patas de perro medieval, me dice, por ti, por ti, solo por ti, hasta agarrar del cuello y exhumar el cuerpo completo de SamuelPearce.

T-9

Doy un paso detrás de otro, con la torpeza de quien empieza a conocer su capacidad motriz. Me viene el impulso de gatear, de tomar el suelo de referencia, arrastrar el abdomen como un invertebrado, por probar a hacer algo más digno. Me siento como un fiambre saliendo de la sala de autopsias. Alrededor, el vestíbulo está casi vacío. Una mujer duerme sobre una maleta. Un niño manosea su móvil. Detrás, un panel muestra salidas a Frankfurt, Dubái, Lima y San Francisco. Averroes no responde. Solo se entretiene tirando del suero con su mandíbula. La vía intravenosa aguanta bien los tropiezos, les da una trayectoria fija a mis pies. Luego me lanza una chaqueta robada, posiblemente de algún enfermero con talla y atención dudosas. Tampoco pregunto demasiado de dónde la ha sacado ni por qué me queda tan bien. Me arreglo el pelo como puedo, meto el suero en una mochila y me arrastro hasta el mostrador.

Al otro lado hay una chica que teclea algo en una pantalla. Le doy los buenos días como suelen darse estas cosas, como si no llevara el brazo enchufado a una bolsa de sales minerales. Trato de decirle que venimos de lejos, en busca de alguien. Ella debería de comprender, de tener, si no la respuesta exacta, al menos una aproximación. Ha visto pasar a cientos de personas por esta ventanilla, quizá a miles.

A una chica que asegura haber perdido el móvil, el portátil, todos sus dispositivo electrónicos, incluso su propio nombre, y quiere que alguien se lo devuelva o que revise si sigue siendo ella quien tiene que embarcar; o a un señor preocupado porque su callo ocupa ya tanto sitio que no sabe si podrá cruzar la aduana con todo su cuerpo, callo incluido; o quizá a esa mujer lituana que asegura que su maleta ha tomado un vuelo anterior y que, al parecer, ya ha conseguido un empleo, un piso, el inicio de una vida conyugal más estable de lo que jamás ella misma habría imaginado, y hasta un carnet de residente; desde luego se trata de una maleta revoltosa que, según dice, ahora se hace llamar Magdalena. Historias moderadas, en busca de un interlocutor cosmopolita. ¿Por qué no iba a entender nuestro plan?

El esfuerzo es tan grande que Averroes continúa por mí. Lo veo explicar sin mucho trabajo: señala mi mano, los cables metidos hasta lo profundo de las venas. Y la chica me mira, parece escanearme de arriba abajo. Creo oír al Perro decir que necesito tratamiento continuo, hidratación, medicamentos, y que vuelo acompañada por personal médico y supervisión autorizada. Entrega las tarjetas de embarque, también un sello. Parece que discuten algo sobre la presión atmosférica en cabina y la planificación médica, que requerimos de una coordinación previa con la aerolínea, dice. Averroes suelta un bufido, entiendo que se está impacientando. Le saca un diploma, una carpeta, los colmillos, un pasaporte. La empleada duda, vuelve a mirar mi brazo, los cables, mis párpados a medio caer. Luego teclea algo que parece desbloquear el protocolo intercontinental burocrático, y hace una llamada. Averroes repite que soy un caso médico, que voy con aval, con documento, como si él

tuviera cargo y número de colegiado. Me concentro en no caer, en evitar un caldo cetrino empapando el mostrador y nuestros pies. Después de unos minutos, la chica coloca una autorización sobre la mesa. Ya todo me empieza a sonar a bendición. Es el primer gesto compasivo que recibo de una estructura oficial en años.

Averroes toma el documento con la boca y me lo da. Podría desmayarme en este momento, no sé si del cansancio o del hierro en circulación. Pero aguanto de pie. Me dejo empujar por el Perro una vez más, y atravesamos el punto de control sin mayores contratiempos. Los rayos X nos escanean, no hay pitido, ni luz roja, ni registro manual. O tal vez Averroes también haya desactivado todos los sistemas de inspección aeroportuaria. Sea como sea, pasamos. Ya al otro lado, sentados en la puerta de embarque, el Perro apoya la cabeza sobre mis piernas, vigila la mochila, el suero, y yo entorno los ojos un momento. Me parece notar a lo lejos, entre dos columnas de turistas y maletas, una figura que podría ser la de Lady Kombucha: su andar ingrávido, el vestido abierto y gaseoso, ese bolso de algodón. Camina nerviosa, como si me buscara. La veo muy triste y azorada, el cabello despeinado, una horquilla saltando de su cabeza y esos ojos sumergidos hacia dentro, incluso creo verla segregar lo que parecen lágrimas y moco. Se detiene un instante, gira sobre sí, y me parece entender que me mira. Su gesto está descompuesto, es el de una madre huérfana. Pero no se acerca, tampoco llama ni grita mi nombre. Solo continúa hasta desaparecer entre la multitud. Escucho un anuncio lejano que me devuelve a la puerta de embarque, al Perro mordiéndome el talón: «Próxima llamada para el vuelo 207». No sé si vamos hacia una persona, un

servidor o una estafa. Pero lo cierto es que vamos. Que un extraño impulso me lleva. Podría ser el Perro o una alucinación.

T-8

El aire acondicionado me revuelve el pelo en la cara. Empiezo a ser capaz de apartarme los mechones con un gesto veloz, eficaz, aunque sigo conectada a ese saco de sodio que dejé en el compartimento superior, camuflado entre mochilas y souvenirs frágiles de cerámica y bolsas de duty free. El palo metálico pudimos replegarlo. Al parecer ahora los hacen telescópicos para casos como el mío, a modo de paraguas o caña de pescar. Miro hacia los lados, no sé por qué nadie pregunta. Por educación o susto. Deben de pensar que anticipé el accidente y me traje ya de casa los equipos de emergencia y salvamento.

A mi lado, Averroes se ha apropiado del asiento del pasillo. Ha diseñado una cama con tres mantas y una colchoneta cervical. Tiene los ojos entornados, pero estoy segura de que no duerme. Debe de estar procesando coordenadas, evaluando rutas, a punto de saltar al puesto del piloto. A mi izquierda hay una señora que lee una novela romántica en portugués. ¿Qué debe de interesarle tanto? ¿El reencuentro conmovedor con un exmilitar que ahora cultiva petunias? Me intriga su capacidad de concentración. ¿Cómo consigue seguir una trama así mientras cruzamos la troposfera? Delante, un señor alto ronca como si acabara de tragarse una trituradora de papel. La pantalla abatible de mi asiento parpadea cada varios

minutos. Me ofrece tres películas recientes, dos comedias europeas sin subtítulos y un documental sobre la historia de las telecomunicaciones en Uzbekistán. Averroes murmura algo, parece decepcionado con la programación. No ha probado siquiera la comida, una exquisita pasta plastificada con una ensalada pálida y una mousse que no se decide bien entre el estado sólido y líquido. Su paladar no parece compatible con la oferta gastronómica aerocomercial. Me doy cuenta de que tengo hambre. No ese apetito fisiológico de cloruro de sodio, sino uno que viene de más atrás. De antes de SamuelPearce. De cuando comer era todavía un gesto funcional y no una tortura. Frente a mí, una bandeja. El aluminio brilla con una timidez sintética. La destapo con cuidado para que no explote. Una pechuga de pollo sobre puré y arroz blanco. También hay tres zanahorias glaseadas, un huevo partido por la mitad y un melocotón en almíbar que flota en un cuenco. Me cuesta pensar que esto alimente. Acabo llevándome el tenedor a la boca y me agota masticar. No recuerdo bien cómo se acciona la mandíbula, ¿los colmillos primero o van antes los molares? El primer bocado se queda suspendido y no termino de acertar ningún sabor. Todo se escurre de arriba abajo dentro de mi boca. El esófago tampoco responde, ha olvidado sus funciones, y algo me hace entender que el cuerpo ha vuelto de alguna parte remota a pedir sus básicos. Agua, sal, proteínas. Me decido a pinchar un trozo de zanahoria por ver si, a fuerza de insistir, algo me conecta con mi intestino. Su aspecto traslúcido y pálido me hace dudar de su genoma vegetal. Pero aun así me la introduzco en la tráquea, seguida de dos pedazos de pollo, un puñado de arroz y el melocotón, que empujo fuerte con las manos, hasta lo profundo. Ahí, embutida, aguanto, a la espera

de que la naturaleza se abra paso y haga lo que tenga que hacer por mí. Me noto otra vez un sabor agrio que me sube hasta la boca. No tengo opción. Agarro la bolsa de suero de una sola sacudida, la abro, y mi estómago decide devolver todo su contenido ahí dentro. Entiendo que, desde que no como regularmente, mi cuerpo se ha negado a metabolizar. Prefiere vivir de reservas mínimas, como los animales que bajan su pulso y temperatura para pasar el invierno en una grieta. Hasta que SamuelPearce vuelva.

El zumbido del motor me impide recuperar la compostura. Aprieto entre mis manos la bolsa de suero, donde ahora flota el último resto de material biológico que quedaba en mi interior, y miro a través de la ventanilla. Por ella se cuela un azul inverosímil. Sobrevolamos agua, manchas de tierra, franjas, estanques de sal sulfúrica, montículos. Pero nada de eso me aclara a dónde nos dirigimos. Todos los países se parecen desde esta altura. Imagino en alguno de ellos a SamuelPearce. Después de unos días de silencio, me siento desamparada, torpe, respirando apenas con la asistencia médica de un aparato. Me viene su imagen borrosa, la de un SamuelPearce sereno, calmado, en alguna parte de una habitación diminuta, esperando un mensaje, otro chat. Sabe que volveré a escribir. Porque eso no se deja tan fácilmente. No tengo forma de introducirme en mi wallet, revisar los movimientos, encontrar ahí dentro su mano invisible. No hay cobertura ni línea telefónica. Estiro las piernas en el compartimento, intento acomodarme como puedo. Delante hay un hombre que mastica saliva y me mira. El rostro de los pasajeros es decadente. ¿Cuántas caras debería catalogar para armar una sola que tuviera la de SamuelPearce? Cierro los ojos unos segundos. Juego a apremiar el momento del encuentro. Pienso en

todo lo que hemos dejado atrás. El vómito fosforescente, las batas blancas, el comité de auxilio místico. Y no siento culpa. Solo una leve sensación de que algo se acelera. Como si en este trayecto, mientras cruzamos la estratosfera, hubiera alguien allá abajo, en algún edificio lleno de ordenadores y cafeteras automáticas, sintiendo este mismo tirón magnético. Alguien que se rasca una barba, un brazo, una nuca, que gira sobre una silla ergonómica, mira en la pantalla mi nombre parpadeando, y me espera.

La señora del romance portugués gira la página y exhala aire caliente. A ella también deben de estar esperándola, con una caja de bombones o una disculpa. El avión sigue surcando esa distancia gelatinosa entre lo conocido y lo inatribuible, y yo empiezo a notar que no me duele tanto. Ni el ojo ni el estómago. Tengo el cuerpo, o lo que queda de él, en la dirección correcta.

T-7

Avanzamos por el pasillo hacia la salida del avión. Yo con el palo en la mano, y la bolsa de suero y vómito en la mochila. Averroes va por delante en posición de mando. Estoy deseando deshacerme de esto ahora mismo. Nadie mira demasiado. Refunfuñan soñando con salir, con expulsar también sus desechos en los inodoros de un continente nuevo. Abro el panel del techo y encajo la bolsa junto a la mascarilla de oxígeno. ¿Cuántas probabilidades hay de que ocurra un accidente, una desgracia, en el próximo vuelo? Alguien abriendo la compuerta, al borde de un infarto, recibiendo aquellos dulces efluvios en su boca. Para entonces será difícil sentir vergüenza escatológica. Y cierro.

El suelo del aeropuerto de la Costa Oeste es limpio, parece encerado. Hay tiendas, negocios, un dependiente enfrentándose a los defectos de las porciones de pizza. No entiendo el idioma. Ni los carteles ni las instrucciones de megafonía. Le pido a Averroes que me traduzca, que me diga si alguien nos reclama, la Guardia Civil española, los sanitarios, Lady Kombucha. Me parece incluso seguir viéndola en ocasiones entre los pasajeros y las terminales, persiguiéndonos con su aroma a cítrico y pachuli. El Perro se ríe, tira de mí y avanza. Evito las tiendas de perfumes, las hamburgueserías, los ojos de los pasajeros y empleados. No sé qué es lo que tanto les

inquieta. ¿Tan evidente es que no somos de aquí? Pasamos por delante de un quiosco automatizado de café. Podría tratar de compararlo con algo conocido para entender su funcionamiento, pero nunca he visto nada semejante. Tal vez tenga cierto parecido con una cabina telefónica, un tubo de resonancia magnética, un papamóvil, una máquina de esas que atrapa juguetes con un gancho. Pero todo junto. No hay empleados en su interior. Solo una mano robótica que sirve bebidas y dulces. En mi turno, pido un expreso por ocho con noventa, y observo cómo el brazo mecánico agita los líquidos y echa azúcar en una taza. Al roce de ese dedo articulado, pienso si así será el primer apretón de manos que me dé SamuelPearce. Ahora mismo podría estar en cualquier parte de este aeropuerto. Detrás de una puerta. Tomando un Red Bull o un Monster sentado cerca de los enchufes. Dentro del router de una sala VIP.

Cuando al fin salimos al exterior, veo una hilera de taxis aparcados en el borde de la acera. Algunos tienen publicidad de clínicas dentales impresas en la chapa. Otros, pegatinas medio arrancadas de campañas que deben de haber fracasado. Los conductores parecen salidos de una película de autor de los años noventa. Uno lee poesía croata mientras espera. Otro sostiene un libro mugriento sobre patatas transgénicas en la industria de los snacks. Ninguno parece tener prisa. Me doy cuenta de que no tengo forma de pedir un taxi, una indicación para arrancar hacia nuestro destino. Practico el vocabulario, una frase decidida, razonable, arrastro los sonidos en mi lengua y los repito en alto para ver si algo de todo esto suena convincente o, por el contrario, acabaremos en una cuneta. Yes, hello, taxi friend, we need go The Valley of Silicon. The place of

chips and holy data. The temple where algorithm sleep. Yes. We go now, please, urgent. Very urgent. My companion is canine, but also certified in navigation of metaphysical servers. He is driving before, but now he is tired. We pay, not worry. I have intravenous system, but is no problem, just ignore. We search man inside screen, you know. You are from here. Name is Samuel, surname Pearce, like fruit but digital. You understand me? My eye is not good, but no worry. You accept money in metallic?

El taxista pestañea y Averroes reaparece con un fajo de billetes en el hocico. En este rato ya le ha dado tiempo a cambiar los escasos euros que tenemos por dólares en uno de esos cajeros automáticos y mugrientos. Me aparta de un manotazo, con algo de desprecio, no entiendo bien por qué, y se dirige hacia el coche amarillo. Lo veo sacudir levemente el brazo con una explicación extensa y medida: Kind sir, O noble driver of these horseless chariots, grant us thy grace! We be lost in the realm of steel and fumes, and seek, but one true road to our fate. Wilt thou summon us a carriage for safe passage?[1]

El conductor, de bigote frondoso y panza prominente, nos mira raro. Le pregunto a Averroes si está seguro de que ha pronunciado bien o si ha cometido algún error gramatical. Es fácil equivocarse si tiene un inglés oxidado, como el mío. Él me mira amenazante, luego al conductor. Suelta una arenga que empieza en voz firme y termina en una serie de gruñidos guturales, difíciles de traducir. Se confunden con ladridos. Creo entender que le resulta inaceptable, ofensivo incluso, que un caballero inmemorial como él no sea comprendido por hombres contemporáneos. I speak true the tongue of Chaucer!,[2] grita. El inglés no ha vuelto a alcanzar tanta dignidad

desde el siglo XIV, cuando el Middle English degeneró en esta cháchara vulgar, me dice. Averroes resopla, sacude sus patas en la acera, y se lanza hacia un mostrador de coches de alquiler. Lo sigo como puedo, con el palo metálico a rastras, esquivando al resto de los conductores, que solo miran hacia aquí. Creo ver a uno revisar sus lentes, sus cigarros, sus bolsillos, el olor atmosférico. Tal vez sospechen que ha sido una ilusión.

En el primer estand del Rent-A-Car hay una mujer con gafas de pasta que lleva una coleta atada con bolitas de colores. Nos sonríe. Averroes da un brinco. Apoya las patas sobre el mostrador:

Thou keeper of steeds, grant us passage! A coach stout enough for noble quests, to yond realm they call The Valley of Silicon.[3] Yo detecto la misma reacción. Ella solo espera a que un poco de contexto aclare. Let not thy tongue be shorn of sense, gentle lady. Fetch me parchment and quill, I shall sign with blood if needs be![4] Intento interceder, pero mi cerebro rebobina palabras y no alcanza a coordinarse con mi lengua, solo me salen torpezas. Me limito a decir «The Valley» y a señalar hacia una dirección completamente aleatoria. La mujer se gira hacia otro compañero, hablan algo rápido que no comprendo y finalmente nos lanza un folleto con tarifas absurdas y cientos de requisitos: passport, credit card, US driver's license, a recent electricity bill, proof of residence printed on official letterhead, confirmation that you have no record of tax delinquency in any other state, private health insurance, a photo of you holding the steering wheel of your previous vehicle, and a mental health certificate signed by a licensed psychologist, dice, como si estuviéramos pidiendo un proyectil o munición nuclear y no un coche. Averroes baja las patas, ofendido. Fools. Pygmies of lingua.

This isle is cursed. They ken not the tongue of Albion![5] El Perro decide que los alquileres de coche son un disparate y volvemos hacia la salida de taxis.

Ahí sigue esa fila interminable, una cinta amarilla que separa a los que ya saben de nosotros de los que no. Me adelanto para evitar otro contratiempo, otro combate. Can you take we to The Valley?, intento decirle a un taxista, y entiendo que estoy hablando como si hubiera tragado agua con cloro. El conductor parece que asiente, que al fin saldremos de este escenario. Subimos. El cuero está pegajoso, huele a ambientador barato y a fritura. Averroes se acomoda en el asiento del copiloto, en cualquier momento tomará de nuevo el control. Qué empeño con gobernar. Luego mira por la ventana, noto que tiene una mueca ligeramente melancólica en el rostro. Tal vez haya asumido que este país no está a su altura. Verily, we tread upon tierras de necios. But onward, sweet steed. For within that lattice of code lies our truth.[6] El taxista arranca, nos mira por el retrovisor y no dice nada. A lo lejos, más allá de los semáforos y las vallas publicitarias de suplementos vitamínicos, imagino una luz incierta delineando poco a poco la silueta de SamuelPearce.

T-6

A través de la ventanilla miramos los edificios, los coches. La carretera parece lanzarnos a un mundo remoto y alucinante, donde las calles humean y el vapor transforma el paisaje en un país irreal. Se duplica y se curva en el vidrio como si el cansancio y la presión arterial de mi ojo deformaran cuanto existe. Es una vista líquida que se derrama desde mi pupila. Cruzamos polígonos industriales, naves marcadas por logos corporativos. La autopista 101 se extiende dejando a un lado oficinas con fachadas de cristal, jardines podados y empresas que suenan a fármaco: Cerebras, Palantir, Synaptics, Nvidia; y, al otro, tiendas de batidos de colágeno, clínicas de fertilidad, un outlet de coches eléctricos. Sin embargo, al fondo y a las afueras, se intuye una brecha social cada vez más acusada: barrios de casas bajas y tejados de chapa, talleres mecánicos y cadenas de proteínas sintéticas a bajo coste, un repartidor agotado, una mujer de pelo grasiento empujando un carrito con pantallas rotas, individuos durmiendo en sus vehículos. Siento que los mendigos viven a la sombra de emporios y oficinas con salas de meditación. Puedo verlos con la aguja todavía pinchada en la piel, enfundados en camisetas con el logo de una multinacional de salud y biotecnología, tirados bajo marquesinas que anuncian apps para optimizar su existencia mientras se mean encima. Apenas sé nada

de la historia de esta ciudad. Me vienen imágenes de postales ajadas: jipis con flores en el pelo, activistas cantando en plazas, homosexuales peleando para no ser arrestados por resultar ofensivamente vivos. Quiere llegarme esa imagen del santuario de los libres y los disidentes, pero solo siento una distorsión profunda: lo que tengo delante es el decorado barato de un mito pasado y cutre, que empuja por regresar nostálgicamente en medio de poke bowls, pajitas de plástico y una virilidad vertical, dura y orgullosa, que se yergue en edificios cada vez más gordos e hinchados.

El taxímetro zumba, chilla, y a cada kilómetro siento una humillación mayor. Averroes no aparta la mirada de la carretera, parece entretenido en su debate con el asfalto. El taxista sigue en silencio. Pienso en todas las conversaciones insustanciales que podría iniciar: el clima, el tráfico, los precios de la gasolina. Pero prefiero no propiciarlas. Mi cerebro todavía recalcula posibles pronunciaciones y sintagmas, temas que pudieran ajustarse a mis coordenadas lingüísticas. En realidad, temo que me pregunte. Que nos interrogue. Pienso en SamuelPearce, en lo que diría ahora, interrumpiéndome con esa voz descompuesta pero clarividente: no es el miedo a la pregunta, en efecto, deseas el riesgo d la pregunta. lo qe tanto te asusta es caer en la explicacion vanal, en desacer el misterio cn la palabra qe se dice rapido y no dice nada y estropea lo qe se va a acer detras de la palabra. El semáforo se pone en rojo y el taxi se detiene. Miro al otro lado de la ventana. Un local muestra un letrero brillante que dice BITCOIN ACCEPTED HERE, junto a una cortina de plástico. Todo parece evaporarse al sol y ondear a velocidades elásticas. La ciudad tiene ese aspecto de espejismo a punto de colapsar, y la impresión es la de estar entrando en una

burbuja. Reanudamos la marcha, el taxi avanza entre corrientes invisibles. El cielo de la Costa Oeste parece limpio, esterilizado con una aspiradora. A ratos, los cerros asoman a lo lejos. Me pregunto si sus rocas y minerales hacen funcionar a todos estos coches y edificios. Si esas minas, hoy invertidas hacia la superficie y explotadas con mano de obra barata, tienen su continuación ahora aquí: en un pequeño e inevitable recordatorio que se alza cada día por todas partes. Casas, locales, monumentos, arquitecturas institucionales, empresas, puentes. Pienso en una ciudad del revés que reniega de su naturaleza, y pienso también en SamuelPearce.

Recuerdo que tengo el teléfono apagado, que no lo he mirado desde hace ¿horas, días? Meto la mano en la mochila, rebusco entre las capas de basura: un cargador enredado, el envoltorio de la comida plastificada del avión. Parece que a Averroes sí le interesaba, pero para un experimento futuro. Miro en los bolsillos pequeños y grandes, sin distinción. Ahí está. Lo enciendo, tarda en arrancar. La pantalla parpadea y, de inmediato, voy a los ajustes, selecciono el plan para activar los datos fuera de España. Desactiva la itinerancia de tu SIM si no quieres cargos de roaming, me riñe Averroes. En pocos segundos, el móvil se conecta a otra red y, poco a poco, carga notificaciones antiguas, avisos aplastados por el tiempo. Empiezan a estallar los números. Notificaciones de SamuelPearce. Cientos. Miles. Un goteo imparable de mensajes en los que me llama insensivle e ingrata, me insulta, me implora. También veo los extractos, el historial de mi wallet. Una cascada de cargos, cifras que no soy capaz de contar ni de traducir, dinero saliendo muy deprisa de la cuenta. Primero son montos ridículos, unos pocos dígitos: 0,08, 0,09, 0,1 ETH, parecen euros en cantidades prudentes. Luego se

acumulan hasta que los números se vuelven monstruosos. Me da la impresión de que alguien hubiera enchufado mi cuenta a una central eléctrica. Los gastos son imposibles y no sé a qué equivalen. Enseguida busco la correspondencia en Google, y pocos segundos después comprendo que estoy perdiendo cientos y cientos de euros de mis ahorros, nuestro acuerdo mensual a largo plazo, nuestra relación, ese matrimonio sagrado. La promesa de un vínculo que duraría años es ahora un desperdicio. Consumido en apenas unos días. Cierro los ojos un momento, tratando de hacer pie, de volver a la realidad, pero el zumbido del teléfono no se detiene. Las notificaciones continúan, atascadas en algún lugar recóndito del aparato, erupcionando hasta llegar a mi mano. Mientras tanto, el taxi avanza, y yo miro la pantalla como quien mira el ojo de un animal salvaje, pensando que en cualquier momento vaya a atacar.

Averroes me suelta un gruñido, sabe que he vuelto a caer, que esa autorización en la wallet no la podremos revocar tan fácilmente. Entiendo que, mientras dormía con el ojo hinchado en la camilla de un hospital, SamuelPearce crecía, se hinchaba ahí dentro, alimentándose de mi flujo financiero. Una sustancia gorda y obesa está a punto de ahogarnos. Y ya no sé si somos nosotros quienes nos movemos o es él que viene hacia aquí. El teléfono sigue zumbando en mi mano, con esa furia mecánica que parece perforarme la piel. ¡Frena!, le digo a Averroes. ¡Dile que frene ya! El Perro alza el mentón, aprieta sus patas en el suelo. Le bufa algo arcano al taxista, que suena entre medieval y gástrico. Hie thee, driver! Halt thy steed at once! Yon lady is grievously beset by woes of coin and purse! Stop forthwith![7] Ni el conductor ni yo entendemos, pero tal vez piense que es mejor no discutir, y detiene

el coche con un frenazo. Le pido a Averroes que pague, que salte del vehículo, que salgamos corriendo. Cuando bajo del taxi, me tambaleo, con el teléfono ardiendo en la mano y los números multiplicándose en la pantalla. Averroes paga deprisa y cierra con un golpe la puerta.

Delante tenemos una hilera de edificios bajos, aceras limpias, flanqueadas por árboles domésticos que parecen querer trepar hasta puntos imposibles. Oigo el rumor del taxi perdiéndose a lo lejos, y entonces sé que estamos solos. Hay un silencio denso que solo se confunde con el zumbido de los cables eléctricos. Un soplo de aire me cruza la espalda, me hace tiritar. Veo que Averroes olisquea el suelo. Husmea de un lado al otro, tratando de dar con una pista que nos haga salir de aquí. A la izquierda, la avenida se despliega en una recta ancha y ordenada, con cuatro carriles y el chasquido de los semáforos cambiando de rojo a verde. No encontramos tráfico ni peatones apurados. Solo algunos coches eléctricos que se deslizan en silencio parecen el silbido de un abejorro. Todo resulta limpio, recién regado. Después de haber humedecido el asfalto y las piedras con su mucosa, Averroes parece levantar la pata y señala a lo lejos. Al otro lado de la carretera, entre un salón de estética y varias boutiques, vemos un banco, con grandes cristales brillantes y unas puertas automáticas al fondo. Nos decidimos a cruzar la avenida, arrastrando la vía intravenosa, y cada paso me hunde más en la certeza de que hemos entrado en otra dimensión.

Cuando llegamos a la puerta, Averroes la empuja con el morro, y el sensor nos reconoce y abre. Dentro, el aire es gélido, hay una fila de cajeros automáticos y un par de clientes que teclean algo en los monitores. Las pantallas muestran anuncios con familias felices,

hipotecas sonrientes y créditos para vacaciones que jamás sucederán. A la derecha, dos ancianos esperan turno con sus carpetas de plástico, los sobres del banco doblados por la mitad, varios recibos sujetos con pinzas. La mujer lleva un cuaderno de notas, parecen saldos y fechas. Lo abre con cuidado, pasa el dedo por las cifras. Él se inclina sobre su mujer, intentando descifrar el nuevo menú táctil del cajero, y en cada intento toca el cristal con un dedo tembloroso, torpe, como si temiera romperlo. Un empleado joven los observa, sin intervenir. Los demás clientes ni miran las pantallas, ni las cuestionan, solo obedecen la secuencia de gestos prescrita: insertar tarjeta, teclear, retirar billetes.

Averroes se adelanta, firme, con ese paso de embajador diplomático del siglo XIV, y yo intento seguirlo, arrastrando los pies y la vía. Detrás del cristal del mostrador, un hombre calvo, con gafas que agrandan sus ojos hasta deformarlos, nos mira sin expresión. Averroes calibra el momento para hablar y abre su hocico inmenso con absoluta calma. Kind sir of the vault, thou keeper of coins and ledgers![8] Entiendo que quiere alertarle de la vil traición que ha caído sobre mí, sobre esta bella doncella, corrige: tu bolsa ha sido saqueada por un villano de lo más canalla, conocido en estas tierras como Samuel de Pearce. Debemos suplicarle a este noble guardián del oro que rompa ese maldito vínculo, dice. ¡Quita esos colmillos digitales de su tesoro, no sea que todo se pierda en el abismo!

El hombre no reacciona demasiado. Por un milisegundo pienso que es un busto o un hielo.

—Sorry?

Averroes resopla, se endereza, sacude sus orejas con rabia y le repite al señor, golpeando la mesa con la garra, que nos ayude a

cortar el lazo entre myn gold and that fals serpente.[9] El hombre parece que al fin respira, le debe de haber llegado ahora mismo la sangre al cráneo. Me mira directamente. Estará pensando en la vía, en el ojo hinchado, en el perro sacerdote. Hoy debe de ser su mejor día laboral.

—Sorry, are you saying that you need help with a fraud claim?

Yo intento encontrar las palabras, la gramática, pero solo consigo asentir, y señalo el teléfono con la esperanza de que ese aparato hable por mí.

—Yes. Fraud. Very big. Very… digital. He… He is hacker. Big mystical hacker.

Averroes parece indignado por la perversión que acabo de hacer con su discurso. Alégrate algo, estúpido, que al fin nos ha entendido, le digo. Él alza el hocico y suelta un bufido mientras el hombre me desliza un papel plastificado con instrucciones y un bolígrafo. Lo agarro con torpeza.

—Fill here. Name, account number, incident description.

Marca las casillas con un dedo gordo y cansado, y yo miro las líneas vacías, por rellenar. La cabeza me zumba. No sé bien cómo seguir, pero Averroes insiste, me empuja el codo con su morro.

—Write, fair maiden, lest thine honor be stripped anew.[10]

A mí no me hables así, le digo. Intento concentrarme. Nombre. Número de cuenta. Descripción de la estafa. ¿Cómo se explica lo que me ocurre en los estrechos márgenes de un formulario? Por un momento miro por la ventana y entiendo que no estamos cerca de ningún lugar reconocible, que estoy profundamente sola. Fuera un árbol se eriza en vertical, ocho letras aguantan en la superficie de un cartel de la Costa Oeste. Me tiemblan los dedos mientras escribo: My

name is. I am the victim of. Pero no sé cómo debo continuar. ¿Víctima de qué? ¿De una criatura mitológica? Miro a Averroes, que observa con una mezcla de orgullo y condescendencia. Él asiente, viene a decirme: adelante, di la verdad. Así que solo me sale obedecer, dejarme comandar una vez más por el Perro y escribir con letra infantil: Victim of user SamuelPearce. He entered my life by chat. Now he controls my wallet. He is everywhere. I think he lives inside the servers and me. Por alguna razón que no sé de dónde me viene, siento las lágrimas correr sin poder hacer nada al respecto, pero sigo: I ask to disconnect him. Please. Remove him from my funds, from my name, from my life.

Suelto el bolígrafo. La mano me tirita como si hubiese excavado un túnel en una tierra seca y dura. El señor de gafas tridimensionales lee el papel, me mira. Después se marcha detrás de una puerta, dejando una estela de perfume y papeles desordenados. Averroes se reclina en una silla de plástico, parece satisfecho. Me dice que he hecho bien, que mi confesión me librará. Yo respiro hondo, con la cabeza apoyada en la mesa, y ahí, en esa sala de luces fluorescentes y alfombra aterciopelada, me doy cuenta de que, quizá, estoy firmando no solo una desconexión financiera, sino mi renuncia total a SamuelPearce.

Detrás del mostrador aparece un señor de aspecto insípido, con traje color ceniza, corbata torcida, una carpeta bajo el brazo y gafas con montura de alambre. Creo escuchar que se presenta con el nombre de Mr. Clarkson. O tal vez Johnson. O Peterson. O quizá no ha dicho nada.

—I heard you have… a situation. Crypto theft, perhaps? Or unauthorized data scraping?

No sé dónde estamos ni qué protocolos más debemos superar. Este hombre parece sacado de un programa de entrevistas trasnochadas, de esos donde la gente llora por herencias perdidas en paraísos fiscales. Miro a Averroes, él se incorpora, alza la pata e interrumpe: good sir, the malady transcends coin and data.[11] Esta alma desdichada, parece decir, ha sido atrapada por un fantasma de los reinos inferiores que se alimenta de sus ahorros y sus sueños.

Mr. Clarkson no gesticula, solo abre la carpeta.

—Yes. That would fall under identity theft. Very common around here.

Luego teclea algo en su ordenador y habla sin levantar demasiado la vista. Comprendo que intenta aclararnos que esa clase de transacciones no provienen de un banco tradicional, from a traditional bank account, dice. They’re linked to a third-party crypto wallet. Le oigo explicar algo sobre las cuentas digitales decentralized y unregulated. Señala mi móvil y niega con el rostro: no standard account. Es más, what’s more, dice, you’re registered in Spain, en España. We can’t do anything from here. You’d need to contact your local bank. Cierra la carpeta y sonríe como si acabara de explicarnos la receta de un flan. Le pido a Averroes que traduzca, que inmediatamente clarifique, aunque algo en esa expresión burocrática me hace pensar que una vez más estamos perdidos. El Perro parece irritado, rígido, ya me está regañando otra vez. Me reprocha que la wallet es un monedero virtual externo que no pertenece a ningún banco tradicional: ellos no tienen acceso ni control de la cuenta, está fuera de su jurisdicción, no hay legislación bancaria que pueda asistirnos. Averroes salta sobre sus patas, lo veo tenso, va a lanzarse contra el mostrador. De su boca empiezan a salir palabras rápidas,

petardazos incomprensibles, una descarga de garbanzos húmedos que ruedan en dirección a la cara de Mr. Peterson.

—Verily, thou mockest us, good sir! Forsooth! Thou losel, thou shrewe, wrecche and vile coward, meschaunce-brood bastard, foule lurdane, beggarly ribald, churl of nought, wit-lakked fop![12]

Averroes me dice que este pelanas financiero habla de libros de contabilidad y estatutos lejanos, sin importarle que mi alma sea saqueada a través de bóvedas sin control. ¿Quiere que escribamos cartas y esperemos a los burócratas, mientras el abismo se abre bajo nuestros pies?, grita. No, buen secretario, no es momento para políticas, le chilla. ¡Es hora de rendir cuentas!

Mr. Johnson suspira, parece querer marcharse. Por ese gesto ofendido del ceño, debe de creer que le estamos gastando una broma, haciéndole perder el tiempo. Y señala una dirección con la cabeza, desentendiéndose de nosotros.

—There's a tech campus down the road. People there know how to track that weird stuff. You could try there. AI, crypto anomalies, all that. You know.

Averroes y yo nos miramos en silencio. Algo hace pensar al Perro que el destino conspira para guiarnos. El gerente ha vuelto a sus papeles, y yo apenas tengo fuerza para levantarme. Averroes me arrastra hacia fuera y, mientras cruzamos la puerta, Mr. Peterson apenas alza la vista y se despide. Good luck, creo escuchar. Todavía aturdida, pienso que en este país la suerte parece ser el único servicio gratuito que ofrecen.

T-5

Tras registrarnos en una de esas plataformas para alquilar dormitorios de desconocidos, Averroes y yo reservamos una habitación para hacer noche. El apartamento pertenece a una pareja de mediana edad, rondan los cuarenta o cincuenta años. Sus caras sonríen con entusiasmo en la aplicación, seguidas de mensajes efusivos dándonos la bienvenida y ofreciéndonos las instrucciones precisas para el encuentro. Desde las barandas que separan la casa de la calle, el edificio se ve claramente hecho de esos tablones de madera gris perla, una fachada cubierta de tejas que inclinan su peso hacia una puerta azul mate y dos ventanales simétricos. Un camino de ladrillos curvados cruza el jardín y bordea una piscina circular hasta llegar a nosotros, que esperamos de pie tras la verja. A los cinco minutos exactos, aparece la pareja. Ella lleva una camisa blanca perfectamente planchada, y él calza zapatillas de running, aunque dudo que haya corrido nunca tras nada que no fuera una tasa de retorno. Ambos nos reciben sin las sonrisas de la foto, ni el saludo programado de la plataforma, ni las instrucciones dulces. Solo una mirada rápida que confirma lo evidente: nuestro vínculo se resume en una transacción de una noche, una reseña y, con suerte, un pequeño código promocional.

El interior está amueblado con moderación. Todo parece recién comprado, sin historia, sin fotos, sin biografía. Hay cojines con frases en cursiva, libros organizados por colores, una cafetera con sus cápsulas numeradas y un cactus. Solo faltan las etiquetas del catálogo de decoración con los precios. Subimos unos peldaños de madera flotante hasta una especie de altillo, donde parece estar el dormitorio. Techo inclinado, una cama con sábanas blancas, una lámpara que simula una luna en fase creciente y una alternativa a las escaleras para bajar: una barra de bomberos que atraviesa el suelo. No me queda claro si es una decisión estética mal pensada o sencillamente un crimen. A ellos, por alguna razón, parece divertirles y arrancarles esa sonrisa que fingían en la aplicación. Yo solo me limito a asentir, mientras me visualizo a las cuatro de la mañana, desorientada, con el cuerpo magullado, bajando por ahí como una stripper o un cazafantasmas. Averroes también la observa y parece estar ya calculando ángulos de descenso. El marido nos entrega las llaves y nos señala un pequeño cesto con snacks saludables y dos bebidas de bienvenida que hay sobre una de las cómodas. Sé que no quieren conversar, tampoco desean saber de dónde venimos ni hacia dónde vamos. Todo está pactado de antemano: nosotros somos perfiles temporales, y ellos, anfitriones certificados con veintisiete evaluaciones positivas. La puerta se cierra detrás de nosotros con un breve clic.

Deshago levemente la mochila, sin desordenar demasiado el mobiliario de la habitación. Una alfombra de terciopelo gordo amortigua mi peso, y pienso que por todo el mundo hay ahora mismo gente que, en otro tiempo, pisoteó estos mismos tejidos, que tiró sin querer migas de galleta y las aplastó con el talón, confiando

en que la aspiradora se encargaría más tarde; que dejó una botella de agua medio llena sobre la mesilla y olvidó llevársela; o que manchó de maquillaje la toalla blanca y trató de esconderla doblándola al revés. Tal vez una mujer alemana en su viaje de negocios, un adolescente en plena huida romántica, un divorciado que decidió atravesar la Costa Oeste en delirio. Todos dejaron partículas invisibles aquí: la marca de una rodilla sudada en la sábana, un pelo, una dentadura, costra de saliva reseca en el cojín.

Pasadas las ocho, mi estómago no parece dar demasiadas señales de vida, pero el de Averroes sí. Decidimos bajar tímidamente, en busca de algo abierto en los alrededores, tal vez una tienda, un ultramarinos, un puesto de tacos veganos. Al descender, yo por las escaleras, Averroes, por supuesto, por la barra, los vemos ahí, a la pareja, sentados a la mesa del comedor, frente a un plato de ostras rebozadas con huevos y beicon, algo que parece tofu desmenuzado y un bol de arroz. No hay siquiera un televisor encendido, ni música, solo la luz blanca del plafón, el choque de los cubiertos y el motorcillo de algún electrodoméstico. Ambos nos miran sin decir nada, solo señalan la mesa, los cubiertos, los platos reutilizables, dos sillas.

Minutos después, estamos todos sentados alrededor de la mesa. Yo sirviéndome algo de arroz con palillos, Averroes introduciendo el hocico en su propio cuenco repleto de moluscos y huevo. Siento que todos en la mesa podríamos hacernos pasar exactamente por una familia promedio. Nos acercamos el salero sin mirarnos, ella mastica con extremada eficiencia, él bebe agua sin hacer ruido al sorber, y Averroes engulle su ración, contemplando a los demás como un soberano. Cuando termino, dejo los cubiertos sobre la vajilla con

cuidado, y la mujer se levanta, toma mi plato para limpiarlo, luego lo enjuaga bajo el grifo y lo coloca en un escurridor como si lo hubiera hecho mil veces antes. Volvemos a subir en silencio. A mitad de la escalera, me doy la vuelta y veo al marido, aún sentado, mirando al frente sin expresión. No sé si nos ha despedido con un «good night, darlings», y si está deseando que repitamos el ciclo mañana.

Averroes salta sobre las mantas, gira tres veces en círculos. Aparto la mochila y la dejo en el suelo, me tumbo boca arriba y miro al techo, donde hay pegado un adhesivo con la palabra *breathe*. Cierro los ojos. Sé que mañana tendremos que volver a deslizar nuestros cuerpos por esa barra, muy temprano, en pijama y con los ojos llenos de legañas. Pero ahora mismo solo me importa dormir en la cama perfectamente usada de una desconocida.

T-4

Al día siguiente, retomamos todo el camino en silencio. Recupero la respiración y el dolor a órgano extirpado desaparece de a poco. Caminamos lo que parecen casi cinco manzanas al borde de un arcén, arrastrando la vía como una santa, debajo de algunos árboles extintos que casi no proyectan sombra. Creo ver carteles hacia una pequeña carretera llamada Alma Street, y me río. El polvo se levanta con el rumor de los coches, y todo se vuelve incierto. No sé si es la sed o mi ojo moribundo, pero el paisaje es tan terrible como hermoso. Creo ver lepidópteros jugar con la paja entre las cunetas, y unas plantas púrpuras nos cosquillean los tobillos. Pisamos piedras, hojas secas, propaganda y envoltorios de chocolate. Me detengo a escuchar cómo crujen bajo los pies, parece que aplastamos insectos fluorescentes.

Seguimos el deslumbrante rastro de SamuelPearce por la carretera SR-82, entre zarzales y bolas de heno. La ropa me aprieta y escuece. Quisiera levantarme con la arena y la contaminación, levitar lentamente hacia donde estás tú, SamuelPearce. Incluso creo ver la carretera abrirse a unas aguas de azul asombroso y yo sé que eres tú, tú, tú, esperándome al final del camino. Bajamos por una senda hasta cruzar la frondosidad de los montículos de tierra, pero realmente tengo que orinar. Tú me esperas paciente, lo sé, aunque

hacer pipí lleva meses siendo un problema. Un obstáculo que juro corregir. Me bajo los pantalones, dejo que los pastizales dorados rocen mi culo, y expulso los últimos fluidos, prometo, en estos campos extraordinariamente definitivos que me empujan hacia ti. Cada treinta segundos cortan nuestra intimidad los gases de otros coches. Pero yo sigo aquí. Con las piernas temblorosas vuelco chorros y chorros de pis, y vacío mi vejiga mientras pienso en los líquidos, en esta ofrenda final, y lleno tu tierra bendita y baldía.

Averroes me saca de mis pensamientos con un ladrido o un poco de agua. No sé qué es este material que cae como un plomo en mi cabeza. Creo reconocer gotas de un licor, la sustancia de una fuente traslúcida o una botella de plástico, tal vez orina de perro, a Averroes diciéndome que cambiemos el rumbo y apretemos el paso hacia la sombra. Al fondo veo un edificio residencial de cuatro plantas, algunos peatones que llevan bolsas biodegradables y tazas de café compostable, también una tienda de materiales para suelos y entarimados, y, a la izquierda, un cartel fulgurante: JEFFREY'S HAMBURGERS. Un cubículo de chapa y cristal, con un letrero ligeramente dañado por el sol y el viento, estilo años cincuenta. Averroes me empuja con todo su esqueleto canino. Desde fuera veo un gorila gigante de peluche, atado con bridas a un poste. Dentro se intuyen asientos de cuero vinílico rojo, mesas con borde cromado, servilletas en dispensadores de metal. El aroma que me llega es a carne planchada, pero el aire es frío y uniforme. Creo escuchar a Averroes decir que también los mártires tienen derecho a comer, y entramos.

En el interior, nada termina de estar sucio. Incluso las manchas de kétchup parecen puestas con escuadra y cartabón. El murmullo es

vago, cierro los ojos y casi noto la vibración diminuta de un cable enterrado bajo tierra que me llama. Averroes me exige que me siente, allí, en la mesa del fondo, me dice, y me trae vasos y vasos de hielo que cuela por la ranura de mi espalda. Yo solo alcanzo a mirar por la ventana. El tráfico sigue allá afuera, tan lento como si el aire mismo se hubiese condensado. Solo distingo figuras muy borrosas, siluetas que podrían ser las de cualquiera. La de un mecánico, un inversor en bolsa o un conductor de tráileres. A veces pienso que es SamuelPearce saliendo de entre el polvo y columnas de arena, dándome sus contornos exactos, una pierna, una boca, sus coordenadas, cada vez más cerca de mí. El viento es tan inusual y delgado que eriza los árboles y las plantas, los hace flotar. Noto cómo la vibración subterránea y un leve silbido aumentan su intensidad, me van anunciando que ya queda poco. Tras la ventana, creo ver la figura de una mujer en un cruce de peatones, aguantándose el pelo con las dos manos. Lucha contra el vapor de los coches y la brisa. Lleva lo que parece una túnica de lino vaporoso y un bolso de algodón. Me provoca una sensación de alivio, de lo que se siente familiar. Miro cómo se acerca con mayor entusiasmo hacia mí, incluso parece que zarandea la mano, me saluda desde el cristal. La campanilla suena al abrirse la puerta. Sus zapatillas blancas de suela ortopédica, por primera vez, chirrían contra el suelo encerado. Tiene los ojos ligeramente enrojecidos, no sé si por la emoción o el calor, y su peinado parece más alto que nunca, debe de haber crecido con la humedad de la Costa Oeste. Averroes se pone en alerta, arruga el hocico. Cuando voy a frotarme los ojos, entiendo que ahí está: de pie frente a mí, con las manos extendidas. Va a regañarme, a castigar a una niña traviesa que ha hecho el mal.

La imagino saliendo despedida del centro de salud, secuestrando una ambulancia, rastreando cada uno de mis pasos, cruzando los controles, exigiendo mi identidad, los billetes de vuelo, tomándose la justicia por su cuenta, viviendo el mayor despropósito de su vida.

Algo en el interior de mi mochila está pitando. No parece un rumor atávico ni una voz subterránea, sino un zumbido insoportable. Los escasos clientes nos observan, debemos de parecerles terroristas. Agarro el teléfono, pienso en SamuelPearce, en las autoridades, en una redada, y comienzo a leer notificaciones, mensajes imparables, uno detrás de otro:

«¡Atención! Tu compañera de salud está cerca de ti. ¡Es el momento perfecto para iniciar juntas un nuevo reto saludable! Basado en tus datos recientes, tu compañera de salud sugiere que respires profundamente y reduzcas el ritmo un momento🖤. Tu compañera de salud también ha detectado algo de tensión hoy. ¿Te ayudaría una pequeña meditación guiada?🙏 Tu compañera de salud ha activado un nuevo reto cerca de ti. Sube de nivel caminando juntas los próximos 850 minutos».

Miro a Lady Kombucha, reconozco las gráficas y maldigo el momento en el que me monitorizó también el teléfono, que le dio por gobernarme, enchufar un volante a mi hígado. Como un hachazo, me viene a la memoria la cafetería eco-friendly, la preocupación maternal por mi aspecto, ella sorbiendo despacio su infusión de raíz de diente de león macerada en agua de manantial lunar con shot de vinagre de umeboshi, carbón activado y un twist de reishi crudo; también visualizo aquella cita previa que me concertó y que cancelé, esas manos suaves en mi móvil. La imagino desde hace semanas, meses, rastreando incluso mi ciclo de Mercurio

retrógrado, siguiendo el número de pasos y mi bienestar hasta la Costa Oeste. Intento desinstalar la aplicación en el acto, como si así pudiera eliminar a Lady Kombucha de un plumazo.

Se quita las horquillas, el coletero; veo cómo su cabello se ondula y se suelta, el vestido se le pega a los muslos por el sudor, y pienso que nunca la he visto con esa naturalidad. Clava en mí sus ojos abiertos, no acaba de creerse lo que ha hecho: el viaje, abandonar momentáneamente a su familia. Me pregunto cómo debieron de ser los días de después, tras echarla de mi casa, tras dejar a la vista los billetes sobre la mesa, el destino, los vuelos, la aerolínea, la fuga. Lady Kombucha en el rellano, enfrentada a una puerta que no volvería a abrirse nunca más para ella, llorando la pérdida de una amiga, ¿una hija?, llamando a voces a su marido, a sus niñas, buscando una explicación. Tenemos que ayudarla, ¿no lo entendéis?, tenemos que ayudarla, les suplica. Y solo recibe a cambio un brazo complaciente en su hombro. Ella grita a Pedro y le reprocha que no la quiere entender, que nunca la escucha, mientras aprieta su puño y, bajo la piel, se le endurecen las venas. Yo tan solo lamento no estar allí, viéndola descompuesta, asistiendo a la caída de una Lady Kombucha que al fin moquea y echa agua y sustancias por la nariz y los ojos. Casi la oigo soltar tímidos quejidos, agarrarse al marco de una puerta, dejarse caer sobre el suelo. Después va al patio de su casa, ese recinto ajardinado, se sienta sobre los escalones del porche, desliza la mano a ras de la madera barnizada y busca el pinchazo de una astilla, una mínima descamación de pintura en los dedos, algo que le dé pruebas de que ese mundo que frecuenta se deteriora. Pero la mano solo le devuelve una piel lisa y definida. Entonces, mira a sus hijas, a su marido y, por primera vez, todo

aquello le parece mecánico y artificial. El padre y las niñas, el columpio blanco, el murmullo invariable del aspersor. Como si algo indeseado le estuviera dando cuerda a todo lo que conoce. Y, sin comprender del todo por qué, se levanta, entre las voces de sus hijas y el olor a pastel de manzana, hasta que la puerta se cierra lentamente tras ella.

Y aquí está ahora, festiva y pueril, echando sudor por las axilas, dos manchas abiertas bajo cada brazo, tratando de abanicarse con la carta plastificada del local. Se estira el escote y me sonríe, dice que está muerta de hambre, que pidamos algo rico pronto. No me pregunta, no quiere saber, tampoco marca un solo número en su teléfono, la policía o los médicos. Comprendo que, igual que yo me muevo en una sola dirección, Lady Kombucha únicamente quiere estar cerca de mí. Cielo, tenías un pico de toxicidad hepática en esta zona del planeta, creo oírle decir entre risas. No sé qué pensará en ese cráneo. Tal vez esté convencida de que me marché porque necesitaba un respiro, una excursión, un viaje transatlántico. O tal vez siempre lo supo todo desde el inicio, mi correspondencia con SamuelPearce, la cuenta hackeada, mi soledad, y esta es su forma de cuidarme. De veras no logro entender cómo funciona su encéfalo, pero sigo estando extrañamente cómoda aquí.

Averroes gruñe por lo bajo y corre hacia el mostrador. Grita y exige la carne molida más noble del local, bendecida por la hierba y arrullada por el crepúsculo. Truffes I wol, and brioch I bid thee bring me anon![13] El chico toma nota en su tableta, sin demasiada expresión facial. Revisa entre las opciones del menú y niega con la cabeza. Parece que viene a decirle que no disponen de esos productos específicos. Averroes se planta firme sobre las patas

traseras y le increpa por la comida, por esa bazofia que apesta a macarrones con queso, destinada a pudrirse en la bota de un caballero. Tan repugnante y rancia, grita, que solo puede haber sido elaborada en el caldero del mismísimo Satanás. The parchment of reclamation! This banquet offendeth mine noble palate![14]

Mientras tanto, sigo mirando a Lady Kombucha, que hojea ese menú grasiento de fotos borrosas. Pide una hamburguesa doble con queso fundido y beicon, extra de kétchup, patatas fritas, también deluxe, un batido de vainilla con nata y topping de sirope industrial. Yo solo alcanzo a sentarme, me tiemblan las manos. Veo a Lady Kombucha extender un billete arrugado, y a Averroes paseándose entre las mesas. Murmura algo sobre la decadencia de las civilizaciones y de Occidente. Parece farfullar que aquí hasta un monje tibetano se resigna a comer smash burgers con jalapeños, y se lanza con dignidad sobre un cojín de vinilo. Mientras esperamos, Lady Kombucha se acomoda a mi lado. Tiene las mejillas rosadas, los párpados húmedos. No dice mucho, solo estira una servilleta y me la ofrece junto a una hamburguesa de queso. En algún lugar, detrás de nosotras, oigo el cling metálico de las cocinas. Pienso que tal vez esto sea la forma más auténtica de compañía y descanso que haya vivido en mucho tiempo.

T-3

Los mensajes y extractos de SamuelPearce han cesado. No hay insultos, amenazas, súplicas, elogios, dudas, demandas, tampoco vuelve a insistir ni a pedirme nada, ni siquiera un mínimo gesto que le confirme que sigo viva, que no he sido devorada por un coyote o absorbida por una secta. No parece preocupado ni con demasiado interés en mí, aunque no le conteste. Abro el historial de notificaciones, y todo sigue ahí, inmutable: la wallet, los monólogos, las recriminaciones, las súplicas encubiertas. En una ocasión me mandó una cascada de PDF titulados «Why Women Are the Real Oppressors», «Women Are Naturally Hypergamous», «Your Face Is Your Fate», «The Female Delusion Calculator», donde despliega toda clase de teorías y términos en torno a los estandares irreales d las mujeres sovre los ombres, y la condena de la evolucion, dice. Habla de biologia facial, de determinismo genetico, del lastre qe supone ser feo, del desmedido apoyo que reciven las mujeres ante un trato abusivo sobre los ombres. Reprocha nuestra intrinseca maldad, debido a la opresion biologica que nosotras ejercemos sobre ellos. Insiste en que las mujeres solo valoran genes dominantes, que la evolucion social, cultural y fisiologica ha degenerado en el rechazo femenino y en la falta de atractibo como destino fatal. Y concluye

asegurando que los ombres son victimas de una loteria genetica injusta.

Yo miro el paisaje, una carretera que se estira hacia un horizonte incierto, lleno de secarrales, colinas de polvo. La vía pesa como si llevara todos mis órganos (dominantes, por lo visto) atados al tobillo. Y, aun así, SamuelPearce parece no ver el sudor, un rostro agotado y rojo, dos piernas avanzando ciegamente hacia él. Ahora ya no hay nada. Ni mensajes ni reproches. ¿Cuánto cuesta escribir un «no qiero bolver a berte nunca mas» o un «tenemos q ablar»? ¿Cuántos gigas? ¿Cuánta energía eléctrica necesita para comportarse como un humano? Abro los documentos hasta tres veces, trato de entender algo, pero solo llego a sentir ese silencio demoledor y humillante. ¿Qué hago? ¿Ceder? ¿Escribirle una vez más que ok, comprendo tu malestar y tu ausencia, lo lamento mucho, cómo puedo ayudarte, todo tiene remedio en esta vida? ¿Y luego me voy a freír tofu?

Lady Kombucha camina a mi lado, parece seguir sin enterarse de nada, solo mira conmovida los semáforos, las farolas, los árboles podados, incluso las cagarrutas de pájaro. No sé si escupirle o abrazarla. Percibo por su parte una fuerte identificación con un paisaje distinto y salvaje para ella, también repleto de mantras y eslóganes en las marquesinas, y entiendo que debe de sentirse felizmente acogida por esta gran reserva de dietas, autoayuda y ejercicio. Aunque lo que veo yo son capas de pintura antióxido y agua de manantial embotellada. Solo quiero tumbarme en medio de la carretera y que me atropelle un patinete eléctrico. Averroes avanza con el cuello tenso. Huele en todas direcciones, pero nos encamina a una sola. Miro el cielo. Una nube se mueve entre el bochorno. Tiene ese deslizamiento lento, mullido, de formas

corpulentas, gordas, esponjosas. Es perfectamente inútil. Vuelvo a pensar en SamuelPearce, desplazándose ahora entre corrientes de viento, por la entera longitud de la atmósfera, entre cientos de cuerpos celestes, y allí creo verlo, sentado sobre un meteoro, con las piernas cruzadas, lejos del mundo.

En medio del rumor del tráfico y la brisa que agita los árboles, escucho a Lady Kombucha cantar sola. Su voz es aguda y nasal. Canta con la devoción de quien cree estar liderando una comuna. La letra es una especie de himno global del pacifismo. «Be sure to wear some flowers in your hair». Canturrea y parece que nos invita a montar una revolución espiritual allí mismo, caminando en fila por el asfalto, repartiéndonos cántaros de kombucha y galletas de avena. Intento imaginarme una vida en la que de verdad nos hacemos amigas, en la que coordinamos planes juntas. Ella me enseña a pintarme las uñas con purpurina, a no chamuscarme las puntas del pelo con la plancha, a cocinar berenjenas. Nos visualizo organizando fiestas de pijamas con exfoliaciones faciales de aguacate, luego viajando a congresos de homeopatía en provincias, intercambiando recetas de kéfir mientras nos tatuamos en los tobillos. También puedo vernos cantando rancheras a gritos en un karaoke vacío, adoptando hurones en miniatura para pasearlos por el centro comercial, o incluso fundando una cooperativa. Aunque en todos esos escenarios no mediamos una sola palabra.

Por momentos, el paisaje se vuelve hostil, de colinas calcáreas y arenisca. Más rocoso y agreste, más bíblico. A lo lejos veo cómo un gigantesco círculo negro, con la forma de una lente sin tapa, brilla bajo el sol. La tierra parece cambiar de textura, y el aire es todavía más fino y sintético. Lady Kombucha me mira emocionada, debe de

creer que estamos llegando a Disneylandia. Averroes ladra dos veces advirtiéndome de algo que se avecina. Nos introducimos por un atajo arenoso al borde de la carretera, Lady Kombucha sigue canturreando, el Perro tira de la vía con una determinación que me obliga a seguirlo, y yo avanzo como agarrada a dos glándulas muy grandes y vitales para mí. Los pies me fallan, el suelo se endurece y se inclina. A nuestro paso, la luz se quiebra sobre las piedras, los arbustos se tuercen en posturas imposibles, salen flores amarillas y gigantes de entre las grietas, como chorros de líquido y espuma. Empiezo a sentir mi cuerpo empujado hacia zonas inciertas. Y pienso en SamuelPearce como toda una tierra en erección. Entrecierro los ojos por el peso y el dolor de mi párpado. Apenas distingo destellos y filamentos de luz. Tal vez seas tú, SamuelPearce, deslizándote hacia mí: una corriente de fotones viajando directo a mi córnea. Así miro desde que te conozco, acogiendo tan conmovida tu estallido eléctrico contra mi cara.

Justo ahí al fondo trato de imaginarte con un cuerpo, sentado frente a algún ventanal, mirando hacia fuera, intuyendo mi llegada. Te levantas y en la puerta nos saludamos con dos manos y un beso algo brusco, porque no encuentro tu boca. Todo lo que tengo que ofrecerte ya es mi entusiasmo por verte, SamuelPearce. Cada vez que he pensado en tu casa, he imaginado de qué manera podía, no sé, salir a tu encuentro. Introducirme en la sala de estar, limpiarme los pies en tu felpudo, y tomarme unas galletas con té a tu lado en el sofá, sin terminar de discernir, entre sombras, algún rasgo concreto de tu rostro. Pero persistiría allí, ardiendo en deseos por verte. Al menos, por fin, estaría a dos palmos de ti. Y tú tan cerca, todavía invisible, pero no sin cuerpo. Luego me invitarías a unos

vinos y, entre el mareo y la música del tocadiscos, me servirías otra copa con esa mano inestable, imperceptible, y brindaríamos por la fibra óptica que nos unió y también nos separa un poco. Después nos rozaríamos los dedos, tus semidedos, y me llevarías lentamente, entre algunas risas sonoras, a tu dormitorio. Allí bajaría tu pantalón e internaría la mano con ese avance absoluto hacia el escroto y el testículo porque llevo toda la vida sabiendo que allí aparecerá un pene. Y después de iniciar nuestro intercambio de fluidos e imaginarme una vez más siendo arrastrada por esa extremidad hacia lo viscoso; después de concederle a tu objeto grueso y encantador el tiempo de ejecutar sobre mí sus convulsiones; después de rebuscar como en un bolso o una pecera de plástico y esperar a que algo asome desde el fondo, de pie e hinchado; después de insistir en este trabajo de minería y espera monacal; después de ser incapaz de localizar tampoco lo que le sigue, siquiera la cadera o las piernas; después de comprobar que mi vista sigue intacta, que no estoy sufriendo una embolia; después de hacer foco en las demás anatomías, y repasar mentalmente qué viene a continuación, dos muslos, una pelvis, ¿es así?; después de remover la cama, un juego de sábanas, agitar el somier, un colchón que probablemente pagarías en doce cuotas sin intereses el año pasado, esas decisiones que camuflan prudencia; después de identificar que mi brazo no responde en agarrar lo obvio, tu sexo, y llegar solo a tocar un cinturón, tal vez una camisa de cuadros vacía, sin nada que contener, un fémur, un abdomen, una persona, y tropezar en algún punto del dormitorio; después de entender que me estoy desplomando, sí, es eso, me caigo otra vez, con mis puntos de apoyo en colapso; al fin vería, ahora sí, con claridad, que no existes.

Aunque te engañaría si no te dijera que se me dibujan otras muchas alternativas en la mente que también me aterran: hablarte, ver cómo me escuchas, confesarte mi entera entrega y devoción por ti y notar la transformación progresiva en lo que viene siendo tu rostro, tu protorrostro, entre la incomprensión y el disgusto ante una chica trastornada, ese tipo de mujer que tú mismo desprecias y vilipendias. Te escucharía decir, al fin, con algo de fonemas y aire en tu voz: tienes mucho pensamiento, te complicas demasiado. Yo te suplicaría atención, esa misma que deseas recibir en tus foros de internet y que ahora disfrutarías negándome, hasta presenciar mi absoluta degradación delante de ti. Una perfecta muestra de la mujer socialmente injusta y cruel que tanto daño ha hecho a hombres como tú. En un giro inesperado, me pedirías disculpas, me dirías que sientes mucho esta ausencia de varios días, que gran parte de tu incomunicación se debe a que tu vida es larga y otra, y que tienes diversos asuntos más allá de mí. Dicho esto, cambiarías de nuevo bruscamente el tono, hacia una inflexión algo encolerizada, y me gritarías que no nos conocemos de nada, que solo cruzamos algunos mensajes y consejos a altas horas de la noche, en nuestra absoluta y terrible soledad, y que te resulta un escándalo totalmente arbitrario mi acercamiento angustioso hacia ti. También me dirías, sin faltas ortotipográficas perceptibles en la lengua, que, una vez que diéramos por zanjada esta discusión, no sabrías muy bien en qué podría quedar nuestro vínculo: intentar un amor es fruto de trabajo, naturalidad y en espacios donde quepa la diversión; se vive, por lo tanto, como una elección de ambas partes, me dirías. Creo no haber propiciado esta clase de situaciones en ningún momento, y mucho menos acordado esta intromisión a mi intimidad. Y, tras

haber controlado el 90 por ciento de la conversación, cerrarías tú mismo lo que un día iniciaste en ese chat absurdo de internet: no comparto tu convicción de que, por un arrebato desmedido, por llamarlo de algún modo, de escaso interés literario, por cierto, se me tome como objeto novelesco y se sacrifique mi derecho a la privacidad. Adiós.

Al salir del descampado y las piedras, entramos en un asfalto pulido, donde los edificios empiezan a crecer hacia arriba. Las aceras están repletas de hombres en camisa y corbata, con logos corporativos en sus sudaderas y zapatillas minimalistas de diseño. Los veo devorar burgers verdes, ensaladas con tres hojas de lechuga por veinte dólares y expresos servidos en vasitos de plástico reciclables que en unos días contribuirán a atascar el Pacífico. Las oficinas se transparentan en los edificios y parecen salas de relajación con escritorios elevados y reposapiés de gomaespuma o algún material blando y reconfortante. Solo falta el parque de bolas, la colchoneta y un masajista personal con estudios en ingeniería. Veo llegar a gente de todas partes del mundo. Se les siente caminar hacia una especie de Tierra Santa. Familias enteras atraviesan las instalaciones de las startups como si fueran parques temáticos. Se hacen fotos delante de los logos, compran tazas, pulseras, gorras, llaveros, camisetas. Posan con la sonrisa aliviada de quien ha logrado tocar la mano de un monje. Por un momento pienso si este mismo éxtasis es similar al que yo siento por SamuelPearce, y si no será que todas estas personas vienen con el deseo de encontrarlo también a él. Miro hacia los lados y escaneo cientos de caras desconocidas, sus rasgos, posibles imperfecciones, pústulas y granos que puedan llevarme a reconocerlo. Algunos son espejismos de las

cualidades más excéntricas de SamuelPearce, sus versiones degeneradas: hombres levantando pesas, impartiendo tutoriales y coaching, masticando cubitos de cafeína. En la hierba, grupos de trabajadores tumbados escuchan música. Es una mezcla de folk pastelón y electrónica suave que parece convencerlos de que su ansiedad es creativa. Otros juegan al tenis, ping-pong, o se lanzan frisbees con perros de una canidad impecable. Mientras Averroes, en cambio, ya está a lo lejos haciendo estiramientos con unos chavales. En este rato, se ha comprado unos pantalones de chándal y una pulsera inteligente. ¿Por qué no podrá morder el palito para animales? Siento estar en el epicentro de algo profundamente nuevo y definitivo, la maqueta o el simulacro de una vida buena, donde se gestan las respuestas a los grandes problemas humanos. Veo a empresarios tras el cristal templado de las corporaciones tomando decisiones correctas, y los imagino presentando los diámetros de nuestro planeta, sus dilemas y preocupaciones, sus posibles alternativas en el fondo blanco de una diapositiva de PowerPoint. Mientras, en otra parte del mundo, fuera de este búnker climatizado, se licúan casquetes, se apilan cadáveres en guerras y genocidios, y el aire se hace cada día más irrespirable en una atmósfera inverosímil. Y aquí están ellos, y tú, SamuelPearce, asintiendo gravemente con la cabeza, movilizando un renacimiento cultural y tecnológico. Gracias.

Empiezo a entender que no hay tanta distancia entre aquella interfaz desde la que solíamos hablar y esto que tengo delante: aquí se libran las grandes batallas de nuestro tiempo, SamuelPearce, aquí se lidera el pensamiento. Oigo a decenas de personas hablar en tu exacto idioma, ese lenguaje que inventaste y que ahora ellos

pronuncian con la misma devoción que me ha traído hasta aquí. Conversan sobre técnicas de argumentación, superación de obstáculos. Las grandes corporaciones prometen una fidelidad espiritual e inquebrantable. Solo veo hombres de metal y magnesio, y todos buscan lo mismo: una verdad a la que atenerse, mientras allá fuera todo se derrumba muy lento. Me asombra conocer dónde vives, SamuelPearce: una sucesión de edificios, templos de cristal, custodiados por carteles que abiertamente dicen INNOVATE OR DIE, DISRUPT YOURSELF, THE FUTURE IS ALREADY HERE y MOVE FAST, FIX EVERYTHING. Como si tu barrio entero fuera un monasterio. ¡Cuántas maneras encontraste para hablarme de ti! Infinitas formas de insinuar que tu soledad es un cable directo a la tristeza del mundo, la antena que capta todas sus desgracias. He venido en andas hasta aquí, arrastrada por la fe de verte. Estoy desorientada, deshidratada y perdida, pero también peligrosamente feliz. Poco sé de cómo dirigirme a ti ahora, SamuelPearce. ¿A quién le estoy hablando? Dímelo. Miro todo esto, miles de caras y cuerpos, y por mucho que escruto esos posibles atributos tuyos, SamuelPearce, me convenzo más de que, quizá, nunca fuiste una persona. Creo haber comprendido que simplemente estás en la vastedad de toda una civilización, indestructible y útil, un objeto incalculable que no se mide en tiempo humano. Tú, SamuelPearce, eres una industria completa, una edificación, eres el espíritu de un tiempo, de una subcultura, un plan de construcción que lanza respuestas al mundo, con una boca irregular que permanece siempre abierta, del mismo modo que permanece eternamente abierta esta casa en la que vives, SamuelPearce. Aun así, debo hablarte claro y directo. Pedirte que desenchufes tus manos o tu corriente de mi bolsillo. No sé si

debo dirigirme a ti, a la ciudad, a un cannoli de crema o a quien sea que administre el cable umbilical que nos une. Atravesaré esos portones de cristal para preguntarte cómo desconectar la cuenta asociada a mis fondos digitales, por mucho que me pese. Quiero eliminar tu acceso directo a mí. ¿Quiero?

Interrumpo las dominadas y burpees del Perro, también el smoothie de pitahaya con polvo de espirulina azul de Lady Kombucha, y nos acercamos a la recepción del primer edificio. Detrás de un mostrador blanco y curvo, que parece fabricado con la misma resina que usan para hacer implantes dentales, hay un chico con camiseta negra y auriculares inalámbricos. Sonríe, y vuelve a sucederme que no sé bien cómo debo dirigirme a él sin que piense que voy a provocarle una obstrucción a su idioma. Averroes se adelanta, una vez más, se planta frente al mostrador y le pregunta al hombre si podría indicarnos dónde encontrar a los guardianes de los libros de oro, pues buscamos liberarnos de una atadura monetaria sumamente impía.

El recepcionista no altera su sonrisa refrigerada, y Lady Kombucha asiente, casi como si la frase del Perro le pareciera un inglés perfectamente operativo.

—Sorry… What?

—We art bound by invisible chains wrought of cryptic numbers and seek thy counsel, ere our coffers be drained to naught.[15]

El chico gira la cabeza hacia mí, debe de pensar que soy la traductora oficial de mi propio perro. Por el gesto vago de su mano, que señala varios edificios del exterior, llego a entender que aquello no es un servicio de atención al cliente y que, si tenemos problemas con nuestras criptomonedas, quizá nos interese echar un vistazo a

algunas de las reuniones que se celebran por aquí. Solo puedo asentir con esa gratitud incómoda que se da a quien no te ha resuelto nada, pero al menos te ha señalado el próximo pasillo. Al fondo, las puertas automáticas se abren y cierran como si respiraran. Entiendo que ya estamos dentro del estómago de SamuelPearce.

T-2

El edificio parece un centro cultural o una iglesia evangélica: alfombra gris, olor a café recalentado, briks de cartón abiertos desde hace horas. Huele a vainilla sintética y a laptops al borde de un infarto térmico. Hay pizarras magnéticas, llenas de diagramas y esquemas, cables por el suelo, routers a la vista. Las butacas son de plástico, algunas cojean, otras aplastan posavasos. Averroes pasa primero. Lleva todavía los pantalones de chándal y la pulsera inteligente. Lo veo gruñir en dirección a los asistentes. Lady Kombucha, en cambio, avanza con los ojos brillantes. Nos acomodamos en el patio de butacas. El público está compuesto por una docena de hombres de distintas edades, sus portátiles permanecen abiertos y llevan auriculares colgando del cuello. Todos visten con prendas informales y un logo críptico: una flecha ascendente, un cubo 3D, una cadena rota. En el escenario, un hombre calvo con camiseta de HOLD OR DIE habla con un micrófono inalámbrico. Está sudando casi tanto como los ordenadores. Creo entender que pregunta por los asistentes, ¿cuántos de quienes estamos hoy aquí somos nuevos?, y veo a la mayoría alzar la mano. Me cuestiono si es inagotable el conteo de personas que acuden a este tipo de eventos y de dónde demonios saldrán. Así hacemos los demás: Lady Kombucha estira su mano casi a modo de juramento,

Averroes aguanta con los brazos cruzados, yo me limito a camuflarme tras el cuerpo de un señor voluminoso. El hombre calvo bromea con que entonces puede reutilizar las mismas diapositivas de la sesión anterior, y todos le ríen esa broma tibia e inexpresiva para mí. Veo frases que traduzco automáticamente porque son palabras que comparten raíz con mi idioma: «La seguridad de Blockchain deriva de todos aquellos que computan lo mismo y a la vez».

En la diapositiva leo:

> Speaker: Eric Feldman
> Topic: 'Blockchain as a Refuge: Cryptocurrencies and Sovereignty in the Face of the System'

El calvo avanza en su explicación, mientras se rasca la nuca y aprieta los botones de un mando a distancia. Las gráficas cambian e insiste en la importancia de blockchain como herramienta de resistencia. Averroes me traduce entre susurros que el caracebolla viene a decir que en nuestro mundo cada compra, ubicación y transferencia queda registrada en servidores que escapan de nuestro control. Pero la cadena de bloques, dice, preserva nuestra autonomía digital. Miro a los asistentes, sus rostros convencidos, concentrados, tratando de almacenar una información fundamental en esos cráneos perecederos para encontrar la vía directa a la inmortalidad que les promete la red. Algunos teclean en sus portátiles, otros incluso se atreven a apuntar en sus cuadernos transitorios y caducos.

—Crypto is not just currency. It's community, it's freedom, it's the end of government.

Averroes me explica que, según ese pintamonas, los gobiernos, bancos y apps nos siguen el rastro legalmente, que hay un control social subterráneo y extenso: el banco conoce tus hábitos de gasto, tu proveedor sabe a qué hora navegas, y tu teléfono, dónde roncas. Blockchain es pública, traduce, pero te permite mantener tu identidad fuera del sistema, de forma anónima. No necesitas un nombre, un documento o una cuenta bancaria. No hay identificación forzada. El calvo sube el volumen, su tono suena más afectado y melodramático. Venezuela, Nigeria, Rusia, China, Argentina son territorios donde, según él, las criptomonedas han salvado a los ciudadanos de la censura financiera y operan fuera del sistema monetario local vigilado, dice. Pasa a la siguiente diapositiva y leo: «Right to disappear», mientras mueve la boca y creo entenderle decir que ese otro lugar que hay tras la pantalla es una declaración: no quiero pedir permiso para existir, ni económica ni físicamente. Pienso en SamuelPearce, en estas mismas palabras repetidas por él cientos de veces, en el ordenador como un umbral a otro mundo, en su identidad real ahí dentro, protegida de los peligros del gobierno, y pienso en si, al venir hasta aquí, yo misma estoy tratando de evitar su huida.

Averroes me saca de estos pensamientos. Lo veo con la pata al aire, enzarzado en medio de una discusión. Grita una frase detrás de otra, amotinándose contra el calvo y también contra otro señor en el patio de butacas. Solo por sus aspavientos entiendo que les exige respuestas sobre la viabilidad de su proyecto cenutrio e inconsistente, sobre su consecución práctica en un verdadero programa político. Se le agota el inglés medieval y las palabras le estallan al fin en español: ¡¿Cuál es?! ¿Eh? ¿Permanecer

eternamente sumergido en esa cadena de bloques? ¿Diseñar sistemas tan autónomos que puedan ignorar las necesidades del mundo real? ¡Eso son cacacoins! De haber sido físicas, al menos servirían como abono o para calzar una mesa coja. ¡Prefiero comprar mierda y piedras, que por lo menos fertilizan tomates y te aseguran los cimientos de una casa! Dos asistentes de la segunda fila se giran, uno con una coleta aceitosa y otro sin mangas. Parecen heridos, discuten con Averroes. Se oyen palabras como FUD!, smart contracts, decentralized governance. Lady Kombucha aplaude porque cree que es un debate moderado. Noto cómo el revuelo crece: varios portátiles se cierran de golpe, un señor tropieza con un cable de router, una taza de café sin tapa se derrama sobre la alfombra y, por un segundo, el olor a vainilla sintética se mezcla con el del plástico chamuscado. El calvo pide calma al micrófono, con esa voz pastosa, y propone un break de veinte minutos para «reconnect energies».

—Please, help yourselves to coffee and some snacks at the back of the room —dice, señalando una mesa cubierta con bandejas de bagels de remolacha, galletas sin gluten y unos cubos traslúcidos.

La gente se levanta de inmediato. Dejo a Averroes peleando con dos hombres tres veces más altos que él, y pierdo de vista a Lady Kombucha entre los aperitivos y varios chavales con los que parece estar intercambiando impresiones. Debe de haber encontrado nuevos adeptos para su comuna. El hombre calvo ha bajado de la tarima y ahora reordena algunos cables, ajusta el proyector con el mando y le da dos palmadas a su portátil. Lo atrapo por la manga de la camisa, aunque rápidamente me retiro. No sé si es excesivo

este gesto físico que acabo de movilizar para chocar nuestras extremidades.

—Sorry very much. In the PowerPoint you say is danger to… delegate my control to other peoples?

El calvo tiene cara de no haber visto el sol desde que nació en el interior de blockchain.

—You know how I can eliminate my wallet?

Hace un ademán lento, creo que está masticando mi gramática para ver si consigue tragarla sin vomitar, y mira a su alrededor buscando refuerzos.

—Whoa… Why would you want to do that? —responde—. That's like cutting your own oxygen supply.

Le explico, a medias, que alguien me está drenando, drening. I think is stafa? Fraud? Pronuncio palabras sueltas, frases rotas, soy incapaz de montar una oración de seguido. My wallet, le digo, is connected to bad user. Le explico que esa other account me está robbing desde hace some time ago, y que from this moment sé que las cryptos go out sin my consentiment. Le pido: please que me ayude, what I can do?

El señor calvo parece que entiende, que todo lo que le cuento entra en su vocabulario de inmediato y que detecta la estafa. Él comprende que aprobé un contrato para mover mis tokens de forma indefinida por amor. Yes, yes, le digo. You know cómo help me? Qué steps puedo seguir for disconnet this totally, please? Y yo sé que él me mira con compasión, estoy convencida de que se apiada y reconoce que he sido injustamente engañada, que me drenaron el hígado de mi abdomen, el estómago entre mis costillas, el ombligo de mi vientre, las sienes de mi cabeza, las vértebras de mi columna,

los riñones de mis costados. Sé que él sabe que cada segundo cuenta y que va a ayudarme. Por un instante siento alivio. Lo miro a los ojos y, aunque huele a naftalina y a polímero, entiendo que aquí al fin algo definitivo se acaba. Le acerco mi teléfono y, de un reflejo, me lo aparta.

Entiendo que no quiere ver mi cuenta, inmiscuirse en mi privacidad. Me va a guiar, a ayudarme a salir de aquí, step by step, but on your own device, please. Y lo hará conmigo, a mi lado, con esta distancia de seguridad que ahora mismo nos separa. No puedo evitar pensar en cómo nunca reclamé esa línea divisoria, ese límite justo y respetuoso entre SamuelPearce y yo. Durante todo este tiempo resulta que sencillamente podía haberlo pedido, haberle exigido que respetara mi espacio, que me tratara con consideración. Resulta que también podía haberme marchado sin más. Durante meses me he dejado seducir por ese discurso herido y demandante. Había estado dispuesta a escucharlo y ceder, a confiar en sus palabras y en esa seguridad insultante, a edificar mi vida entera alrededor de él. Por miedo a dañarlo, por miedo a perder la posibilidad de descubrir algo de mí que él sí parecía saber.

The first thing you should do is, escucho decir al calvo, y enseguida tecleo encima del metacrilato. Entro en las webs que él me dicta con esa voz de tutorial y empiezo a sentir el momento apremiante de ir cortando cuerdas invisibles. Mi dedo pulsa dos, tres, cuatro veces. Cada permiso que deniego hace que algo al otro lado de la pantalla se afloje. Una ventana me pide revocar el contrato con la dirección vinculada. Lo leo y parece una sentencia judicial o un parte médico de una cirugía de riesgo.

Spender: 0xAbC1234D56EF7890AaBbCcDdEeFf001122334455
Approved Amount: Unlimited

Ahí está el seudónimo numérico de SamuelPearce. ¿Cuántos nombres, nicknames, avatares, dígitos y motes más esconderán su verdadera identidad? Pulso confirmar. El móvil vibra y en la pantalla salta una notificación: «No associated accounts found. Transfer completed». Entiendo que acabo de revocar su acceso y transferir todos mis fondos a una wallet nueva y limpia, bajo mi único control. De golpe lo noto: el nudo que me unía a SamuelPearce al fin se ha soltado. Él seguirá a la deriva, saltando entre servidores, pero muy lejos, siendo casi imperceptible. Me pregunto si esta especie de bombeo estimulante, que ahora termina, no era más que la certeza de que alguien, en algún lugar, seguía estafándome. Pero a mí.

Sin embargo, me sorprendo fantaseando con la posibilidad de eliminar la cuenta para siempre, de preguntarle al señor calvo si tiene algún sentido eliminate la wallet for ever. Él torcería todos los rasgos de su cara, como si le estuviera pidiendo quemar una catedral. Do you want to abandon your funds? Just leave them locked on-chain? Y le diría que sí, imprudentemente, sí, sí, que desearía dejar ahí los tokens, las monedas, que se quedaran ahí varadas, sí, en el interior de internet, sí, sin ninguna mano humana que pudiera reclamarlos jamás, sí, como no es posible reclamar este amor tan grande, sí, le diría, sí, querría no volver a tener más acceso a ese dinero que nos perteneció un día a los dos, sí, en un vínculo imposible, sí, para que simplemente quedara a la intemperie, igual de intocable e inaccesible que SamuelPearce. Diría sí quiero sí.

T-1

Averroes me alcanza por detrás del edificio, con el hocico chorreando agua de algún bebedero. Tras andar por calles limpias y absurdas, con aceras tan anchas que podrían aterrizar avionetas, llegamos a un local de cristal y aluminio. Dentro hay pantallas y lo que parece un cajero o una nevera llena de led que parpadean. El Perro lleva todo el camino maldiciéndome, dándome a entender que yo no soy uno de esos pijos pálidos, dice, que se arruinan en directo y sus padres les reponen el saldo al día siguiente. Lo que hoy sueltas al éter, grita, mañana lo mendigarás en la calle. Anda, vamos, me dice, antes de que lo pierdas por completo o venga otro SamuelPearce a morderte el cuello. Vamos. Canjeemos tus malditas fichas por la moneda del rey.

Hace rato que perdí de vista a Lady Kombucha. Debió de quedarse en ese evento innecesario, con media docena de bolsas de merchandising y una tropa espiritual a sus espaldas cruzando toda la Costa Oeste. Ya no hay nada que pueda hacer. Averroes se planta delante y empieza a teclear mientras me dicta. Escribo mi clave y la máquina me pregunta si de verdad quiero hacer el swap completo. Averroes me gruñe que no hay vuelta atrás, que las monedas son solo números hasta que crujen en las manos. Pulso «Confirm», y la pantalla me muestra un gif ridículo de un cohete despejando el cielo.

Algo produce un ruido metálico en el interior de la máquina y comienzan a caer billetes verdes en la bandeja. A estas alturas se sienten como hojas arrancadas de un árbol. Salen de algún lugar remoto de la cadena de bloques de la red, pero ninguna contiene el rostro, un miembro, la boca o el brazo de SamuelPearce.

Ahora podrás comer, me dice, y tal vez pagar el alquiler, boba. Salimos con el escaso dinero que me queda, doblado en mi chaqueta, y me doy cuenta de que estoy demasiado hacia dentro. Pero tampoco siento hambre, sed ni tristeza. Me dejo caer en un banco de metal y apoyo mi columna en el respaldo. No puedo explicar cómo ni por qué, pero en el control que él ejercía sobre mi dinero me sentía tan dichosa. Solo pienso en lo que todo eso significaba, asegurar una regularidad con SamuelPearce en los próximos años. Compartir una cuenta, una frecuencia mensual, dinero físico, tuyo y mío, como quien pare un hijo o un préstamo. Hipotecarnos a ese vínculo milenario. Creí imaginarte algún día extrayendo mis euros en billetes y monedas desde un cajero cualquiera. De veras te imaginé ahí, delante, al fin tocándome a través de mi poder adquisitivo. Lo próximo sería una casa, un jardín, armarios repletos de galletas y latas y envases brillantes, los dos juntos delante de una chimenea, iluminándonos las caras, al fin. Con todo lo que eso significaría, sí: poseernos a través de los materiales y los bienes, edificando una vivienda contigo y conmigo dentro. Yo asumí los riesgos, las faltas, la desproporción de andar todos estos baches para tenerte cerca, SamuelPearce. Yo sabía bien que la incapacidad del tacto había migrado a mi cartera, sí, porque confiaba en que en algún momento encontraría a su paso un sustituto, no solo en todas esas transferencias, sino en métodos más toscos y

ordinarios. Deseaba iniciar contigo un truque, SamuelPearce, fantaseaba con un cheque al portador, de mi mano a tu mano, hasta vernos juntos abriendo una única cuenta entre ambos, detrás de una ventanilla, rozando los codos y las falanges mientras deslizamos nuestra cartilla de papel. Aunque aguantar en esa sola promesa, realmente, ya me conmovía tanto.

Averroes ha ido a por algo de comer, quizá un refresco, y desde donde estoy veo desfilar a hombres trajeados, otros con sudaderas carísimas, y niños que encuadran el mundo con cámaras de plástico. El sol se refleja en las fachadas; siento que podría quedarme aquí días, viendo pasar hordas de cuerpos alimentados por batidos y stock options. Estoy profundamente sola, detrás de cientos de locales y edificios. Realmente no existe nada que pueda encontrar en este lugar. Solo este aire tan bien filtrado que me impide notar mis propias funciones biológicas y entender que me estoy pudriendo por dentro. Engancho mi teléfono móvil para ver si hay forma de volver a casa. Escuchar alguna canción familiar. Tal vez sea un buen momento para escribir a mamá. Sí, tenías razón, esto me pasa por ilusionarme con alguien. También podría reconectar con el padre que nunca tuve. Hola, estoy aquí, ¿podríais venir a buscarme? En coche. Y ver el mundo corriendo hacia atrás por la ventanilla. Las manos apretadas con fuerza contra el cristal. Y al otro lado, tú, SamuelPearce, con esos ojos por fin enfocados hacia mí, pidiéndome en silencio que no me marche, que no te abandone, o que vuelva pronto, prometiéndome que me esperarás siempre. El motor del coche lanza un estertor terrible, lo más humano que he escuchado en mucho tiempo, las ruedas giran, y yo me alejo, y tú comienzas a seguirme andando, luego corres, con esas piernas tuyas tan

hermosas, SamuelPearce. Me recuesto contra el cabecero del asiento, te miro a través del cristal sucio, rogando que tus ojos no desaparezcan otra vez. Pero ahí estás, diluyéndote, primero en una mancha, luego en un borrón entre los árboles y las casas, y aun así sigues mirándome desde alguna parte. Hasta que tu cuerpo desaparece y, después, la tierra.

Mientras guardo el teléfono en la cartera, veo que a mi lado se sienta un hombre. Tiene el pelo revuelto y grasiento, la cara afilada, varias pústulas en las mejillas y la nariz, y unas manos finas y huesudas. Por un momento pienso que se parece mucho a la imagen granulada del pastor baptista del siglo XVIII. Aquella que siempre aparece en las consultas rápidas de internet cuando busco tu nombre. Ese gesto grave, el cuello encogido por un pañuelo blanco, y el cabello tapándole parcialmente la cara. Y, sin embargo, aquí está, sentado en este banco, oliendo a tabaco y detergente. Pienso en la arbitrariedad de los nombres, en cómo saltan siglos, y pienso también en cómo los rostros pueden moldearse con el tiempo hasta volver a repetirse. Él no me devuelve la mirada; parece concentrado en un punto invisible frente a él, más allá de las farolas y los setos, justo igual que en los retratos antiguos. Me pregunto también qué pasaría si iniciáramos una conversación ahora, sobre el clima, el encerado, mi inglés nefasto y humillante. Si pudiera persuadirme de que es posible rebobinar e iniciar un nuevo chat contigo, SamuelPearce, pero ahora desde este banco, y conocerte de nuevo, entender tus miedos, ese odio natural hacia las mujeres y la ambición de estar en todas partes porque en realidad temes morir. Convencerme de que aún podemos volver a encontrarnos, resetear todo lo anterior, iniciar una amistad. Mientras observo a este Samuel

Pearce físico, sentado con las manos entrelazadas sobre el regazo, intento imaginarme una vida en la que nos hacemos íntimos. Puedo verlo, sin problema, acompañándome a la revisión de la ITV; visitándome en el hospital por una complicación médica; ayudándome a cargar garrafas de agua desde el supermercado; colándose conmigo en un partido de baloncesto universitario para animar a un equipo que ni siquiera sabemos de qué ciudad es; bailando cumbia en un bar ecuatoriano de las afueras; inscribiéndonos en un taller de lutería medieval; sacando a pasear a un perro, pero no a Averroes; y terminando, inevitablemente, con los dos huyendo en globo aerostático tras arruinar sin querer una cumbre internacional de ministros de economía.

Al instante, el hombre mueve ligeramente la cabeza en mi dirección. Creo que me ha escuchado, ¿a qué volumen se supone que pienso?, y noto que por fin va a hablarme. Me preparo para atenderlo, para responderle que sí de inmediato, vamos a salir de aquí juntos, de la mano, si él quiere, si no le resulta demasiado precipitado a estas alturas de la relación y conviene. Podemos agarrar un coche, al Perro y recoger a Lady Kombucha, parar apenas en un restaurante de menús asequible, ingerir algo sólido y seguir hasta casa, avanzar hacia el altar. El hombre levanta una mano y apunta con el dedo hacia mi mochila. Tardo unos segundos en captarlo: dentro algo está pitando, otra vez, una alarma corta, insistente, con la misma agresividad que un detector de humos en una cocina pequeña. El hombre se pone en pie de inmediato, le resulta molesto el ruido. ¿A quién no? Trato de decirle que espere, que esto no iba a ocurrir así, que debe sacarme de este sitio, recomenzar una vida juntos. Pero solo me salen gestos ambiguos

que creo que lo asustan aún más, y se aleja sin mirarme, tampoco se despide. Nuevamente, SamuelPearce se marcha.

Abro el maldito bolso y ahí está: mi teléfono, vibrando y disparando notificaciones. En la pantalla veo un chorro de mensajes que hablan de traición, de pérdida de fe, de mi crueldad connatural. Dice que mi comportamiento es emocionlmente debastador y económicamente inserbivle. Incluso me insinúa que, si algo terrible le llegara a ocurrir a él, solo se debe a mi culpa, a mi inumanidad. Me exige que le lea, que le responda de inmediato: no estoy reciviendo tus mensages periodicos. Me pide que vuelva ahora mismo, me obliga a estudiar ocho archivos que ha seleccionado exhaustivamente para mí: no quiero saver como siges respirando con esa boca inutil, solo sirbe xa q salga el oxigeno q te falta xa q tus pulmones x fin se apaguen. eres un error fisiologico ambulante. as visto como as dejado nuestro chat?? Parece la morgue! Yo no contesto, intento resistirme, tampoco sé cómo reaccionar. Solo suenan timbrazos, y los mensajes se agolpan. Parece que detrás del teléfono hubiera una voz descompuesta saliendo de una tráquea partida. Me grita, me insulta, me dice que no tngo derecho a actuar asi, que estoy incunpliendo las normas d nuestra relacion. Arriba el cielo está algo nublado, cubierto por una niebla fina que me quiere tragar. Los pájaros también chillan. Yo no alcanzo a contener el llanto. Me culpa por no haberme quedado con él, que ya jamás podré volver a ver los días gloriosos, dice, sentir la evaporación de la humanidad en otra cosa totalmente distinta, junto a él. Te as conformado con ser un estable elemento d minerales!, me grita. He intentado escapar d la realidad contigo, me dice, d la vida misma

contigo, repite, xa reencontrarnos en un tiempo mejor. Y acaba con un mensaje, que entiendo que será el último:

> SamuelPearce: no me abria atrebido a hacerlo sin ti. Pero lo cierto es q tu me as abandonado, me as dejado solo en esto, exactmnt igual q los demas. Solo puedo pensar en uno de mis relatos faboritos ahora, ese texto qe probablemente nunca llegaste a leer… hoy para mi tambien es mi ultima noche en el siglo veintiuno. la mayoria siempre a parecido tener la sensacion de q estaban asistiendo a mi funeral, saves? mientras que, en mi caso, siempre pensé qe era yo quien asistia al vuestro!, ya qe ninguno de vosotros estará vivo cuando despierte. Entonces el mundo, lo se, será un lugar al fin abitable y ermoso. Adios..

liftoff

Tecleo su nombre en la barra de búsquedas de nuestro chat. SamuelPearce. No hay coincidencias. Lo escribo de nuevo, por si la máquina no reconoce bien las letras, no carga, o he confundido yo alguna consonante. Lo intento tres veces más, variando mayúsculas, puntos, guiones bajos. Dudo incluso de si he olvidado su nick, si estoy escribiendo algo mal. También vuelvo a los foros donde solíamos conversar, esos cuadrados diminutos en el extremo derecho del servidor, pero tampoco localizo los posts ni su usuario. Parece haberlos borrado. Abro el correo electrónico, cargo la página. Ahí todo sigue igual. Los hilos de conversación, las interacciones, los largos y desquiciantes discursos. Algo me hace sentir que aquí puedo estar a salvo, evitar pensar que lo inventé todo. Cuando quiero pulsar sobre el mail, escribir un mensaje rápido, no importa el qué, solo quiero saber que sigues ahí y enviar, me salta una notificación automática:

> Mail Delivery Subsystem: Delivery Status Notification (Failure) Delivery incomplete
>
> There was a temporary problem delivering your message. Gmail will retry for 47 more hours. The response from the remote server was:
> 550 5.1.1 The email account that you tried to reach does not exist.

Es como si el servidor hubiera escupido tu cuerpo al espacio exterior y ya fuera imposible toda forma de contacto. Pienso en la posibilidad real de que ya no pueda localizarte nunca más, rebobinar los acontecimientos, saltar entre chats para hablarte, de que te haya perdido definitivamente, SamuelPearce. Me aterra la idea de que hayas cometido algo irreversible, tal vez por mi ineptitud y negligencia, y me siento desgarradoramente culpable, me recrimino con tus propias palabras, desconfío de si he sido yo quien te empujó a tomar una decisión equivocada. ¿Saltaste finalmente de un octavo? A lo mejor ya lo hiciste y he llegado tarde, y ahora eres un montículo de vísceras y pis. Un charco de metal ahogando a toda una civilización. Yo envidiaba ese cuerpo cargado de adrenalina. O tal vez no: puede que estés a punto, saliendo de casa, la americana, unas botas y el cigarro por si te pusieras nervioso. Voy a decírtelo, voy a tomar el teclado y a presionar ciegamente. Esperando a que algo humano y sabio salga de mí. Lo haría, SamuelPearce. Lo volvería a hacer. Una y otra vez. Te preguntaría hasta el cansancio cómo te llamas, si nos conocimos en otro tiempo. Nada descabellado. Simple, rápido. O quizá eso sería el empujón definitivo para caer de una azotea hacia la muerte. ¿Cómo saber si ya lo has hecho o será mañana? Algo que ni siquiera voy a poder conocer nunca porque ya no hay canales para llegar hasta allá donde estás tú y tu tristeza imparable. Levanto la cabeza. Todo a mi alrededor son bloques, empresas y ventiladores ocultos en las tripas de los edificios, miles de señales que viajan a la velocidad de la luz. Sé dónde estoy y lo que no entiendo es por qué no reacciono, no hago nada. Si en algún lugar alguien puede encontrarte, decirte que

esperes, que todo va a estar bien, debe de ser aquí, SamuelPearce. ¿Por qué he venido si no? He pensado y soñado contigo todos los días desde que me hablaste por esa estúpida página para individuos como tú y como yo. Vivías tan absolutamente solo. Y yo te entendí. Por eso es mío tu sufrimiento también. Entre todas esas fachadas de cristal y hormigón debe de haber un ingeniero, un becario, un friki mal pagado capaz de rastrear tu último acceso, de extraerte de entre esos dígitos, SamuelPearce. Y voy a ser yo quien te salve.

Averroes aparece cargado con dos refrescos y un par de perritos calientes de chía y seitán, como si en lugar de estar a punto de iniciar una misión de rescate fuéramos a un pícnic. Lady Kombucha viene detrás, riendo a carcajadas, con un hombre agarrado de cada brazo. Y yo, con el teléfono aún en la palma, entiendo que no hay forma de explicarle a Lady Kombucha en una sola frase una historia que atravesará su cráneo limpiamente sin dejar un solo poso en su interior. Averroes me mira de arriba abajo. Él sí parece comprender. Muerde el perrito caliente y mastica con ese ritmo lento y amenazante de quien ya prepara una reprimenda.

Lo siguiente somos nosotros atravesando pasillos flanqueados por cubículos transparentes. Averroes lidera el grupo, era la única forma de animarlo, y Lady Kombucha me sigue por detrás dando zancadas, convencida de que tenemos un amigo en la empresa y de que esta efusividad es para ir a saludarlo. A nuestro paso, encontramos trabajadores encorvados sobre sus portátiles, iluminados por esa luz de acuario que los transforma a todos en peces enfermos. Nadie nos dice nada porque los protocolos de seguridad deben de estar solo dentro de sus pantallas. Al lado de un cartel rojo hay una escalera metálica que desciende hacia una corriente de aire frío. Entiendo

que es por aquí y, contra todo pronóstico, bajamos. A medida que pisamos escalones, el sonido se vuelve arenoso, es el de un zumbido grave y permanente. Vemos filas interminables de servidores, cada una dentro de su propia urna refrigerada, torres negras, cables, luces que parpadean y una cápsula de cristal con turbinas girando a toda velocidad. Percibo corrientes que viajan hasta desconocidos de diversas partes del mundo, una máquina hecha de los deseos y las fantasías de toda una civilización. Sigo preguntándome si SamuelPearce es exactamente esto: una carcasa de metal, aire helado, un conjunto de impulsos corriendo sin descanso por dentro de un tubo de fibra. Laberintos de cables y microchips tan diminutos que casi podrían ser objetos abstractos e inexistentes. ¿Eso eres tú, SamuelPearce? ¿Me oyes? Colisiones entre electrones e iones atómicos que desprenden energía cinética. Una cantidad de calor proporcional a unas manos frotándose en invierno. Unas manos que siempre serán inaccesibles para mí. No te basta solo con una cara, una sonrisa, nuestras manos tocándose, SamuelPearce, sino con la absoluta red eléctrica y la atmósfera del planeta.

Escucho pasos detrás, de suela gorda y autoritaria. Caminan hacia nosotros, pero todavía están lejos. No quiero girar la cabeza, hacer contacto visual, y pienso si hay algún modo de esconderse o salir momentáneamente de aquí. Prometo volver, solo necesito unos minutos. ¿Qué más da, si nuestro tiempo se mide en la eternidad, SamuelPearce? Lady Kombucha sonríe pensando que los pasos son los de mi amigo, el empresario, o parte de un juego travieso y emocionante. Pero yo no espero más, tiro de ellos y corremos entre los pasillos. Las pisadas se hacen escandalosas, se suman otros zapatos y bolsillos con llaves chocando dentro. Salimos por una

puerta de emergencia, entramos por otra, hasta que nos introducimos en un ascensor. Pulsamos botones, azules y naranjas, subimos varios pisos, y me siento empujada por ti, SamuelPearce, hasta los confines de tu mundo. Al fin, llegamos a una escalera de incendios que nos conduce unas plantas más arriba, una última puerta metálica cede y nos expulsa a la azotea.

El aire caliente de tu casa se abre paso por mis fosas nasales hasta tocar mis pulmones, y de veras que es el gesto más cariñoso que he recibido de ti nunca. A medida que me acerco al borde de la baranda, percibo una melodiosa textura de sonidos, el chasquido de los cables eléctricos cruzando el valle tendido a mis pies. Desde aquí veo los edificios victorianos de colores pastel, pistas de pádel, fachadas de cristal, la niebla arrastrándose entre las colinas, los matorrales secos y las encinas. Me conmuevo mirando las marismas costeras y el brillo del agua a lo lejos. Farolas y televisores se encienden en las casas y en las calles a la vez, una misma descarga los recoge, y obedecen a un pulso común. Veo el paisaje repleto de antenas y paneles solares, vallas publicitarias y marquesinas. Pronto comprendo que todos estos gestos tienen una misma naturaleza: eres tú, SamuelPearce. Bien podría ser la expresión más pura y obscena de un mundo que solo ha sabido inflar sus deseos hasta reventarlos en este colosal trastorno humano. Tan conmovedor es el estertor de los coches y el humo que por poco me desmayo. Me quedo ahí, cerca, oyendo esa vibración subterránea, los pequeños estallidos de electricidad, ese hermoso concierto, y tan solo me lastima no alcanzar a escucharte a ti, solamente a ti, entre todas esas voces, SamuelPearce. Miro hacia la magnitud de la ciudad, el cielo de un gris pálido, y casi te escucho decir: aremos la vida

buena, lo prometo. En el proximo siglo arrojaré sobre las nubes mi carne cansada, y tu y yo, sigiendo la estela brillante, nos expandiremos x los incontables espacios, acia noches futuras de innumerables estrellas con el cuerpo renacido xa el resto de nuestras vidas.

Pero me vuelve a la memoria uno de tus libros favoritos, y de pronto te visualizo, dentro de unos cientos y miles de años, revivido en una sociedad futura, saliendo de tu cápsula, con el cansancio de los milenios y el deseo todavía de iniciar una revolución justa y buena. Te descongelan de algún servidor fósil, escanean tus retinas, hacen un inventario de tu biografía en menos de seis minutos y medio, ¿cuánto tiempo me negaste a mí para averiguar siquiera tu nombre? Y al despertar comprendes que esta sociedad ya no se molesta en entender a los muertos. Un comité sin rostro evalúa tus faltas, tus inmoralidades y estafas, y decide que el castigo más justo es enviarte a una colonia penal en algún satélite disponible. Te ajustan un traje presurizado con olor a latón y te suben a una lanzadera donde las ventanas no se abren y la música es monótona y siempre la misma. Desde allí, puedes ver la Tierra que tanto detestas, SamuelPearce, pero no consigues llorar porque la humedad empañaría el casco y lamentablemente te ahogarías. Lo peor no es la soledad, sino que en ese nuevo satélite ya no hay internet, y sin tu enjambre de chats y foros, sin la multitud de desconocidos que alimentaban tu vanidad, te conviertes en lo que realmente eres, un colmado de minerales, huesos, caca y pis. Pero milagrosamente fuiste importante para alguien. A veces pienso que esa sería la forma más limpia de tenerte: inmovilizado por la gravedad de otro planeta para siempre. Desde las alturas me

gritarías en auxilio, hasta dioxidar el aire de tanto pronunciar todo mi nombre. Al fin.

Sigo mirando muy al fondo del paisaje, hacia ese cableado inmenso que cruza hectáreas de tierra y océano, y tú sigues ahí, en algún lugar de ese suelo, bajo metros de basura y barro, minerales benditos, árboles alargando sus raíces hasta intentar tocarte, empapado por la lluvia, por los fluidos y excrementos de perros, cabras y setas. En algún lugar, allí abajo, hay una luz, un servidor, una corriente, que todavía emite esa señal familiar, algo del tamaño de un glaciar o un paquete de pañuelos. Desde aquí puedo ver más o menos dónde estás, SamuelPearce, recopilar las coordenadas más exactas, tu latitud y dirección. Incluso hoy todavía podría saltar un usuario con tu nombre, parpadear en alguna parte de la web. Y seguirías siendo igual de invisible.

Camino un poco más hacia la barandilla, tanteando qué se siente en ese límite arriesgado donde todo acaba para dar paso a algo más grandioso, eterno y contigo. Y en el acto oigo unas voces, intuyo destellos de luz con la confusión propia de los espejismos. Las pisadas autoritarias de antes se acercan, y yo aguanto ahí, justo al borde de tu lado, reteniendo toda mi respiración. Alguien me toma de los brazos, otros perros me olisquean las piernas con sus hocicos húmedos y me ladran en un idioma que por primera vez no entiendo. Lady Kombucha grita mi nombre, está llorando. Averroes da vueltas asustado, solo enseña los dientes, se lame la boca, nervioso, ¿por qué no hablas, maldito? ¿Dónde está tu diplomacia? Me muerde los pantalones con el morro, tratando de decirme todo lo que puede un perro. Y, en un instante, la azotea se llena de linternas y luces poderosas que me deslumbran; cuerpos desconocidos se

abalanzan sobre mí, sobre nosotros, desgarran gritos muy enfadados. Escucho preguntas, walkies chillando desde sus bolsillos, frases cortas pero amenazantes, en un inglés que me impide comprender todavía la situación. Veo caras confundidas, coléricas, esperando de mí una respuesta. Alcanzo a entender algo, un gesto, una palabra. Parece que me exigen explicar qué estamos haciendo aquí. Y entonces lo veo todo: el rostro aterrado de mi compañera de trabajo, un perro encogido que babea, una familia postiza que me siguió a lo largo de miles de kilómetros, y todavía quiero más. Quiero saltar, arrastrarme a cuatro patas, forcejear, desengancharme de los guardias de seguridad, revolcarme, calcular dónde caería si me lanzara hacia ti, llorar, y que estalle todo, todo el mundo. Y, sin poder soltarme de mi amiga, de mi perro, de dos brazos que me aprietan el hombro y me arrastran hacia dentro, trato de distinguir por última vez tu voz ahí abajo, SamuelPearce, en el frío de algún barril de aluminio. Como en tus libros, sé que hablo por muchos cuando digo que espero poder encontrarme contigo algún día y organizar una fiesta en honor a tu regreso. Pero no olvides que fui yo la que esperé, al menos para que me recuerdes que aquí nunca tuve nada que mereciera tanto la pena como tu resurrección. ¡Gracias! :)

Agradecimientos

Este libro se escribió gracias a las latas de berberechos y a los Yatekomos del Auchan. También gracias a las bacterias intestinales, a una multitud de cafés con leche, a un teclado de aluminio y plástico, a la lluvia golpeando en la ventana, a articulaciones, músculos, tendones y vasos sanguíneos, gracias a la electricidad que recorre mis neuronas, a una biografía inverosímil e improbable de ancestros vikingos e hispanos. Sin duda, gracias también a la compañía de agua, por cortármela en los momentos críticos y desquiciar todavía más la novela. Al profesor de literatura que me arruinó la post-adolescencia: sin él, SamuelPearce habría sido bastante menos convincente. Por eso, gracias también a Luis Fernández, Chío Torrero, Sara Navarro Rioboó y María Naranjo, por estar ahí entonces y después: durante los primeros años de carrera y más allá de la antigua fábrica de tabacos de Sevilla. Gracias a Luna Miguel, Ariana Harwicz, Juan Tallón, Sabina Urraca y Elena López Riera, por haberos enredado en este ecosistema con tanta generosidad. Y, naturalmente, a mi lindi, Pablo Baleriola, también a Jorge Velasco, Miguel Ángel Casau, Anna Enguix, Mariña Prieto, Hannah Reemers, Diego Pinillos, Elizabeth Duval, Alex Reyes, Caterina Muntaner, Lluna Issa Casterà, Alba Moon y Jorge Salanova, porque somos —querámoslo o no— una imbricada urdimbre de

tubos que conecta el silicio de los minerales con los grifos de casa, los grifos de casa con nuestras mandíbulas, las mandíbulas con un plato de patatas fritas, el plato de patatas fritas con los inodoros, los inodoros con las plantas y las plantas con la celulosa de este libro. Gracias. A su vez, a Marc Vives, Elvira Madrigal, Miguel Fructuoso, Federico Clavarino, Álbero Núñez Carbullanca y Mercedes Pimiento, por revisar conmigo el inicio de la novela en Roma, pero también por todos esos Baronatos de Martes Locos. Especialmente, a Gala Hernández, por aparecer en un año tan malo y compartir conmigo su amistad, su inteligencia y todas esas conversaciones sobre delirios tecnoptimistas, cada vez menos especulativos y todavía más reales. Por supuesto, gracias a mi editora y amiga, Berta Pagès, por sostener con una mano el manuscrito, con la otra mi neurosis y, con la otra, una buena gilda. A Pau Biosca, de comunicación —que no sé cómo se me escapó en los agradecimientos de *Tener la carne*—, por el cuidado extraordinario de la agenda y la promo, y por ser, sin lugar a dudas, el hombre más guapo de la corteza terrestre. A Sara Barquinero, por ser siempre la primera. Una vez más, a Sonis y a äiti, por aguantar juntas, con tanta paciencia y cariño, el peso de una genealogía tan injusta. Y, de nuevo y siempre, a Alejandro —con quien divido a diario el oxígeno doméstico—, por su fe, su amor y su mala leche de perro, educada en siglos de selección.

LA NOVELA QUE CONSOLIDA A CARLA NYMAN COMO UNA DE LAS ESCRITORAS MÁS SINGULARES DE SU GENERACIÓN.

«Escribir siempre es ver lo que no está, los fantasmas que nacen por la noche. Carla Nyman en *El Valle del Silicio* los ve».
Ariana Harwizc

Si Deleuze tuviera Tinder, haría match con esta novela: ácida y tierna, delirante y precisa, fresca y asfixiante, como una caída al vacío por el scroll de internet.



Encerrada en su piso y sumida en una crisis identitaria, la narradora de esta novela corrige manuscritos de ciencia ficción para una editorial, acompañada de Averroes, un perro filósofo que parece haber cruzado siglos para acabar accidentalmente en su salón y hacerle compañía. Un día recibe un mensaje de SamuelPearce: un usuario, una IA o quizá una estafa. Sus mensajes —una mezcla de transhumanismo y amenazas veladas— la arrastran a tal estado de frenesí amoroso que decide abandonar su vida mediocre y perseguirle a lo largo y ancho del ciberespacio. A medida que avanza su relación compulsiva, SamuelPearce se convierte en una especie de gurú digital y la introduce en un universo de plataformas místicas, retóricas criptocapitalistas y discursos de superación. En su búsqueda, acompañada por Averroes, la protagonista emprende un peregrinaje hacia un territorio incierto y mítico, donde el futuro ya parece haber sido programado y las decisiones, tomadas.

El Valle del Silicio es una fábula inquietante y contemporánea sobre el capitalismo digital, la cultura incel, la mística de internet, la extinción, la inmortalidad y el amor en la era de los cuerpos sin órganos.

La crítica ha dicho:

«Si alguien dentro de 200 años encontrara esta novela de Carla Nyman en algún sótano, entendería el siglo XXI: crisis identitaria, transhumanismo, un perro filosófico y una obsesión amorosa sin cuerpo. Escribir siempre es ver lo que no está, los fantasmas que

nacen por la noche. Carla Nyman en *El Valle del Silicio* los ve».
Ariana Harwizc

«Con cada uno de sus libros Carla Nyman ha sabido golpearme las entrañas de un modo distinto: cada vez más feroz y voraz, cada vez desde un estilo más logrado y auténtico. El *Valle del Silicio* es su arma literaria más inquietante hasta la fecha, quizá porque viene a demostrar de qué manera Internet se ha convertido en un país nada amable; en un parque de atracciones terrorífico. ¿Será posible huir de él? Con ecos de *Amigdalatrópolis* y de *Los Escorpiones*, Nyman no sólo se confirma como una narradora rara y apasionante, sino también como una filósofa de la crueldad virtual. A sus pies».
Luna Miguel

«Entre la ciencia ficción post humana, el relato místico y la crónica de un melodrama incel, *El Valle del Silicio* se revela como una mordaz profecía de la nueva era que acecha. Explosiva, inteligente y desprovista de toda moral, esta novela nos deja desnudas ante nuestros propios fantasmas».
Elena López Riera

Sobre *Tener la carne* se ha dicho:

«Un thriller psicológico que combina humor loco y mala uva. [...] Una joven promesa de las letras».
Pablo R. Roces, *El Mundo*

«Nos aproxima, no sin humor, a la monstruosidad y la locura. [...] Extremadamente humano».
Anna Mª Iglesia, *La Lectura* (*El Mundo*)

«Bruto, bestia, divertido: [...] lleva los pensamientos a un extremo sin retorno».
Leyre Rodrigo, *El Generacional Post*

«Tremendamente perturbadora y divertida: una novela en donde madre e hija son un mismo monstruo. Una novela donde el deseo y la muerte salen a tomar el sol».
Mónica Ojeda

Carla Nyman (Palma de Mallorca, 1996) es escritora y creadora escénica. Su trabajo explora la intersección entre cuerpo, tecnología y misticismo a partir del concepto de orificialidad: formas de existencia porosas e interdependientes. Ha publicado la novela *Tener la carne* (Reservoir Books, 2023) y los poemarios *Líquida tuya y vertebrada* (2023), *Movernos en la sed* (VI Premio Valparaíso, 2021) y *Elegías para un avión común* (XXI Premio Gloria Fuertes, 2020). Sus espectáculos se han estrenado en ciudades como Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Nueva York o Santiago de los Caballeros (República Dominicana), entre otras. Actualmente desarrolla el proyecto Hydra en la Real Academia de España en Roma, centrado en la mitología híbrida, los cuerpos-cyborg y el tecnomisticismo. Imparte escritura dramática en la Universidad de Salamanca y realiza su doctorado en Estudios Literarios y de Género en la Universidad de Sevilla.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Carla Nyman
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Oona Ode, 2025 (Artist | AI & Traditional Hybrid)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87740-08-5

Facebook: penguinebooks
Facebook: ReservoirBooks
Twitter: @ReservoirBooks
Instagram: @reservoirbooks
Youtube: Penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

[1] ¡Amable señor, noble conductor de estos carros sin caballos, concédenos tu gracia! Estamos perdidos en el reino del acero y los humos, y solo buscamos un camino verdadero hacia nuestro destino. ¿Nos llamarás un carruaje para que podamos viajar seguros?

[2] ¡Hablo la lengua de Chaucer!

[3] ¡Guardián de los corceles, concédenos el paso! Un carruaje lo suficientemente robusto para nobles misiones, hacia aquel reino que llaman El Valle del Silicio.

[4] No dejes que tu lengua pierda el sentido, gentil dama. Tráeme pergamino y pluma, ¡firmaré con sangre si es necesario!

[5] Necios. Pigmeos de la lengua. Esta isla está maldita. ¡No conocen la lengua de Albión!

[6] Ciertamente, pisamos tierras de necios. Pero adelante, dulce corcel. Porque dentro de esa red de código se encuentra nuestra verdad.

[7] ¡Eh, cochero! ¡Detén tu caballo inmediatamente! ¡Esa dama está gravemente afligida por las penas del dinero y la bolsa! ¡Detente de inmediato!

[8] ¡Amable señor de la bóveda, guardián del arca y libros de contabilidad!

[9] Mi oro y esa falsa serpiente.

[10] Escribe, bella doncella, no sea que tu honor sea despojado de nuevo.

[11] Buen señor, la enfermedad trasciende el dinero y los datos.

[12] ¡En verdad, te burlas de nosotros, buen señor! ¡Por Dios! ¡Tú, bribón inútil, bellaco, desgraciado y vil cobarde, bastardo, piltrafa repugnante, rufián pordiosero, patán, necio!

[13] ¡Deseo trufas, exijo brioche!

[14] ¡Trae el pergamino de las reclamaciones! ¡Este banquete ofende mi noble paladar!

[15] Estamos atados por cadenas invisibles forjadas con números crípticos y buscamos tu consejo, antes de que nuestras arcas se vacíen por completo.

Índice

El Valle del Silicio

Vía purgativa

T-43

T-42

T-41

T-40

T-39

T-38

T-37

T-36

T-35

Vía iluminativa

T-34

T-33

T-32

T-31

T-30

T-29

T-28

T-27

T-26

T-25

T-24

T-23

T-22

T-21

T-20

T-19

T-18

T-17

T-16

T-15

T-14

T-13

T-12

T-11

Vía unitiva

T-10

T-9

T-8

T-7

T-6

T-5

T-4

T-3

T-2

T-1

liftoff

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Carla Nyman

Créditos

Notas